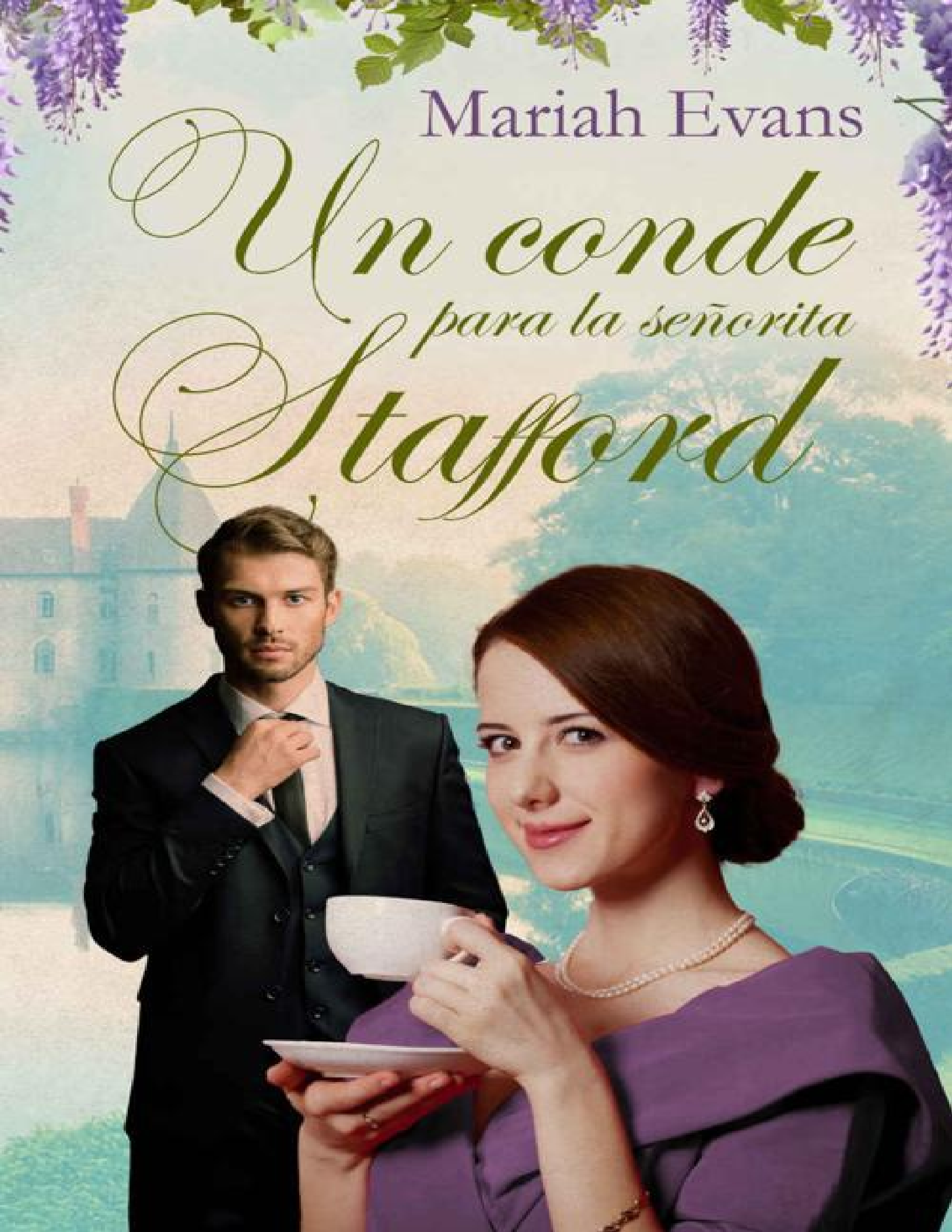
Mariah Evans

Un conde para la señorita Stafford



Mariah Evans

Un conde para la señorita Stafford

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Un conde para la señorita Stafford.
©Mariah Evans, agosto 2023.
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a
Ana Sánchez y María Sánchez.
Muchas gracias por estar siempre a mi lado y ayudarme tanto. Espero que nos podamos ver muy pronto de nuevo.
Un fuerte abrazo.
María.

Índice

1
2
3
4
5
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
27
Epílogo
Agradecimientos

1

—Londres—
Año 1908

Oliver Roy Howland enarcó una ceja hacia su amigo mientras este elevaba la copa simulando que brindaba.

—Al fin te has dignado a venir con tu gran amigo —expresó Dereck con énfasis.

Oliver suspiró y miró a su alrededor donde varias personas lo observaban.

El club de caballeros se encontraba en el centro de Londres. Un lugar afable y de distensión donde bebían y fumaban aquellos que pertenecían a la alta sociedad.

Era un lugar al que solía acudir varias noches en semana, sobre todo cuando se acercaba la nueva temporada. De esta forma podía estar al tanto de todo.

Aquellos últimos meses habían sido duros. La muerte de su padre, Andrew Roy Howland, IX conde de Devon, lo había sumido en una gran tristeza. Su relación siempre había sido buena. A diferencia de muchos hombres, su padre había participado y se había implicado en la educación de sus dos hijos. Había pasado incesantes horas de juego con ellos cuando el trabajo se lo permitía e interminables paseos a caballo. Hacía justo cinco meses de su fallecimiento. Los médicos decían que no había sufrido, simplemente no se había despertado aquella mañana. Aquello lo reconfortaba en cierto modo.

Así que, sin esperarlo, de un día para otro, había pasado de ser Oliver Roy Howland, VII vizconde de Middleton, un segundo título que su padre le había permitido usar, a ser el X conde de Devon, heredando así el título nobiliario de su padre y las tierras que el mismo título otorgaban.

Dereck Jefferson, III duque de Wiltshire y gran amigo suyo desde la infancia, se acercó a él por encima de la mesa.

—Sé que es duro, pero la vida sigue —comentó en un susurró, intentando animar a su buen amigo—. Seguro que esta te depara cosas maravillosas.

Oliver inspiró hondo y, finalmente, se dignó a mirarlo mientras removía su whisky en la copa, pero sin llevarlo a sus labios todavía.

—¿Como a ti? —preguntó con confianza y una sonrisa pícara—. Te veo muy feliz en tu matrimonio con Elisa.

—Lo soy. —Le señaló. Se quedó observando a su buen amigo—. ¿Buscarás una esposa esta temporada?

Esta vez Oliver sí le dio un buen trago a su copa y se quedó pensativo.

—Supongo que eso alegraría a mi madre —comentó y luego chasqueó la lengua.

—Hay rumores de que el X conde de Devon la está buscando… —continuó Dereck con ironía, lo que provocó una mirada suspicaz por parte de Oliver—. Mi esposa, la duquesa, se relaciona con muchas mujeres de la aristocracia, como bien sabes. —Alzó sus dos cejas repetidas veces—. Por lo visto, muchas madres quieren presentarte a sus hijas.

Oliver resopló ante lo que su amigo le explicaba. El año anterior había sido una temporada donde él había pasado desapercibido, pues ostentaba solo el título de vizconde y, además, los ojos de todas las madres que buscaban marido para sus hijas estaban puestos en su amigo, el duque de Wiltshire. Sin embargo, este año, él era uno de los hombres con un título nobiliario de

más alto rango, lo que implicaba ser objeto de deseo de todas las madres y debutantes.

Miró hacia los lados observando la afluencia de hombres que tomaban una copa y cómo de vez en cuando alguna mirada furtiva lo sorprendía. Varios de ellos, nada más verlo, se habían acercado para darle el pésame por su padre y felicitarlo por su nuevo estatus social. Agradecía aquellos que se acercaban para decirle que sentían la muerte de su padre, pero no aquellos que lo felicitaban por su nuevo estatus. Aquella era una sociedad frívola que no le gustaba nada. De hecho, deseaba encontrar esposa esta temporada para no tener que acudir a más eventos de ese estilo, los aborrecía. Aquello parecía una caza de brujas.

Oliver sonrió a su amigo.

—Últimamente la señora Rossell ha intentado llamar mi atención —ironizó.

Dereck resopló.

Aquella mujer era incansable. No conocía a ninguna mujer con más ansias que ella con tal de conseguir un título.

La anterior temporada, la señora Rossell junto a su hija, Isabella, habían intentado llegar a un compromiso con el duque, Dereck. Aquella mujer era la viva imagen de la tenacidad, presentándose incluso en su vivienda para hablar con su madre y concertar una cita en el teatro. La duquesa viuda le había planteado la posibilidad a su hijo, el duque, de prometerse con ella, pero, al igual que su amigo Oliver, la detestaba, así que Dereck había urdido un plan contratando a una mujer para hacerse pasar por una debutante y futura prometida, de esa forma evitaba un matrimonio concertado con aquella manipuladora mujer. El plan había salido mejor de lo que esperaba, dado que Elisa, la mujer a la que había contratado, se había convertido finalmente en su esposa y ahora ambos disfrutaban de un feliz matrimonio.

Dereck inclinó su espalda hacia él para que solo su amigo pudiese escuchar sus palabras.

—Huye —pronunció provocando que Oliver riese.

—¿Tan peligrosa es? —se sorprendió.

Dereck se encogió de hombros mientras volvía a apoyarse en el asiento de cuero en una actitud nada formal.

—¿Estás dispuesto a probarlo?

Oliver chasqueó la lengua y acabó de beber el trago que le quedaba. Elevó la copa para que el camarero se la rellenase.

—¿Una copa más? —preguntó a Dereck.

Este negó y volvió a acercarse a él mientras el camarero se acercaba y rellenaba la copa. Esperó a que se alejase y volvió a sonreír de forma pícara a su amigo.

—Esa mujer es una manipuladora y es capaz de cualquier cosa por conseguir un título. Ve con cuidado y si tienes problemas, ya sabes, avísame.

Oliver estuvo a punto a atragantarse cuando escuchó el ofrecimiento de su amigo.

—Avisarte… ¿para qué? —bromeó—. ¿Para que seas tú el que me busque una esposa? —rio—. Amigo mío, sé buscármela yo solo.

Dereck se encogió de hombros.

—Solo te estaba ofreciendo mi ayuda —comentó sonriente antes de darle otro sorbo a su copa.

Oliver suspiró y miró a su amigo, pensativo.

—Tú has tenido suerte, has encontrado a una mujer que te quiere de verdad, no solo por tu título.

Dereck asintió.

—Sí, soy un tipo con suerte, amigo mío, y tú… —lo señaló—, también lo serás —le guiñó

el ojo con complicidad—. Pero cuidado con la señora Rossell —volvió a prevenirle, luego miró a los lados con una sonrisa—. Y con muchas de las mujeres de estos caballeros —Saludó a uno con la cabeza en actitud cortés, aunque estaba claro que el caballero no había escuchado nada de lo que decía—. La gran mayoría se lanzará sobre ti como si fueses un trofeo.

La puerta se abrió y uno de los trabajadores del club se acercó rápidamente a su mesa llamando la atención de los dos.

—Duque —lo saludó en primer lugar, luego miró a Oliver—. Conde, le traigo una nota urgente de su madre —informó tendiéndole un pequeño sobre.

Oliver lo miró sorprendido y cogió el sobre que le ofrecía.

—Gracias —comentó antes de que este se alejase.

Dereck lo miró extrañado mientras Oliver abría el sobre. Extrajo la nota y la leyó en silencio.

Hijo, ven a casa, es muy urgente.
Tu hermano tiene problemas.

Dereck se echó de nuevo hacia delante.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

Oliver respiró hondo y dobló la nota. Directamente se puso en pie metiendo la nota en su bolsillo.

—No estoy muy seguro —respondió con franqueza—, pero debo dirigirme a mi hogar con urgencia.

Dereck se puso en pie de inmediato y asintió.

—¿Has venido andando o con carruaje?

—Andando —respondió.

Ambos se dirigieron a la barra para pagar sus copas, aunque Dereck se adelantó entregándole al camarero el dinero y una generosa propina.

—Tengo el carruaje aquí. Te acerco a tu hogar —le informó.

Ambos se dirigieron por el pasillo a la salida donde unos hombres les tendieron sus abrigos y otro fue a por el carruaje.

Se quedaron en la puerta observando la lluvia caer. Oliver metió las manos en los bolsillos de su traje mientras esperaba al lado de su amigo, mirando al frente.

—Creo que mi hermano vuelve a tener problemas —susurró.

Dereck observó su perfil y apretó los labios.

Martin James Howland, el hermano de Oliver, siete años más pequeño que este, era un buen chico, siempre lo había sido, pero tras la muerte de su padre había tomado una senda destructiva. Sí, la muerte del conde los había afectado a todos, pero en especial al hermano pequeño que con diecinueve años no dejaba de meterse en líos desde entonces.

—Cualquier cosa que necesites, pídemela —comentó Dereck situando su mano sobre el hombro de su amigo.

Ambos habían estado muy unidos desde pequeños. De hecho, habían asistido al mismo internado desde los trece hasta los dieciocho años.

El internado *Harrow School*, un colegio exclusivamente para chicos de entre trece y dieciocho años, contaba con una enorme reputación y acudía solo la élite. Fundado en 1572 bajo el reinado de Isabel I de Inglaterra, era uno de los internados más destacables de ese país.

Allí se habían conocido y, posteriormente, una vez habían salido de este, habían continuado su amistad juntándose en el club de vez en cuando. Habían vivido juntos numerosas aventuras y

siempre se habían tenido el uno al otro.

Esta vez no iba a ser menos.

—¿Cómo puede hacerme esto? —sollozó Victoria, la condesa viuda—. Sabe por lo que estoy pasando… y aun así hace estas cosas —pronunció rompiendo a llorar.

Cuando había llegado a su hogar se había dado cuenta de los gestos nerviosos del servicio. Algo no iba bien.

Había subido directamente al despacho donde su padre, en vida, pasaba largas horas. Ahora, ese era su despacho y el lugar donde se reunía con banqueros, abogados y trabajadores.

No había cambiado nada de él. La mesa de madera oscura a juego con la gran biblioteca encajada en la pared de enfrente, las cortinas color azul del amplio ventanal del mismo color que la moqueta bajo la mesa y el tapizado de la silla, los cuadros... todo seguía igual.

Era un despacho realmente elegante, decorado con excelente gusto por su padre. Por eso mismo, cuando se había instalado allí por primera vez, había decidido no tocar nada.

Ese era uno de los últimos lugares donde había estado su padre y así permanecería.

Se había dado cuenta de que la situación era realmente grave al encontrar allí a su tío Alfred, hermano de su madre, intentando consolarla sin conseguirlo.

Su madre lo esperaba sentada en la silla, con el cuerpo echado hacia delante, sobre la mesa, llorando sin parar. Su tío lo había recibido encogiéndose de hombros. Era muy buen hombre, pero jamás había sabido consolar a nadie.

Oliver inspiró hondo intentando calmarse, lo sucedido era realmente serio.

—Mi Martin… —seguía llorando la condesa desesperada—, mi niño…

—Bueno, ya no es tan niño —comentó su tío Alfred situando una mano en la espalda de su hermana—. Sabe lo que hace.

Tanto la condesa viuda como Oliver enarcaron una ceja hacia él.

Su madre se puso en pie y se removió nerviosa por la habitación.

—Han debido de tenderle una trampa… —dijo como si aquello solucionase todos sus problemas.

—Madre —susurró Oliver lentamente.

—Ha debido de ser eso, ¿verdad? —preguntó a su hermano desesperada. Alfred no pudo hacer otra cosa que apretar los labios y encogerse de hombros, lo cual desesperó más aún a Victoria que parecía estar al borde de un ataque de nervios—. Y tan cerca del inicio de la temporada… —se compadeció mientras se llevaba la mano a la sien—. ¡Esto va a ser un escándalo!

Oliver se pasó la mano por los ojos y los frotó. Ya estaba acostumbrado a que, desde la muerte de su padre, su hermano pequeño se metiese en líos, pero siempre habían sido pequeñas travesuras, cosas banales, sin embargo, esto sí que podía costarle un buen escándalo como decía su madre.

—Debe de estar asustado, con miedo… —continuó su madre ocultándose la cara con las manos.

Los duelos estaban totalmente prohibidos. Sin embargo, su querido hermano Martin James Howland había sido detenido por las autoridades de Londres junto a un grupo de tres jóvenes, empuñando un arma y… borracho. Uno de los jóvenes que se encontraba allí había sido herido en una pierna. Aquel disparo era el que había llamado la atención de las autoridades que se habían dirigido directamente hacia allí, deteniéndolos y acusándolos de realizar un duelo, algo totalmente ilegal.

Oliver miró a su tío preocupado.

—Voy a buscar a mi hermano al calabozo —pronunció Oliver dirigiéndose a la puerta.

—¡No! —gritó su madre alterada, lo que hizo que se girase extrañado hacia ella—. No puedes ir tú, Oliver —indicó.

—Y… ¿por qué no? —preguntó seriamente—. Es mi hermano.

Su madre se puso en pie.

—Por Dios, Oliver, ¡eres el conde de Devon! —exclamó mientras iba hacia él—. En breve comienza la temporada y…

—Madre, por favor, ¿crees que en estos momentos me interesa la temporada? —preguntó seriamente—. Lo único que me interesa es sacar a mi hermano del calabozo.

Esta vez fue su tío el que le cortó el paso, lo que se ganó una ceja enarcada por parte de Oliver.

—Oliver, hijo mío… —susurró su madre intentando aparentar serenidad—, esto podría perjudicar tu reputación y la de todos nosotros. —Tragó saliva y se pasó una mano por su mejilla —. No puedes acudir tú a los calabozos y…

—Padre lo hubiese hecho —le indicó él, también afectado por el comportamiento de su hermano—. Ahora yo soy el cabeza de familia y debo…

—Él nunca hubiese dejado que fueses tú a los calabozos y que perjudicases así tu nombre —comentó cogiéndolo de la mano. La tomó entre las suyas de forma cariñosa y lo acarició—. Además, están buscando a más jóvenes. Por lo visto, el grupo era bastante numeroso y solo han logrado detener a tres. Es mejor que no te acerques por los calabozos.

Oliver ladeó su cuello mientras su madre se dirigía de nuevo hacia la silla.

—¿Insinúas que podrían culparme?

Su madre se sentó.

—Es tu hermano pequeño, así que seguramente si vas a buscarlo te interrogarán. —Su madre estaba totalmente abatida sobre la silla. Arqueó su espalda hacia delante y apoyó su frente en su mano.

—He estado en el club de caballeros toda la noche, madre. Tengo testigos —recordó.

—Lo mejor es que te mantengas lo más alejado posible de todo. Cuanto más, mejor… —comentó—. Ahora iniciarán los interrogatorios de los sospechosos: familiares, amigos… no quiero que te involucres en esto. —Oliver miró de reojo a su tío Alfred y pasó una mano por su frente, agobiado—. Necesito que te alejes.

—¿Que me aleje?

—Necesito protegerte —indicó ella.

—Madre, no soy un niño… sé arreglármelas solo.

Su tío situó una mano en su hombro y dio una palmadita.

—Escucha a tu madre —le susurró intentando calmarlo.

Victoria se removió nerviosa por la habitación durante cerca de un minuto, intentando calmarse y ordenar sus ideas.

Inspiró con fuerza y se giró hacia su hijo con la espalda erguida, como si hubiese tomado una determinación.

—Tu tío Alfred irá a recoger a tu hermano —sentenció.

—No, madre… Martin es asunto mío y yo…

—¡No me interrumpas! —gritó su madre que estaba realmente estresada, lo que provocó que Oliver guardase silencio. Su madre siempre mantenía la compostura, usaba un tono de voz calmado, sin embargo, ahora su voz sonaba estridente y sus manos temblaban. Victoria dio unos pasos hacia delante y acarició el brazo de su hermano intentando estar serena—. Por favor,

hijo… no quiero que eches tu vida a perder. En poco tiempo empieza la temporada, tú querías buscar una esposa y…

—Me importa más mi hermano —comentó con los dientes apretados.

—A mí, hijo mío, me importáis los dos por igual —respondió su madre—, por eso no puedo permitir que tú también empañes tu reputación. —Miró a Alfred y asintió como si finalmente aceptase una propuesta de este—. Hasta que todo esto se calme necesito que te alejes de Londres…

—Madre, yo no puedo…

Su madre lo cogió por los dos brazos.

—No quiero que la conducta de tu hermano tache tu buen nombre. Tú eres el conde de Devon y, como tal, debes ser respetado por todos. No quiero que nadie pueda hacer conjeturas sobre ti —inspiró mientras acariciaba sus brazos—. Debes conseguir una buena esposa y tener herederos que transmitan nuestro título y nuestro nombre. —Tragó saliva y miró de reojo a Alfred antes de volver a fijar sus ojos en los de su hijo—. Tu tío Alfred tiene un buen amigo en Birmingham, podrás quedarte allí hasta que todo esto pase.

—¿Qué? —preguntó asombrado y se giró hacia su tío—. ¿De qué está hablando?

Alfred tomó aliento antes de hablar.

—Tengo un buen amigo en Birmingham, el señor Peter Stafford. Tengo negocios con él…

—¿Qué tipo de negocios? —se interesó Oliver.

—El señor Stafford tiene una empresa de ferrocarriles, trabaja el aluminio. Me debe más de un favor… —indicó—, le he dejado la madera a muy buen precio muchas veces. —Oliver resopló al escuchar aquello—. Es un gran hombre.

—Hemos pensado… —continuó su madre provocando que Oliver se girase—, que lo mejor es que te alojes un tiempo con él.

—¿Con él? —Oliver no salía de su asombro.

—Muchacho —continuó su tío—, ¿crees que la familia del herido en el duelo no buscará represalias?

—Y por eso mismo debo quedarme aquí, con mi madre —indicó él.

—No, por eso mismo debes alejarte y pasar lo más desapercibido posible —continuó su tío —. Yo me reuniré con la familia del herido e intentaré aclarar todo esto, pero, mientras tanto, debes permanecer alejado. Mi abogado se dirige ya a los calabozos.

—No pienso dejar a mi madre —insistió él señalando el suelo firmemente.

—Oliver, Oliver… —comentó su madre girándolo hacia él—, escúchame. Sé que quieres protegerme, pero mi deber como madre es protegerte yo a ti —comentó con ternura—. Siempre dices que detestas esta ciudad, que te gustaría alejarte de todo esto un tiempo… tómalo como unas vacaciones —acabó su madre, lo que provocó que Oliver respirase hondo—. Necesito saber que tú estás a salvo para poder dedicarme totalmente a tu hermano —imploró—. Por favor te lo pido, hijo. Hazlo por mí. No quiero ver cómo esto te arrastra a ti también. —Tragó saliva—. Es lo que tu padre hubiese querido.

—No metas a papá en esto… —susurró con dolor.

—Será poco tiempo —intentó darle a su voz un tono más alegre para intentar convencerlo, aunque sus ojos estaban bañados en lágrimas—. Tú no estarás involucrado en esto y yo podré estar tranquila por ti. Por favor —suplicó—, todo será más rápido de lo que crees. —Oliver cerró los ojos unos segundos—. Necesito que el apellido de tu padre conserve su buen nombre.

Aquello acabó de destrozarlo. No quería dejar a su madre ni a su hermano en una situación así, aunque la comprendía.

—El duque puede corroborar que he estado esta noche con él —comentó con cariño—, no te preocupes tanto por mí, mamá.

Su madre suspiró y pasó una mano por su mejilla.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Sois mis hijos y lo único que me queda del hombre al que amé toda mi vida.

Oliver cerró los ojos.

Sus padres habían sido una de las parejas mejor valoradas de todo Londres, allá por donde pasaban destilaban amor y ternura, y era cierto, jamás los había escuchado discutir, siempre se habían ayudado el uno al otro… él aspiraba a tener algo así en su vida.

—Está bien —dijo al final.

—De acuerdo —comentó su tío dirigiéndose al escritorio. Cogió un sobre cerrado y lo guardó en su bolsillo—. Prepara una pequeña maleta, partimos en media hora —indicó dirigiéndose a la puerta para salir del despacho y preparar el carruaje.

—¿Salimos? ¿Vienes conmigo? —preguntó sin comprender—. ¿No ibas a encargarte de…?

—Solo voy a acompañarte y a hablar con mi amigo. Alguien tendrá que explicarle lo ocurrido. Luego volveré directo aquí —indicó antes de cerrar la puerta tras de sí.

Oliver suspiró y miró a su madre que lo observaba con ojos llorosos.

Abrazó a su madre con cariño.

—No quiero dejarte —le susurró.

—Lo sé, cariño, pero es lo mejor para todos —continuó ella. Dio unas palmaditas a su mano y la soltó—. Prepara tu equipaje, que tu tío no tenga que esperar mucho. —Le sonrió fingiendo calma—. Cuanto antes marches antes podrás volver.

Oliver besó su mano y asintió.

—Tenme al corriente de todo.

—Así lo haré —dijo acariciando su mejilla antes de que Oliver saliese del despacho en dirección a sus aposentos.

2

—Señoritas, ¡por favor! —exclamó la señora Barton provocando que las risas en susurros de sus cinco aprendices cesasen.

Nicole miró de reojo a sus cuatro compañeras, todas de punta en blanco, sentadas a la mesa saboreando un té con limón con un chorrito de leche. Todas debían tener una posición perfecta, espalda recta, tomar la taza por el asa sin levantar jamás el dedo meñique. Jamás soplar el té, esperar pacientemente a que la infusión se enfriase y beberla a pequeños sorbos.

—Señorita Harris, recuerde, si bebe el té la cuchara nunca debe estar dentro, siempre deposítela en el platillo —indicó la señora Barton.

Meggie Harris asintió mientras intentaba controlar una sonrisa en sus labios, al igual que el resto de sus compañeras.

Meggie Harris tenía una bonita cabellera rubia rizada recogida en un hermoso moño a su nuca. Su piel blanca y aterciopelada contrastaba con sus enormes ojos azules y era, sin duda, una de las debutantes estrella de aquella temporada junto a Amanda Lewis, una preciosa chica de cabello rojizo y ojos verdes. Annette Grant tenía un precioso cabello largo rubio y unos ojos de un tono ámbar, llamativos sin duda, y su gran amiga Judi Kemp era una preciosa chica de cabello ondulado y rubio, con unos grandes y enormes ojos azules.

Luego estaba ella, una chica sin nada que destacase, nada que la convirtiese en una de las debutantes más llamativas de aquella temporada.

Nicole Mary-Anne Howland tenía el cabello castaño, largo, con unas ondas al final de este y unos enormes ojos color miel. Miró a sus compañeras de reojo. Sí, sin duda todas ellas encontrarían un matrimonio beneficioso para sus familias en su primera temporada. Ella, sin embargo, no tenía nada de especial, nada que llamase la atención.

Desde muy pequeña se había formado y preparado para este momento. Había leído innumerables libros, sabía tocar el piano, pintar al óleo, sabía comportarse perfectamente en sociedad… Se consideraba una mujer inteligente, bien formada, pero eso, finalmente, no importaba a la hora de encontrar marido. Por lo visto, los hombres no buscaban una mujer que les diese buena conversación, solo buscaban una bonita mujer con la que tener descendencia. Muchas veces se sentía incómoda ante esa situación, pero, finalmente, había aceptado su destino.

Provenía de una buena familia.

Su padre, Peter Stafford, era dueño de una de las industrias más importantes de Birmingham.

El sistema ferroviario de Inglaterra era el más antiguo del mundo. El primero se elaboró en el año 1825 y recorría el trayecto entre Stockton y Darlington. En 1830 se puso en marcha la primera línea de pasajeros que iba de Liverpool a Manchester. Su abuelo, John Williams Stafford, había invertido su pequeña fortuna en la industria del acero, la siderúrgica.

Había sido todo un golpe de suerte, pues los ferrocarriles se construían a base de hierro y acero y ese era el momento ideal para invertir, puesto que Inglaterra comenzó en esa fecha a implementar los ferrocarriles.

La economía de la familia Stafford fue creciendo y la industria siderúrgica pasó de su abuelo a su padre y, posteriormente, pasaría a Robert, su hermano mayor, casado con la hija de uno de los magnates de la siderúrgica de Estados Unidos, por lo que su imperio se ampliaba.

Desde su matrimonio, Robert se había ido a vivir a Nueva York y desde allí, junto a su padre, llevaban la gran empresa.

Luego estaba su hermana mayor, Jacqueline, casada con el hijo de un famoso barón que poseía una gran baronía, por lo que su hermana ya pertenecía a la nobleza de Inglaterra, aunque ese fuese el rango más bajo. Su marido trabajaba en el Parlamento de Inglaterra, lo cual había dotado a su hermana de una gran popularidad entre las mujeres de Londres. Ahora, Jacqueline estaba demasiado ocupada como para pasar un rato con ella, sin duda disfrutaba mucho más de la compañía de todas las damas de Londres y de interceder por ellas y por los intereses de sus familias delante de su marido. Todas requerían su atención.

Y luego estaba ella, sin aspiraciones a título, a nada, pese a que su hermana no dejase de presumir de ello ante ella y que un halo de prepotencia y superioridad se hubiese apoderado de Jacqueline desde que había contraído matrimonio. Odiaba las típicas frases que le decía:

—Entonces, ¿vendrás a la celebración de mi cumpleaños? —había preguntado a su hermana con toda la ilusión.

—Una mujer como yo está muy ocupada —había respondido sin mirarla, solo observándose en el espejo el tocado que llevaba en el pelo.

—Oh, vamos… hermanaaa —había protestado con una clara súplica.

—Baronesa —le había recordado alzando el dedo—. Ahora soy baronesa.

Nicole había puesto los ojos en blanco.

—Claro, baronesa, mis disculpas —había repetido lentamente con cierto retintín.

Aunque su frase favorita y la que sin duda se llevaba el premio era la que había pronunciado unas semanas antes, cuando su padre le había pedido que la acompañase en su presentación en sociedad:

—Oh, papá, una mujer como yo está demasiado ocupada… —Su padre había carraspeado mientras observaba a Nicole de reojo. Jacqueline había suspirado como si se diese por vencida —. Está bien, iré con ella… —comentó como si no hubiese otro remedio—. Supongo que podré presentarte a alguien interesante para ti —acabó con su tono de voz pomposo.

Como era natural, Nicole había vuelto a poner los ojos en blanco, y es que era algo normal en ella hacer esos gestos cada vez que su hermana pronunciaba algo por el estilo, que era casi siempre.

—Nicole, por favor… esos gestos —le había reprendido su padre.

Nicole había apretado los labios y había asentido.

—Disculpa, papá —había pronunciado mientras cogía la cuchara y sorbía delicadamente la sopa.

Su hermana la había mirado fijamente, escudriñándola, y se había acercado a ella disimuladamente.

—A ver si así, en mi compañía, se te pega algo de la aristocracia.

De nuevo, Nicole suspiró y puso los ojos en blanco.

—¡Nicole! —había vuelto a reprenderle su padre.

Jacqueline tenía seis años más que ella, por lo que la diferencia de edad era bastante significativa. Jamás habían estado demasiado unidas en ese sentido, pero debía admitir que desde que había contraído matrimonio era aún peor.

Jacqueline había heredado el cabello castaño de su madre, igual que ella, y los preciosos ojos azules de su padre, igual que su hermano.

—Señoritas —llamó de nuevo la atención la señora Barton—, el asa a la derecha, igual que la cucharita. El platillo siempre acompaña a la taza cuando bebáis y, sobre todo, recordad que la

cucharita jamás debe moverse en círculos, sino de arriba abajo.

Nicole inspiró hondo y cogió su platillo llevando su taza hasta sus labios para dar un sorbo corto.

—Estupendo señorita Stafford —la animó la institutriz.

Las demás muchachas la miraron de reojo, con envidia y resquemor, la única que sonrió fue Judi Kemp. La diferencia era que ellas se tomaban la temporada como una competición: quien consiguiese el mejor marido ganaría. Ella, sin embargo, se había resignado a conseguir un simple matrimonio donde estuviese a gusto con un hombre que la quisiese. Era lo único que deseaba, por nada del mundo quería acabar convertida en una mujer como su hermana, cuya codicia era su razón de ser.

Amanda Lewis la imitó, llevándose también una mirada de aprobación por parte de la señora Barton que las examinaba a todas escrupulosamente, y depositó el platillo junto a la taza sobre la mesa con suma delicadeza.

Se aclaró la voz mientras se llevaba la mano a la boca y adoptó de nuevo aquella postura tan petulante que Nicole había comenzado a odiar.

—Ayer, mi madre… —comenzó con una voz pausada y relajada, aunque se notaba a leguas que quería explicar lo que había escuchado—, se reunió con las damas con las que acostumbra a tomar el té. —Las miró a todas con una sonrisa—. Y confirmó que el barón de Clifford y el vizconde de Portman acudirán a la temporada en busca de esposa —acabó juntando los labios y pestañeando varias veces seguidas.

—Y no solo eso —continuó Annette Grant añadiendo información—, también acudirá el vizconde de Devon.

Amanda miró sorprendida a Annette.

—Oh, Annette —continuó Amanda con su peculiar sonrisa tirante, ladeando el cuello—, estás errada. No es vizconde de Devon, sino conde de Devon. —Se encogió de hombros orgullosa de tener esa información—. Heredó el título de conde hace unos meses. —Luego susurró para el resto—. Por lo visto, su padre, el IX conde de Devon, el señor Andrew Roy Howland, no despertó una mañana.

Judi Kemp se llevó la mano a los labios.

—Eso es horrible —susurró.

Amanda se encogió de hombros como si aquel dato no la afectase en nada.

—Así que ahora el heredero del condado, el décimo conde de Devon, también acudirá este año y dicen que busca una esposa —acabó emocionada.

Estaba claro a quién pretendía echar el guante.

Una sonrisa recorrió el rostro de todas las futuras debutantes menos el de Nicole que apretó los labios.

—Eso es fantástico —comentó Meggie Harris y luego las miró a todas intrigada—. ¿Sabéis cómo es? —preguntó interesada.

Amanda se puso más tiesa en su silla.

—Mi madre dice que es un hombre muy atractivo —sentenció emocionada.

—Señoritas, por favor… —llamó la atención la institutriz—. Ese no es un tema decente para tratar tomando un té.

Nicole dio de nuevo un sorbo y sonrió con cinismo a sus compañeras.

—Claro, señora Barton. ¿Sabéis cuantos acres mide su condado? —preguntó como si aquella pregunta fuese más importante, aunque el tono de voz que empleó dio a entender que lo hacía con ironía.

—Señorita Stafford —comentó la institutriz abochornada—, ese tampoco es un buen tema de conversación —la riñó.

Judi, sentada frente a ella, la miró con una sonrisilla traviesa.

—Discúlpeme, señora Barton —las miró de nuevo a todas, la mayoría la observaban extrañadas, como si no comprendiesen nunca sus comentarios. Inspiró hondo y volvió a coger el platillo delicadamente para dar un sorbo a su té—. Estoy segura de que el décimo conde de Devon es un hombre muy ilustrado —acabó comentando.

Aquellas palabras gustaron más a la institutriz que asintió.

Pudo ver cómo su amiga Judi sonreía mientras también tomaba el té.

Meggie miró con una sonrisa a Amanda y a Annette.

—Estoy segura de que conseguiréis llamar su atención —indicó hacia sus dos compañeras que, sin duda, parecían entusiasmadas con la presencia de un conde en la temporada.

Nicole ladeó su cabeza levemente. Aquel comentario, lejos de ser agradable, daba por sentado varias cosas. ¿Acaso Judi o ella misma no serían capaces de llamar la atención de un conde? Siempre había algún menosprecio sutil por parte de aquel trío. Intentaba que no le afectase, pero realmente lo hacía. No solo tenía que lidiar con una hermana con aires de superioridad que siempre la menospreciaba, sino que incluso entre sus compañeras debutantes también sucedía. Sí, sabía que ella no era tan llamativa físicamente como el resto, pero eso era algo que ella tenía bien presente, no tenía por qué escucharlo cada día mientras tomaba el té por la mañana.

Miró a su compañera Judi que, sin duda, también había detectado las infravaloraciones por parte de Meggie. Judi la observaba apretando los labios.

Nicole resopló disimuladamente mientras caminaba con Judi en dirección a su hogar.

Birmingham era una ciudad enorme, la más grande de Inglaterra después de Londres. Sus calles bullían desde primera hora de la mañana.

La mayoría de las mañanas solía acudir con la institutriz y, por la tarde, o se reunía con su amiga Judi o iba a la modista para acabar de confeccionar su fondo de armario para la temporada que empezaría en breve.

Estaba nerviosa, aquella era su primera vez y, aunque no le importaba mucho no acabar la temporada con un matrimonio, debía admitir que los comentarios de su hermana, así como los de las otras debutantes, la ponían histérica.

—No la soporto —le susurró Judi cogiéndose a su brazo.

Nicole asintió.

—Yo tampoco, a ninguna de las tres —confirmó—. ¿Acaso se creen mejores que nosotras? ¿De dónde les viene esa idea?

—Admitirás que la peor de todas es Amanda —rio Judi con suspicacia, como si le revelase un secreto a su amiga.

—Por supuesto —confirmó Nicole divertida. Miró hacia delante y giraron una esquina—. Espero que acabe casada con un granjero, sin menospreciarlos, claro, que realizan muy bien su trabajo.

—Eso sería genial —apuntó Judi divertida—. Y que tú o yo acabásemos casadas con el conde de Devon —rio y luego chasqueó la lengua—. Aunque siendo realistas…

Nicole le dio unas palmaditas en la mano.

—Eh, ¿qué tienen ellas que no tengamos nosotras? —preguntó alzando el mentón.

Judi suspiró y se quedó pensativa.

—¿Seguridad? —le preguntó.

—Pues eso se tiene que acabar —reaccionó Nicole rápidamente—. Además, los hombres también buscan algo más…

—¿El qué? —preguntó Judi enarcando una ceja.

—Una conversación decente, ser confidente de su esposa, poder pasar momentos agradables juntos… —dijo pensativa—. Mis padres eran así… —susurró con tristeza—. Mi padre siempre lo dice, lo que más le atrajo de mi madre fue su sonrisa sincera y la conversación.

—No todos los hombres son iguales —recordó ella.

—Exacto —respondió—, y por eso mismo nosotras nos tenemos que hacer valer. Puede que Amanda, Annette y Meggie nos superen en altura, en figura… —luego miró a su amiga Judi, a sus enormes ojos azules—, pero nosotras seremos más reconocidas y valoradas que ellas. —Judi sonrió al escuchar la firmeza de sus palabras—. Al menos nosotras somos amigas de verdad. ¿Crees que ellas lo son?

Judi comenzó a reír.

En eso su amiga tenía toda la razón. Ellas dos disfrutaban de su amistad desde hacía años, no como aquellas tres debutantes que se habían conocido hacía pocos meses y competían fieramente por demostrar su valía ante ellas mismas.

Su amiga se cogió más fuerte a su brazo.

—Bueno, al menos nos tendremos la una a la otra —comentó sonriente—. Eso me tranquiliza bastante.

Se detuvieron ante una de las casas y Judi se soltó de su mano.

Ambas vivían cerca, por lo que el camino de ida y vuelta a las clases de la institutriz siempre lo hacían acompañadas.

Judi se giró hacia ella.

—¿Haces algo esta tarde? —preguntó.

Nicole se encogió de hombros.

—Viene mi hermana. Tengo que ir a la modista con ella —respondió con fastidio.

Judi le hizo un gesto de desagrado, pues conocía de sobra las formas de Jacqueline con su hermana y los comentarios que esta recibía constantemente.

—Te deseo suerte, amiga —comentó antes de girarse y despedirse de ella con un movimiento de mano.

Nicole suspiró y miró al frente. A pocos metros se encontraba su lujosa vivienda.

—Gracias, la voy a necesitar —susurró para ella misma.

Caminó hasta su hogar y entró.

Como siempre, el jardín delantero de la vivienda lucía espectacular. Varios frondosos árboles daban sombra a un camino de piedra situado en medio del césped que llevaba hasta un precioso porche donde había varios asientos de mimbre donde poder disfrutar del té por las tardes.

El porche, sujeto por dos anchas columnas redondeadas, le daba un aspecto aristocrático a la casa.

Nada más entrar uno de los sirvientes se detuvo ante ella para ayudarla a quitarse el abrigo.

—Muchas gracias, Edgard —comentó ella mientras avanzaba por el pasillo hasta el enorme salón.

Caminó a través de él, sobre el mármol blanco que daba gran luminosidad a la estancia, y se acercó a la ventana para observar su precioso jardín.

Así como el jardín delantero no era muy amplio, el trasero era increíble. Era la parte que más disfrutaba de la vivienda durante la época de calor. Le encantaba sentarse o tumbarse en el

balancín de su porche trasero y pasar largas horas leyendo.

La parcela de terreno conectaba ya con las afueras de Birmingham a través de un frondoso bosque.

Salió al porche sintiendo el viento helado y se fijó en que varios de los jardineros recortaban los matorrales haciéndolos más estéticos. Caminó en dirección a la fuente circular. De pequeña había pasado largas horas allí, metiendo sus pies y chapoteando, ahora era algo que ya no podía permitirse, al menos, de cara al resto de la gente. Debía confesar que, aún a día de hoy, en época de verano y cuando no había ningún familiar en casa, se sentaba en la piedra de la enorme fuente circular y hundía los pies, relajándose.

A un lado tenían una pequeña casita de invitados. No era comparable con su casa, pero sí servía para cuando familiares habían acudido a hacerles una visita y querían gozar de un poco más de intimidad.

Un poco más alejadas estaban las caballerizas. Desde pequeña había sido una buena amazona. Ese era uno de los grandes placeres que se permitía, cabalgar durante horas por su terreno.

—Disculpe —preguntó a uno de los jardineros que se giró de inmediato—, ¿mi padre está en las caballerizas?

—No, señorita Stafford, hoy no ha venido. Debe de estar trabajando.

Ella asintió y se dio media vuelta.

—Gracias —contestó sonriente.

Cogió con su mano su vestido largo color verde y se dirigió de nuevo al interior de la vivienda.

La enorme vivienda contaba con tres plantas. La primera, donde se hallaba el enorme salón, la cocina, y una enorme sala de estar. La segunda, que contaba con las cinco habitaciones y el despacho de su padre, y la tercera, donde se encontraban las habitaciones del servicio.

Subió los escalones sujetando con fuerza su vestido y se dirigió al despacho de su padre.

Cuando no estaba paseando por el jardín o en las caballerizas disfrutando de un rato relajado siempre se encontraba trabajando en su despacho. Suponía que llevar una empresa como aquella no era un trabajo fácil, de ahí que pasase tantas horas encerrado en su despacho.

Como era costumbre, cuando llegaba de sus clases con la institutriz acudía a verle para explicarle sus progresos. Hablar con su padre era algo con lo que disfrutaba. Lo cierto era que tenía mucha mejor relación con su padre y su hermano que con su hermana, aunque fuesen del mismo sexo. Su padre siempre se había interesado por su educación, su comportamiento y porque fuese, ante todo, feliz.

Abrió la puerta con una sonrisa, dispuesta a explicarle los rumores que había escuchado y el comportamiento de las debutantes.

—Buenos días, pa… —se quedó totalmente estática bajo el marco de la puerta. Se removió inquieta cuando las miradas de tres hombres se posaron sobre ella. Una de ellas era la de su padre que la miraba seriamente por su intrusión en la reunión, otra era la de un hombre de la misma edad que la miraba sorprendido y, por último, la de uno más joven que, en este caso, enarcaba una ceja hacia ella. Observó cómo ese joven la miraba de la cabeza a los pies. Durante unos segundos coincidió la mirada con aquel joven de ojos grises y cabello castaño oscuro. Tenía una mirada que, durante unos segundos, la dejó sin respiración.

Se removió inquieta y apretó los labios.

—Disculpad… —pronunció—, no sabía que estabas reunido, padre —comentó avergonzada.

Sin esperar respuesta cerró la puerta. Solo entonces se dio cuenta de que volvía a respirar.

Normalmente, su padre solía tener reuniones por la tarde, cuando ella estaba entretenida. Le había cogido totalmente de improviso. Se sentía avergonzada, no solo por su eufórica entrada en su despacho ante la presencia de dos desconocidos, sino por la mirada tan inquisitiva del joven de ojos grises.

Inspiró hondo y se apartó rápidamente de la puerta dirigiéndose hacia su habitación. Por el pasillo se encontró con su doncella y dio unos rápidos pasos hacia ella. Georgina salía de su dormitorio cargando unas cuantas sábanas.

—Georgina —la llamó.

La mujer se giró con una sonrisa.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días —contestó situándose ante ella. Miró un segundo hacia atrás, hacia la puerta del despacho de su padre—. ¿Sabes con quién está reunido mi padre? —preguntó con curiosidad.

—No, señorita, lo siento. —Nicole negó y esbozó una sonrisa tímida. Se giró de nuevo observando la puerta del despacho. Lo cierto era que sentía curiosidad por saber quién era aquel joven, se había quedado totalmente absorta contemplando sus ojos—. ¿Estará aquí en la habitación, señorita? —Nicole se giró como si despertase de un sueño y asintió—. En breve estará preparada la comida, después la ayudaré a vestirse. Su hermana vendrá esta tarde para acompañarla a la modista, ¿cierto? —Nicole asintió de nuevo—. De acuerdo —dijo girándose hacia las escaleras para llevar las sábanas a la planta baja.

Nicole se quedó frente a la puerta de su habitación mirando en dirección al despacho de su padre. ¿Serían nuevos inversores?

Aquellos ojos la habían inspeccionado de la cabeza a los pies. Sintió un escalofrío al recordar aquella mirada.

Las voces de los sirvientes la despertaron de su ensoñamiento. Dio medio vuelta y entró en su dormitorio a esperar a que la avisasen de que la comida estaba ya preparada.

3

Habían llegado rozando las nueve de la mañana a Birmingham.

Después de toda la noche en el carruaje sin pegar ojo lo que más ansiaba era tumbarse sobre un mullido colchón y descansar.

No era solo el movimiento incesante del carruaje, sino la preocupación lo que lo mantenían despierto. Dejar a su madre sola en esas circunstancias no era de su agrado. Bien sabía que su madre y su tío lo hacían con toda la buena intención del mundo, pues era mucho mejor que se mantuviese al margen de supuestos interrogatorios, habladurías y de la reciente actuación de su hermano. ¿Qué haría si el abogado conseguía sacar a su hermano del calabozo? ¿Pasear con él por las calles? ¿Mantenerse alejado? No, sabía que de una forma u otra hablarían de él, sin embargo, si la excusa de su madre funcionaba no tendría que someterse al ojo crítico de la gente. En principio, a ojos del mundo él estaría realizando negocios por Europa. Sí, sabía que ellos tenían razón, pero eso no impedía que la preocupación lo consumiese por dentro y no lo dejase dormir.

Después de preparar una pequeña maleta con lo imprescindible había subido al carruaje sin insistir más por quedarse allí. No quería dar más disgustos a su madre, pues bastante tenía ya con la muerte de su padre y el comportamiento de su hermano. Obedecería, aunque no estuviese de acuerdo, solo para contentarla.

Solo se habían detenido dos veces durante el trayecto y había sido apenas media hora.

Por suerte, el señor Peter Stafford se encontraba en su vivienda cuando habían llegado. Había observado la vivienda desde el carruaje quedando totalmente asombrado, pues bien podía competir con la suya propia.

Los había recibido al momento y se habían encerrado en su despacho.

Tal y como su tío le había dicho eran grandes amigos, solo le había bastado un minuto para darse cuenta, pues nada más llegar su tío y Peter se habían dado un gran abrazo.

Oliver miró atento al señor Stafford mientras su tío acababa de explicarle lo ocurrido. Suponía que debía de tener confianza con él, pues no había escatimado en detalles.

—La condesa viuda tiene razón en todo lo que dice. —Miró a Oliver—. Esto puede causar un gran escándalo y afectar a su reputación. —Su tío Alfred asintió—. Sobre todo, ahora que se acerca la temporada. —Volvió a mirar a Oliver con una leve sonrisa—. Por supuesto que es bienvenido, puede instalarse en una de las habitaciones de esta planta si lo desea.

Oliver negó con su cabeza.

—Se lo agradezco mucho, pero la idea de venir aquí es pasar lo más desapercibido posible —explicó y se acercó un poco más a la mesa—. Ya sabe cómo es la sociedad de hoy en día. Los cotilleos vuelan y, estando tan próxima la temporada, si corriese la voz acerca de mi paradero… es posible que recibiese más de una visita. No —comentó—, prefiero pasar desapercibido, aun así, estoy inmensamente agradecido por su ofrecimiento.

—Claro, claro… —respondió el señor Stafford.

—Es de vital importancia que nadie sepa que se encuentra aquí —continuó su tío—. En principio… —carraspeó un poco—, comentaremos que se encuentra en un viaje por Europa… por negocios, ya sabe —dijo moviendo su mano.

—Por supuesto —volvió a darle la razón el señor Stafford y extendió las manos hacia el

conde—. ¿Dónde quiere alojarse?

Oliver ladeó su cuello y reveló una sonrisilla en sus labios.

—He visto que en el jardín trasero tiene una casita de invitados —comentó.

—Oh, claro… —ratificó el señor Stafford—, puede disponer de ella todos los días que desee.

—Espero que no sean muchos —comentó Oliver un poco tirante, mirando de reojo a su tío.

—Lo que necesite —insistió Peter Stafford.

—Bien, pues… —comentó su tío Alfred poniéndose en pie—, será mejor que…

—Hay otra cosa que me gustaría aclarar —comentó Oliver provocando que su tío volviese a sentarse disimuladamente—. Perdone mi insistencia, pero cuando digo que no quiero que nadie sepa que me encuentro aquí… esto incluye también a su personal —apuntó.

El señor Stafford lo miró sorprendido, sin comprender realmente las implicaciones de lo que decía. Estaba claro que el señor Peter Stafford no iba a comentar a nadie del exterior de su vivienda que el conde de Devon se encontraba alojado en su casita de invitados, pero había pensado que, obviamente, por su condición de conde querría que lo atendiesen como tal.

—¿No quiere que…?

—¿Necesita a alguien en las caballerizas? —preguntó directamente.

Su tío lo miró de reojo. Ya que iba a cometer aquella locura lo haría bien, pues bien sabía lo chismoso que podía ser el servicio de una vivienda. Mejor evitar esa situación.

El señor Stafford permanecía totalmente asombrado. Se llevó el dedo a la nariz y subió sus gafas lentamente, con la mandíbula desencajada.

—Mmm…

—Se me dan bien los caballos —continuó Oliver, aunque al ver la cara totalmente anonadada de Peter chasqueó la lengua—. ¿Quizá en el jardín?

—¿Quiere que… que lo contrate? —preguntó sin salir de su asombro.

—No, no hace falta —respondió Oliver sonriente—, simplemente diga a su personal que soy el nuevo mozo de cuadra o el jardinero… lo que sea más viable.

El señor Stafford se removió nervioso en la silla mientras el tío Alfred miraba a su sobrino de reojo.

—Mmm… bueno, un jardinero… nunca… nunca viene mal… —tartamudeó un poco nervioso por ofrecerle desempeñar esa función a un conde.

—Estupendo —señaló Oliver.

—Pero… se alojará en la casa de invitados… —recordó—, un jardinero no…

Oliver se encogió de hombros.

—Diga que soy el hijo de un amigo que busca una oportunidad, que vengo de lejos.

El señor Stafford tenía la boca totalmente seca. Lo miró enarcando una ceja.

—¿Está seguro? —preguntó no muy conforme, luego miró a Alfred con quien tenía más confianza—. Usted… es…

—Sí, sí, un conde, el conde de Devon, créame que lo sé perfectamente —continuó sonriente —, pero en cuanto mi tío salga por la puerta pasaré a ser simplemente Oliver, el… —dejó la frase inconclusa y le tendió la mano al señor Stafford para que él la continuase.

—El… ¿jardinero? —acabó corroborando Peter con tono de pregunta.

—Me gusta —opinó Oliver cruzándose de brazos.

El comentario de su madre acerca de que se tomase aquello como unas vacaciones iba a ser cierto. Ahora que comenzaba a hacerse a la idea, el abandonar durante un tiempo los protocolos y la cortesía le atraía bastante.

En ese momento la puerta del despacho se abrió sin previo aviso.

Tanto Oliver como Alfred se giraron.

—Buenos días, pa…

Oliver ladeó su cabeza asombrado al ver a aquella muchacha allí, bajo el marco de la puerta, totalmente sorprendida, incluso pálida por la interrupción. Sus ojos la miraron de la cabeza a los pies. Era una chica bastante menuda, con el cabello castaño recogido en un moño a la nuca. Tenía unas facciones muy delicadas, con unos enormes ojos marrón claro casi miel y una nariz respingona. Sus labios eran muy carnosos. Vestía un precioso vestido color verde largo entallado en su pecho y más ancho en las caderas, lo que acentuaba sus curvas. Era una chica preciosa… ¿e iba a decir papá? ¿Era su hija?

Enarcó una ceja. Una hija muy atractiva, realmente.

—Disculpad… —pronunció—, no sabía que estabas reunido, padre —comentó avergonzada.

Tal y como dijo eso desapareció cerrando la puerta.

Oliver se quedó unos segundos contemplando la puerta hasta que se giró hacia el señor Stafford.

—Disculpen la intromisión —comentó Peter un poco ruborizado.

—¿Es su hija? —preguntó Oliver.

—Sí, conde —respondió directamente.

—No, no… no se refiera a mí como conde, por favor. —Acabó cerrando los ojos. Inspiró hondo y miró con determinación al señor de la casa—. Nadie, ni siquiera su hija, debe saber quién soy. Le estaría eternamente agradecido si me hiciese ese favor.

—Por supuesto, con… —apretó los labios recordando la última petición de Oliver de no nombrarlo como tal—. Puede estar tranquilo. Nadie sabrá que usted se aloja aquí.

Oliver asintió y miró a su tío Alfred.

—Bien, entonces… —repitió Alfred poniéndose en pie—, creo que ya está todo claro. —Tendió la mano hacia su amigo—. Estaremos en contacto y le iremos informando de todo.

Peter estrechó la mano de su amigo.

—¿Te quedas a comer?

Alfred negó.

—Debo volver lo antes posible a Londres, mi hermana me necesita.

—Claro —respondió Peter rodeando la mesa de su despacho—, pero le diré a la cocinera que le prepare una cesta con algo de comida para el trayecto.

Alfred asintió.

—Muchas gracias, buen amigo.

Peter se dirigió a la puerta y se giró hacia ellos.

—Pues os dejo que os despidáis —comentó—. Iré a pedirle a la cocinera que te prepare algo y ahora vengo.

Ambos asintieron agradecidos porque les dejase unos minutos a solas.

En cuanto cerró la puerta tras él, Oliver miró a su tío y suspiró.

—Aquí estarás bien —dijo Alfred—. El señor Stafford es muy buena persona y, lo más importante, confío en él. Puedes estar tranquilo de que nadie se enterará de que estás aquí.

Oliver asintió mientras se apoyaba en la mesa cruzándose de brazos, pensativo.

—Quiero que me informes de todo, tío. La situación de mi madre, de mi hermano, los acuerdos a los que llegue el abogado… quiero saberlo todo.

—Por supuesto, sabes que lo haré. Además, el correo desde Londres hasta aquí tarda solo

un día o dos en llegar, así que estarás al corriente de todo al momento.

Oliver asintió conforme con lo que su tío decía. Eso era lo más importante para él. Pese a que él se escondiese en Birmingham durante unos días, no podía desentenderse de su madre y de su hermano, era algo que no soportaba. Al menos, su tío Alfred acompañaría a su madre en todo momento, lo cual lo reconfortaba bastante. Sabía que estaba en buenas manos y que su tío haría todo lo necesario para que aquello acabase de la forma más discreta posible.

—Aunque recuerda escribir las cartas solo a nombre de Oliver, no a nombre del conde de Devon, o me temo que en unos días tendré una larga cola de debutantes esperando en la puerta —ironizó.

Alfred sonrió ante su comentario.

—Me alegro de que te tomes esto con ironía —bromeó Alfred y situó una mano en su hombro en señal de aprecio—. Todo saldrá bien, ya verás. Me encargaré junto al abogado de todo lo concerniente a tu hermano y no me separaré de tu madre.

—Te agradezco lo que estás haciendo, tío Alfred.

—Tu madre es mi hermana, y Martin y tú mis sobrinos, la familia está para lo bueno y para lo malo —indicó ya apartando la mano de su hombro. Miró a su sobrino unos segundos y finalmente asintió—. Tómate esto como unas vacaciones, no le des muchas vueltas.

—Eso haré —afirmó Oliver.

La puerta se abrió y el señor Stafford entró solo medio cuerpo.

—Le están preparando la cesta —le indicó a Alfred.

—Bien —dijo Alfred girándose de nuevo hacia su sobrino. Se abrazaron unos segundos y Alfred dio unos pasos hacia atrás—. Te mantendré informado en todo momento —repitió dirigiéndose a la puerta, comprendía que aquella situación era complicada para todos y quería que estuviesen lo más tranquilos posible.

Oliver simplemente asintió mientras su tío cruzaba la puerta y desaparecía de su vista.

Tomó aire y metió las manos en el bolsillo de su traje. Si quería pasar desapercibido lo primero que debía hacer era cambiarse de ropa, aquel traje era demasiado caro para un jardinero.

—Bien —comentó el señor Stafford entrando por la puerta—, si me acompaña, cond… —se quedó callado de nuevo y chasqueó la lengua—, lo siento, es… la costumbre.

Oliver asintió y suspiró de nuevo mientras cogía su pequeña maleta.

—Pues acostúmbrese, señor Stafford —bromeó mientras Peter asentía rápidamente.

—¿Quiere que lleve yo la maleta? —se ofreció.

—¡No! ¡Por Dios, señor Stafford! —acabó riendo—. Puedo yo solo, no se preocupe. Que tenga un título nobiliario no significa que sea un desvalido.

—Ya… —acabó con una sonrisa tirante—. Pues si me acompaña le mostraré la casa de invitados para que se instale.

—De acuerdo —dijo saliendo del despacho.

Descendieron a la primera planta y atravesaron el salón rumbo al jardín.

El viento era frío, aunque el sol lucía allá en lo alto.

El jardín era enorme y muy bien cuidado. Salieron al porche y Oliver lo siguió mientras observaba a los lados. Uno de los jardineros estaba limpiando las hojas caídas de los árboles que permanecían sobre el césped. Se dirigieron a la casita situada a la izquierda del jardín.

Era una casita sencilla de madera.

Llegaron hasta ella y Peter abrió la puerta.

Sí, era muy sencilla, pero le bastaría para pasar unos días. Nada más entrar disponía de un salón con una mesa para unos ocho comensales y tres habitaciones con unas grandes camas de

matrimonio y armarios.

Oliver observó el interior de la casa como si la estuviese inspeccionando.

—¿Le parece bien? Si lo desea puedo ofrecerle una de las habitaciones de la casa principal. Allí, sin duda, estará más cómodo que…

Oliver se giró hacia él.

—No se preocupe, señor Stafford, es perfecta —comentó intentando calmar al hombre, pues parecía bastante nervioso porque un miembro de la aristocracia se alojase allí.

Peter dio unos pasos hacia atrás en dirección a la puerta mientras Oliver dejaba la maleta en el suelo y se giraba hacia él. Miró todo el salón, bastante bien amueblado y con unos amplios sofás a los lados. Más tarde ya decidiría en qué habitación se instalaría.

Fue hacia una de las ventanas y observó el inmenso jardín.

—¿Dónde están las herramientas para el jardín? —preguntó sin mirarlo.

Nunca había hecho nada de jardinería, pero ya puestos… ¿por qué no probar?

—Ummm… —musitó el señor Stafford que se removió nervioso, como si aquellas preguntas lo importunasen. Oliver fue consciente de ello.

—Señor Stafford —pronunció girándose hacia él, situando sus manos en los bolsillos de su pantalón en una postura desenfadada—, no tiene por qué preocuparse. Es algo que me gustaría probar. Además —se encogió de hombros—, si su servicio ve que estoy todo el día en la casa sospecharán que no soy el jardinero… ¿entiende? —preguntó enarcando una ceja.

—Sí, sí, claro… —Se giró y buscó con la mirada a uno de los hombres que se encontraban en el jardín—. Tom se encarga del material —le indicó con un movimiento de cabeza—. Él se lo podrá mostrar, pero… no es necesario que usted…

Oliver fue hasta él y situó una mano en su brazo.

—Sí lo es, señor Stafford. No se preocupe, es algo que voy a disfrutar —acabó sonriente. Se giró y fue hacia su maleta—. Si no le importa voy a cambiarme de ropa… —Peter Stafford asintió efusivamente y fue hacia la puerta. Parecía bastante nervioso—. Señor Stafford —pronunció mientras iba a observar las habitaciones para escoger una de ellas—. Mi familia está en deuda con usted, le estoy muy agradecido.

El hombre no supo cómo responder a eso y sonrió con timidez. Cerró la puerta y lo dejó solo.

Oliver se quedó observando el jardín unos minutos, en silencio. Sin duda, aquella iba a ser una experiencia curiosa. De hecho, la idea no le desagradaba. El poder abandonar su condición de conde, aunque fuese solo por unos días, le liberaba de una carga que siempre arrastraba. Sí, sería mucho mejor tomárselo así, como una experiencia nueva, y disfrutar de ella, pues en pocos días seguramente debería volver a los formalismos que requerían su título nobiliario.

Se llevó la mano a la boca para reprimir un bostezo y abrió la maleta. Había cogido ropa sencilla y cómoda para esos días.

Extrajo unos pantalones color ocre y una camisa blanca. Se cambió de ropa y salió de la casita observando a Tom a varios metros de él. Volvió a bostezar y su mirada descendió hasta la hierba verde y tan bien recortada. Quizá una cabezadita no le iría mal.

Nicole Stafford bajó las escaleras del salón apoyando la mano en la baranda de madera blanca. Georgina la había ayudado a cambiarse la vestimenta después de comer. Cuando venía su hermana siempre debía vestir de punta en blanco, si no ya sabía que se enfrentaría a comentarios despectivos, e igualmente, aun así, alguno recibiría.

Georgina le había hecho un recogido alto rodeado por una trenza que dejaba a la vista sus hermosas facciones y su cuello de cisne. El vestido escogido era de color lila con el bordado en

blanco y verde de unas pequeñas flores en el centro. Era uno de sus vestidos favoritos, le encantaba la figura que le hacía, ya que era extremadamente estrecho en la parte alta y hacía que sus senos se alzasen y, una vez pasaba la cadera, se volvía más ancho. Se había puesto los pendientes de cristal y perlas a conjunto con el collar y había descendido al salón a la espera de que llegase su hermana.

Cada vez que tenía una cita con su hermana se mostraba nerviosa. Por un lado, no soportaba aquellos comentarios y menosprecios, por otro lado, sentía la necesidad de superar a su hermana. Sí, su hermana, gracias al matrimonio con un barón, pertenecía a la aristocracia y ella tampoco podía ser menos.

Nunca se había planteado buscar un marido por su título, solo esperaba tener una vida igual a la que habían tenido sus padres, eso era a lo que realmente aspiraba, sin embargo, la idea de contraer matrimonio con un aristócrata solo para que su hermana dejase de molestarle e infravalorarla era cada vez más recurrente.

Aun así, debía ser realista, la competencia ese año era muy alta, ¿por qué un miembro de la alta aristocracia iba a fijarse en ella? Se removió nerviosa por el salón, pues sabía que en cualquier momento el mayordomo anunciaría la llegada de su hermana.

Suspiró y cerró los ojos intentando calmarse. Se lo decía infinidad de veces a sí misma: “no dejes que lo que diga tu hermana te afecte, no permitas que esos comentarios te hagan sentir insignificante”, sin embargo, no podía evitar que aquellos pensamientos rondasen por su mente y le hiciesen frotarse las manos compulsivamente.

Miró hacia el jardín y dio unos pasos hacia la ventana. El día, pese a que seguía haciendo frío, era espectacular, pues el sol lucía con fuerza y el cielo estaba totalmente despejado.

Su mirada voló hacia la casita de invitados. Dio unos pasos hacia delante, apoyándose casi en el cristal de la ventana para observar mejor.

¿Había un hombre tumbado en el césped? Aquella imagen le extraño, pues normalmente el servicio no se ponía a dormir en mitad de su jornada.

Se giró con un brinco y contuvo la respiración cuando el mayordomo entró al salón.

—Señorita Stafford —dijo totalmente firme—. Su hermana, la baronesa Waller.

Nicole puso los ojos en blanco. No entendía a qué venía aquella absurda presentación en su propia casa, pero siempre era lo mismo.

Nicole dio unos pasos hacia ella intentando mantener una sonrisa relajada en su rostro mientras su hermana, Jacqueline, hacía acto de presencia en el salón.

—Hermana —comentó Nicole con una sonrisa, situándose frente a ella.

Jacqueline vestía con un vestido de color azul cielo mucho más pomposo que el suyo, con unos encajes en azul marino que rodeaban toda la falda y parte del corsé. Por mucho que la actitud de su hermana le disgustase debía admitir que tenía buen gusto, pues aquel vestido conjuntaba perfectamente con sus ojos azules y contrastaba con su cabello castaño. Al menos, su hermana había tenido la suerte de heredar los ojos de su madre. Miró a Jacqueline extrañada, pues parecía bastante enfadada.

—¿Te ocurre algo, hermana? —preguntó Nicole.

Jacqueline miró de la cabeza a los pies a Nicole, evaluándola, y finalmente hizo una mueca de aprobación ante la vestimenta que portaba Nicole.

—Bonito vestido —comentó mirando hacia los lados, como si Nicole no estuviese allí—. ¿Padre te ha dicho a qué modista debo acompañarte?

Nicole sonrió intentando calmar sus emociones.

—Sí, con lady Dubois —informó.

Jacqueline miró a su hermana finalmente y asintió.

—Bien, pues vamos entonces —comentó girándose para dirigirse a la puerta—. Añadamos algo de estilo a ese sobrio armario tuyo —pronunció.

Nicole resopló y volvió a poner sus ojos en blanco mientras la seguía.

4

Lady Dubois tenía arrendado un local en el centro de Birmingham donde confeccionaba unos hermosos vestidos para las debutantes que se presentasen a la temporada. Lady Dubois era un sello de calidad, uno sabía que, aunque el precio era bastante alto, confeccionaría unos hermosos vestidos para la temporada que llamarían la atención de muchos de los presentes.

Era, por excelencia y buen trato, la modista de la aristocracia de Birmingham.

El local era bastante amplio. En la entrada se exponían varios maniquís con hermosos vestidos que seguramente muchas de las debutantes de aquella ciudad llevarían en su presentación en sociedad. Poseía más de un centenar de telas de distintos colores y texturas para poder diseñar verdaderas obras de arte. ¿Cómo no iba a acudir ella allí? ¿La hija de una de las mayores fortunas de Birmingham y hermana de una baronesa? La mayoría de la clase elitista de la ciudad acudiría allí. Por suerte, lady Dubois era mañosa en la confección y nunca se daba el caso de encontrar un vestido igual a otro.

Jacqueline miraba las telas mientras Nicole permanecía sobre una plataforma con los brazos extendidos y lady Dubois le tomaba medidas.

—¿Tiene algún color especial, querida? —preguntó la modista con su peculiar acento francés.

No sabía mucho sobre ella, solo que provenía de París, y eso lo había adivinado gracias a su marcado acento.

Nicole iba a hablar, pero su hermana se adelantó mientras pasaba de un vestido a otro, observándolos con ojos minuciosos.

—Le queda muy bien el rojo.

Lady Dubois que observó cómo Nicole cerraba la boca y apretaba los labios, no pudo menos que sonreír a la muchacha de forma perspicaz, pues ya se había dado cuenta del comportamiento altivo de su hermana.

—Pues confeccionaremos un bonito vestido color rojo para usted —dijo mientras le tomaba las medidas del brazo y las apuntaba—. ¿Algún color más? —preguntó mirando a Nicole directamente.

Nicole se encogió de hombros.

—El color dorado —indicó Jacqueline girándose hacia ellas con el dedo en alto—. Ese color viste mucho y le dará un aspecto aristocrático —argumentó dando unos pasos hacia ella.

La modista miró a Nicole y asintió.

—¿Cuántos vestidos quiere?

Nicole ya ni se esforzó en responder, sabía que lo haría su hermana por ella.

—La temporada suele durar hasta finales de julio. —Señaló a su hermana—. Nicole tiene bastantes vestidos de invierno, así que lo que necesitamos sobre todo son vestidos de entretiempo y de verano —aclaró.

Lady Dubois tomó notas.

—¿Le confecciono tres vestidos de entretiempo y cinco de verano? —preguntó la modista.

Jacqueline se quedó pensativa unos segundos.

—Mejor que sean cinco de cada. Nadie sabe cuándo entrará el calor de verdad —ironizó ella. Aquel comentario provocó que lady Dubois mirase a Nicole con una ceja enarcada, pero lo

único que hizo la muchacha fue encogerse de hombros. Ella, con el tiempo, había aprendido a ignorar los comentarios salidos de tono de su hermana—. ¿Y estará a tiempo de confeccionar alguno de invierno? Aunque sea un par de ellos —pidió Jacqueline—. Aunque tiene vestidos de invierno están pasados de moda. —Miró a Nicole—. Los que tienes son un poco… mmm… desaliñados. —Nicole puso su espalda tensa, ya empezaba a cansarse de los comentarios de su hermana, la baronesa. Jacqueline dio unos pasos hacia su hermana mientras lady Dubois tomaba la medida de su pecho—. Si quieres conseguir un buen matrimonio debes vestir bien y disponer de un vestuario acorde con el marido que buscas —acabó riendo con una risa aguda.

Aquel comentario provocó que la modista y ella volviesen a mirarse de una forma incómoda. Sí, sin duda Jacqueline cada vez tenía un comportamiento más altivo.

Lady Dubois se situó frente a Nicole y rodeó con el metro su cadera.

—¿Le gusta alguna tela en especial? —le preguntó esta vez en un tono más bajo, como si se tratase de una confidencia entre ellas. Nada más lejos de la realidad.

Nicole sonrió por la actitud de la modista.

—Me gusta la seda —contestó ella.

—Hace una semana recibí una preciosa seda de color rosado, quedaría estupenda para un vestido de verano —comentó la modista con una sonrisa. Nicole asintió efusivamente.

Jacqueline se distanció por la tienda observando las diferentes telas, lo que proporcionó un poco de calma a Nicole.

—Así es… mucho más relajada —bromeó la modista mientras le tomaba las medidas de la espalda—. Estabas muy tensa, querida.

El comentario hizo que Nicole sonriese y mirase con complicidad a la modista mientras esta la rodeaba para medirle desde la cadera hasta los pies. Nicole miró hacia su hermana, asegurándose de que se encontraba alejada.

—La baronesa se quiere demasiado a sí misma —susurró Nicole.

Lady Dubois la miró divertida mientras cogía la libreta para apuntar las medidas.

—Y no hay nada de malo en eso —respondió ella—. En esta vida hay que quererse y aspirar a lo mejor que podamos. —Aquel comentario hizo que Nicole se quedase pensativa—. Aunque siempre con todo el respeto del mundo —acabó la frase y miró en dirección a Jacqueline que tocaba una de las telas entre sus dedos, analizándola.

Si, el final de aquella frase iba destinado a su hermana. No había nada de malo en quererse, pero sí en la forma de hacerlo.

Lady Dubois cogió el lápiz y la libreta y apuntó los últimos datos.

—La ayudo a vestirse y ahora escogeremos las telas —mencionó la modista.

Una vez se puso el vestido, Nicole se acercó a su hermana que seguía observando las telas minuciosamente. Lady Dubois las seguía de cerca con la libreta y el lápiz lista para apuntar las telas que escogiesen.

—¿Hará los vestidos en dos piezas? —preguntó Jacqueline.

—La nueva tendencia en Francia es llevar el vestido en una sola pieza —explicó la modista —. Y la cola está desapareciendo. Excepto en algunos vestidos de noche. Puedo confeccionar un par de ellos con cola, si gustáis.

—Claro —indicó Nicole—. Aunque no me gustaría que la cola fuese muy larga.

—No, por supuesto —comentó la modista tomando notas—. ¿Le gusta más el escote cuadrado o en forma de V?

Jacqueline miró a su hermana, analizándola.

—Creo que le quedaría mejor el escote en V —dijo mirando su vestido con escote

cuadrado.

Nicole puso los ojos en blanco y miró a la modista.

—Como usted crea que queda más bonito el vestido —propuso Nicole—. Lo dejo a su magnífico criterio.

Lady Dubois se situó a su lado observando la tela que Jacqueline examinaba.

—Es una tela preciosa —aseguró—, iría bien para un vestido de invierno. —Su hermana asintió conforme con lo que decía la modista—. Todos los vestidos, excepto el de gasa de verano, llevan corsés aflojados —explicó ella y miró a Nicole—. Permiten la libre respiración y muestran las formas más naturales del cuerpo, eso sí, realza mucho el pecho, sobre todo con un escote cuadrado, ya que permite subir el pecho. Eso hace una silueta más esbelta —continuó—. Si gusta, haré cascadas de encajes, apliques…

—¿Apliques? —preguntó Nicole.

—Incrustaciones —explicó ella—, cuentas y lentejuelas. Si me permite un consejo, no se ponga mucha joyería, así lucirá más el vestido y se la verá a usted más natural.

—Claro —aceptó Nicole el consejo con una sonrisa.

Una vez decididas todas las telas abandonaron el local y subieron al carruaje. Jacqueline se sentó frente a ella mientras observaba por la ventana.

—Lady Dubois te hará unos vestidos preciosos. A mí me ha confeccionado verdaderas maravillas —explicaba—. Pero en cuanto nos instalemos en Londres acudiremos a lady Moreau. Es la modista que confeccionó el vestido con el que cautivé a mi marido. —Nicole la miró fijamente y elevó una ceja hacia ella. Su hermana captó aquella mirada y ladeó su cuello hacia ella—. ¿Por qué me miras así?

Nicole alzó sus dos cejas.

—¿De verdad crees que fue el vestido lo que cautivó a tu marido? —ironizó.

Jacqueline la miró como si no comprendiese la pregunta.

—Por supuesto. Ese precioso vestido hizo que Charlie pusiese sus ojos en mí —aseveró altiva. Nicole chasqueó la lengua, lo que provocó que su hermana la escudriñase con la mirada —. Con ese comportamiento no conseguirás el matrimonio que deseas. Debes escucharme… —Nicole suspiró—, yo ya he pasado por esto y sé la presión que se siente.

—¿Presión? —preguntó ella—. Yo no siento presión alguna —confesó ella—. Solo quiero conocer a un hombre que me haga feliz.

Su hermana comenzó a reír como si aquella frase le resultase enternecedora.

—Oh, Nicole… mi pequeña Nicole —comentó lentamente echándose hacia delante, cogiendo su mano—. El mundo no son flores, mariposas y arcoíris… —Nicole volvió a enarcar una ceja—. Cuanta más buena posición adquieras en la sociedad más escuchada serás —concluyó—. Las voces de las mujeres siempre están opacadas, pero toma una buena posición en la sociedad y, al menos, serás más reconocida. —Aquella frase también hizo que ella reflexionase—. Aunque si sigues con este comportamiento tuyo, poniendo ojos en blanco y enarcando cejas… no vas a conseguir nada… —acabó diciendo—, ni siquiera un lord o un caballero querrán comprometerse contigo. —Soltó su mano y se sentó correctamente en el asiento del carruaje—. Tienes suerte de que te acompañe a Londres —sentenció.

—Quizá tú aspirabas a algo así, pero no yo —protestó Nicole.

Su hermana la miró con una sonrisa cínica.

—Así no conseguirás nada —repitió su hermana cuando el carruaje se detuvo ante su vivienda—. Ni siquiera el jardinero te querrá como esposa —ironizó—. Debes tener más aspiraciones. La temporada es una lucha por conseguir el mejor partido, por escalar en la

sociedad y, así, con esas mariposas bailoteando en tu cabeza, poco conseguirás. Hazme caso y pertenecerás a la aristocracia como yo, no me lo hagas… —Se encogió de hombros—, y te aseguro que tu primera temporada será un fracaso. —Nicole resopló—. Ese no es comportamiento para una dama —la riñó.

Nicole se puso en pie para bajar del carruaje. Ya había tenido suficiente dosis del veneno de su hermana y de su prepotencia sin parangón.

—No me importa casarme en la primera temporada —pronunció Nicole mientras el cochero abría la puerta.

Su hermana se escandalizó ante aquellas palabras y cogió el brazo de su hermana antes de que ella pudiese colocar su mano en el cochero que esperaba con la puerta abierta.

—Nicole, con cada año que pase sin que encuentres marido tu estatus desciende… —explicó esta vez más preocupada.

Ella se encogió de hombros.

—Pues mira, así al menos no tendré que venderme al mejor postor —pronunció soltándose de su mano. Descendió los dos escalones del carruaje ayudada por el cochero y se giró hacia Jacqueline—. ¿Has pensado, hermana, que quizá yo no deseo lo mismo que tú?

Jacqueline apretó su mandíbula e inspiró hondo, como si se cargase de paciencia.

—Harás lo que yo te diga —ordenó—, no pienso consentir que mancilles nuestro apellido rebajando el estatus social de la familia. —Miró hacia delante—. Cochero, podemos marcharnos —pronunció alzando la voz.

Nicole dio unos pasos atrás cogiendo su vestido con la mirada fija en el carruaje, con todo su cuerpo en tensión y deseando gritar. ¿Tan difícil era comprender que ella no desease una vida de lujos? Ella había tenido una infancia feliz junto a su madre y su padre, viendo el amor que se profesaban, el cariño en su mirada, en sus palabras… eso no era lo que veía en la relación de su hermana. Su hermana se había casado por interés, ella jamás haría eso. Ella tenía derecho a vivir su vida como quisiese y a ser feliz. Nicole podía conseguir esa felicidad que tanto ansiaba. No le importaba encontrarla a la primera, en su primera temporada, o a la segunda… o las veces que necesitase.

No iba a venderse, pero también estaba harta de que la infravalorasen como si por ella misma no pudiese encontrar a un marido decente, como si necesitase la supervisión de su hermana para hacer las cosas bien. Estaba cansada de la actitud de su hermana y de la mayor parte de las debutantes con las que acudía a tomar clases con la institutriz. Ella estaba igual o más capacitada que el resto o que su hermana para conseguir un buen marido.

Sintió los nervios a flor de piel y avanzó por el jardín delantero al interior de su vivienda, con la mandíbula apretada y rechinando de dientes.

Se iban a enterar de quién era ella. ¿Que no podía conseguir un marido con una buena posición social sin ayuda de su hermana? ¿Que ella no conseguiría llamar la atención de nadie de la aristocracia con su comportamiento? Bueno, eso estaba por ver. Les haría tragarse las palabras a todas, pero sobre todo a su hermana. Ella encontraría un marido que la quisiese y con un estatus social mucho más elevado que el de Jacqueline y que el de todas las debutantes con las que acudía a la institutriz. Ya veríamos a quién infravaloraban luego.

Caminó hacia el salón paseando de un lado a otro, nerviosa.

—Señorita Stafford —pronunció el mayordomo observando cómo Nicole caminaba de un lado a otro del salón, con la espalda tensa y la mandíbula apretada—, ¿desea… un… té?

—No, gracias… Philip —respondió ella sin mirarlo, concentrada en sus pensamientos.

El mayordomo se giró y se alejó sin decir nada más.

Su hermana se tragaría sus palabras. Jacqueline estaba casada con un barón, sí, era de la aristocracia, su marido trabajaba en el parlamento dándole un alto estatus social, pero no era uno de los títulos más importantes, al contrario, era uno de los más bajos de la aristocracia, aunque ella se creyese la reina de Inglaterra.

Se detuvo pensativa mientras daba golpecitos con su pie en el suelo por los nervios. La aristocracia tenía su propia jerarquía: primero y más importante, el duque, luego el marqués, le seguía el conde, luego el vizconde, los barones, baronetos y caballeros.

Recordando la conversación de aquella mañana con la institutriz, sus compañeras debutantes, Amanda Lewis y Annette Grant, habían mencionado que el barón de Clifford y el vizconde de Portman acudirían a la temporada en busca de esposa. Ellos eran buenas opciones, pero había una mayor aún, el reciente conde de Devon. Sí, esa, sin duda, era la mejor opción.

Amanda y Annette parecían querer disputarse al conde y, sin duda, muchas de las debutantes de aquella temporada iniciarían una guerra con tal de llamar su atención. ¿Iba a entrar ella en esa competición?

Las palabras de su hermana volvieron a su mente.

"Si sigues con este comportamiento tuyo, poniendo ojos en blanco y enarcando cejas… no vas a conseguir nada…, ni siquiera un lord o un caballero querrán comprometerse contigo. Tienes suerte de que te acompañe a Londres".

Resopló mientras el enfado iba creciendo en ella.

"Ni siquiera el jardinero te querrá como esposa".

Apretó los labios y tuvo que rugir. Su hermana siempre la sacaba de sus casillas, pero debía admitir que aquella vez había ido demasiado lejos.

"Harás lo que yo te diga, no pienso consentir que mancilles nuestro apellido rebajando el estatus social de la familia"

¿Quién se creía que era? Haría que su hermana se tragase sus palabras.

Se pasó la mano por la cara, agobiada. Debía intentar relajarse y meditar correctamente todo. Sabía que un matrimonio sin amor la convertiría en una desgraciada. ¿Podría encontrar en un pretendiente de la alta sociedad alguien con quien compartir su vida?

¿Pensaría lo mismo cuando conociese al barón de Clifford? ¿Al vizconde de Portman? ¿Al conde de Devon? Sin duda, un matrimonio con un conde haría que su hermana tuviese que tragarse sus propias palabras, pero ¿estaría ella dispuesta?

Se quedó observando a través de la ventana, intentando calmar sus emociones, aunque no podía. Se había dicho miles de veces que no debía hacerle caso a su hermana, pero aquella altanería y prepotencia la estaban afectando más de lo que estaba dispuesta a admitir.

¿Cómo podían alterar tanto su estado de ánimo unas simples palabras?

Se quedó sorprendida al observar a uno de los hombres del servicio tumbado sobre la hierba. ¿Era el mismo de antes? Había permanecido en la modista unas tres horas, ¿y aún seguía ese hombre allí tumbado?

Normalmente no solía llamar la atención al servicio, era muy respetuosa con ellos, pero tras el enfrentamiento con su hermana tenía los nervios a flor de piel y ahora, encima, aquel hombre llevaba durmiendo toda la tarde sobre la hierba, obviando sus funciones para las que su padre lo había contratado.

Resopló y salió directamente al jardín, con paso firme y sin poder contener su enojo.

Caminó en dirección a la casita de invitados. Tal y como había pensado, uno de los hombres del servicio permanecía dormido con el brazo por encima de su rostro, ocultándolo así del sol.

Miró hacia los lados, no había nadie más del servicio allí. Aquel hombre permanecía con la

boca semiabierta y una respiración uniforme y tranquila. Uno de los brazos estaba estirado a un lado mientras con el otro se cubría los ojos para que la luz del sol no le molestase. Las piernas estaban un poco abiertas formando una uve.

Fue hasta él y se situó enfrente de brazos cruzados, dando pequeños golpecitos con el pie sobre la hierba. Carraspeó intentando que se despertase, pero aquel hombre parecía no escucharla.

Se acercó un paso más y carraspeó más fuerte. Nada, ese hombre estaba profundamente dormido.

—¿Disculpe? —preguntó. Esperó unos segundos, pero él no reaccionó. Nicole resopló—. ¡Disculpe! —acabó alzando más la voz. Esta vez sí lo consiguió.

El hombre apartó el brazo de la cara y, en ese momento, lo reconoció. Aquel era el joven que hablaba con su padre aquella mañana en el despacho. Sintió cómo sus músculos se tensaban al recordar aquella mirada recorriendo todo su cuerpo.

Oliver apartó el brazo de su cara poco a poco y durante unos segundos le costó ubicarse. ¿Dónde se encontraba? Había caído profundamente dormido. Su mente comenzó a trabajar recordando el motivo por el que se encontraba allí, el problema de su hermano, la desesperación de su madre… Miró al frente y elevó un poco su cabeza al observar a una muchacha situada justo frente a él. La contempló de la cabeza a los pies. ¿Aquella era la hija del señor Stafford? El sol se encontraba justo tras la espalda de ella, por lo que la visión era bastante angelical, pues los rayos del sol salían por los laterales de su silueta, aunque al llegar a su rostro este estaba ladeado y ella lo miraba indignada. ¿A qué venía eso?

Se sentó sobre el césped pasando la mano por sus ojos, intentando aún ubicarse.

Nicole lo miraba confundida. Aquel hombre acababa de ser descubierto durmiendo en el jardín y ni siquiera se inmutaba, a decir verdad, se lo tomaba con bastante calma.

—¿Quién es usted? —preguntó cruzada de brazos.

Oliver resopló y tras contener un bostezo la miró. Si había algo que detestaba era que nada más despertarse comenzasen a hacerle preguntas. ¿Ni siquiera unos segundos para que pudiese recuperarse? Pestañeó varias veces y la miró enarcando una ceja. Aquella muchacha parecía tener bastante carácter a juzgar por el tono de su voz.

Durante unos segundos se sintió enojado por el comportamiento de la muchacha ¿Quién se creía que era para hablarle así? Aunque al recordar el rol que debía interpretar se calmó.

—Soy Oliver —respondió de mala gana levantándose poco a poco.

El tono de su voz hizo que Nicole se alterase más. Aquel muchacho parecía molesto porque ella hubiese interrumpido su sueño.

—Y, ¿qué hace aquí, Oliver?

Oliver suspiró, volvió a pasarse la mano por los ojos y luego la llevó a la boca ocultando otro bostezo, lo que hizo que ella enarcase una ceja en su dirección. Su tono de voz estridente no ayudaba en nada a intentar mantener la compostura, más cuando aún se estaba despejando del profundo sueño.

—Soy… el nuevo jardinero —expuso sin ninguna emoción en la voz.

Nicole pestañeó diversas veces. Oliver no parecía avergonzado tras ser encontrado durmiendo. Aquel dato le cogió de improviso. ¿Uno de sus trabajadores durmiendo en el jardín sin remordimiento alguno?

—Y, ¿qué hace durmiendo? —preguntó molesta.

Él enarcó una ceja en su dirección y se miró los puños de la camisa. Comenzó a abrochar el botón que se había desabrochado.

—Estaba cansado… —suspiró—, muy cansado —reafirmó.

Ella situó sus manos en su cintura, claramente molesta.

—Que yo sepa mi padre no le paga para que duerma a pierna suelta en el jardín durante tres horas —protestó ella.

Oliver se puso firme. En ese momento, Nicole se dio cuenta de que se trataba de un hombre muy alto, pues le sacaba más de una cabeza. Instintivamente, dio un paso hacia atrás. Oliver se quedó observándola, pensativo. ¿Por qué ese joven la inspeccionaba así? Era como si la analizase.

—Usted es la hija del señor Stafford —confirmó él.

—Pues sí —admitió.

—Ya, estaba claro.

Ella ladeó su cuello.

—Estaba claro, ¿el qué?

Oliver llevó las manos hasta el cuello de su camisa y abrochó también su botón. En otra ocasión sus modales no le hubiesen permitido hablar con una señorita en ese tono, pero tras lo ocurrido y por la forma de despertarlo estaba bastante mosqueado. Se mordió la lengua y respiró hondo.

—Si usted no fuese la hija del señor Stafford no se hubiese dirigido a mí con esa falta de modales —precisó él con un tono de voz bastante grave.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Falta de modales? —preguntó sorprendida—. ¡Usted estaba dormido! ¡Lleva más de tres horas tumbado sobre el césped sin hacer nada! ¿Cree usted que…? —Se calló cuando vio que Oliver arqueaba una ceja en su dirección. No parecía que todo lo que estaba diciéndole afectase a aquel hombre. Apretó los labios consternada—. Ohhh —dijo indignada—, es su primer día, ¿verdad?

—Cierto, señorita —respondió de nuevo sin mirarla, pasándose la mano por el cabello.

—Pues más le vale que el resto de días trabaje más —exclamó antes de girarse y dirigirse de nuevo hacia su vivienda.

Oliver ladeó su cuello mientras la veía alejarse con paso decidido hacia su hogar. Pestañeó varias veces, aún adormilado, intentando calmar su mal humor. ¿Qué hacía aquella muchacha recriminándole? También era cierto que la imagen que había dado no era la adecuada para un miembro del servicio de una vivienda como aquella. Debía comprender que ella no sabía quién era él en realidad, de lo contrario, estaba claro que no le hubiese hablado en aquel tono, pero igualmente aquella muchacha parecía ser bastante prepotente.

Sin duda, el hecho de aparentar ser solo un jardinero le daba rienda suelta para explorar una faceta suya que jamás había empleado. Su condición de conde le obligaba siempre a mantener la compostura, a reprimir sus impulsos, sin embargo, ahora podía disfrutar de una libertad que no había tenido hasta ese momento.

Observó a la muchacha entrar en la vivienda con gestos que daban a entender que estaba malhumorada.

Suspiró y se giró hacia la casita de invitados pasándose la mano por su cabello castaño.

Debería adaptarse a ese nuevo estilo de vida, aunque fuese por poco tiempo, y quizá adoptar un tono más sumiso y de respeto si lo que quería era pasar desapercibido.

Entró en la vivienda y cerró la puerta tras él. Se dirigió directamente a la habitación que había escogido y se echó en el colchón sin delicadeza.

Nicole hizo lo mismo, cerró la puerta con un portazo. Si pensaba que echándole la bronca al

nuevo jardinero iba a calmarse iba muy equivocada, el pasotismo y la arrogancia de aquel hombre la habían cogido desprevenida y enfurecido más aún.

Se giró para mirar por la ventana, convirtiendo sus manos en puños, pero se encontró buscándolo por el jardín. Ya no se encontraba allí. Bien, bueno… quizá, finalmente, aquella charla hubiese servido de algo y se hubiese puesto a trabajar.

5

Judi Kemp miró asombrada a su amiga mientras daba un sorbo a su té.

The Old Crown era la cafetería más antigua de Birmingham, situada en Deritend, uno de los barrios más concurridos de la ciudad, con multitud de boutiques, restaurantes y cafeterías de moda. La cafetería databa del año 1368 y había conservado su estructura de madera en blanco y negro, aunque el edificio había sido reformado a principios del siglo dieciséis.

Decenas de personas, en especial mujeres, acudían a aquella cafetería para tomar su té en compañía e intercambiar información y chismes.

—Entonces… —pronunció Judi soltando su taza de té—, has cambiado de opinión —confirmó—. ¿Quieres un matrimonio con un hombre de la nobleza?

Nicole suspiró.

—Lo que quiero es que mi hermana deje de infravalorarme —explicó en voz baja—. Que deje de dar por sentado que sin su ayuda jamás voy a conseguir un título nobiliario. Quiero demostrarle que por mí misma puedo conseguir más que ella. —Dio un sorbo a su té guardando el protocolo que la señora Barton les mostraba cada mañana—. Al fin y al cabo, ella está casada con un barón, tampoco será muy difícil superarla —acabó encogiéndose de hombros.

—¿Te estás escuchando? —comentó Judi totalmente pasmada—. No es tan fácil seducir a un hombre con título nobiliario. La mayor parte de la aristocracia son gente adinerada, con tierras, industrias… otra cosa son los títulos nobiliarios —acabó susurrando con énfasis.

Nicole se removió nerviosa en la silla y miró a los lados. Justo unas mesas a la izquierda se encontraban Meggie y Amanda tomando el té. Las saludó con una sonrisa y un movimiento delicado de mano, sin embargo, Meggie fingió no haberla visto y Amanda simplemente hizo un ligero movimiento de cabeza y miró a su amiga como si bromease con ella.

Nicole se acercó a su amiga por encima de la mesa.

—A eso me refiero —susurró—. Toda la gente nos infravalora… sin embargo, mi familia posee una de las mayores riquezas de Birmingham y tu familia posee muchas tierras. ¿Por qué crees que se comportan así con nosotras?

Judi la miró no muy segura ante aquella pregunta.

—Mmm…

—Porque nosotras nunca hemos compartido públicamente nuestros deseos, nuestras ganas de poseer un título nobiliario, porque jamás hemos infravalorado a nadie por tener menos patrimonio que nosotras —contestó ella directamente.

Judi se encogió de hombros.

—¿Y vas a comenzar a hacerlo?

—No, no… —negó rápidamente y alzó un dedo—, solo ante ellas.

Judi chasqueó la lengua y miró de reojo a dos de sus compañeras de protocolo.

—No sé yo… durante este último año no han sido muy atentas con nosotras.

Nicole se removió en la silla y miró a su amiga con convencimiento.

—Ya estoy cansada. Tenemos que hacernos valer —sentenció ella—. Lo he estado meditando toda la noche —explicó—. Annette, Amanda y Meggie no son más que nosotras, sin embargo, lo parece por su carácter. Hay que adoptar otro tipo de comportamiento.

—Mmm… no sé, a mí no me sale ser…

—Finge —ordenó ella—. Si queremos destacar por encima de ellas o de cualquier otra debutante y conseguir la atención de los caballeros tenemos que… —Se calló cuando una mujer pasó a su lado—. Buenas tardes, señora Wilson —saludó ella con una sonrisa.

—Buenas tardes —contestó la mujer y saludó con un movimiento cortés de cabeza a Judi, la cual le correspondió.

Nicole observó de reojo cómo la señora Wilson tomaba asiento junto a un grupo de mujeres y finalmente volvió a prestar toda su atención a su amiga.

—Vamos a probar… —sugirió Nicole. La idea no parecía seducir mucho a su amiga—. Si no nos sentimos a gusto pues no lo hacemos más —pronunció encogiéndose de hombros.

Judi se quedó pensativa unos segundos. Su amiga tenía razón. Si seguían con su comportamiento tímido y retraído quedarían eclipsadas totalmente por el resto de debutantes de aquella temporada.

—Está bien —pronunció con más fuerza esta vez—. Probemos a ver qué tal se nos da parecer unas consentidas malcriadas —acabó riendo.

Nicole asintió con una sonrisa.

—Puede ser hasta divertido —bromeó mientras cogía su taza de té y la llevaba a sus labios delicadamente.

Judi miró de reojo hacia los lados.

—¿En qué título has pensado? —preguntó con curiosidad.

—Sinceramente —respondió Nicole—, en cualquier título que supere al de baronesa.

—Vaya, lo de tu hermana te ha afectado más de lo que esperaba.

Nicole se encogió de hombros como si se diese por vencida.

—No quería admitirlo, pero sí. —Suspiró y ladeó su cabeza—. Supongo que vendrán muchos más hombres de la nobleza, pero por lo pronto sabemos que el barón de Clifford estará allí…

—Ya, pero has dicho que un barón no.

—No, no, descartado… —comentó con un ligero movimiento de mano—. También acudirá el vizconde de Portman y… —la señaló con el dedo—, el conde de Devon —recalcó.

El tono de voz que le dio al último título nobiliario puso a Judi en alerta.

—¿Quieres… un conde? —preguntó sorprendida, elevando un poco la voz.

—Shhh —la reprendió Nicole para que bajase el tono. Luego asintió efusivamente con su cabeza—. Esos son los títulos que sé que irán, pero es posible que acuda un duque o un marqués —indicó ella pensativa—. Por lo pronto, sabemos que el conde de Devon acudirá a la temporada, así que voy a focalizar todos mis esfuerzos en él.

Judi la escudriñó con la mirada.

—¿Y si lo conoces y no te gusta?

—A ver, si no me gusta no trataría de seducirlo, pero si es mínimamente atractivo y educado voy a ir a por él —aseveró.

Judi estaba perpleja ante la actitud de su amiga.

—Pues sí que te ha dado fuerte, sí —sentenció su amiga.

—Necesito saber sobre él —dijo pensativa—, sus gustos… ¿qué color le gusta más? ¿Cuáles son sus actividades favoritas? ¿Qué libros prefiere? ¿Cuál es su compositor favorito?

—Me estás dando miedo —continuó su amiga sin salir de su asombro.

—Y, sobre todo, ¿cómo le gustan las mujeres? —acabó ella.

—Y, ¿cómo pretendes averiguar todo eso?

—Pues escuchando —dijo Nicole señalando con un movimiento de cabeza en dirección al

grupo de mujeres sentadas a unas mesas de ellas—. La señora Wilson está muy bien posicionada y, además, es muy conocida por asistir siempre a todas las temporadas de Londres. Está enterada de todos los chismes y conoce a todo el mundo.

—¿Vas a interrogarla?

—No… solo hace falta acercarse a ella, darle conversación y… la magia obrará por sí misma.

—¿En serio? —preguntó sin dar crédito.

—Ya lo verás. —Miró la taza de su amiga—. ¿Ya has acabado tu té? —Judi asintió—. ¿Nos vamos? ¿Te apetece dar un paseo por el parque? —preguntó poniéndose en pie.

Judi permaneció unos segundos sentada, procesando el cambio de conversación de su amiga.

—Claro —respondió poniéndose en pie.

Nicole se puso el abrigo lentamente mientras observaba de reojo la mesa donde se encontraba la señora Wilson, conocida por ser una de las mujeres que sabía más trapos sucios de toda la nobleza de Inglaterra. Casada con uno de los terratenientes más importantes de Inglaterra, conocía prácticamente a toda la élite, incluso corría el rumor de que había tomado el té con el mismísimo rey Eduardo VII y su esposa, la reina consorte Alejandra de Dinamarca.

Por lo visto, su marido era una persona muy influyente y se rumoreaba que tenía una gran amistad con el rey.

Nicole abrochó los botones de su abrigo y miró a su amiga Judi. Bien, era ahora o nunca.

—¿Vamos? —preguntó Nicole a su amiga mientras se giraba, aunque tomó un rumbo diferente al de la puerta.

Judi se quedó sorprendida.

—Nicole… —comentó—, espera… ¿a dónde…?

Guardó silencio cuando Nicole se giró y disimuladamente hizo un movimiento de cabeza en dirección a la mesa de la señora Wilson.

Judi negó, nerviosa por dirigirse hacia allí, pero Nicole insistió.

—Vamos, ven… —le susurró disimuladamente instándola con un movimiento de mano a que se acercase. Judi volvió a negar—. Judi, vamos… —insistió ella.

Judi suspiró y miró de un lado a otro, avergonzada. Finalmente se dio por vencida y se acercó a su amiga, la cual la cogió del brazo amistosamente, aunque estaba claro que lo que quería era evitar que huyese.

—No me aprietes tanto el brazo —le susurró Judi.

—Así no te escapas más —ironizó ella avanzando hacia delante, sorteando las mesas que le faltaban hasta llegar a la de la señora Wilson. En ese momento se dio cuenta de que Amanda y Meggie las miraban intrigadas—. Las víboras están al acecho.

Aquel comentario hizo gracia a Judi que sonrió, pues captó de seguida a quién iba dirigido aquel apelativo.

Pasaron al lado de la mesa de la señora Wilson y ambas se detuvieron unos segundos.

—Buenas tardes —comentó Nicole agachándose levemente, como si hiciese una reverencia, llevando consigo a Judi, y miró directamente a la señora Wilson—. Me alegro de verla, señora Wilson —continuó con una gran sonrisa—. Hacía tiempo que no la veía por aquí.

La señora Wilson la miró con una sonrisa mientras el resto de mujeres con las que tomaba el té guardaban silencio.

—Oh, ya se sabe, querida —comentó con cierta gracia—, una mujer siempre debe estar ocupada.

El resto de mujeres rieron dándole la razón.

Nicole asintió y volvió a despedirse con una reverencia.

—Por supuesto. Espero que disfruten del té —continuó cordialmente.

La señora Wilson miró con una gran sonrisa a las dos muchachas, pues examinaba cada uno de sus movimientos y comentarios.

Nicole comenzó a girarse con Judi para dirigirse a la puerta y permitir que siguiesen tomando el té, pero la señora Wilson llamó su atención cuando ellas ya le daban la espalda y habían avanzado unos pasos.

—Señorita Stafford —la llamó.

Nicole cerró los ojos y sonrió, como si hubiese conseguido un triunfo.

—Bien —susurró ella eufórica antes de girarse con Judi, la cual miraba de reojo a su amiga.

Ambas deshicieron su camino hasta la mesa. La señora Wilson volvió a examinarlas de nuevo.

—Este año ambas debutáis en Londres, ¿no es cierto? —preguntó ella, pues obviamente quería información.

—Sí —respondió Nicole—, estamos ansiosas por asistir a nuestro primer baile. —Luego hizo un gesto gracioso—. Aunque también nerviosas —admitió, algo que gustó a la señora Wilson.

—Oh, sí… recuerdo mi primer baile —dijo la señora Wilson pensativa—. Estuve cuatro días sin dormir —admitió hacia sus amigas, las cuales volvieron a reír. Miró a las dos jóvenes y las inspeccionó de arriba abajo—. ¿Tienen ya el armario preparado?

—Estamos en ello…

—En… ello, sí —intervino Judi.

La señora Wilson ladeó su cabeza.

—¿A qué modista habéis acudido?

—A lady Dubois —indicó Nicole—. Las dos —aclaró, pues Judi parecía bastante nerviosa y ninguna palabra salía de su boca.

—Oh, es una modista fantástica —corroboró la señora Wilson—. Aunque también les recomiendo a lady Johnson. Me ha confeccionado este vestido —indicó ella señalándose.

Nicole la miró de la cabeza a los pies.

—Es precioso, tiene muy buen gusto —admitió.

La señora Wilson miró a las muchachas intrigada y se removió divertida sobre la silla.

—Así que… ¿nerviosas?

Las dos se removieron con timidez.

—Muchísimo —admitió Nicole y dio un paso al frente, como si quisiese contarle una confidencia, aunque sabía que eso era imposible, pues todas las acompañantes de la señora Wilson escuchaban atentas la conversación. Arrastró unos pasos hacia delante a Judi—. Asusta bastante —admitió—, más cuando no eres de Londres y no conoces al resto de debutantes.

La señora Wilson asintió lentamente.

—Eso no debe preocuparos, queridas —comentó y miró de reojo hacia los lados, como si esta vez fuese ella quien quisiese hacerles una confidencia—. La mayoría de los hombres que acuden a las temporadas para buscar esposa lo hacen porque ya conocen todo lo que hay en Londres y no les interesa. Es una buena forma de conocer a nuevas mujeres. —Les guiñó un ojo con complicidad—. Eso no debe preocuparos. Miradme a mí… —Nicole le sonrió como si se sintiese aliviada al escuchar aquello—. Toda mi vida en Birmingham y en mi primer baile se me acercó mi marido, un terrateniente que vivía en Londres. —Sin duda, se pavoneaba explicando

su historia de amor—. No se separó de mí en toda la velada —rio y miró a sus compañeras de mesa—. Y hoy en día sigue sin separarse —acabó con una gran sonrisa.

Nicole suspiró.

—Tiene suerte de haber encontrado a un hombre tan amable y que la quiera tanto —comentó ella alabándolo, pues sabía de sobra lo que le gustaba aquello.

—Sí, tuve mucha suerte, y vosotras también la tendréis, ya veréis —afirmó con una sonrisa.

—No estoy muy segura —comentó con timidez.

—Oh, ¿por qué dices eso, cielo? —preguntó sorprendida.

Nicole se removió un poco nerviosa.

—Supongo que… estoy nerviosa. El miedo a lo desconocido —aclaró.

—Oh, no, no… de eso nada, querida —replicó y miró a las dos muchachas de la cabeza a los pies—. Voy a permanecer unos días aquí, hasta que me traslade a Londres al inicio de la temporada. ¿Os apetece venir mañana a tomar té a mi casa?

Las dos pusieron su espalda recta ante ese ofrecimiento. Vaya, había sido más fácil de lo que imaginaban. Ambas se miraron de reojo.

—Sería un honor tomar el té con usted, lady Wilson —dijo Nicole.

—Pues no se hable más —zanjó moviendo su mano de un lado a otro—. Mañana tomaremos té con pastas en mi casa —confirmó.

—Muchísimas gracias —comentaron las dos al unísono.

—Nos vemos mañana —se despidió la señora Wilson antes de girarse hacia su grupo de amigas y comenzar a hablar.

Las dos se giraron y se dirigieron hacia la puerta mientras Nicole apretaba con más fuerza la mano de su amiga. En ese momento, se fijó en que Meggie y Amanda las miraban intrigadas.

Salieron de la cafetería y, solo entonces, Nicole se dio cuenta de que había estado aguantando el aliento. Al día siguiente tomarían té y pastas con una de las mujeres más influyentes de las temporadas de Londres. Sin ninguna duda eso era muy buena señal, y estaba segura de que lady Wilson podría darle muy buenos consejos, aparte de obtener información privilegiada que a buen seguro le serviría para su propósito.

Caminaron intentando aparentar normalidad hasta que, al girar una esquina, ambas se soltaron y se miraron con una gran sonrisa.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Judi asombrada por lo que Nicole había hecho.

Nicole cogió sus manos y dio unos saltos de alegría, luego la abrazó.

—Ya verás, va a ser una temporada excepcional para nosotras. Nos vamos a granjear un buen futuro —pronunció animada—. Seremos nosotras las que podamos decidir con quién contraer matrimonio con todas las proposiciones que vamos a tener —rio.

—¿Te imaginas? —preguntó su amiga contagiada por la euforia de Nicole—. Tener tantas proposiciones a la vez que nos veamos obligadas a ir rechazando —rio divertida.

—Y, sobre todo, proposiciones importantes… —alzó sus dos cejas repetidas veces—. La señora Wilson seguro que nos pone al corriente sobre toda la nobleza que acude a la temporada.

—Síííí —pronunció Judi dando saltitos y palmas como una niña.

—Ah, ante todo, y muy importante: esa es una información para nosotras solas.

—Por supuesto —confirmó Judi. Se removió nerviosa y se miró su vestido color rosado—. ¿Qué nos ponemos mañana para el té?

Nicole la miró asombrada, no había pensado en ello.

—Hay que ir con nuestras mejores galas —pronunció—. Piensa que la señora Wilson acude a Londres, así que nos volveremos a ver allí. Si damos una muy buena imagen mañana, seguro

que nos presenta a mucha gente durante la temporada.

—Eso sería fantástico —continuó su amiga. Se quedó pensativa y luego cogió su mano—. Creo que me pondré un vestido color crema que es espectacular.

Nicole sujetó su mano con fuerza y asintió.

Aquel plan podía abrirle las puertas de la temporada y garantizarle rodearse de los mejores, justo lo que ella necesitaba para conocer a algún hombre con título nobiliario.

Muchas debutantes, incluso su hermana, la infravaloraban. Jacqueline creía que no conseguiría nada y si lograba algo sería gracias a su ayuda.

Pues bien, de eso nada, iba a demostrarle a todas que Nicole Stafford podía lograr todo lo que se propusiese.

7

Había pasado toda la mañana junto a su doncella, Georgina, revisando su fondo de armario y decidiendo qué ponerse aquella tarde. No había podido pegar ojo durante toda la noche pensando en su cita del día siguiente. Era la primera vez que iba a tomar el té a casa de una persona tan respetable y con tanta influencia como la señora Wilson, quería causar buena impresión, lo necesitaba si quería destacar frente a todas las debutantes.

Era curioso cómo unas simples palabras podían alterar tanto el comportamiento de una persona. No iba a rebajarse tanto como sus compañeras de protocolo que aquella mañana, con semblante molesto, ni siquiera le habían dirigido la palabra, pues parecían ser conscientes de lo que Nicole y Judi habían conseguido. No, ella simplemente se abría paso en medio de una sociedad elitista y la señora Wilson, sin duda, era la persona ideal para ello.

Su hermana también podía moverse en esos círculos, aunque la señora Wilson lo hacía con mucha más soltura, además, no quería depender de su hermana, pues aún debería estarle agradecida el resto de su vida por abrirle las puertas.

No, ella una Stafford, integrante de una de las familias más ricas de Birmingham y, como tal, se movería en los círculos correspondientes, aunque necesitase ayuda.

En breve, su amiga Judi acudiría a su hogar para tomar el carruaje hasta la vivienda de la señora Wilson. Estaba realmente ansiosa.

Fue al porche trasero y se sentó en una de las sillas esperando a que el mayordomo anunciase la llegada de su amiga. Los minutos pasaban lentamente.

Cerró los ojos y dejó que la brisa fría acariciase su piel.

Se había vestido con un vestido rojo de escote cuadrado que remarcaba su silueta, pues era estrecho por el pecho y más ancho por la falda. Llevaba un corsé que apretaba su cintura haciéndola aún más estrecha, aunque, al menos, este corsé la dejaba respirar.

—¿Desea un té, señorita Stafford? —preguntó Philip.

—No, gracias —respondió mirando al frente.

Escuchó que el mayordomo entraba al salón dejándola sola en el porche. Realmente estaba a gusto allí, aunque refrescase bastante. Se abrochó los botones superiores del abrigo para resguardar su garganta de la corriente de aire y se quedó petrificada mirando al nuevo jardinero.

Oliver se llamaba, ¿verdad?

El muchacho se encontraba arrastrando el rastrillo sobre el césped sin mucha pasión, como si acariciase la hierba más que arrastrar las hojas caídas de los árboles para limpiarlo.

Era un muchacho bastante alto, con el cabello corto castaño oscuro. Tenía unas facciones muy marcadas y masculinas, aunque lo que más había llamado su atención era aquella mirada color gris. Sintió un escalofrío al recordar sus ojos.

Lo miró extrañada al ver las pocas ganas que ponía en el desempeño de sus funciones, aquel hombre no parecía tomarse en serio el trabajo para el que había sido contratado.

Nicole resopló.

—Disculpe… —comentó poniéndose en pie y dando unos pasos hacia delante. Oliver se giró en su dirección y al principio pareció sorprendido al encontrarla allí, como si no se hubiese dado cuenta de su presencia hasta ese momento. Situó el rastrillo frente a él y se apoyó en el mango con las dos manos—, así dudo mucho que deje el jardín limpio de hojas caídas.

Oliver pestañeó.

—¿Se dedica a controlar al servicio?

—Solo a los que no cumplen eficientemente con sus obligaciones —espetó ella.

Oliver volvió a arrastrar el rastrillo suavemente provocando que ella enarcase una ceja. ¿La estaba provocando?

Oliver se quedó observándola. Aquella muchacha permanecía sobre el porche, a pocos metros de él, cruzada de brazos y con una actitud bastante altiva. Quizá debería dar una cura de humildad a aquella muchacha. Ese era su segundo encuentro con ella y lo único que había hecho Nicole era reprenderle.

—Me gusta ser delicado —ironizó él. Nicole dio unos pasos hacia delante y ladeó su cabeza —. Es lo que os gusta a las mujeres, ¿no? —preguntó alzando las dos cejas.

Nicole abrió los ojos como platos por el comentario de aquel muchacho e iba a contestarle, pero cerró la boca de inmediato, molesta y sin saber qué decir.

Se removió inquieta sobre el porche hasta que halló las palabras.

—Si continúa así me veré obligada a notificarle a mi padre su falta de profesionalidad y… de decoro —acabó con un tono incriminatorio.

Oliver se encogió de hombros y sujetó el rastrillo a su lado.

—¿Es una amenaza? —preguntó sorprendido, aunque una ligera sonrisa picarona cruzó su rostro.

—Simplemente le pongo al corriente de que…

—Señorita Stafford —le interrumpió el mayordomo accediendo al porche—. La señorita Kemp se encuentra aquí.

Nicole apretó los labios sin apartar la mirada de él. Oliver le sostenía también la mirada hasta que ladeó su cuello como si esperase a que siguiese hablando y comenzó a repiquetear con los dedos sobre el palo de madera del rastrillo.

Nicole apartó la mirada de él finalmente y, sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta que daba al salón sujetando con fuerza su vestido para caminar más rápido.

—Gracias, Philip —comentó ella pasando por su lado.

Atravesó el salón con el corazón acelerado. ¿Cómo ese hombre del servicio se atrevía a hablarle así? ¿Y por qué sentía su corazón palpitar tan rápido?

La sonrisa emocionada de Judi le hizo olvidar el enfrentamiento dialéctico que había tenido con el jardinero y se dirigió hacia ella cogiendo sus manos.

—¡Al fin! —exclamó Judi a punto de ponerse a dar saltitos de nuevo.

—No he podido dormir en toda la noche por los nervios.

—Yo igual —admitió a su amiga.

Nicole miró a Philip que se acercaba por su espalda muy sonriente mientras sujetaba con fuerza las manos de su amiga.

—Philip, ¿puede avisar al cochero? —preguntó—. Hemos quedado con la señora Wilson para tomar el té —comentó con orgullo.

El señor Philip asintió, aunque su rostro transmitió que no tenía ni idea de a quién se refería.

Fueron al porche delantero y esperaron a que el cochero apareciese.

No solo las había invitado a ellas, sino que se encontraba la mayor parte del grupo con el que la habían visto el día anterior tomando el té.

No le importaba, incluso se sentía más tranquila así y podía escuchar al resto de mujeres que parecían emocionadas por tener la compañía de dos debutantes.

La señora Robinson era una mujer gruesa, casada con un lord y de un semblante agradable,

pues miraba con añoranza a las dos jóvenes. La señora Thompson era la más joven de las amigas de la señora Wilson, una mujer de cabello rubio recogido a la nuca y que, por lo que había escuchado, se había comprometido en su primera temporada con un baroneto del que estaba profundamente enamorada. La señora Lyon debía de tener la misma edad que la señora Wilson, pues por lo que podía ver intercambiaban muchas experiencias que daban a entender que se habían iniciado en la misma temporada. Era una mujer agradable y muy sonriente, con unos precioso rizos color negro recogidos a su nuca y de complexión delgada.

Luego estaban ellas dos allí, sin saber qué decir y siendo observadas sin disimulo por aquellas cuatro mujeres. Lo cierto era que aquel escrutinio la hacía ponerse tensa. Se había vestido para la ocasión, y parecía que había acertado porque todas habían acudido de punta en blanco.

La señora Wilson tenía una mansión preciosa y, en la planta baja, una sala solo para disfrute de ella, donde pasaba las horas leyendo, reunida con sus amigas o bien tomando el té.

La salita estaba decorada con muy buen gusto, sin ser recargada y, en un lateral, había una impresionante vidriera desde donde se gozaba de las preciosas vistas del jardín. Ahí, al lado de la vidriera, tenía una mesa redondeada donde todas se encontraban sentadas con su taza de té y degustando numerosos platos con pastas y galletas. Al lado de la mesa se ubicaba un carrito donde reposaban la tetera junto a la leche y el limón.

—Creo que esta temporada la abre la duquesa viuda de Wiltshire junto a la nueva duquesa —explicó la señora Robinson.

—Oh, esa mujer tiene un gusto exquisito —pronunció la señora Wilson y miró a Nicole y Judi que permanecían calladas—. Ese será el mejor baile de toda la temporada, debéis acudir sin más —las informó—. No solo porque es el primero y toda la gente acude, sino porque al tratarse de la duquesa acude gran parte de la nobleza. La duquesa viuda está muy bien valorada y es encantadora. De hecho… —susurró—, se rumorea que ella fue quien presentó al duque de Gormanston con su actual esposa. —La señora Wilson miró con una gran sonrisa a las dos debutantes que se encontraban atentas a sus explicaciones—. El duque estaba en su sexta temporada y sin compromiso, y le pidió ayuda a la duquesa —explicó.

—Oh, vaya —susurró Nicole sin pestañear.

—De hecho —continuó la señora Lyon—, todos lo habían dado por perdido —rio—. Desde entonces dicen que le debe un favor —bromeó.

Nicole y Judi sonrieron ante aquellas palabras.

Jamás le habían interesado los cotilleos de la alta sociedad, pero ahora los encontraba de gran utilidad.

—Es el baile más esperado de toda la temporada —continuó la señora Thompson confirmando lo que sus amigas decían.

—Oh, por supuesto… —le dio la razón la señora Wilson. Se acercó a ellas por encima de la mesa—. El duque de Wiltshire contrajo matrimonio la anterior temporada con la hija perdida de los Beckett.

—Algo había escuchado —recordó Nicole mientras Judi también asentía.

—Eso sí es una verdadera historia de amor —suspiró la señora Robinson y miró con atención a las dos debutantes—. Dicen que ella es encantadora y que va a organizar una velada digna de ser recordada —pronunció sonriente.

—Hay que acudir sí o sí.

Nicole miró de reojo a su amiga Judi.

—Y, disculpe mi desconocimiento, nunca he acudido a Londres a una de esas veladas…

—Claro, pregunta todas las dudas que tengas, para eso estamos —indicó la señora Wilson, emocionada por tener a aquellas dos jóvenes debutantes ante ella.

Desde que habían llegado hacía casi una hora estaba deseando sacar el tema de los hombres que acudirían y, sobre todo, de la aristocracia. Quería saber, necesitaba saber para trazar un plan.

—En un baile, cuando un hombre te invita a bailar supongo que es descortés no aceptar la proposición…

—Exacto —le dio la razón la señora Wilson.

—Y, entonces… si yo no quisiese bailar con él y resulta ser un noble… ¿qué debo hacer?

Todas comenzaron a reír.

—Oh, mi querida niña —pronunció la señora Wilson—, ese es un tema que nos ha preocupado a todas. Por eso es importante que conozcáis quiénes son.

—Y, ¿cómo lo hacemos? No partimos hacia Londres hasta unos días antes de que empiece la temporada.

—Por los nombres —informó la señora Lyon mientras dejaba su taza de té—. Hay que estar muy atenta. —Se acomodó con una sonrisa en la silla—. Jamás puedes rechazar a un duque, un marqués, un conde o un vizconde —explicó—. Aunque no sean de tu agrado, si bailas con ellos te dará prestigio y hará que otros hombres se fijen en ti —comentó como si fuese un secreto.

—¿Conocéis a muchos?

Las cuatro mujeres comenzaron a reír ante los inocentes comentarios de la muchacha.

—Por supuesto, a casi todo el mundo —explicó la señora Wilson, las miró y sonrió de forma pícara mientras miraba de reojo a sus compañeras de té—. Recordad lo que os voy a decir —dijo alzando un dedo con una sonrisa en sus labios—. Ni se os ocurra acercaros al marqués de Ailesbury. Recientemente falleció su cuarta esposa y se rumorea que busca la quinta…

—Dicen que… tiene aficiones extrañas… —continuó la señora Robinson.

—¿Extrañas? —preguntó Judi.

—Oh, son cosas que no podemos explicaros —susurró la señora Wilson—, pero hacedme caso, no os acerquéis a él.

—Por cierto —recordó la señora Thompson en aquel momento—, ayer no os lo expliqué, pero hace cuatro días fui a visitar a la señora Wilkinson.

—Oh, ¿cómo se encuentra? —preguntó la señora Robinson preocupada.

—Mejor, pero sigue asustada —corroboró.

Nicole y Judi se miraron de reojo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Judi—. Si puede saberse…

La señora Wilson tomó la palabra.

—La semana pasada iba con su marido en dirección a Wolverhampton y los asaltaron por el camino…

—¿Los asaltaron? —preguntó Nicole asustada.

La señora Robinson asintió.

—Les robaron todo lo que llevaban encima, por suerte no tuvieron que lamentar daños personales.

La señora Thompson se echó hacia delante.

—La señora Wilkinson me aseguró que los amenazaron con cuchillos enormes —susurró asustada.

La señora Wilson chasqueó la lengua.

—Ya sabes que la señora Wilkinson es muy exagerada, seguro que no llegaba a ser ni una lima de uñas —bromeó.

Sus dos compañeras de té asintieron levemente con una sonrisa contraída.

—Lo importante es que están bien, pero por lo que me explicó —continuó la señora Thompson—, cuando acudieron a la policía estos les explicaron que no era el primer robo que se producía por la zona. Por lo visto, en lo que va de año, ha habido unos cuantos.

—Por eso siempre es mejor no salir por la noche —interrumpió la señora Wilson.

—Fue a mediodía —corroboró la señora Thompson—, a plena luz del día.

—Ups —reaccionó la señora Wilson y miró a las dos muchachas que escuchaban aterradas —. Hay que ir con cuidado —indicó como si las avisase, a lo que ambas asintieron. Miró a su amiga y cogió la taza de té—. Me alegro de que esté mucho mejor, supongo que habrá estado con los nervios alterados.

—Muchísimo, de hecho, tenía miedo a salir de casa.

—¿Y se va a perder la temporada de Londres? —preguntó la señora Wilson. La señora Thompson se encogió de hombros como si ese dato no lo tuviese—. Pues sería una pena —continuó pensativa, se removió sobre la silla y miró de nuevo a Nicole y a Judi—. Volvamos a temas más alegres —las apremió.

Todas permanecieron unos segundos en silencio.

—El barón de Churston —recordó la señora Thompson rompiendo el silencio—, es un buen hombre.

La señora Wilson movió la mano como si espantase una mosca.

—Demasiado bueno —intervino la señora Wilson con ironía—, tanto que podrías sentirte más segura con él que paseando por un monasterio. —Negó con la cabeza—. No os interesa si vuestro deseo es formar una familia. —Se quedó pensativa—. Sé que acudirá también el barón de Clifford. —Todas asintieron—. Es un buen hombre, quizá os doble en edad, pero tiene muy buena reputación.

—Oh, y el conde de Devon —recordó la señora Thompson—. Su madre, la condesa viuda, informó de que este año acudiría a la temporada para buscar esposa.

Nicole miró con atención a esa mujer. Ese era el hombre sobre el que quería saber.

—Y, ¿es buen hombre?

La señora Thompson se removió incómoda.

—Nunca he tenido el placer de conocerlo.

—Yo sí —intervino la señora Wilson—. La temporada pasada tuve el honor de tomar el té un par de veces con la condesa y, en una de ellas, su hijo, el reciente conde de Devon, estaba presente. —Miró a Nicole y a Judi—. Es un joven encantador —hizo un gesto incómodo—, aunque no sé si será cierto que el conde buscará una esposa esta temporada después de lo ocurrido…

—Sí —intervino Nicole para seguir con la conversación—, escuché que heredó el título hace poco, que su padre falleció.

La señora Wilson puso cara de tristeza.

—Sí —le dio la razón—. Una pena, el noveno conde de Devon era encantador y un buen hombre y padre… —Todas le dieron la razón—. Sé que sus hijos llevan muy mal su pérdida, les ha afectado mucho… —Se quedó pensativa—, por eso no tengo muy claro que finalmente el actual conde de Devon se presente a la temporada de este año.

—Ah —comentó Nicole pensativa.

—El conde de Devon es un hombre muy sensible —indicó—. Eso le honra. Ha sabido llevar muy bien su condado y las tierras tras la muerte de su querido padre. —Todas se quedaron pensativas, guardando unos segundos de silencio. Nicole iba a intervenir de nuevo para

preguntarle cómo podría reconocerlo, pero la señora Wilson recuperó su ánimo y continuó con su lista—. El que sé que acudirá seguro… —miró a sus amigas—, porque me lo ha corroborado él mismo de primera mano es el vizconde de Portman. Parece que por fin se ha decidido a buscar una esposa. —Miró a las dos muchachas—. Es un buen partido —confirmó—, muy respetuoso y atento.

—¿Se lo confirmó en persona? —preguntó la señora Lyon—. ¿Cuándo lo vio?

La señora Wilson se frotó las manos, entusiasmada con poder dar esa información.

—El vizconde de Portman y mi marido hablaron recientemente de negocios —indicó.

—Interesante, el vizconde posee tierras donde dicen que hay mucho carbón, ¿no es cierto? —preguntó la señora Robinson.

—Estás en lo cierto —confirmó.

—Y… —interrumpió Nicole—, ¿cómo reconoceré a cada uno? ¿Tienen alguna particularidad especial?

Todas volvieron a reír.

—Tranquila querida, una vez entres por la puerta todo el mundo querrá presentarse y saber de ti —le explicó la señora Wilson—, simplemente estad atentas a los nombres. Conforme acudáis a los diferentes bailes haréis amistades que os podrán informar de todo lo que se cuece. —Alzó sus dos cejas repetidas veces.

—Usted estará ahí, ¿verdad? —preguntó esperanzada.

Aquellas palabras provocaron que la señora Wilson sonriese.

—Por supuesto, queridas mías —pronunció ella con una mueca divertida—, no me lo perdería por nada del mundo —acabó con un movimiento exagerado de sus brazos.

Aquella reunión no había ido tan bien como esperaba, si bien se había enterado de muchos más hombres que acudirían a la temporada, pues la lista que dominaban aquellas mujeres era muy amplia. Su idea había sido investigar al conde de Devon y también a los vizcondes para hacerse una idea de cómo eran y cuáles eran sus preferencias, pero aún no tenían tanta confianza con aquellas mujeres como para preguntarles directamente.

Además, no estaba muy claro según la señora Wilson que el conde de Devon acudiese a la temporada por el reciente fallecimiento de su padre.

Por lo menos le habían dado unos cuantos consejos y el hecho de que la señora Wilson y el resto de aquellas mujeres fuesen a encontrarse en la temporada de Londres seguro que le abriría muchas puertas.

Jamás lo había hecho, pero quizá, a medida que se acercase la temporada, pasase por casa de la señora Wilson a llevarle un detalle, unas galletas, un bordado… de esa forma no se olvidaría de ella. También jugaba con la ventaja de que sabía que muchas tardes acudía a la cafetería de moda en Birmingham, así que si acudía allí cada tarde seguirían viéndose. Ahora que había iniciado una amistad con ella solo debía limitarse a cultivarla y esta florecería lentamente.

Le daba tranquilidad el hecho de que ella se encontrase en Londres, mucha más que la que podía ofrecerle su propia hermana.

Así que, a partir de ahora, acudiría prácticamente todas las tardes a *The Old Crown* a tomar el té con Judi, de esa forma se irían viendo de vez en cuando.

Mientras el carruaje recorría las calles de Birmingham en dirección a la vivienda de su amiga en primer lugar, habían intentado recordar los nombres de todos los nobles que habían mencionado la señora Wilson y sus amigas, y ambas se habían propuesto hacer una lista por la noche con los nombres y los datos que recordasen, de esa forma lo tendrían todo más claro y lo recordarían mejor. Sería su libro de investigación, donde apuntaría los nombres, títulos y

cualquier característica que la señora Wilson, sus amigas o cualquier persona les informase. Al día siguiente contrastarían los nombres que recordaban cada una y harían la lista definitiva.

Se había despedido de su amiga con una sonrisa y el carruaje se había dirigido a su vivienda situada a pocos metros de la de Judi.

8

Oliver depositó el rastrillo en el suelo y cogió el sobre que el mayordomo le tendía de forma amable.

—Muchas gracias —comentó antes de que Philip se alejase.

Entró en su casita y abrió el sobre rápidamente. Sabía que su tío le escribiría, solo esperaba que fuesen buenas noticias.

Depositó el sobre en la mesa y se acercó a la ventana para que la luz del sol le ayudase a ver mejor. En aquella época del año a las cinco de la tarde comenzaba a anochecer.

—Menuda letra, tío —se quejó al ver los salpicones de tinta en la carta. Nunca se había caracterizado por ser muy cuidadoso.

Querido sobrino,

Te traigo nuevas noticias.

Tu hermano acaba de salir del calabozo tras una intensa negociación entre el juez y el abogado. Martin ya está en casa, aunque no podrá salir de esta hasta que se solucione el asunto. Le han concedido un arresto domiciliario.

Tu hermano afirma que no disparó el arma. Bebió mucho y simplemente se quedó dormido. Aunque sí es cierto que escuchó un disparo. pero tal era el cansancio que sentía que simplemente siguió durmiendo. No sabe quién lo hizo. Durante esta semana el juez hablará con la víctima, cuando se encuentre un poco mejor, por si puede identificar a quién le disparó.

Por lo menos, no se le imputará un delito de daños, como mucho, según el abogado, se le puede imputar un delito de participar en un acto ilícito, lo cual no conlleva pena de prisión, simplemente una multa. Eso siempre y cuando la víctima no confirme que fue él.

En cuanto tenga nuevas noticias te escribiré.

Espero que todo vaya bien.

Saludos.

Alfred.

Oliver resopló. Por lo que recordaba, su madre le había explicado que su hermano, Martín, había despertado con el arma en la mano. ¿Alguien se la había puesto ahí para incriminarle?

Suspiró, guardó la carta en el sobre y fue hacia el cajón de la cómoda que disponía en la habitación seleccionada, guardándolo ahí.

Sabía que su hermano no dispararía un arma. Lo conocía. Cierto que desde la muerte de su padre se había descarrilado, pero era buena persona, demasiado inocente. Estaba seguro de que eso era lo que había pasado. Alguien había disparado el arma y lo había incriminado a él, un joven dormido en la hierba que no se enteraba de nada por el elevado consumo de alcohol.

Solo esperaba que cuando hablasen con la víctima esta pudiese corroborar que su hermano no fue quien disparó.

Se quedó observando por la ventana, Tom, el jardinero oficial de la vivienda de los Stafford, estaba recortando uno de los matorrales, redondeándolo.

Al menos Martin ya estaba en casa, eso era lo importante.

Salió de la casita y se dirigió hacia Tom.

—¿Ayudo en algo? —preguntó con el rastrillo en la mano.

Tom lo miró.

—¿Sabes dar forma a los arbustos?

—No —respondió sinceramente.

Tom chasqueó la lengua y enarcó una ceja en su dirección. ¿Qué jardinero no sabía hacer eso?

—Recoge las hojas caídas del jardín delantero. Creo que hay unas cuantas —le indicó.

Oliver asintió y fue con el rastrillo hacia el jardín delantero, rodeando la gran mansión Stafford.

El jardín delantero era mucho más pequeño que el trasero. Lo cierto era que arrastrar el rastrillo sobre la hierba lo relajaba. No sabía dar forma a los arbustos, ni podar correctamente los árboles, pero al menos ayudaría a Tom a mantener el jardín limpio. ¿Qué otra cosa podía hacer? Debía admitir que se aburría bastante, así que cualquier ocupación era buena para pasar el rato.

Se dirigió a uno de los árboles y pasó el rastrillo sobre la hierba, arrastrando varias de las hojas caídas, amontonándolas para luego recogerlas.

Alzó la mirada cuando el carruaje entró en el jardín y el cochero saltó de este para abrir la puerta.

Oliver ladeó su cuello al ver descender a la señorita Stafford con una gran sonrisa. En ese momento se quedó embobado mirándola. Tenía unos rasgos realmente preciosos. Sus ojos color miel brillaban en su tez blanquecina, sus labios carnosos parecían rubies. No era muy alta, pero su cuerpo estaba totalmente proporcionado. Era una verdadera belleza.

Nicole caminó hacia el porche delantero y observó de reojo que el jardinero la observaba ensimismado. Siguió avanzando, pero sintió cómo aquella mirada la ponía nerviosa. No había intercambiado muchas palabras con él, pero sabía que tenía una lengua mordaz.

Oliver dio un paso hacia delante. Nicole llevaba un precioso vestido color rojo que resaltaba su figura. Antes no había reparado en su vestido ni en cómo sus senos permanecían abultados hacia arriba.

—¿De dónde viene tan elegante? —preguntó sorprendido.

Ella se detuvo y lo miró asombrada. Miró de reojo hacia la puerta, el mayordomo aún no la había abierto. Dio unos pasos hacia él con la cabeza ladeada.

—Se toma muchas licencias para ser un simple jardinero, ¿no?

Oliver se encogió de hombros.

—Yo solo pregunto —respondió como si nada—, y usted responde, si quiere.

Ella se quedó observándolo un segundo.

—Que yo sepa, no es un dato de su interés —comentó.

Oliver en encogió de hombros.

—Deduzco que ha quedado con alguien importante… ¿un hombre quizá? ¿O es que suele ir vestida tan escotada siempre?

Nicole desencajó su mandíbula y todos sus músculos se pusieron en tensión.

—Vengo de tomar el té con la señora Wilson —indicó alzando el mentón.

—Oh, ya… —respondió él viendo cómo la cara de Nicole se ponía roja de vergüenza—, ¿por qué se ruboriza tanto?

—¡Yo no me he ruborizado! —exclamó hecha una furia. Bueno, quizá sí, el comentario del escote la había hecho avergonzarse, pero era algo que no iba a admitir ante él—. La señora Wilson es una de las mujeres más respetables de Birmingham. Tiene contactos con la nobleza, e incluso dicen que tomó el té con la reina.

—Ah, ya… —respondió dándole la razón como a los locos. Normalmente no sería tan

grosero, pero lo cierto era que disfrutaba de ello. Chasqueó la lengua—. Yo no haría mucho caso de esos rumores…

Ella ladeó su cuello y lo miró intrigada.

—¿A qué se refiere?

—A las mujeres les gusta pavonearse y decir que han hecho cosas o tienen amistad con personas de la nobleza cuando nunca las han visto —explicó cogiendo el rastrillo para quitar unas hojas.

Nicole pestañeó varias veces.

—¿Cómo va a saber usted eso? ¡Es un simple jardinero! —le recriminó—. Es más, un jardinero entrometido —pronunció, lo que provocó que Oliver enarcase una ceja en su dirección —. ¿Cuántos días lleva usted aquí? ¿Tres?

—Sí, tres —confirmó él.

—Y durante estos días lo he encontrado durmiendo en horario laboral y ya me ha faltado varias veces al respeto. —Oliver ladeó su cabeza al escuchar aquellas palabras—. Ya se lo he dicho, si sigue así me veré obligada a notificarle a mi padre su conducta.

—Ah, sí… —comentó él como si no le importase—, a su padre —confirmó—. Usted misma… —Se encogió de hombros como si aquella amenaza no hiciese efecto en él y le sonrió mostrándole todos los dientes.

Ella abrió los ojos al máximo.

—¿Cómo puede ser tan arrogante?

—¿Arrogante yo? —preguntó sorprendido—. Usted me despertó de malos modos sin importarle si me encontraba mal o estaba agotado… niña malcriada —susurró al final.

—Era obvio que no se encontraba mal —le interrumpió—, sus ronquidos se escuchaban desde el otro lado del jardín —replicó ella con los dientes apretados—. ¿Sabe qué? ¿Por qué retrasar lo inevitable? —preguntó cogiéndose el vestido con fuerza—. Pienso notificarle ahora mismo a mi padre su conducta.

Oliver le sonrió de una forma enigmática. Nicole lo escudriñó de la cabeza a los pies.

—¿Quiere que la acompañe? —ironizó.

Nicole resopló, se dio media vuelta y entró en la mansión directa hacia las escaleras que la conducirían a la segunda planta donde se encontraba el despacho de su padre.

¿Cómo se atrevía a decirle esas cosas? Jamás se había encontrado con un hombre de su servicio tan incisivo. Puede que a él le hiciese gracia, pero esa era una conducta que no iba a permitir. No pensaba tolerar que alguien del servicio le hablase así, bastante tenía con sus compañeras de protocolo y con su hermana como para además tener que soportar al jardinero.

Fue directa a la puerta del despacho de su padre y llamó repetidas veces. Esta vez no entró sin más como solía hacer.

—Adelante —resonó la voz de su padre tras la puerta.

Su padre, Peter Stafford, se encontraba sentado a la mesa con decenas de documentos esparcidos sobre esta.

—Ah, eres tú —comentó él volviendo su mirada hacia los documentos.

—Tengo que hablar contigo, padre —dijo ella cerrando la puerta.

—¿Ocurre algo? —preguntó él sin mirarla, cogiendo su pluma y estampando la firma en uno de los documentos.

Ella se acercó a la mesa.

—Sí, sí que ocurre —indicó situando sus manos sobre la mesa. Su padre alzó la mirada hacia ella, observándola a través de sus gafas de ver—. El jardinero al que contrataste el otro

día…

Su padre la miró sin comprender.

—¿Qué jardinero? —preguntó como si no cayese en la cuenta.

—¡Padre! —exclamó ella—. El joven al que contrataste para ayudar a Tom.

En ese momento su padre cayó en la cuenta.

—Ah, sí, sí… —reaccionó volviendo a los documentos—, ¿qué ocurre con Oliver?

—Despídelo —ordenó ella.

Su padre pestañeó y volvió a subir su mirada hacia ella lentamente.

—¿Des… despedirlo? —tartamudeó—. ¿Por qué?

Ella lo miró enfadada, rodeó la silla y se sentó frente a su padre.

—No tiene modales —espetó ella.

Su padre comenzó a tener un tic en el ojo.

—Mmm… —pronunció sin saber qué decir.

En todo momento había respetado la promesa que le había hecho al conde: nadie del servicio ni de su familia sabría de quién se trataba en realidad. Obviamente, su hija no sabía con quién estaba hablando.

—¿Sabes? El primer día que lo contrataste lo encontré durmiendo sobre el césped, y no media hora o una hora… estuvo toda la tarde ahí, tirado —explicó—. Cuando le recriminé su actitud…

—¿Que le recriminaste qué? —preguntó su padre alterado.

—Sí padre, le recriminé. No le dije nada cuando lo vi la primera vez, pero me marché con Jacqueline a la modista y cuando volví, tres horas después, seguía en la misma postura. —Su padre parecía alterado por lo que decía—. Fui y le dije que no estaba aquí para dormir.

—¿Que hiciste… qué? —susurró su padre agobiado con la situación.

—¿Y sabes lo que dijo? Que estaba cansado…

Su padre se removió sobre la silla.

—Bueno, hija… quizá sí estaba cansado… —bromeó con nerviosismo, intentando quitarle hierro al asunto.

—¡Padre! ¡No puedes permitirlo! Siempre has sido muy blando con el servicio… pero que yo sepa no les pagas para que estén toda la tarde durmiendo. Además, se ha dirigido a mí de una forma… mmm… insolente.

Su padre arqueó una ceja.

—¿Insolente? —preguntó. Que él supiese, el conde tenía unos modales muy refinados, o eso mismo le había parecido al conocerlo. Por otro lado, ya conocía a su hija, a testaruda no la ganaba nadie.

—Sí, se ha referido varias veces a mi vestido y…

—Hija, hija… —intentó calmarla, pues Nicole parecía bastante alterada. Suspiró y se apoyó contra el respaldo, observándola—. No puedo despedirlo —acabó diciendo.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Por qué? —preguntó molesta.

Su padre carraspeó nervioso y se puso más erguido en la silla.

—Es… el hijo de unos conocidos, me pidieron que le diese una oportunidad y…

Nicole señaló hacia la puerta.

—Pues ya se la has dado y se está aprovechando —reaccionó—. Despídelo.

Su padre resopló y comenzó a dar golpecitos nerviosos con su pie en el suelo. No sabía realmente qué era lo que había ocurrido, pero casi prefería no saberlo. No podía defraudar al

conde y a su amigo Alfred, no quería tener problemas y sabía que si confesaba de quién se trataba podría tenerlos.

En ese momento cayó en la cuenta y miró a su hija de la cabeza a los pies.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Arrrggg —rugió Nicole elevando sus brazos hacia el techo—, ese no es el tema, padre. El tema es…

—Nicole, ¿por qué vas tan arreglada? —insistió.

—He estado tomando el té con la señora Wilson en su vivienda. Ya te lo había comentado esta mañana —acabó recordándoselo.

—Ah, sí —dijo pensativo.

—Y volviendo al tema que nos ocupa, ese tal Oliver no ha hecho nada estos días para merecer que…

—Hija —la cortó su padre—, no voy a despedirlo, no insistas. El señor Oliver se quedará aquí el tiempo que haga falta para ayudar a Tom. Ahora que llega la primavera y tu presentación en sociedad… quiero tener el jardín bien adecentado… —acabó excusándose—, nunca se sabe cuándo los pretendientes pueden llamar a la puerta y no quiero dar una mala imagen.

Ella resopló.

—Papá, la temporada es en Londres, no aquí —le recordó ella.

—Ya, pero si alguno pide tu mano es posible que…

—¿Y por qué no puedes despedirlo? —insistió ella esta vez con un tono de súplica.

Peter Stafford suspiró y miró a su hija fijamente.

—Si ese joven te molesta, ignóralo.

—¿Te pones de su lado? —preguntó acusadora.

—No, no me pongo de su lado, es solo que… —se quedó pensativo buscando las palabras —, estoy seguro de que quizá te alteraste un poco, ¿no? Quizá lo ofendiste.

Nicole estuvo a punto de desencajar la mandíbula.

—¡Me ha dicho que voy muy escotada! —gritó ella.

Su padre parpadeó varias veces y observó de nuevo a su hija de arriba abajo. ¿El conde le había dicho eso?

—Bueno, razón no le falta —susurró sin saber qué otra cosa decir.

En otra ocasión aquel comentario referido a su hija le hubiese molestado, pero viniendo del conde lo veía desde otro punto de vista, y mucho menos iba a darle la razón a su hija para darle alas a aquel enfado. Mejor no darle importancia para que su hija se calmase.

—Arrrggg… —rugió de nuevo poniéndose en pie de un salto—. Esto me parece increíble… —susurró dirigiéndose hacia la puerta, estaba claro que no iba a conseguir nada con su padre.

—No te enfades, cariño, Oliver es un buen hombre, quizá si le dieses una oportunidad… —Nicole se giró hacia él cogida al pomo de la puerta con cara de pocos amigos—. Vamos, debes admitir que tú también eres un poco testaruda a veces.

Nicole puso los ojos en blanco y, sin decir nada más, salió de la oficina y cerró la puerta.

Resopló en el pasillo y comenzó a caminar dirigiéndose a las escaleras.

¿Cómo podía actuar su padre así? Le estaba diciendo que le había faltado al respeto, incluso que le había hecho referencia a su escote y su padre ignoraba sus peticiones.

Bajó enfadada los escalones hacia la primera planta, pero se quedó paralizada en el último de los escalones.

Oliver permanecía apoyado en el marco de la puerta, cruzado de brazos y con una sonrisa triunfal. Lo que le faltaba.

—¿Y bien? —preguntó él con aquella sonrisa sarcástica.

Ella apretó los labios.

—No sé qué le ha dicho a mi padre para que…

—¿Deduzco entonces que no debo hacer las maletas? ¿No ha conseguido que me despidan? —ironizó.

Ella enarcó una ceja y dio unos pasos hacia él, fijándose en sus ojos color gris. Sin duda, aquella actitud encerraba algo más. Normalmente, el personal era atento y amable, sin embargo, ese nuevo jardinero parecía gozar de una confianza que ella no le había otorgado. Es más, el tono irónico con el que impregnaba aquellas palabras le daba a entender que sabía que su padre no le despediría. Jugaba con ventaja.

—Usted lo sabía…

—¿Saber el qué?

—Que mi padre no iba a despedirlo, ¿por qué? —preguntó cruzándose de brazos—. ¿O es que ahora va a decirme que es un excelente jardinero?

—Lo soy —sentenció—, tengo su jardín bien limpio. —Se encogió de hombros—. Supongo que su padre es un hombre mucho más sensato que usted y que tiene más autocontrol de sus emociones…

—¿Autocontrol? —gritó ella—. ¿Usted me va a dar lecciones a mí de autocontrol?

Oliver se encogió de hombros.

—Parece que las necesita, es muy testaruda —respondió Oliver.

—Y usted es muy prepotente —dijo acercándose un paso más.

—Al menos yo no soy un niño malcriado de papá —insistió él.

—Está claro que no, porque ni modales tiene —rugió ella.

—Le aseguro que puedo ser mucho más refinado que muchas de las mujeres con las que presume de tomar el té.

Ella enarcó una ceja.

—¿Y qué tal si empieza a demostrarlo?

Él se sonrió.

—¿Y perderme su sonrojo? Oh, no, señorita Stafford, sonrojarla se está convirtiendo en una de mis aficiones favoritas —bromeó. Ella resopló al escucharlo—. Bien, pues, si me disculpa —pronunció dando unos pasos atrás—, como sigo contratado por su padre… —enfatizó esas palabras provocando que ella pusiese los ojos en blanco—, voy a acabar de limpiar su jardín delantero.

—Sí, haga algo de provecho —contestó ella.

Oliver le obsequió con una sonrisa que la dejó paralizada durante unos segundos. Tenía una sonrisa realmente bonita, con los dientes perfectamente alineados.

Oliver se dio la vuelta y caminó por el porche en dirección al jardín. Nicole no pudo evitar llevar sus ojos hasta su trasero y ladear su cuello.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo se puso totalmente firme mientras notaba cómo volvía a sonrojarse. Sí, aquel hombre conseguía que se sonrojase con mucha facilidad, algo que no conseguía cualquiera.

Se dio media vuelta y se dirigió al jardín trasero para disfrutar de unas horas al aire libre y confeccionar la lista que compartiría al día siguiente con Judi.

Aquel era el tema en el que debía centrarse, no en un jardinero con una preciosa sonrisa, un culo muy bien puesto y una lengua viperina.

Después de cenar se dirigió a su cuarto. Tras más de una hora confeccionando la lista de

nobles que recordaba, y ayudada por su doncella Georgina, se puso el camisón.

Se acostó en la cama y comenzó a dar vueltas de un lado a otro, intentando recordar más nombres. Aquel grupo de mujeres con las que había tomado el té tenían demasiada información y ella poco tiempo para procesarla y memorizarla. Con suerte, su amiga Judi recordaría algún nombre más.

Resopló y se sentó sobre el colchón con los pies cayendo por un lateral.

A este paso no iba a dormir nada hasta pasada la temporada.

Se puso las zapatillas y se dirigió a la ventana para intentar distraerse. Se apoyó contra ella observando el cielo. La noche había traído algunas nubes de lluvia y las gotas repiqueteaban en el cristal. No era una gran tormenta y, seguramente, al día siguiente habría cesado. De hecho, en el horizonte podían verse unos claros por donde entraban los rayos de luz provenientes de la luna.

Su mirada voló hacia la casita de invitados. Se sorprendió cuando vio luz en ella. ¿Tenían invitados y no se había enterado?

Se sorprendió cuando a través de una de las ventanas vio pasar al jardinero.

¿Qué hacía él allí? Normalmente el servicio dormía en las plantas más altas de su vivienda. ¿Por qué ese jardinero tenía a su disposición la casita de invitados?

Aguantó la respiración cuando vio que Oliver se quitaba la camisa y la colocaba sobre una de las sillas. Sintió cómo su piel se erizaba al observar su torso desnudo. Jamás había visto a un hombre desnudo, aunque debía confesar que le intrigaba. Oliver tenía un poco de vello en la parte superior de su pecho, y desde ahí podía apreciar su torso plano y musculado. Se obligó a tragar saliva.

No, eso no estaba bien, nada bien. Eso no era lo que le habían enseñado, no estaba bien espiar a las personas, y menos cuando estas tenían poca ropa… un poquito más, pensó.

Justo en ese momento, Oliver se dio la vuelta hacia la ventana observando hacia el exterior, con la mirada clavada directamente en su ventana.

Nicole ahogó un grito y se movió rápidamente hacia el lado, pegando su espalda a la pared, con la respiración acelerada. ¿La había visto? ¿Se había dado cuenta de que lo estaba espiando?

Resopló. No, no podía ser, en el interior de su habitación había oscuridad, no podía haberla visto… ¿o sí?

Se acercó de nuevo lentamente a la ventana, asomándose con cuidado y respiró tranquila cuando, esta vez, no lo encontró allí. A los pocos segundos apagó la luz.

Respiró más tranquila. Seguramente, si aquel jardinero se hubiese dado cuenta de que lo espiaba habría salido de la vivienda y gritado hacia su ventana.

Se llevó la mano al pecho intentando calmar los latidos de su corazón y volvió a la cama, aunque en su mente persistía la imagen del torso de Oliver. Lo tenía muy bien definido, ¿no?

“No, aparta esos pensamientos de tu mente, Nicole Stafford, una señorita no debe tener esos pensamientos. Aunque… ¿quién se va a enterar?”, pensó.

Medio sonrió mientras se echaba la colcha por encima y se apoyaba en la mullida almohada. Si ya le había costado anteriormente conciliar el sueño, ahora le iba a costar mucho más.

9

Nicole apartó su mechón de cabello de la cara mientras repasaba la lista que había completado con Judi. Se lo estaba pasando en grande. Por la mañana habían acudido a su clase de protocolo y tomado el té con el resto de sus compañeras. Tanto Amanda como Meggie no le habían dirigido la palabra, simplemente las ignoraban, mientras que Annette se limitaba a sonreírles y adoptar una actitud neutral hacia todas.

Después de comer, Judi se había dirigido a casa de Nicole y, mientras tomaban el té, elaboraban su lista.

A principios de marzo comenzaba a mejorar el tiempo y, aunque seguía haciendo falta llevar ropa cálida, podían comenzar a disfrutar de largas horas en el porche trasero de su vivienda.

—Pues yo hace cerca de un año que no monto a caballo —recordó Judi.

—¿Tanto?

Judi asintió.

—Así que no me iría mal recordarlo.

Nicole se encogió de hombros.

—Si quieres, mañana por la tarde podemos salir a dar un paseo —le ofreció Nicole—, yo llevo casi un mes sin montar y me apetece.

—Sería un buen plan —comentó Judi con una gran sonrisa, luego descendió su mirada hasta la larga lista de candidatos. Observó unos segundos la lista y chasqueó la lengua—. ¿Crees que nos falta alguno?

—Mmm… sí, creo que se nos olvida alguno de los nombres que dijeron, ¡fueron tantos! —comentó Nicole intentando recordar. Observó la lista que su amiga situaba sobre la mesa y los leyó—. De momento, los nombres que tenemos son estos: el marqués de Ailesbury, el conde de Devon, el vizconde de Portman, el vizconde de Heredord, el barón de Clifford, el barón de Churston…

—Los hermanos del vizconde de Portman que se llaman Hugh y Edward… —continuó Judi.

—El barón de Dacre, Sir Rob Steward, Sir Eric John… mmm… estoy segura de que dijo algunos más.

—Sí, yo también.

Ambas se quedaron pensativas, intentando recordar los nombres de los hombres más importantes.

—Sir David Clapton… —recordó Nicole—, ¿este no era el heredero de una de las industrias de la electricidad?

—Sí, sí… —recordó Judi de inmediato, apuntándolo en la lista—, era una de las fortunas más importantes de Inglaterra, superando a algunos barones y vizcondes.

—Sí —le dio la razón Nicole—, además, la señora Wilson enfatizó que era un chico muy bien agraciado y de buenos modales. —Nicole se quedó pensativa—. Pero no tiene título.

—¿Qué más da? —preguntó Judi—. Su patrimonio es más grande que el del barón de Waller con el que está casado tu hermana.

—Ya, pero yo lo que necesito es un título nobiliario… —comentó pensativa.

Ambas alzaron la mirada cuando Oliver pasó por delante de ellas con una mirada inquisidora.

—Buenas tardes, señoritas —comentó arrastrando una bolsa.

—Buenas tardes —contestó Judi con una sonrisa mientras Nicole escudriñaba con la mirada a Oliver. En cuanto se alejó, Judi le dio un codazo—. ¿Quién es?

Aquella pregunta sacó de sus pensamientos a Nicole.

—El nuevo jardinero que ha contratado mi padre —contestó ella sin darle importancia.

—Pues es bien atractivo —susurró Judi.

Nicole lo miró asombrada.

—¡Judi! Es un jardinero —explicó como si eso fuese razón de peso para no apreciar su atractivo.

—Ya, bueno… —comentó Judi con gesto gracioso—, no tendrá un título nobiliario, pero tiene unos ojos preciosos… —susurró embelesada.

Nicole puso los ojos en blanco y miró en dirección a Oliver que se alejaba de ellas en dirección a Tom que se encontraba recortando unos matorrales a varios metros de ellas. No iba a negar que Judi tenía razón. Oliver era muy atractivo, no le había hecho falta verlo sin camisa para darse cuenta, aunque cuando aquel recuerdo volvió a su mente sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba.

—Es muy descarado —confesó ella.

Judi la miró intrigada.

—¿Descarado? ¿Por qué? —preguntó apartándose un rizo rubio de su rostro.

Nicole apretó los labios y miró de nuevo en su dirección, asegurándose de que no pudiese escucharlas.

—Se cree con derecho a decir cosas que no son apropiadas —comentó sin querer dar más información.

Judi chasqueó la lengua y miró en dirección a Oliver.

—Una lástima… ¿por qué los más apuestos no tienen un título nobiliario? —suspiró ella mientras ambas veían cómo Oliver se secaba el sudor de la frente con su manga. Ambas ladearon su cabeza a la vez ante aquel gesto, aunque cuando Oliver miró en su dirección ambas disimularon rápidamente como si estuviesen concentradas en sus quehaceres—. No recuerdo a ninguno más…

—Yo tampoco —confesó Nicole que observó la lista—, pero de momento tenemos unos cuantos. Será cuestión de quedar de nuevo con ellas e intentar sonsacar más información.

Judi le dio la razón.

Nicole dio un sorbo a su té y lo depositó de nuevo sobre la mesita. De reojo pudo observar cómo Oliver cruzaba parte del jardín dirigiéndose al otro lado de este.

—¿Guardas tú la lista? —le preguntó Judi.

—Sí, la guardaré en mi habitación —respondió ella mientras doblaba el papel—. Si quieres mañana podemos dar un paseo en caballo y al día siguiente volver a *The Old Crown*, la señora Wilson dijo que iba bastante. Con suerte coincidiremos más veces antes de ir a Londres. Por cierto, ¿tienes ya los vestidos?

Judi negó.

—Aún no, hasta la semana que viene no los tendrán listos.

—Igual que a mí —respondió Nicole—. Ya tengo ganas de ver lo que lady Dubois ha confeccionado para nosotras —rio.

—Seguro que son preciosos. Mañana tengo que ir a hacerle la última prueba —contestó

Judi en el mismo tono de voz. Se giró y observó el reloj de pared al final de la sala por la que se accedía al porche—. Será mejor que me vaya —comentó poniéndose en pie. Nicole se puso en pie también—. Entonces… —dijo rodeando la mesa para situarse al lado de su amiga—, mañana nos vemos aquí a las tres de la tarde para dar un paseo a caballo.

—Aquí estaré.

Ambas cruzaron el salón y se dirigieron a la puerta.

—Vamos a ser las debutantes más preparadas de la temporada —comentó Judi emocionada por la lista que estaban confeccionando.

—Por supuesto —confirmó Nicole—. No vamos a dejar que el resto de debutantes nos pisoteen.

Ambas asintieron y, finalmente, Judi se despidió de ella con un movimiento de mano y un "hasta mañana".

Judi tenía razón, seguramente serían de las debutantes más preparadas de aquella temporada. Normalmente, todas las debutantes recibían en su propia casa o gracias a una institutriz el protocolo necesario para acudir a la temporada, sin embargo, ellas además contarían con información privilegiada que podrían usar. Tenían mucho que averiguar todavía, pero aún contaban con varias semanas antes de partir hacia Londres para el inicio de temporada, y esperaba que para entonces ellas ya supiesen todo lo necesario para destacar sobre el resto. La información era poder. Lo había escuchado muchas veces, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánta razón había en aquellas palabras.

Se dirigió al salón y lo atravesó rumbo al porche cuando se quedó paralizada unos segundos.

Oliver estaba barriendo el porche con una escoba de paja. Su mirada voló directamente hacia aquella hoja sobre la mesa, doblaba por la mitad, y donde habían escrito el nombre de aquellos que sabían que acudirían a la temporada con título nobiliario.

Tragó saliva y corrió hacia allí. No se atrevería a mirarla, ¿verdad?

Salió al porche y se movió rápidamente hacia la mesa.

Un suspiro se escapó de sus labios cuando cogió el documento y lo sujetó junto a su pecho mientras recuperaba el aliento.

Oliver se encontraba a pocos metros de ella y la miró enarcando una ceja. Luego observó el papel que estrechaba contra su pecho como si se tratase de un tesoro. La mirada de Nicole voló directamente hacia Oliver.

—¿Tan importante es ese documento? —preguntó él.

Ella lo miró sin comprender.

—¿A qué se refiere?

Oliver se encogió de hombros y miró el documento que ella guardaba recelosamente junto a su pecho.

Dio unos pasos hacia delante con una sonrisa picarona.

—¿Es una lista de posibles candidatos?

Nicole parpadeó asombrada.

—¿Usted cómo sabe eso? —exclamó sofocada—. ¿La ha mirado?

—Jamás se me ocurriría hacer algo así —contestó molesto—. Pero las he escuchado chismorrear sobre vizcondes, barones… —se encogió de hombros—, así que no hay que ser muy inteligente para deducir que están creando una lista de posibles candidatos.

—Eso no es de su incumbencia —respondió sofocada.

Oliver volvió a encogerse de hombros y bajó uno de los escalones del porche para seguir

barriéndolo.

—¿Se presenta este año a la temporada? —preguntó sin mirarla.

Ella chasqueó la lengua y miró a su alrededor. Intentó calmar sus rápidas palpitaciones y finalmente asintió.

—Sí.

—¿Es su primera vez? —preguntó girándose hacia ella y ladeando su cuello, observándola.

Ella asintió.

—Si, lo es… —Tragó saliva y puso su espalda tiesa como un palo—. La competencia es muy alta y, por lo que he escuchado, más que un baile parece un campo de batalla por alcanzar el título nobiliario más alto… —Aquel comentario hizo que Oliver riese—, ¿qué le hace tanta gracia?

Oliver se encogió de hombros.

—Lo ha descrito muy bien… —contestó sin pensar.

Ella lo escudriñó de la cabeza a los pies.

—¿Y cómo un jardinero como usted sabe eso?

Oliver apartó la mirada de ella y se giró hacia el jardín mientras seguía retirando el polvo de las escaleras. Resopló por su comentario, debía ir con más cuidado. Aquella muchacha le ponía alerta, pero también hacía que bajase la guardia. Debía ir con cuidado si no quería que lo descubriesen.

—He trabajado en otras casas…

—Ah, ¿sí? —preguntó ella interesada. Abrió su documento y lo observó—. ¿En qué casas?

Oliver enarcó una ceja en su dirección.

—Entonces, ¿es cierto que ha elaborado un listado de posibles candidatos? —preguntó sorprendido.

Nicole cerró la boca de golpe, en tensión, y volvió a doblar el documento.

Oliver era bastante intuitivo. Nicole se removió nerviosa, apretando los labios.

—Como le he dicho es mi primera vez en Londres y… no conozco a nadie —comentó mirando al frente—, prefiero estar preparada. No quiero quedar como una tonta cuando se refieran a una persona u a otra.

Oliver la observó y asintió conforme con aquella respuesta.

En cierto modo era normal que se sintiese así. Aquella muchacha iba a ser expuesta a cientos de personas que hablarían sobre ella, que opinarían, sin embargo, ella no conocía a nadie de Londres.

—No se preocupe —dijo apartando la mirada de ella—, llamará la atención allí —reconoció.

Aquellas palabras hicieron parpadear a Nicole que dio un paso en su dirección.

—¿Usted cree? —preguntó con cierta esperanza.

Oliver se volvió a girar hacia ella. Observó sus enormes ojos almendrados color miel, su cabello castaño recogido a su nuca dando paso a un largo y esbelto cuello, su busto era delicado, y sus pechos abultados parecían estar desesperados por salir de ese escote, su cintura era delicada… realmente no mentía cuando decía que la muchacha llamaría la atención.

Sintió su corazón latiendo con más rapidez de lo normal y aquello lo alteró.

—Si acude con esos escotes… sí —confirmó él de malas formas, girándose para no verla. Por Dios, aquella muchacha lo estaba alterando. No llevaba ni una semana allí y conseguía que su sangre viajase más rápido por su cuerpo de lo normal.

Nicole rechinó de dientes al escucharle decir aquello.

—¿Cómo se atreve a decirme algo así? —gritó—. Usted no tiene ningún tipo de educación ni de decencia…

—Sí, sí… —comentó sin mirarla, intentando controlarse. ¿Cómo podía sentirse así en esos momentos? Aquella muchacha lo alteraba, sin embargo, había algo en él que estaba deseando provocarla—, pues vaya y dígaselo a su padre —pronunció bajando los escalones.

—Será… grosero.

Cuando se alejó unos metros de ella se giró para observarla. Sí, aquella muchacha podía sacar lo peor de él, pero había algo en ella que le atraía, no solo por su físico… realmente aquel no era el comportamiento normal de una dama, el comportamiento al que él estaba acostumbrado, y eso era algo ciertamente llamativo en ella.

—Lo que no puede pretender es lucirse como lo hace…

—¿Qué? —preguntó ella extendiendo los brazos a los lados.

—Y que los hombres no reaccionen a ello.

Nicole parpadeó varias veces.

—¿Qué? —repitió sin comprender.

Oliver resopló y se alejó más de ella. Lo único que le apetecía desde que la había visto por primera vez era cerrarle la boca, y no precisamente con la mano. Aquella muchacha era totalmente distinta a todas las mujeres que había conocido, eso la hacía diferente y, por lo pronto, mucho más atractiva que el resto.

—Oiga —continuó Nicole bastante mosqueada, no solo por sus comentarios, sino porque no respondiese a sus preguntas. Bajó los escalones del porche y caminó detrás de él sujetándose el vestido para no tropezarse—. Qué… ¿qué quiere decir? —le gritó.

Oliver se giró mientras seguía intentando alejarse de ella. ¿De verdad le estaba haciendo aquella pregunta? ¿Tan inocente era?

Se detuvo y la miró fijamente, lo que provocó que ella también se detuviese a unos metros.

—Responda —ordenó.

Oliver apretó los labios e inspiró con fuerza.

—Lo que quiero decir es que… sí que llama la atención de los hombres —acabó con sinceridad.

Aquella respuesta pareció gustarle a Nicole que sonrió como si obtuviese un triunfo. No tenía nada que destacase, no poseía una larga cabellera rubia, ni unos preciosos ojos azules…, pero también era la primera vez que recibía un elogio por parte de un hombre.

—¿En qué llamo la atención? —preguntó interesada.

Oliver enarcó una ceja. ¿En serio le estaba haciendo aquella pregunta? Sabía que las mujeres tenían totalmente vetado el conocimiento sobre la noche de bodas, incluso sobre lo que los hombres admiraban de una mujer, pero no esperaba que tanto.

Se mojó los labios, un poco nervioso por aquella pregunta.

—Su… madre no le ha…

—Mi madre murió hace muchos años —contestó ella.

Oliver inspiró profundo.

—Lo siento, no lo sabía —respondió con sinceridad.

Ese dato confirmaba sus sospechas. Aquella muchacha no es que se hiciese la inocente, sino que lo era.

—Dígame… por favor —insistió ella, aunque con un tono de voz más moderado—, ¿cómo puedo captar el interés de un hombre?

Oliver la miró con condescendencia. Suspiró y la miró de la cabeza a los pies.

—Muchos hombres no buscan solo un físico… —informó—, sino intelecto y una buena conversación con la que distraerse de sus quehaceres diarios. Buscan una compañera de verdad, no solo una mujer para lucir.

Nicole se miró de arriba abajo.

—¿Insinúa usted que mi físico…?

—No —la cortó viendo por dónde iba la pregunta—. Su físico es hermoso —respondió sinceramente—, pero también su comportamiento influye. Es una mujer luchadora, y eso es bastante escaso en la sociedad de hoy en día.

Aquel dato llamó su interés y la dejó pensativa.

—¿Sugiere que debo comportarme así en Londres?

—No, no… por Dios… ni se lo ocurra… —la disuadió rápidamente, luego apretó los labios y ladeó su cabeza—. Igualmente, mi opinión no cuenta mucho, ¿no? Solo soy un jardinero…

—Cierto —dijo ella—, pero es un hombre.

—La última vez que me miré al espejo… sí, lo era —bromeó él.

Ella puso los ojos en blanco ante aquel chascarrillo, lo que hizo que él sonriese.

Nicole miró el papel que llevaba doblado en su mano con todos los nombres de los hombres que iban a acudir a la temporada.

—Me ha dicho que conoce a bastante gente…

—Así es —confirmó él intentando calmarse aún de sus emociones.

—¿A quién?

—¿Sobre quién quiere saber? —comentó cruzándose de brazos. Ella lo escudriñó de la cabeza a los pies y finalmente abrió el documento—. Sí, es lo que me imaginaba, una lista de pretendientes, ¿no?

Ella resopló, pero ignoró su comentario. Si aquel hombre realmente los conocía quizá pudiese ayudarle.

Nicole apretó los labios y titubeó un poco. Lo miró nerviosa.

—¿Conoce a gente con un título nobiliario? —él asintió—. ¿Cómo es que usted los conoce? —preguntó a la defensiva.

—He trabajado en sus casas —respondió él como si nada. Dio unos pasos hacia delante—. Así que… ¿eso es lo que busca? ¿Un título? —Ella suspiró—. La había tomado por una persona más inteligente… un título no vale nada si no…

—¿Más inteligente? —preguntó ella molesta por ese comentario—. ¿Qué sabrá usted sobre lo que es inteligente o no? Es un simple jardinero… —continuó enfadada por su anterior comentario.

—Sí, soy un jardinero, y aquí está usted, intentando pedirme consejos y opiniones sobre esos estúpidos bailes…

—Oh, ¿sabe qué? —reaccionó poniendo su espalda recta—, puede que mi padre no pueda despedirlo, ¡pero cuando yo sea condesa será lo primero que haga!

Oliver pestañeó varias veces y sintió cómo sus músculos se ponían en tensión.

—¿Condesa? —preguntó totalmente erguido.

—Sí —respondió ella satisfecha por la reacción de él, pues parecía bien impresionado—. Lo que escucha —dijo cruzándose de brazos.

—Y… —tragó saliva Oliver mientras pestañeaba diversas veces—, ¿a qué… a qué pobre conde pretende cazar? —preguntó con temor.

Ella alzó su mentón.

—Al conde de Devon, por supuesto —respondió ella.

Oliver medio tropezó por la impresión, aunque pudo recuperar el equilibrio rápidamente. Un tic tomó el control de uno de sus ojos. ¿Había dicho el conde de Devon? ¿Él? Esto debía de ser una broma de mal gusto…

—¿En serio? —preguntó totalmente sorprendido, casi sin poder reaccionar.

Ella dio unos pasos hacia él lentamente, cruzada de brazos y con una sonrisa triunfal en su rostro, como si el comportamiento de él lo achacase a las palabras de ella.

—Impresionado, ¿verdad? —dijo con las manos en su cintura.

—Bastante, sí —susurró él con la mandíbula desencajada, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Pues ya sabe, si quiere conservar su puesto de trabajo, a partir de ahora deberá tratarme con educación y respeto —continuó. Dobló el documento de nuevo y lo miró con una sonrisa—. ¿Queda claro?

Oliver tragó saliva, las palabras ni siquiera salían por su boca, aún debía digerir lo que acababa de escuchar.

¿Aquella muchacha pretendía seducirlo? La miró fijamente, sin poder articular palabra alguna.

Nicole resopló y ni siquiera esperó a que él respondiese. Sí, al menos, aquella vez, era ella la que había conseguido dejarlo sin palabras, lo cual era todo un logro.

Parecía que el hecho de mencionar que tenía en mente un futuro matrimonio con el conde había dejado al jardinero sorprendido, mudo. Claro estaba que aquel jardinero no tenía ni idea de si ya se conocían o no, pero a Nicole le encantaba ver el impacto que habían tenido aquellas palabras en él. Nicole arqueó sus labios en una gran sonrisa mientras subía el porche de su vivienda.

Oliver la vio alejarse, con la mirada clavada en ese trasero que se balanceaba de un lado a otro provocando que el vestido formase ondas.

Aquella muchacha no tenía ni idea de lo que había hecho.

¿Le había confesado a él, el conde de Devon, que pretendía casarse con él? Aquello era una locura. Desde luego, aquella muchacha tenía demasiados pájaros en la cabeza.

Se quedó pensativo. Ella no era consciente, pero él sí, y estaba claro que en Londres se verían. No pudo evitar sonreír con cierta malicia al darse cuenta de ello. Aquella chica necesitaba una cura de humildad, así que ya veríamos cómo encajaba eso cuando lo viese en Londres.

10

Oliver abrió los ojos de par en par. La luz del sol de un nuevo día entraba por la ventana y él había sido incapaz de dormir en toda la noche.

Lo que Nicole Stafford le había revelado el día anterior no sabía si le hacía gracia o le enfadaba, lo que estaba seguro era que aquella muchacha se llevaría una sorpresa en Londres. ¿De verdad pensaba conquistarlo única y exclusivamente por su título? ¿Eso deseaba sin conocerlo de nada? Claro estaba que ella no tenía ni idea de que en realidad había estado hablando ni más ni menos que con el conde de Devon.

Aquella muchacha le había atraído desde un principio por su desparpajo. Él no quería a una mujer sumisa a su lado, quería a una mujer que le hiciese vibrar. Si bien le sacaba de sus casillas había algo en ella que la hacía muy llamativa. Seguramente, si no se hubiesen conocido en la mansión Stafford, sino en Londres… sí habría captado su atención, sin embargo, ahora que sabía sus intenciones, todo cambiaba.

Aquella mujer había hecho un listado con los futuros candidatos, como si fuesen mercancía, sin siquiera saber si le gustarían, si eran compatibles… ella pensaba ir a por él solo por su título.

No, aquello no le gustaba, y estaba deseando darle una lección de humildad a aquella muchacha. Esa parte sí era más de su gusto… estaba deseando revelarle quién era en realidad, aunque eso debería esperar.

Se vistió y salió de su casita decidido a afrontar un nuevo día. Se dirigió a la cocina donde todo el servicio desayunaba antes de servirle el desayuno al propietario de la casa y a su familia.

Tomó un café en silencio, escuchando los comentarios de las sirvientas y mayordomos. Lo cierto era que todos hablaban muy bien de la familia Stafford, incluso de Nicole, a la cual dedicaban buenos piropos. Todos parecían tenerle bastante cariño, algo que él, en ese momento, no compartía en absoluto.

Lo cierto era que no podía quitarse las palabras de ella de su mente:

“Pues ya sabe, si quiere conservar su puesto de trabajo, a partir de ahora deberá tratarme con educación y respeto. ¿Queda claro?”.

¿Con respeto? Bien, la señorita Stafford iba a probar de su propia medicina.

Salió al jardín. Era un bonito día, el sol lucía con fuerza y se notaba que comenzaba a mejorar el tiempo.

Buscó a Tom y lo encontró dirigiéndose hacia él.

—Acompáñame, Oliver —le pidió el jardinero—, hoy es un buen día para poner la carpa y dejarla lista.

Bajaron a los subterráneos donde Tom cada año guardaba las telas que utilizaban.

—Coge la escalera —le pidió mientras observaba las diferentes telas, todas de un blanco puro.

Oliver le obedeció mientras Tom cogía una de las telas y se la echaba al hombro.

Subió los escalones y se dirigió al jardín. En un lateral del amplio jardín se disponían seis palos clavados como si se tratase de columnas y estos ascendían inclinándose hacia el centro para unirse todos en un mismo punto.

La estructura debía de estar pintada de hacía pocos días porque era de un blanco puro.

El proceso de instalar la carpa los ocupó más de media mañana, así que no quería ni

imaginar lo que debía ser tener que ponerla uno solo.

Para cuando acabaron estaba exhausto.

—Bien, la primera está puesta —comentó Tom con una sonrisa.

Oliver ladeó su cuello y miró intrigado a Tom.

—¿La primera?

Tom se encogió de hombros.

—Claro, hay cuatro en todo el jardín —señaló con una sonrisa, iniciando el camino hacia el subterráneo donde guardaban el resto de las telas.

Oliver resopló y caminó tras él.

Nicole no se había atrevido a salir al jardín aquella mañana, había acudido a sus clases de protocolo y se había dirigido directamente a comer. Luego había estado tocando el piano un rato en el salón, algo que la calmaba normalmente, aunque en ese momento no lo consiguiese. La imagen de Oliver con el pecho al desnudo no abandonaba su mente, así que lo único que hacía era aporrear el piano. Paseó ligeramente sus dedos sobre el teclado mientras en su mente recorría aquellos pectorales, sus músculos… resopló y apartó los dedos. ¿Qué le estaba pasando? Aquel hombre la ponía de los nervios y, sin embargo, no podía apartarlo de sus pensamientos.

Giró su cuello hacia el ventanal que daba al jardín. Sabía que se encontraba allí, pues había visto que iban colocando las carpas por el jardín. Tenía ganas de que estuviesen puestas para poder tumbarse sobre la hierba a leer una novela.

Iba a situar sus dedos de nuevo sobre el teclado cuando la voz del mayordomo la sorprendió.

—La señorita Kemp —anunció.

Nicole se puso en pie de inmediato con una sonrisa en sus labios. Al fin, ¡una distracción!

Fue hacia su amiga Judi y la cogió de las manos.

—¡Qué ganas tenía de verte! —gritó emocionada Nicole.

—¿Sí? —preguntó Judi con una sonrisa.

—Muchas —dijo tirando de ella hacia el piano—. Tengo que contarte —susurró mientras observaba cómo el mayordomo se alejaba de ellas sin prestarles ya atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó Judi entusiasmada, pues el tono de voz que Nicole había empleado prometía cosas nuevas.

Nicole miró hacia el jardín con los labios apretados y luego llevó a su amiga hacia la mesita.

—Siéntate —le pidió.

—¿No íbamos a montar? —preguntó sin tomar asiento.

—Sí, ahora iremos, pero primero debo contarte.

Judi se sentó rápidamente con las manos sobre las rodillas y las piernas juntas, la típica postura que repetían continuamente en las clases de protocolo.

Nicole volvió a mirar en dirección al jardín, como si se asegurase de que nadie las espiaba a través de las ventanas, gesto que llamó la atención de Judi.

—¿Qué te pasa?

Nicole se giró de inmediato hacia ella.

—Ayer me peleé otra vez con el jardinero —susurró.

Judi la miró extrañada.

—¿Con el jardinero? ¿Otra vez? —ladeó su cuello y miró hacia la ventana—. ¿Ya te habías pelado antes?

—Hemos tenido unos cuantos enfrentamientos —susurró ella ante la mirada sorprendida de Judi.

—¿El jardinero… atractivo? —preguntó descolocada.

—Sí, el mismo —respondió rápidamente. Judi la mirada asombrada, sin saber por dónde iba a ir la conversación—. Me dijo que había trabajado en la casa de varios miembros de la aristocracia… —En ese momento Judi sonrió al comprender.

—¿Va… a ayudarnos?

—Mmm… eso no lo tengo muy claro —señaló Nicole alzando su dedo—, pero creo que podría tener información que nos podría ser útil.

Judi extendió las manos hacia ella.

—¿Y por qué no se la pides? —Se encogió de hombros—. Es tu jardinero, parte de tu servicio.

—Ya… —chasqueó Nicole la lengua—, no creo que sea tan fácil. —Se removió nerviosa en la silla—. Oliver…

—¿Así es como se llama?

—Sí —confirmó Nicole—, mmm… no hemos comenzado con muy buen pie.

—¿A qué te refieres? —preguntó Judi intrigada.

Nicole hizo un gesto de desagrado.

—Intenté despedirlo…

—¿Hiciste eso? —preguntó alzando el tono.

—Shhh… —la apremió a que bajase el tono—, bueno, en mi favor diré que se dirigió a mí sin tener ningún tipo de decoro, incluso faltándome al respeto.

—Si es así… —dijo dándole la razón—, pero entonces, ¿por qué me explicas todo esto?

—Porque he pensado que, quizá… tú tengas a alguien en el servicio que haya trabajado anteriormente en otra casa —expuso.

Judi se quedó pensativa y comenzó a dar golpecitos con el pie, rememorando a todos los miembros de su servicio.

—Creo que no, pero le podría preguntar a mi madre, ella lo sabrá mejor. ¿Tú no tienes a nadie más del servicio que…?

—No —respondió—. Mi doncella, Georgina, ya era la doncella de mi madre, y el resto del servicio siempre ha trabajado aquí, al menos que yo recuerde. Igualmente, le preguntaré a Georgina.

—Así que… por lo que sabemos, el jardinero sí sabe cosas que nos pueden interesar —apuntó Judi—. Pregúntale a él —la instó.

—Es posible que lo haga… pero más adelante —aclaró Nicole—, cuando se calmen un poco las cosas.

—De acuerdo, yo preguntaré a mi madre por si acaso —comentó Judi y se puso en pie—. ¿Quieres tomar el té ahora o después de montar? —preguntó.

Nicole se encogió de hombros mientras se ponía en pie también.

—¿Qué te apetece a ti?

—Montar, te dije que llevo mucho tiempo sin hacerlo, ¿verdad? Estoy deseando montar un poco.

Nicole asintió con una sonrisa.

—Está bien, pues vayamos a dar un paseo por el jardín —dijo Nicole. Salieron al porche y lo primero que hizo fue buscar con la mirada a Oliver. Se encontraba acabando de montar la cuarta carpa con Tom. Lo cierto era que así el jardín vestía mucho más. Al día siguiente, si hacía ese buen tiempo, disfrutaría de un rato bajo la carpa leyendo. Se dirigieron hacia el establo—. ¿Quieres montar a Gertrudis? —preguntó señalando una yegua de color blanco—. Es muy dócil

y buena.

—Sí, claro —respondió ella entusiasmada—, ¿y tú?

—Yo montaré a mi Canelita —comentó señalando la yegua de color marrón—. Son muy amigas, les gusta ir juntas.

Entró en el establo y buscó al mozo de cuadra.

—Hola, buenas tardes Jeff —dijo al verlo sentado en un rincón del establo. Este se puso en pie de inmediato, bastante nervioso porque lo hubiese encontrado descansando—, ¿nos puedes preparar a Gertrudis y a Canelita? Queremos dar un paseo.

—Claro, señorita Stafford —respondió este dirigiéndose a la zona donde guardaban las sillas de montar.

Nicole miró a su amiga.

—¿Has traído botas de montar?

Judi sacó su pierna bajo el vestido.

—Lista —enfatizó con una sonrisa.

Nicole imitó a su amiga mostrando también sus botas de montar.

—Preparadas para nuestro primer paseo a caballo de la temporada —comentó Nicole con una sonrisa.

En cuanto Jeff tuvo a las dos yeguas preparadas subieron a ellas y salieron a paso lento del establo.

—Oh, qué maravilla… —comentó Nicole—, estaba deseando salir a montar.

—Yo también —respondió su amiga—. Sé que en Londres organizan salidas así… podríamos apuntarnos a alguna, conoceríamos a gente.

—Por supuesto, nos apuntaremos a todo lo que podamos —confirmó Nicole.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Judi.

Nicole miró a su alrededor y, de repente, se quedó estática cuando coincidió con la mirada de Oliver. La observaba de pie, al lado de la carpa que acababan de montar, la observaba de una forma intrigada.

Nicole tragó saliva, nerviosa al sentirse observada, y miró de un lado a otro intentando disimular.

—¿Quieres ir al lago? —propuso.

—Fantástica idea.

Se dirigieron hacia el camino de tierra que surcaba aquella explanada verde en dirección a la enorme fuente redondeada. La parcela era enorme y, aunque normalmente solo solían estar en la explanada del principio, tras unas pequeñas colinas su parcela se perdía en la lejanía llegando al frondoso bosque. Era lo bueno de vivir a las afueras de la ciudad, donde las casas ocupaban una mayor extensión de terreno y había mucha más naturaleza, algo que ella realmente disfrutaba.

En cuanto ascendieron a la pequeña colina, Nicole golpeó levemente a su yegua para que aumentase su paso convirtiéndolo en trote.

—Vamos, Judi —la animó Nicole sonriente.

Judi la imitó igualando su velocidad, las dos trotando por aquellas enormes explanadas de césped verde y bien cuidado en dirección a un lago cercano que cada vez tenían más cerca.

Muchas veces, de pequeña, se había bañado en el lago junto a sus padres. Era una de las actividades con las que más disfrutaba y atesoraba con cariño aquellos momentos en su corazón.

Desde allí podía verse su casa a lo lejos. Ambas descendieron del caballo y se dirigieron al lago.

Nicole se tumbó sobre la hierba al lado de su amiga que había tomado asiento antes.

—En pocas semanas estaremos en Londres —susurró Nicole pensativa y miró a Judi—. ¿Has pensado en que, quizá, si encontramos un marido en Londres no volvamos a Birmingham?

Judi la miró sorprendida.

—No había pensado en ello —dijo pensativa.

—¿Y si tu marido vive allí? —continuó Nicole—. ¿O en Manchester? ¿O en Liverpool?

—O en Escocia… —agregó su amiga.

Nicole resopló.

—Ni loca pienso casarme con un escocés, demasiado lejos —comentó.

—O en las Américas… —pronunció Judi con voz tenebrosa.

—Oh, Judi —protestó Nicole con voz triste—, estoy hablando en serio. —Suspiró—. ¿No te asusta un poco esa idea?

Judi apretó los labios y se encogió de hombros.

—Un poco sí —respondió en un susurro. Se giró y la miró con una sonrisa—. Haremos una cosa. Si una termina en una parte del país y otra en otra nos debemos comprometer a que, al menos, dos veces al año nos veremos.

—Siempre podemos quedar para las temporadas de Londres —continuó Nicole con voz más animada.

—Exacto —dijo Judi y sujetó su mano—. Y nos escribiremos cada semana.

Nicole asintió y ambas se estrecharon la mano como si acabasen de firmar un acuerdo. Lo cierto era que tenía en más estima a Judi que a su propia hermana.

Se tumbaron sobre la hierba y disfrutaron de un largo rato relajándose y disfrutando de aquella calma hasta que Judi se incorporó de inmediato como si acabase de despertar asustada.

—¿Qué hora es?

Nicole se incorporó sobre la hierba.

—Ni idea.

—A las cuatro tenía que ir a la modista —dijo poniéndose en pie.

Nicole la imitó de inmediato y chasqueó la lengua.

—Pues me parece que vas a llegar tarde —dijo mirando la posición del sol.

Ambas subieron a lomos de sus caballos y tomaron un paso acelerado hacia el establo.

—Mi madre me va a matar —sollozó Judi bajando de un salto del caballo—. Ayyy —dijo al caer y casi doblarse el pie, aunque por suerte la bota le sujetó el tobillo.

—¿Estás bien? —preguntó Nicole aún a lomos del caballo.

—Sí, sí… pero tengo que irme. ¿Nos vemos mañana en la cafetería? —preguntó dirigiéndose a la puerta del establo.

—Claro, allí estaré —dijo Nicole con una sonrisa al ver la ansiedad de su amiga.

La vio desaparecer y se quedó sola en el establo. Llevó su caballo hasta la zona de descanso y miró hacia los lados buscando a Jeff para que le acercase la pequeña escalera y descender de este. Ni loca iba a hacer como su amiga saltando del caballo para doblarse un pie.

Miró de un lado a otro sin encontrarlo.

—¿Jeff? —preguntó alzando un poco la voz.

—Jeff no está —contestó otra voz masculina.

Nicole se giró y observó a Oliver cruzado de brazos y apoyado de costado contra una de las paredes, observándola.

Nicole resopló al encontrarlo allí.

—¿Dónde está? —preguntó mirando de un lado a otro.

—No se encontraba bien, tenía mucho dolor de cabeza y me ha pedido que lo sustituya un

rato —explicó encogiéndose de hombros.

Nicole apretó los labios y miró de nuevo a ambos lados, con la esperanza de encontrar a Jeff ahí. No, no estaba. Miró de nuevo a Oliver que permanecía totalmente quieto, sin moverse.

Nicole puso su espalda totalmente erguida y buscó la pequeña escalera que necesitaba para descender del caballo.

—Por favor… —comenzó con un tono de voz seco—, ¿puede acercarme la escalera?

Oliver enarcó una ceja al escuchar su tono de voz y dejó caer sus brazos. Dio unos pasos hacia delante situándose al lado del caballo de Nicole.

—¿Y ese tono de voz, condesita? —acabó con retintín.

Nicole lo escudriñó con la mirada. ¿Había dicho condesita? Apretó los labios y señaló hacia la escalera, prefirió no continuar con aquella conversación, pues ya sabía que el jardinero tenía víboras en la lengua.

—La escalerita… por favor —repitió.

Oliver ladeó su cuello observándola con una sonrisa enigmática.

Nicole lo miró sin comprender, ¿a qué venía aquella actitud? ¿Por qué no le obedecía y la ayudaba?

No lo esperaba, ni siquiera estaba preparada.

—¿Para qué necesita una escalerita estando yo aquí? —preguntó cogiéndola de la cintura y echándosela encima.

—Ahhh —gritó ella al caer hacia delante. Cayó sobre el hombro de Oliver y sintió cómo la sujetaba por las piernas y la cintura con sus brazos. Reaccionó de inmediato—. Pero ¿qué hace? —gritó.

—Bajarla de su yegua —respondió él situándola en el suelo con cuidado.

En cuanto recobró el equilibrio Nicole situó una mano en el pecho de Oliver y lo empujó hacia atrás manteniendo la distancia con él.

—Eso ha sido muy descortés por su parte —dijo atacada de los nervios—. Podría haber caído…

—No, qué va —comentó él sonriente, como si la situación le divirtiese—. Estoy bastante fuerte —bromeó.

Ella resopló ante su comentario y se puso erguida.

—Si vuelve a… —comenzó a amenazarle.

—¿A qué? —preguntó con interés—. ¿Irá a su padre corriendo como una niña mimada? —La mandíbula de Nicole se tensó y sus manos se convirtieron en puños. Oliver se encogió de hombros de nuevo—. Creo que ya sabe que su padre no va a despedirme —le recordó.

Ambos se quedaron mirándose unos segundos, como si se retasen.

—Ohhh —acabó ella exclamando con un movimiento de su brazo apuntando hacia el cielo —, es usted insufrible —gritó.

Dio un paso hacia delante para dirigirse a la puerta del establo, pero Oliver le cortó el paso. Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Qué hace? —preguntó molesta.

—¿Cree que con ese carácter va a poder conquistar a un conde? —se burló.

Ella apretó los labios.

—¿Qué sabrá usted de eso?

—Claro, qué voy a saber yo, ¿no? Yo solo soy el insufrible jardinero… —ironizó. Ella enarcó una ceja—. Soy un hombre, señorita Stafford, y da la casualidad de que a los hombres nos suele gustar lo mismo.

Ella se cruzó de brazos.

—Disculpe… —enfatizó ella—, pero lo dudo. Los ambientes en los que usted se mueve no son los mismos en los que me muevo yo.

—Ah, sí… el ambiente de las mujeres cotillas y que hacen listados para cazar a sus futuros maridos…

—¿Cazar? —gritó ella molesta.

—Sí, cazar.

Ella situó sus manos en su cintura.

—¿Y acaso los hombres no hacen lo mismo? Buscan una candidata perfecta, una mujer que les pueda procurar un buen patrimonio.

—No todos —protestó él ladeando su cabeza.

—Ni todas —lo imitó ella también provocando que Oliver oscureciese su mirada. Aquella mujer lo irritaba de veras, le ponía de los nervios. Nicole se cruzó de brazos y dio unos pasos hacia él—. Algunas también buscamos el amor —pronunció.

Oliver estuvo a punto de caerse de espaldas cuando escuchó esa frase.

—¿El amor? —ironizó él—. No parecía tener en cuenta el amor cuando me aseguró que sería condesa…

—La condesa de Devon —enfatizó como si no le hubiese quedado claro a él.

—Claro, claro… —le dio la razón como a los locos—, la futura condesa de Devon. —La escudriñó de la cabeza a los pies—. ¿Y por qué cree que va a poder… cazar —remarcó esa palabra—, a ese conde?

Ella hizo un gesto gracioso.

—Puedo ser encantadora cuando quiero.

—Apuesto a que sí —susurró él con el ceño fruncido—. Así que… ¿lo va a engañar?

Ella abrió los ojos al máximo.

—¿Qué insinúa? —pregunto indignada.

—Insinúo que… —se quedó pensativo y luego negó con la cabeza—, no, no insinúo, afirmo —sentenció—, que con este carácter no va a conquistar a nadie de la nobleza. Los hombres se asustarían y huirían.

Ella ladeó su cuello.

—Sin embargo… aquí está usted, un hombre —lo señaló con los brazos abiertos hacia él—, disfrutando de esta conversación y entreteniéndome…

—¿Entreteniéndola? ¿Acaso tiene algo que hacer? —ironizó—. A parte de memorizar su lista de…

—¿Y usted? —preguntó colocando las manos en su cintura—. ¿Acaso no tiene que trabajar?

Oliver resopló. Si por él fuese le diría ahí mismo que se estaba dirigiendo directamente al X conde de Devon, el que ella creía que iba a ser su esposo. Pagaría parte de su fortuna solo por verla allí mismo recibir esa información, aunque por el momento era mejor reservar su identidad, pues sabía que si aquella mocosa consentida conocía su identidad no tardaría en tener una larga lista de debutantes a las puertas de aquella casa. No, prefería mantener su anonimato. Sin embargo, no podía evitar disfrutar de aquellas conversaciones. Sí, aquella muchacha le ponía de los nervios, pero debía confesar que él no solía comportarse de aquel modo, al contrario, sus modales eran absolutamente recatados. Aquella experiencia le estaba dando libertad para ser él mismo y eso le divertía lo suyo.

—Estoy sustituyendo a Jeff —le recordó—, y la he ayudado a bajar de su yegua…

—Me ha arrancado de la yegua, dirá —sentenció ella. Elevó su mentón y dio unos pasos hacia él—. Cuidado, Oliver —pronunció por primera vez su nombre, lo que produjo un cosquilleo en todo el cuerpo de él—, no le conviene enfrentarse a mí.

Él la escudriñó con la mirada.

—Claro, porque será condesa… —repitió en un susurro.

—Ajá.

Él sonrió de una forma tirante.

—Está muy segura de eso, señorita Stafford —la tentó dando un paso hacia ella, provocando que ella tuviese que elevar su mentón.

Ella se encogió de hombros sin apartar la mirada de sus ojos. Se quedó observándolo y pestañeó varias veces. Durante unos segundos olvidó todo lo que iba a decirle. Oliver tenía una mirada realmente seductora.

—Tiene un color de ojos diferente a todo lo que había visto… —susurró inmersa en sus pensamientos, lo que provocó que él enarcase una ceja. Aquel gesto provocó que ella despertase y se removiese nerviosa, consciente de lo que había dicho.

Oliver sonrió chistoso al ver cómo las mejillas de ella se teñían de un color rosado.

—Tengo muchas otras cosas diferentes… ¿quiere inspeccionarme mejor? —ironizó—. Quizá otra parte del cuerpo…

—Arrrggg —dijo ella más molesta por su reacción que por la pregunta de él—. ¡Es insufrible! —gritó totalmente tensa, dio unos pasos hacia delante rodeándolo y se dirigió hacia la puerta del establo.

—Sí, sí… —bromeó girándose hacia ella mientras cogía la correa del caballo—, pero tengo un color de ojos diferente a todo lo que había visto…

Ella se giró, lo miró, resopló y volvió a iniciar su marcha rápida, alejándose del establo, sintiendo una mezcla de enfado y vergüenza en su interior. ¿Cómo había podido decir aquello? El subconsciente la había traicionado. Ahora que se fijaba mejor, Oliver era realmente atractivo…

Subió los escalones de su portal y se giró justo antes de entrar por la puerta. Él se había quedado en el interior del establo, seguramente cuidando de las yeguas.

No pudo evitar tragar saliva al recordar aquella mirada. Sí, había conseguido erizar todo el vello de su cuerpo. Por Dios, ¡era el jardinero! No debía pensar esas cosas sobre él.

Resopló molesta consigo misma y se dirigió al salón para que le sirviesen un té. Mientras tanto, Oliver sonreía divertido en el interior del establo. Sí, nadie le había dicho lo divertido que sería hacerse pasar por otra persona. Y es que, aunque en esos momentos no gozase de todos sus privilegios, sin duda disfrutaba de lo lindo de las acaloradas conversaciones con la señorita Stafford. ¿Lo mejor de todo? Que ni se le pasaba por la cabeza dejar de hacerlo.

11

Los días anteriores había acudido a la cafetería junto a Judi, pero la señora Wilson no había aparecido por allí, seguramente estaría tomando el té en su casa junto a sus amigas. Si seguían acudiendo allí seguro que algún día más coincidirían con ella o con sus amigas. Sabía que era una buena baza para acceder a la élite que se encontraría en la temporada de Londres.

—¡Es increíble! —exclamó Jacqueline mientras Nicole daba una vuelta sobre la tarima.

El vestido color rojo era espectacular. Lady Dubois era, sin duda, una de las mejores modistas de Inglaterra y, ahora, ella disponía de un gran abanico de vestidos para lucir en la temporada.

Su hermana la miraba con detenimiento, examinándola con detalle cada vez que se ponía uno de los nuevos vestidos.

Lady Dubois cogió un alfiler y lo pasó cerca de su cintura.

—Le meteré un centímetro más, la hará más esbelta —afirmó con una sonrisa.

Por lo que recordaba, era la primera vez que veía a Jacqueline tan entusiasmada.

—Estás estupenda… —Nicole sonrió al escuchar decir aquellas palabras a su hermana, quizá, después de todo, hubiese servido de algo su última conversación con ella—, es posible que sí consigas algo notable en la temporada.

La mirada de Nicole se ensombreció y resopló girándose para no verla. Lady Dubois notó su cambio de humor y le sonrió tirante. Dio un paso hacia atrás y la miró de la cabeza a los pies.

—Está preciosa, señorita Stafford —pronunció con su acento francés.

Dio unos pasos hacia delante y echó la cortina para pasar al siguiente vestido.

Nicole suspiró cuando echó la cortina, al menos, aquellos minutos donde lady Dubois la ayudaba a probarse otro vestido le permitían calmarse y no tener que aguantar la mirada inquisidora de su hermana.

Lady Dubois la ayudó desabrochándole el vestido por detrás y lo sacó con cuidado de sus brazos.

—Probaremos ahora uno de la temporada de verano, el de gasa…

—Oh, ese me encanta —contestó Nicole entusiasmada, la miró y sonrió—. Lo cierto es que son todos preciosos.

—Muchas gracias —respondió lady Dubois mientras Nicole elevaba una pierna y otra para sacarlo por debajo. Colgó el vestido en la percha y cogió el siguiente. Se lo mostró—. Con este llamará la atención del caballero que usted desee —rio divertida.

El comentario hizo sonreír a Nicole que se sentía más cómoda con la modista que con su propia hermana.

—Sinceramente —susurró—, estoy bastante nerviosa… —pronunció.

—Es normal —intentó quitarle hierro al asunto la modista—. El primer baile es muy importante en la vida de una mujer. Será algo que recordará para siempre.

Ella hizo un gesto gracioso.

—No, no es por eso, es por… —señaló con la cabeza hacia afuera de la cortina, en dirección a donde suponía que estaba su hermana—. Usted ya me entiende…

Lady Dubois se llevó la mano a los labios intentando contener una carcajada, estaba claro que la modista pensaba igual que ella acerca de su hermana.

—Supongo que siente mucha presión —susurró la modista.

Nicole suspiró.

—Muchísima. —Tragó saliva—. Hasta hace unas pocas semanas solo pensaba en ir y divertirme, no me interesaba el tema de encontrar marido, pero… —La modista se acercó más para que ella susurrase—, ahora parece que si no encuentro marido en mi primera temporada y no es noble siempre estaré por debajo de mi hermana. No deja de restregarme eso.

La modista puso los ojos en blanco.

—Señorita Stafford… —susurró frente a ella—, sin ánimo de ser presuntuosa… —Nicole vio cómo sus labios temblaban como si quisieran contener una carcajada—, usted conseguirá una proposición mucho mejor que la que consiguió su hermana.

Nicole sonrió al escuchar eso.

—¿Usted cree? —preguntó esperanzada.

—No es que lo crea, lo sé… —dijo mientras la ayudaba a pasar el vestido por los brazos—. Recuerde que soy una de las modistas más cotizadas de la temporada, visto a muchas debutantes —declaró con una sonrisa picarona—, y usted es una de las debutantes más bonitas de esta temporada.

—¿Yo? —preguntó sorprendida—. Yo no tengo nada que llame la atención… —susurró confundida.

Lady Dubois se situó ante ella y colocó correctamente sus hombros para luego bajar el vestido poco a poco.

—Su sonrisa, señora Stafford, es sincera —comentó—, y tiene una inocencia que la mayoría de debutantes no tienen. Además, usted es preciosa —dijo rodeándola para anudar la cinta a su espalda con un lazo—, tiene unos enormes ojos color miel, una piel suave, un cabello oscuro que hace que sus ojos y su piel destaquen… —La rodeó de nuevo asegurándose de que estaba perfecta—. Llamará la atención, señorita Stafford, no lo dude.

Nicole parpadeó sorprendida por sus palabras.

¿De verdad? ¿Cómo iba ella a competir con bellezas como la de Judi con aquellos enormes ojos azules, o con Amanda Lewis o Annette Grant?

Sin embargo, sabía que también había algo de cierto en todo aquello. A veces, una conversación, una mirada… podían lograr mucho más que una cara bonita.

Repitió las palabras de la modista en su cabeza mientras esta acababa de dar sus últimos retoques. Suponía que debía de tener razón, lady Dubois, como había dicho, conocía a muchas de las debutantes de aquel año, además de que estaba muy relacionada con la nobleza. En ese momento cayó en la cuenta, quizá la modista pudiese ayudarle con algunas dudas.

—¿Puedo hacerle una…? —susurró, pero se quedó callada cuando la modista corrió directamente la cortina para que su hermana, sentada en un lateral de la habitación, la pudiese ver.

Lady Dubois la miró de reojo dándole a entender que la había escuchado, pero disimuló.

Bajó de la tarima y fue hacia Jacqueline.

—¿Qué le parece? ¿Verdad que su hermana está preciosa? —preguntó con una gran sonrisa, situándose a su lado.

El vestido era de gasa rosada de diferentes tonalidades, desde un tono más suave hasta uno más fuerte en la parte baja del vestido. Era realmente espectacular. Su corpiño se ajustaba perfectamente a la cadera creándole una silueta muy definida y fina, su escote en forma de corazón realzaba su cuello.

Jacqueline dio unos pasos hacia delante observándola de arriba abajo, pensativa.

—Mmm… el vestido es precioso —comentó sin ninguna emoción en su voz—, supongo que con un moño alto realzará mucho más.

Lady Dubois la miró de reojo y estuvo a punto de resoplar, algo de lo que solo fue consciente Nicole que apretó los labios para contener la risa, pues su hermana estaba desquiciando a la mismísima modista.

—Esto mismo había pensado yo, hermana —contestó dándole la razón—, con este vestido me haré un moño alto.

Jacqueline asintió con cara de póquer.

—Sí, está bien —dijo volviendo hacia la silla.

Pudo ver los gestos tensos de lady Dubois mientras volvía a la tarima para ayudarla a desvestirse y probarse el último de los vestidos.

Subió y miró con una fingida sonrisa a Jacqueline.

—Enseguida le pongo el último —comentó mientras echaba la cortina. Miró a Nicole y resopló.

—Mi hermana es capaz de extenuar a cualquiera —rio ella en un susurro. Miró de reojo hacia la cortina asegurándose de que estaba cerrada y tragó saliva mientras la modista comenzaba a desabrocharle el vestido—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Claro, querida —respondió sin ambages.

Nicole titubeó un poco.

—Usted conoce a muchos nobles… —susurró muy bajito.

—Así es —admitió ella desabrochando su vestido.

Nicole inspiró con fuerza, armándose de valor.

—Estoy un poco nerviosa por los pretendientes que voy a encontrar… —dijo con los dientes apretados.

El comentario hizo gracia a la modista que se situó frente a ella para ayudarle a descender el vestido lentamente.

—Normal —comentó risueña y la miró en plan misteriosa—, ¿quiere que le lea la cartilla de algunos pretendientes que encontrará?

—¿Qué?

—Si quiere consejo y descripción de ellos —susurró como si le dijese un secreto.

—Oh, sí… —respondió con una sonrisa aliviada—, me encantaría.

—Suba los brazos, este lo quitaremos por arriba. —Nicole obedeció mientras esperaba expectante a que comenzase. La modista no se hizo esperar—. Conozco a unos cuantos caballeros, lores, barones, vizcondes, condes y duques. ¿Por cuál quiere comenzar? —bromeó.

—¿A tantos?

Ella asintió.

—He vestido a muchas de las hermanas o madres de estos altos nobles —reconoció en confianza—. ¿Quiere saber sobre alguno en especial?

Nicole apretó la mandíbula. Sí, quería saber de uno en especial, pero le daba vergüenza ser tan directa.

—No, solo por los que irán, para hacerme una idea.

Lady Dubois comenzó a colgar el vestido en una de las perchas y cogió el último, uno de color azul cielo precioso, con una pedrería que hacía que el vestido brillase.

—Este año acudirá el duque de Gloucaster…

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida—. No tenía constancia de que acudiese un duque.

—Así es, señorita Stafford, pero no se lo recomiendo —bromeó—. El duque quedó viudo

de su segunda esposa hace dos años y este año se ha decidido a acudir para buscar a su tercera esposa. —Chasqueó la lengua—. Parece que quien se convierta en duquesa de Gloucaster no vivirá mucho —ironizó.

Nicole parpadeó varias veces sorprendida por aquel dato.

—¿Qué edad tiene? —preguntó con curiosidad.

—Debe rondar casi los setenta. —Nicole hizo un gesto de desagrado—. También sé de buena tinta que acudirá el conde de Devon… —Nicole sintió cómo su corazón latía con más fuerza al escuchar ese nombre, aunque intentó disimular—, sin duda, va a ser el joven más cotizado de toda la temporada.

—¿Es joven? —preguntó con curiosidad.

—Oh, sí… —comentó la modista—. Tuve el honor de vestir a la condesa de Devon hace tres años y le puedo asegurar que era un joven muy atractivo. Sé que ha acudido a más temporadas, pero solo para divertirse, en ningún momento para buscar esposa, sin embargo, este año existe el rumor de que sí buscará una.

—¿Cómo es? —preguntó emocionada.

Lady Dubois cogió el vestido y lo situó en el suelo. Nicole entró en él y ella comenzó a subirlo.

—Como he dicho, es muy atractivo. Recuerdo que era un chico alto, moreno creo recordar… —se quedó pensativa—, con una sonrisa preciosa. —Nicole se mordió el labio. Bueno, al menos la modista decía que era atractivo—. Creo recordar que tenía los ojos claros… —siguió inmersa en sus pensamientos—. Disculpe, señorita Stafford, pero hace varios años y lo confundo con otros —rio.

—Claro, normal.

—Por lo pronto, lo que puedo decirle es que él será la sensación de la temporada, sin duda —comentó risueña, feliz de poder compartir aquella información—. También acuden otros nobles con título inferior, creo que este año acuden varios vizcondes. De los que conozco, podría decirle que el vizconde de Hereford es un chico joven y apuesto, creo que es su segunda temporada —señaló. Miró sonriente a Nicole—. Creo recordar que era un chico alto y rubio. También acude el vizconde de Bearsted, un joven también muy atractivo… —comentó pensativa mientras subía el vestido. Nicole escuchaba con atención, debería recordar todos esos nombres para apuntarlos en la lista que había confeccionado—. También acudirán otros vizcondes como el de Portman, pero no se lo recomiendo. De vizconde el que encajaría con usted por edad y porque sea atractivo sería el que le he mencionado antes, el de Bearsted.

—Ajá —comentó.

La modista la rodeó para abrocharle el vestido.

—Luego tenemos a algunos barones…

—Mi hermana está casada con un barón —le susurró.

—Ah, sí, pues no podemos permitirnos bajar de vizconde entonces —bromeó la modista provocando que ella también riese.

Acabó de abrochar el vestido y lo inspeccionó. La miró con orgullo, el vestido le quedaba precioso.

Abrió la cortina y bajó de la plataforma. Esta vez la hermana sí sonrió durante un breve segundo, aunque de inmediato borró todo rastro de sonrisa de su rostro.

—Es un vestido hermoso —pronunció Jacqueline mientras realizaba su escrutinio. Dio unos pasos hacia delante y ladeó su cuello—. Pero por favor, Nicole, ¿puedes hacer el favor de ponerte erguida? Esa postura no es buena para la figura.

Nicole se armó de paciencia y se puso totalmente erguida.

—¿Mejor, hermana? —ironizó ella.

—Sí, mucho mejor. —Miró a lady Dubois y sonrió—. Un trabajo excelente.

—Muchas gracias —respondió amable.

—¿Este es el último? —preguntó su hermana mientras intentaba contener un bostezo.

—Sí, es el último —corroboró lady Dubois.

—Y, ¿podemos llevárnoslos ya? —preguntó con esperanza.

—Todos no. Solo tres, el resto debo acabar unos arreglos, pero para la semana que viene ya estarán listos.

—Perfecto —zanjó Jacqueline.

Nicole chasqueó la lengua y miró a lady Dubois.

—Entonces, la semana que viene no hace falta que me los pruebe, ¿verdad? Es solo recogerlos.

—Exacto.

—Tranquila hermana, ya no tendrás que acompañarme más —comentó Nicole con una sonrisa tirante.

Jacqueline sonrió débilmente, sofocada al contener el bostezo. Estaba claro que no disfrutaba lo más mínimo de hacer compañía a su hermana y mucho menos de ayudarla a prepararse para su debut en sociedad.

—Bien, pues… —comentó lady Dubois dirigiéndose a la tarima—, se lo quito, la ayudo a vestirse y ya estará todo listo.

Jacqueline asintió antes de que la modista volviese a cerrar la cortina quedándose a solas con Nicole.

—Escucha —dijo directamente. Nicole la miró sin comprender—. Necesitas como mínimo un vizconde —acabó riendo, provocando también una sonrisa en los labios de Nicole.

El tiempo mejoraba y el frío tan intenso desaparecía para disfrutar de un clima templado, sin tanta lluvia. Los días en los que hacía sol aprovechaba para pasear por el jardín o bien por la ciudad.

En poco rato se reuniría con Judi para dirigirse a la cafetería. Esperaba tener suerte y volver a encontrarse con la señora Wilson. En pocas semanas partiría hacia Londres y quería asegurarse de que la señora Wilson y sus amigas las ayudarían a conocer a los nobles de la alta sociedad.

Caminó por el jardín y miró directamente a la casita de invitados donde sabía que pasaba las noches Oliver. Llevaba un par de días sin verlo y, para su sorpresa, echaba de menos esos enfrentamientos. Se había sorprendido varias noches investigando por su ventana, a oscuras, esperando a verlo pasar sin la camisola frente a la ventana. No había tenido aquella suerte.

Llegó al establo y fue directa hacia su yegua.

—Hola, Canelita —susurró pasando la mano por su cabeza.

La yegua relinchó al notar la caricia y movió su cola de un lado a otro, como si reflejase alegría. Nicole acarició su crin pasando lentamente su mano sobre el suave cabello. Se giró y miró los estantes al final del establo. Fue hacia allí y cogió un cepillo. Se dirigió de nuevo hacia su yegua y comenzó a pasarlo por su crin mientras Canelita movía su cabeza de un lado a otro queriendo reflejar así su felicidad.

—Te gusta, ¿eh? —le susurró con cariño mientras con su otra mano también acariciaba su lomo—. Siempre has sido muy amorosa. Sí, sí… qué gustito, ¿eh? —rio ella al ver que los movimientos del cuello de Canelita se incrementaban ante sus caricias.

—¿Qué hace aquí? —preguntaron a su espalda.

Nicole se giró y observó a Oliver situado en la puerta del establo, mirándola con una ceja enarcada y el cuello ladeado. Parecía contener una sonrisa por lo que le había escuchado decir.

—¿Qué quiere decir con que qué hago aquí? Es mi establo —pronunció ella.

Oliver asintió y se metió las manos en los bolsillos mientras avanzaba hacia ella. En ese momento Nicole lo observó de la cabeza a los pies. Llevaba unos pantalones color crema y una camisola blanca bastante holgada con los botones del cuello abiertos.

Aquel hombre era demasiado atractivo.

—En todas las semanas que llevo aquí jamás la he visto en el establo.

—Pues lo hago mucho —respondió ella tirante.

—¿Estaba buscándome? —preguntó provocativo.

Nicole lo miró desafiante. Vale, de acuerdo, ¿para qué negarlo? En parte sí lo estaba buscando, aunque no fuese a admitirlo ante él.

—¿De verdad cree que podía estar buscándole o dice eso solo para provocarme?

—Un poco de ambas —pronunció alzando sus cejas repetidas veces.

Nicole resopló y se giró hacia su yegua mientras seguía acariciándola.

Oliver caminó hacia ella y se situó a su lado.

—Una yegua magnífica —pronunció él. Ella lo miró de reojo y asintió—. Una purasangre inglesa… ¿de qué familia proviene? —preguntó observando a la yegua con interés.

Ella lo miró con una ceja enarcada.

—Mi padre me la regaló hace siete años —explicó—. Sé que la compró en un criadero de Gales que tenía las tres razas más importantes y…

—El berberisco Byerley, los árabes Darley y los Godolphin —enumeró Oliver pasando su mano sobre el lomo de la yegua.

Ella lo miró sorprendida de que supiese las razas más importantes de caballo de las cuales provenía el purasangre inglés.

—¿Cómo lo sabe?

Él se encogió de hombros.

—También tengo mis aficiones.

—¿Y las aficiones de un jardinero son saber sobre purasangres? —preguntó sin dar crédito.

—Cada uno tiene sus aficiones, señorita Stafford. A mí me apasionan los caballos y usted… hace listas con los caballeros que…

—Oh, por favor… —se quejó ella—, ¿vamos a volver a lo mismo? —Situó sus manos en su cintura—. Le encanta provocarme, disfruta con ello.

—Más que cuidando su jardín —admitió.

Ella chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Pues me alegro de ser una distracción para usted, señor… —En ese momento cayó en la cuenta, no sabía su apellido—, ¿cómo se apellida?

Él apretó los labios y se giró hacia la yegua de nuevo.

—¿Acaso le importa el apellido de su jardinero?

—Bueno, me gustaría poderme referir a usted por…

—Oliver está bien —dijo sin darle más importancia.

Ella asintió y miró su perfil. Tenía un color de ojos realmente llamativo, un gris claro que contrastaba con su cabello castaño oscuro, con los mechones de cabello que caían sobre su frente.

Oliver se dio cuenta de que lo observaba de reojo.

—Mis razas favoritas son el caballo andaluz y el árabe, son dos razas increíbles y muy

elegantes, aunque debo admitir que Canelita… —acabó bromeando al pronunciar su nombre—, es un ejemplar impresionante.

Ella sonrió y asintió.

—Sí, y muy buena —pronunció con un tono de voz más tranquilo. Ladeó su cuello—. ¿Sabe montar?

Él rio.

—Claro que sé montar. Es una de mis aficiones favoritas —confesó.

Ella colocó sus manos en su cintura.

—Parece que al fin hemos encontrado algo en común —ironizó ella—. ¿Quién le enseñó a montar?

Oliver inspiró con fuerza. Debía recordar que no podía dar algunos detalles de su vida.

—Mi padre.

Y en parte así era. Había recibido clases de equitación desde los tres años y, cuando su padre no estaba ocupado, siempre que podían aprovechaban para salir a cabalgar juntos. Era mejor decir que solo su padre, no quedaría muy bien con su tapadera de jardinero decir que había recibido clases.

—Yo recibí clases cuando mi padre me la regaló —explicó ella—. Reconozco que al principio me daba un poco de miedo subirme —rio—, pero Canelita lo puso muy fácil —aseguró acariciando su cuello.

Oliver rio al escuchar ese nombre.

—¿Por qué Canelita? —preguntó divertido, girándose hacia ella.

Ella parpadeó por la pregunta.

—¿Ha visto la canela en rama?

—Claro —respondió encogiéndose de hombros.

—Su color es similar.

—Canelita es más oscura que la canela —matizó él.

—No cuando me la dieron —le rectificó—. Antes tenía el pelo un poco más claro y cuando se le oscureció ya no era plan de cambiarle el nombre, ¿no cree?

Oliver se fijó en su sonrisa y no pudo evitar sonreír también. Aquella muchacha sabía sacar lo peor de él, pero debía reconocer que tenía una de las sonrisas más bonitas y que transmitían más dulzura que había visto jamás. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo carraspeó y borró la sonrisa de sus labios. Se giró hacia la yegua y la acarició de nuevo.

—Será… será mejor que… vuelva al trabajo —titubeó él dando unos pasos hacia atrás.

De repente notaba su corazón desbocado. Ella lo miró sorprendida por su reacción.

—Claro —susurró Nicole sin saber qué otra cosa decir. En otra ocasión le hubiese dicho que por supuesto, que fuese a trabajar, pero aquellos últimos minutos se había sentido realmente cómoda conversando con él.

Se quedó totalmente estática, pasando su mano por encima del lomo de su yegua y observando cómo se alejaba.

—Buenas tardes —se despidió Oliver antes de salir del establo.

No fue hacia donde se encontraba Tom, sino que se dirigió hacia su casita de invitados.

¿Cómo era posible que con solo intercambiar tres frases con ella se sintiese tan atraído? Aquella muchacha comenzaba a interesarle, aunque no quisiese admitirlo. Era capaz de sacarle de sus casillas, pero también de hacer que sintiese por ella la ternura más grande del mundo.

Fue directo a la casita y cerró la puerta tras él con un portazo, enfadado consigo mismo porque una simple sonrisa lo alterase tanto.

Se dirigió al aseo, abrió el grifo, formó un cuenco con sus manos y se mojó la cara tres veces seguidas intentando refrescarse para así sofocar el calor que sentía en el interior de su cuerpo.

—Vamos, han sido solo tres frases —se riñó a sí mismo.

Oliver recordó aquella sonrisa, cómo incluso sus ojos color miel se iluminaban al hablar de los caballos y sintió que aquel calor lo abrasaba por dentro.

—Joder, mierda —protestó empapándose totalmente la cara por cuarta vez con el agua helada.

12

Los días pasaban y los nervios aumentaban. Cada vez estaba más cerca el día de su partida a Londres donde haría su presentación en sociedad y buscaría un marido con el que pasar el resto de su vida.

Era extraño cómo una persona podía influir tanto en otra. Hasta hacía poco más de dos meses ni se hubiese planteado encontrar marido, simplemente quería asistir a aquellos bailes para divertirse y conocer gente, sin embargo, ahora, se había convertido en su prioridad, más aún cada vez que su hermana acudía por casa.

Se quedó observando un punto fijo en la ventana mientras sostenía su taza de té cerca de sus labios.

—Oh, padre, acudí a esa modista porque según muchas mujeres sería la sensación de este año, sin embargo, ayer la señora Rowlling ya menospreció mi vestido —se quejaba su hermana.

Su padre parecía igual de absorto que ella, sin importarle mucho los problemas frívolos de su hermana.

Nicole pestañeó cuando vio la silueta de Oliver avanzar junto a Tom con un puñado de ramas de unos árboles que habían podado, arrastrándolo sobre la hierba. ¿Por qué no podía quitarse a ese hombre de la cabeza? Suponía que cuando partiese a Londres y conociese a más hombres dejaría de pensar tanto en él, pero, por lo pronto, el jardinero ocupaba gran parte de sus pensamientos durante todo el día. Quizá ayudaba el hecho de que era la primera vez que conversaba realmente con un hombre, pues hasta ahora había mantenido charlas distantes con hermanos de amigas, su cuñado y algún hombre de negocios de su padre. Oliver era diferente…

—¿Y ahora se supone que la modista de moda es lady Dubois? —ironizó su hermana sacándola de sus pensamientos.

Su padre también reaccionó dejando de dar vueltas a su té.

De vez en cuando su hermana acudía a tomar el té con ellos, aunque últimamente las veces se habían incrementado al acercarse la temporada donde Nicole haría su presentación en sociedad.

Su padre intentó centrarse en la conversación.

—Jacqueline, eso debería alegrarte… —comentó con voz paciente—, los diseños que lleva tu hermana son de lady Dubois —le recordó.

Jacqueline rugió y se puso en pie como si aquella idea aún la desesperase más.

—¡Pero soy baronesa, padre! —gritó señalándose a sí misma mientras Nicole volvía a concentrarse en su té sin querer hacer caso a su hermana—. No puedo permitirme no ir a la moda… —Nicole pudo observar cómo su padre ponía los ojos en blanco y sonrió levemente, ella había pensado hacer lo mismo—. ¿Por qué sonríes? —preguntó su hermana provocando en Nicole una mirada asombrada.

—No, no sonrío… —pronunció mientras depositaba la taza de té junto con el plato en la mesita.

—Sí sonreías… ¿te hace gracia esta situación? —preguntó como si se le acabase la paciencia.

Nicole inspiró y apretó los labios armándose de paciencia.

—Tus vestidos son preciosos, hermana, y nada han de envidiar a los que diseña lady Dubois

—comentó.

Jacqueline parecía realmente nerviosa ante esa situación, pues caminaba de un lado a otro de la estancia con la mano en la frente.

—Hija, por favor… siéntate…

—Oh, ¿no os dais cuenta? —alzó el tono extendiendo los brazos hacia los dos. Ambos se pusieron firmes—. Intentan menospreciarme… —Volvió a caminar nerviosa de un lado a otro. Nicole miró de reojo a su padre, el cual resoplaba en ese momento—. Yo que he hecho tanto por las mujeres de Birmingham… —Nicole suspiró. Ahí era cuando su hermana comenzaba a idolatrarse—. La señora Hunt me pidió hace unos meses que hablase con mi marido para que arreglasen una acera de la calle y… ¡lo hice! La señora Chastell me pidió que hablase con Charlie para que la policía hiciese sus rondas de vigilancia más frecuentes por su zona… ¡Y lo hice también! Arggg —acabó diciendo—, y, justamente ayer, la señora Chastell me miró de arriba abajo y me dijo: "bonito vestido, baronesa, pero no es de lady Dubois, ¿cierto?". —Resopló—. ¡Son todas unas envidiosas porque yo sí tengo un título nobiliario y ellas no! Eso es lo que ocurre, y ahora…

—Respira, hija, respira… —le interrumpió su padre.

—Ahora, a poco menos de un mes para que comience la temporada… ¡me hacen esto!

Nicole apretó los labios y volvió a concentrarse en la silueta de Oliver que iba de un lado a otro del jardín. Realmente, los problemas de su hermana no le interesaban lo más mínimo, tanto ella como su padre sabían lo asidua que era al dramatismo.

—¡Esto puede repercutirte, Nicole! —pronunció. Nicole parpadeó varias veces y la miró como si no supiese de qué hablaba, lo que provocó que su hermana enarcase una ceja—. ¿Me estás escuchando?

—Claro que sí, yo y media parte del servicio —comentó.

Jacqueline resopló y dio unos pasos hacia ella situándose enfrente, ocultándole toda visión de Oliver, lo cual hizo que Nicole chasquease la lengua.

—Esto puede ser más perjudicial para ti que para mí…

Nicole la miró extrañada.

—¿Para mí?

—Claro —comentó sonriente, como si en ese momento se esfumasen sus preocupaciones —. Yo ya estoy casada y tengo mi título… —le recordó—, sin embargo, tú te presentas en sociedad este año. Si me hacen un desprecio a mí te lo hacen a ti, todos pondrán los ojos en ti.

—Creo que estás exagerando, hermana —intentó apaciguarla Nicole.

—Oooh —rio ella como si hubiese escuchado un disparate—, tú no sabes lo que es una temporada de Londres, aún eres muy ingenua. Luego no digas que no te lo advertí.

Nicole apretó los labios. ¿Por qué siempre tenía que meterla en sus problemas?

—Soy igual de ingenua que tú cuando te presentaste por primera vez —afirmó.

—Hijas, por favor… —suplicó su padre intentando poner algo de paz, pues la conversación estaba subiendo de tono.

—¿Eso crees? —ironizó Jacqueline elevando el mentón—. Yo iba mucho mejor preparada que tú.

—¿En qué? —la retó Nicole poniéndose en pie.

—Vamos, vamos… —cortó su padre situando sus manos hacia delante—. No os peleéis.

—Oh, encima, ¿serás desagradecida? —Nicole la miró sin comprender—. Te he acompañado a la modista, voy a presentarte en sociedad con el título de baronesa, lo cual te abrirá muchas puertas, y aún tienes la desfachatez de…

—Por Dios, Jacqueline, lo único que has hecho es acompañarme a la modista, nada más, no me has dado consejos, ni siquiera me tratas con cariño… —pronunció ya cansada.

—Oh —reaccionó Jacqueline sorprendida por sus palabras.

—Siempre encuentro palabras humillantes en ti, de superioridad… tú no tienes ni idea de si voy preparada o no porque ni te has preocupado de averiguarlo. —Dio unos pasos hacia delante —. Solo te interesas por ti, siempre has sido así —le gritó—. Y respecto a tu título… —dijo ante la mirada asombrada de su padre—, solo eres baronesa, uno de los títulos más bajos de la nobleza. ¡Así que deja de hablar como si fueses la reina de Inglaterra! Quizá, hermana… —increpó armándose de valor—, si tuvieses un poco más de humildad la gente te trataría con más respeto —acabó gritando.

Se dio media vuelta y ni esperó contestación por su parte. Necesitaba alejarse de allí, ya había aguantado suficiente. Sí, sabía que ese comportamiento no era el que debía mostrar una dama, pero ya estaba harta de los desplantes de su hermana. Mientras salía del salón dirigiéndose al jardín pudo ver la cara desencajada de su padre.

Estaba agotada mentalmente, agotada de aguantar durante meses la falta de consideración de su hermana, de que todo el mundo la subestimase.

Salió al porche con un rugido y bajó los escalones rápidamente, caminando con paso decidido hacia el establo. Sentía la necesidad de correr y quitarse el nerviosismo que aquella conversación le había provocado.

No era un día soleado, al contrario, el tiempo acompañaba su pésimo estado de ánimo en esos momentos. Las esponjosas nubes se apilaban en el cielo con la clara promesa de descargar una fuerte tormenta. Incluso pudo escuchar, a lo lejos, el sonido lejano de un trueno.

¿Por qué Jacqueline eran tan cruel con ella?

Entró en el establo justo cuando unas gotas de lluvia cayeron sobre ella.

Miró de un lado a otro buscando a Jeff. Necesitaba dar un paseo con Canelita, galopar tan rápido como el viento y gritar, solo así podría quedarse tranquila. Lo necesitaba desesperadamente.

—¿Jeff? —preguntó avanzando por el establo en dirección a su yegua.

Canelita salió a su encuentro asomándose a su establo individual. Acarició su frente y buscó al mozo del establo. Debía de haberse marchado hacía poco porque la paja del establo de Canelita estaba recién puesta y el pesebre lleno de agua y heno.

—Estupendo —susurró con ironía mientras se giraba para buscar las escaleras y subir sin problema a su yegua. Las encontró al otro lado del establo, junto a su silla de montar. Cogió las escaleras con las dos manos y caminó despacio hasta su yegua. Aquellas escaleras de madera pesaban más de lo que esperaba.

Las situó al lado de su yegua y fue en busca de la silla de montar.

—Tú y yo vamos a dar un largo paseo —le susurró a Canelita antes de situar con un rugido la silla de montar sobre su lomo.

Al menos, los días que llovía no debían estar tan pendientes del jardín.

Oliver sonrió al releer la carta que le había enviado su tío Alfred.

Sí, eran buenas noticias, muy buenas noticias. El abogado que representaba a su hermano Martin había logrado que el fiscal de Londres retirase la acusación hacia su hermano. Por lo visto, la víctima había explicado que quien le había disparado era Edgard Jones, un joven heredero de una fortuna consistente en tierras de siembra. El mismo Edgard era quien, tras disparar a unas botellas y fallar dándole a la víctima, había puesto la pistola en la mano de su hermano inconsciente. ¡Su hermano estaba libre de toda culpa! Aquellas eran las mejores

noticias que podía recibir, además, su tío le daba permiso para volver a Londres. Lo único que debían tener en cuenta era que habían dicho que él se encontraba de negocios por Europa, de modo que lo mejor sería volver en una o dos semanas y fingir que había realizado unas reuniones con presuntos proveedores. En el resto de la carta su tío le hacía un largo listado de proveedores que poder usar como excusa, explicándole a qué se dedicaba cada uno y los precios de los materiales.

Bien, todo había salido a pedir de boca y en una semana o dos podría volver a su hogar. Haría caso a su tío y esperaría un par de semanas para que no resultase demasiado apresurado su regreso, de lo contrario, la gente podría pensar que lo que había hecho era huir de la situación, no ausentarse por motivos laborales.

Suspiró y cerró los ojos. Sabía que su hermano era incapaz de hacer algo así, incluso en estado de embriaguez. Debía hablar seriamente con él a su regreso. Aquella vez había tenido suerte y la víctima había podido explicar lo sucedido, pero ¿y si hubiese sido otro el desenlace? ¿Y si hubiese muerto la víctima? Seguramente lo habrían acusado por homicidio y habría tenido que cumplir pena en prisión, aun siendo inocente. No quería ni imaginarse lo que eso habría podido representar para su hermano.

Por otro lado, esperaba que todo el peso de la ley cayese sobre Edgard Jones, pues no solo había disparado a una persona, sino que había intentado librarse de la pena incriminando injustamente a su hermano. En cuanto llegase a Londres tomaría cartas en el asunto.

Había cogido un papel y había escrito a su tío alegrándose por las buenas noticias y pidiéndole que le informase sobre el estado de salud de su madre y sobre los delitos que se le imputarían a Edgard Jones, pues, si hacía falta, él mismo se presentaría como acusación particular contra Jones.

Dobló la carta que había escrito y se dirigió a la vivienda para entregársela al mayordomo a fin de que fuese enviada al día siguiente.

En pocas semanas podría volver a su confortable hogar… aquella idea no le gustó tanto como esperaba. Allí gozaba de una libertad que jamás había sentido y, en parte, le gustaba estar allí.

—¿Podría entregar esta carta en correos mañana? —preguntó al mayordomo.

—Claro —aceptó el mayordomo gustoso.

—Gracias —respondió Oliver volviendo al jardín, dirigiéndose a su casita. El sonido del trueno le llegó a lo lejos. Sí, estaba seguro de que caería una buena tormenta.

Entró en su casita y guardó la carta que había recibido de su tío Alfred en el cajón de la mesita de la habitación en la que se había hospedado aquellas semanas.

Durante las últimas semanas se había mostrado preocupado constantemente por la situación de su hermano menor, sin embargo, ahora una paz se había apoderado de él. Por fin podía respirar tranquilo.

Cerró los ojos disfrutando de aquella calma cuando escuchó unos pasos acelerados por el jardín.

Se acercó a la ventana y observó a Nicole dirigiéndose directamente al establo. Miró al cielo y comprobó que comenzaba a llover, de forma que los cristales de la casita de invitados se empercudieron enseguida. Avanzó hasta el comedor y vio a través de la ventana del comedor cómo Nicole entraba al establo justo cuando un rayo atravesó el cielo.

¿Qué hacia esa muchacha ahora? ¿Acaso no veía que iba a comenzar a llover?

Suspiró y se quedó observándola entrar en el establo. Parecía mosqueada, ¿verdad? Por sus pasos acelerados, sus manos convertidas en puños y su espalda totalmente erguida y tirante le

daba la impresión de que estaba de mal humor. ¿A qué iba al establo? No se le ocurriría salir ahora, ¿verdad? Con la que estaba a punto de caer y comenzando a anochecer no se le antojaba buena idea.

Resopló nervioso y se dirigió a la puerta. Salió corriendo en dirección al establo. Con lo tranquilo que estaba en esos momentos después de la noticia de su hermano y no sabía por qué, pero presentía que aquella calma no duraría mucho más.

La lluvia, aunque aún fina, mojó su camisola ajustándola a su torso.

Entró en el establo y se quedó paralizado al ver a Nicole sobre su yegua. Se quedó contemplándola. Se dirigía a la puerta trasera del establo para salir al exterior. Oliver se apartó las gotas de agua que recorrían su frente y dio unos pasos hacia delante.

—Ehhh, ¿qué está haciendo? —preguntó alzando la voz.

Nicole se giró sobresaltada al escucharlo, pero resopló y volvió a girarse, ignorándolo, golpeando levemente a su yegua con los talones para avanzar.

Oliver apretó los labios. Sí, había intuido bien al verla, su calma se estaba esfumando. Avanzó atravesando el establo para dirigirse a donde estaba Nicole que ya había iniciado el trote.

—¿No me ha oído? —preguntó con un tono exigente en la voz—. ¿Qué hace? —continuó avanzando—. ¿No ve que está lloviendo? ¿A dónde se cree que va? —señaló hacia fuera.

Nicole llegó a la puerta contraria del establo y se giró.

—¡Déjeme! —exclamó ella—. A usted no le importa lo que yo haga o deje de hacer —contestó de mal humor.

Sí, estaba claro que la señorita Stafford no estaba de buen humor.

Oliver avanzó más rápido hacia ella, pues Nicole no parecía tener la intención de frenarse a escucharle.

—¡Vuelva aquí! —bramó.

—¡Usted no me da ordenes! —replicó con el mismo tono.

Lo miró seriamente. Sí, si las miradas matasen en aquel momento Oliver estaría bajo tierra.

Oliver avanzó más rápido cruzando el largo establo cuando vio que ella golpeaba a su yegua con los estribos y comenzaba a galopar.

—¡¿Está loca?! —gritó Oliver corriendo hacia la puerta del establo. Llegó y se apoyó contra esta mientras sentía cómo la lluvia que se había vuelto torrencial acababa de empaparlo. Nicole no dejaba de golpear con los estribos a Canelita que cada vez cogía más velocidad—. ¡Vuelva! —gritó—. ¡Es peligroso! ¡Está a punto de anochecer! —gritó a pleno pulmón.

Pero Nicole ya no le escuchaba y si lo hacía se le daba muy bien disimular y hacerse la sorda, pues ni siquiera se giró para responderle.

Oliver rechinó de dientes ante aquella actitud. Aquella muchacha necesitaba una buena reprimenda. ¿Cómo se le ocurría salir con aquel tiempo y a aquellas horas?

Todos sus músculos se tensionaron cuando vio que se dirigía al bosque como alma que lleva el diablo, galopando a gran velocidad. ¿Se había vuelto loca del todo?

—Niña mimada y consentida —susurró antes de entrar a toda prisa en el establo.

No tenía ganas de escuchar a nadie, y menos a Oliver, aquel jardinero atractivo y de lengua afilada. Solo quería estar sola y poder extraer todo lo que llevaba dentro. Estaba cansada, agotada hasta la extenuación de que la infravalorasen, de que nadie pudiese darle ánimos y posar esperanzas en ella. Podía soportarlo una semana, dos, un mes… varios meses, pero ya había llegado al límite. Su hermana jamás había confiado en ella, era un desprecio tras otro, con su carácter egocéntrico y altanero… siempre había sido así, pero desde que había contraído matrimonio con el barón y se había convertido en baronesa era insoportable. Solo se interesaba

por ella, sin importarle lo más mínimo cómo pudiesen influir las palabras que dirigía a su hermana con más bien poco tacto o ninguno.

En pocas semanas viviría uno de los momentos cruciales en su vida, uno de los más importantes, su presentación en sociedad… sin embargo, no sentía esa ilusión, solo nerviosismo por miedo a defraudar. Eso no debería ser así, su hermana había causado mella en su estado de ánimo y ahora se sentía obligada a encontrar un marido que estuviese a la altura de ella, de lo contrario, sabía que siempre obtendría sus desprecios.

Rugió y golpeó suavemente el lomo de su yegua con los estribos acelerando más aún. Saltó sobre unas rocas y siguió por el camino que se internaba en el bosque, saliendo ya de su parcela. La lluvia golpeaba su rostro mezclándose con sus lágrimas, lágrimas de impotencia y desesperación.

Si no conseguía un matrimonio por encima del de su hermana siempre recibiría ese tipo de comentarios y, por otro lado, si lo conseguía su hermana no se cansaría de decir que fue gracias a ella. La conocía lo suficientemente bien, su hermana se encargaría de que siempre estuviese a su sombra, incluso dudaba de que fuese a ayudarla en su presentación en sociedad, pues sabía que Jacqueline no soportaría que ella acabase casada con un título nobiliario de más rango que el que ella misma ostentaba.

Siguió cabalgando, internándose en el bosque, bordeando los altos árboles y sujetándose con fuerza a las riendas cuando Canelita saltaba alguna raíz o roca.

Luego estaban sus compañeras de protocolo: Meggie Harris, Amanda Lewis y Annette Grant que siempre la miraban por encima del hombro. ¿Por qué nadie la respetaba? ¿Por qué todas tenían tanto egocentrismo?

Resopló y detuvo a Canelita en medio del bosque intentando recuperar el aliento. Las emociones que sentía la ahogaban. Se pasó la mano por el cabello mojado y se deshizo el moño que llevaba a la nuca dejando caer su largo cabello sobre su espalda, totalmente empapado. No le importaba nada su apariencia en ese momento, solo ansiaba liberarse de aquella tensión, de aquel malestar que sentía. Todo el mundo la infravaloraba, pero ella no se podía rendir. Se repetía cientos de veces al día que si la infravaloraban tanto era porque realmente la veían como una amenaza, ¿por qué si no iban a actuar así con ella? No obstante, ni siquiera aquel pensamiento la libraba de la ansiedad que sentía.

Cerró los ojos y alzó su cabeza hacia el cielo dejando que la lluvia la empapase totalmente. Al menos, allí estaba tranquila. Seguramente, cuando volviese a su casa su padre hablaría con ella. No le importaba, pensaba pedirle a su padre que fuese él quien la acompañase, no su hermana, no quería que ella estuviese presente en su presentación y menos aún que ella fuese la encargada de velar por sus intereses, sabía que no lo haría, que solo entorpecería sus planes.

Un crujido a la espalda la alertó y se giró. Contuvo la respiración y estuvo a punto de caerse del caballo cuando observó tras ella un hombre al que no conocía, aunque rápidamente se percató de que era peligroso al tener parte de su rostro oculto. Debajo de su nariz llevaba un trapo ocultando su boca y barbilla.

¿Un asaltador de caminos?

Se giró de inmediato e iba a golpear el lomo de Canelita para intentar huir cuando ante ella aparecieron cortándole el paso dos hombres más montados a caballo.

Su corazón dio un vuelco y se quedó sin respiración, hasta Canelita sintió su nerviosismo porque dio unos pasos de un lado a otro, intranquila, como si supiese que debía huir de aquella situación.

Nicole miró a ambos lados, pero aquellos hombres fueron rápidos. Los dos que tenía

enfrente cortándole el paso bajaron rápidamente de sus caballos. Uno de ellos sujetó la correa de Canelita que dio unos pasos rápidamente hacia atrás, aunque no logró escapar, y el otro intentó sujetar a Nicole por el brazo.

—Ahhh —gritó cuando aquel hombre que ocultaba su rostro tras un pañuelo anudado bajo su nariz intentó sujetarla—. ¡Déjeme! —gritó. Elevó su pierna y golpeó el pecho de ese hombre que retrocedió levemente.

Canelita relinchó nerviosa y se movió de un lado a otro. El tercer hombre, el que estaba a su espalda, descendió rápidamente del caballo corriendo hacia ella.

—¡Quieta! —ordenó mientras la cogía del brazo.

El hombre que había recibido el empujón de su pierna se acercó también y sujetó su otro brazo, la empujaron hacia abajo y cayó de la yegua, aunque uno de esos hombres la cogió rápidamente de la cintura para que no se golpease contra el suelo.

Nicole comenzó a removerse intentando escapar.

—¡Suéltenme! —gritó a pleno pulmón—. ¡Socorrooo!

El hombre que la sujetaba por la cintura intentó llevar una de sus manos hacia su boca para tapársela.

—¡Ayudaaa! —siguió gritando Nicole—. ¡Ayuuudaaa!

El hombre situó su mano en su boca, tapándosela, pero ella se la mordió.

—Ahhh —gritó el hombre apartando la mano de sus labios.

—¡Suéltenmeee! —gritó muy agudo, totalmente aterrada.

Sí, no debería haberse alejado tanto de su parcela.

Se quedó totalmente quieta cuando el hombre que tenía delante extrajo un largo cuchillo, apuntándola. A su mente volvió la conversación que había escuchado en la vivienda de lady Wilson, cuando una de las mujeres había explicado que la señora Wilkinson había sufrido un atraco. Sollozó observando el cuchillo.

—Será mejor que colabores, muchacha —la amenazó.

Nicole gimió mientras seguía revolviéndose entre las manos del hombre que la sujetaba por la cintura, aunque todos observaron cómo la amenaza con el cuchillo surtía efecto y ella aflojaba sus movimientos.

—Bien —comentó el que la mantenía sujeta a su espalda—, veamos qué tenemos aquí —dijo girándola con un movimiento brusco.

Nicole observó aquellos ojos casi negros y pudo intuir su cabello rubio bajo el sombrero que lo ocultaba. El hombre pasó la mano por su rostro apartando unos mechones de cabellos húmedos que se habían adherido a su piel. Nicole apartó su cara evitando su contacto.

—Mira a ver qué lleva en la alforja —comentó el hombre que parecía ser el jefe de aquel grupo.

—No llevo nada —sollozó ella—, solo he salido a pasear.

—¿Tan lejos de tu hogar, muchacha? —preguntó el hombre que la sujetaba.

—Por favor —suplicó Nicole—, no me hagan daño.

—Eso depende de lo que nos puedas ofrecer —respondió el hombre que la mantenía sujeta mientras los otros dos revisaban la alforja.

Nicole tembló al escuchar aquellas palabras y volvió a gemir.

—No lleva nada —pronunció el hombre al que había golpeado.

El que la sujetaba resopló y la sujetó por los hombros. La miró de la cabeza a los pies y centró su mirada en el escote de ella. Nicole intentó apartarse, pero ese hombre se lo impidió.

—Bonito colgante —pronunció llevando su mano al cuello de ella. Era un colgante sencillo,

pero de oro. El hombre lo sujetó entre sus dedos y tiró de él con fuerza, partiéndolo—. Esto servirá… —pronunció con una sonrisa tras el pañuelo que lo ocultaba—. ¿Tienes alguna joya más? —preguntó con voz grave.

Ella titubeó un poco, intentando concentrarse en lo que aquel hombre le pedía.

—Los… los pendientes… —respondió con un hilo de voz.

El hombre cogió su cabeza entre su mano y le miró los pendientes. Se trataba de dos perlas insertadas en un redondel de oro. El hombre la soltó empujándola hacia atrás y tendió su mano hacia ella.

—Si es tan amable de dármelos usted misma, señorita —dijo colocando su mano ante ella.

Casi no podía mantenerse en pie, pues las piernas le temblaban en exceso. Miró de reojo hacia ambos lados, hacia aquellos hombres que la rodeaban y finalmente asintió. Llevó sus manos temblorosas hacia la primera de sus orejas para quitárselos, pero brinco cuando otra voz interrumpió el asalto.

—Dejad en paz a la señorita —ordenó.

Nicole se giró y estuvo a punto de echarse a llorar cuando vio a Oliver, a unos metros de ellos, acercándose tranquilamente sobre un caballo. Elevó su mano y, en ese momento, todos se dieron cuenta de que portaba un rifle. Nicole parpadeó varias veces sorprendida al verlo con aquella arma, aunque la reconoció de inmediato, era una de las armas que su padre usaba para ir de caza.

Los tres hombres elevaron rápidamente sus manos ante la presencia de un arma de fuego. Canelita no dudó un segundo en salir corriendo del lugar en dirección al camino del que se había desviado, adentrándose en el bosque.

Nicole miró asombrada hacia los lados viendo a los tres hombres en una posición sumisa y clavó su mirada en Oliver que detenía su caballo ante ellos y descendía de un salto. Elevó de inmediato el rifle hacia ellos, amenazante, y la miró a ella.

—¿Vas a quedarte ahí o prefieres venir conmigo? —ironizó al ver que ella permanecía totalmente quieta.

Aquellas palabras hicieron que ella reaccionase y corrió hacia él situándose a su espalda.

Oliver la miró de reojo. Estaba totalmente empapada y pálida, suponía que por el miedo. Sus mechones ondulados se habían adherido a su rostro y su cabello totalmente empapado descendía por su espalda sobre el vestido azul cielo.

—¿Te han hecho daño? —preguntó sin descender el rifle, apuntando a aquellos tres hombres que permanecían con las manos en alto.

—No —logró susurrar, pues ni siquiera podía articular palabra.

Oliver se acercó a los tres atracadores. Observó a cada uno de ellos hasta que fijó su atención en el que se encontraba más próximo a Nicole cuando los había encontrado, en su mano sujetaba un colgante de oro.

—¿El colgante es tuyo? —preguntó Oliver sin apartar la mirada amenazante de ellos.

—Sí —contestó ella con otro hilo de voz.

Oliver enarcó una ceja hacia el hombre que lo sujetaba y señaló el suelo.

—Déjalo lentamente en el suelo, vamos —ordenó con un grito.

El atracador no dudó en hacer lo que le pedía. Ambos se miraron unos segundos.

—No le hemos hecho daño a la señorita —se defendió intentando mitigar la ira que veía en los ojos de Oliver.

—Y eso es lo que os va a salvar la vida… —contestó Oliver. Miró de reojo a Nicole que permanecía un poco por detrás de él, temblando sin cesar—. Ni se os ocurra volver por estas

tierras —sentenció Oliver. Los tres atracadores se miraron de reojo—. Si vuelvo a encontrarme con vosotros no dudaré en disparar —los amenazó.

Los tres hombres asintieron rápidamente, se giraron y fueron hacia sus caballos. Se subieron de un salto y salieron al galope sin mirar atrás.

Nicole observó cómo se alejaban a gran velocidad esquivando los árboles mientras Oliver aún mantenía su rifle elevado, controlando a los tres hombres.

Estuvo a punto de dejarse caer, pues las piernas apenas soportaban su peso. Apoyó su mano en un árbol y se inclinó hacia abajo intentando recuperar el aliento.

Oliver descendió el rifle y se giró hacia ella. Chasqueó la lengua al verla en aquella posición. Caminó hacia donde el atracador había depositado el colgante. Lo cogió y lo observó. Se giró y se quedó mirándola.

Nicole permanecía con la espalda hacia delante, intentando controlar los latidos de su corazón y su respiración. Todo le daba vueltas alrededor. Nunca había pasado tanto miedo como en aquel momento. Cerró los ojos con fuerza y cuando los abrió inspiró hondo. Elevó su cabeza al frente, hacia Oliver.

Oliver permanecía a unos metros de ella, quieto, simplemente examinándola, con el colgante que los atracadores habían intentado llevarse en su mano. Apretó los labios cuando vio que Oliver enarcaba una ceja en su dirección con la clara expresión de: “te lo dije”.

Nicole resopló. Lo que le faltaba. Si no tenía bastante con soportar a su hermana, ahora, Oliver, en vez de prestarle su consuelo la miraba con gesto enfadado y de altanería.

No necesitaba eso ahora, lo que necesitaba era estar sola, tranquila… pero por lo visto nadie iba a permitírselo.

Nicole inspiró hondo y se giró. Le estaba agradecida, pero ahora mismo no podía ni hablar. Era como si algo se hubiese roto en su interior. Las palabras de su hermana retumbando en su cabeza, el pasotismo de su padre, el atraco que acababa de sufrir donde la habían amenazado con un cuchillo, la mirada de Oliver… No, no podía soportarlo más.

Comenzó a caminar alejándose, queriéndose abstraer de todo, aunque sus piernas no le permitían caminar rápido pues temblaban demasiado.

—Nicole… —pronunció Oliver sin moverse, observándola con preocupación—, ¿a dónde vas?

Ella se detuvo e inspiró intentando calmarse antes de girarse y enfrentarse a él de nuevo.

Oliver seguía con su ceja enarcada y su rostro transmitía enfado.

—Voy… a… a casa —tartamudeó.

Oliver ladeó su cuello sin perder el contacto visual con ella.

—¿Y ya está? —preguntó elevando sus brazos hacia los lados, bastante más enfadado—. ¿Solo eso?

—¿Qué quieres que haga, Oliver? —le gritó ella hecha un manojo de nervios, una reacción que Oliver no esperaba, y apretó los labios—. He salido de casa porque la situación era insoportable —gritó señalando el camino hacia su hogar—, intentando encontrar la paz que tanto necesito —enfatizó—, ¡y sin embargo me encuentro con un grupo de atracadores! Y ahora tú —acabó colérica.

Oliver pestañeó sorprendido y dio unos pasos hacia delante con todos los músculos en tensión.

—¿Yo? ¿Yo qué? —la retó. Ella se removió nerviosa y resopló—. En el establo te he dicho que no salieses, que era peligroso, que estaba anocheciendo —señaló hacia el cielo—, y, aun así, pese a lo cabezota que eres, he salido a buscarte —comentó con voz grave acercándose a ella—.

¿No tienes nada más que decir? —preguntó ante ella—. Acabo de encararme a tres atracadores por ti.

Ella apretó los labios y dio unos pasos hacia atrás.

—Gracias —entonó ella con todo el cuerpo en tensión y la voz demasiado elevada para el gusto de Oliver—. ¿Es eso lo que querías escuchar? —preguntó mirándolo fijamente—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias, Oliver! —repitió antes de girarse de nuevo.

Oliver resopló mientras intentaba contenerse. Aquella muchacha lo sacaba literalmente de sus casillas. La vio alejarse de nuevo y aquello acabó de enloquecerlo.

—Pero ¿se puede saber a dónde vas? —gritó—. Tu yegua se ha marchado…

—Voy a buscarla —gritó ella sin girarse.

—Seguramente estará ya en el establo —pronunció iniciando la marcha hacia ella—. Estos caballos se orientan muy bien. —Incrementó el paso y la rodeó situándose delante, cortándole el paso. Ella se detuvo de inmediato poniéndose firme—. ¿Piensas volver caminando? —preguntó incrédulo—. Estás a varias millas de tu hogar —la alertó señalando en dirección a la mansión Stafford.

—Me gusta caminar —respondió ella intentando rodearle, pero Oliver cogió su brazo deteniéndola, lo que provocó que ella lo mirase enfadada.

Oliver intentó tranquilizarse, Nicole estaba bastante nerviosa, era obvio tras lo sucedido, pero aquella experiencia no era una excusa para el comportamiento pueril que estaba teniendo en esos momentos.

—¿Puedes parar un momento y respirar hondo? —propuso él. Nicole tragó saliva y finalmente hizo lo que le pedía. Aquella última situación la había desbordado, pero él tenía razón. Oliver sintió cómo el músculo de su brazo se relajaba bajo sus dedos, incluso observó cómo respiraba profundo, como si entrase en razón—. Estamos lejos de tu hogar y hay unos atracadores cerca —apuntó con la voz más calmada él también—. Iremos en mi caballo.

Ella lo miró de reojo y luego se giró para observar el caballo que había tomado prestado del establo para salir en su búsqueda.

Nicole no dijo nada, se quedó pensativa y finalmente asintió.

Oliver suspiró y la soltó del brazo. Al menos, se quedó quieta mientras iba a buscar el caballo y tiraba de sus riendas para acercarlo a ella.

Se situó a su lado y la miró. La lluvia, en esos momentos, caía con fuerza. Nicole permanecía con la cabeza gacha y los mechones de cabello mojados pegados a su rostro y a sus hombros, descendiendo por su espalda y su pecho. Su vestido azul estaba totalmente empapado, pegándose a su cuerpo y marcando más aún su silueta.

—¿Te han herido? —preguntó en un tono tranquilo.

Ella lo miró un segundo y negó.

—No, llegaste tú —respondió con un hilo de voz.

Oliver asintió y miró en la dirección que habían tomado aquellos tres hombres. No parecían estar ya cerca, ni siquiera se escuchaban las pisadas de los caballos. Seguramente habrían huido muy lejos de allí.

—De acuerdo —comentó dejando el rifle apoyado en un tronco cercano. Fue hacia Nicole, la cogió de la cintura y la ayudó a subir al caballo. Ella no dijo nada, simplemente se limitó a acomodarse sobre el lomo del caballo y a pasar su otra pierna por el otro lado. Observó a Oliver coger el rifle y acercarse. Metió el pie en el estribo y de un salto aterrizó tras ella.

Nicole se tensó cuando lo sintió tan próximo pasando un brazo por cada uno de sus lados, rodeándola para coger las riendas del caballo.

Dio un golpecito con los estribos e inició un paso rápido dirigiéndose al camino más cercano que los llevaría hasta la mansión.

—Ha sido muy insensato por tu parte —pronunció a su espalda.

Ella no se giró para observarlo, simplemente apretó su mandíbula y cerró los ojos unos segundos. Sí, sabía que había sido una imprudente, pero era tal el deseo de huir de aquel lugar que no había pensado en las posibles consecuencias. ¿Qué hubiese pasado si Oliver no la hubiese seguido? No quería ni pensarlo. Aquel pensamiento le hizo ser consciente realmente de la suerte que había tenido de que Oliver hubiese seguido sus pasos.

Tragó saliva y giró levemente su cabeza hacia atrás, con timidez.

—Gracias por venir en mi búsqueda —susurró con la voz más tranquila.

Los nervios le habían jugado una mala pasada y lo había pagado con quien menos lo merecía. Si no fuese por Oliver, quizá en esos momentos ya estuviese muerta o la hubiesen violado.

Oliver se calmó al escuchar aquellas palabras. Parecía que Nicole iba recobrando la paz poco a poco. No dijo nada al respecto, simplemente se limitó a aceptar sus palabras con un movimiento de cabeza que no pasó inadvertido para Nicole.

Oliver miró al cielo cuando el sonido del trueno retumbó en todo el bosque. Llovía fuerte, pero estaba seguro de que la tormenta no había hecho más que comenzar, pues los truenos sonaban cada vez más cercanos y comenzaba a levantarse mucho viento.

Incrementó un poco más el paso en cuanto llegó al camino de tierra que cruzaba el prado, rumbo a la parcela de la familia Stafford.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a su espalda. Ella volvió a girarse levemente sin decir nada, ahora parecía bastante intimidada por la situación y por su comportamiento previo—. Creo que me merezco alguna explicación después de todo —pronunció, aunque su tono no exigía nada, más bien intentaba que ella se desahogase. Nicole suspiró—. Has dicho que la situación en casa era insoportable —repitió sus palabras lentamente.

Ella tragó saliva y miró al frente. Se apartó unos mechones de cabello de su rostro y se pasó la mano por los ojos apartando las gotas de lluvia.

—Es… —carraspeó como si le costase sincerarse—, es por mi hermana.

—Ya —respondió él esta vez con una leve sonrisa, mirando de un lado a otro para asegurarse de que no los seguían—, los hermanos pueden ser exasperantes.

Ella se giró y lo miró intrigada.

—¿Tiene hermanos?

Él ladeó su cuello mirándola con una sonrisa cómplice.

—Creo que después de lo que ha ocurrido podemos tutearnos… —le ofreció. Ella hizo un gesto de no estar muy segura, pero finalmente asintió—, y sí, tengo hermanos, uno más pequeño que yo.

Ella se giró de nuevo al obtener aquella respuesta.

—Mi hermana es mayor que yo —explicó—. Se… se casó con un barón hace unos años…

—¿Es baronesa? —preguntó intrigado.

Ella asintió.

—La baronesa Waller —explicó—. Está casada con el barón Charlie Waller. —Suspiró y chasqueó la lengua—. Siempre me ha infravalorado… —se sinceró al final sacándose un peso de encima—. Es la encargada de acompañarme a mi presentación en sociedad —narró lentamente —. Acudirá conmigo a Londres y… —suspiró—, no deja de repetirme una y otra vez que jamás conseguiré nada, que… nadie se fijará en mí y que si por algún casual tengo algún pretendiente

con título nobiliario será gracias a ella, a sus contactos como baronesa, no por mí… —Oliver enarcó una ceja—. Se cree que por tener un título nobiliario puede pisotearme y humillarme constantemente. Jamás… —se giró levemente hacia él, encontrándose con sus ojos grises observándola intrigado—, jamás me ha apoyado en nada ni lo hará… incluso creo que intentará boicotearme en mi presentación en sociedad con tal de que yo no pueda acabar casada con un hombre con un título nobiliario superior al de barón. Ella siempre debe estar por encima.

—Vaya… —comentó pensativo—, que agradable es tu hermana, ¿no? —bromeó.

Ella se giró y enarcó una ceja en su dirección, lo que incrementó más la sonrisa de Oliver. La miró de una forma que le sorprendió, ¿podía intuir comprensión?, ¿ternura? Se giró bastante intimidada por lo que aquella sonrisa y su mirada cercana le habían provocado.

—Por esa razón quieres casarte con el conde… ¿cuál era? —disimuló divertido.

—El conde de Devon —le aclaró mirando hacia delante.

—Sí, eso… ¿es por esa razón?

Nicole suspiró y dejó caer sus hombros hacia delante, abatida.

—Me dijeron que en esta temporada era el hombre con el título nobiliario más alto que buscaba esposa —explicó. Se mordió el labio levemente, intimidada por todo lo que le narraba —. Sé que puede sonar un poco frívolo, pero…

—¿Estás dispuesta a conquistar a un hombre al que no conoces solo por las palabras de tu hermana? —le interrumpió sorprendido.

Ella se removió nerviosa sobre el caballo al escuchar aquello.

—No es solo mi hermana —admitió—. La mayoría de las debutantes son… —resopló—, insoportables —acabó diciendo—. Siempre me miran por encima del hombro y…

Oliver rio.

—En eso te doy toda la razón.

Nicole se giró intrigada por aquella respuesta. Lo miró de la cabeza a los pies.

—Y, ¿cómo sabes tú eso?

Oliver chasqueó la lengua.

—Bueno, ya te lo dije, he trabajado en muchas casas de la nobleza —contestó sin darle más importancia. Aquella respuesta pareció convencer a Nicole que se giró de nuevo hacia delante—. Pero… responde a mi pregunta… ¿estás dispuesta a conquistar a un conde solo para darle su merecido a tu hermana y a las otras debutantes? ¿Y si no es de tu agrado?

Ella lo miró de lado.

—Si no es de mi agrado no lo haré —contestó bastante tensa, aunque luego hizo un gesto gracioso que sorprendió a Oliver—. Pero varias mujeres me han dicho que el conde de Devon es muy atractivo y…

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido.

—Y joven… —acabó la frase.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó intrigado—. ¿Tenéis informantes? —bromeó.

Ella lo miro divertida esta vez.

—Me lo dijo la señora Wilson, una de las mujeres más influyentes de Birmingham…

—Ah, sí… recuerdo que me la mencionaste —recordó pensativo—. ¿Esa mujer no era la que decían que había tomado el té con la reina?

—La misma… —Lo miró de nuevo, asombrada—, tienes buena memoria —reconoció.

—Sí, y recuerdo que también te dije que era mejor no fiarse de muchos de los rumores que corren por ahí.

Nicole negó.

—Ya, en eso tienes razón, pero es que da la casualidad de que mi modista también me ha confirmado que el conde de Devon es joven y atractivo, así que…

—Así que irás a por él… —confirmó Oliver.

Ella se encogió de hombros.

—Está claro que los gustos de cada persona varían, pero me lo han confirmado dos mujeres… supongo que no pueden estar equivocadas las dos —acabó encogiéndose de hombros —, supongo que hasta que no lo vea no lo sabré.

Oliver sonrió tras su espalda. Vaya, era bastante divertido saber lo que las mujeres opinaban de él.

—¿Y si finalmente no es de tu gusto? —insistió.

Ella borró la sonrisa de su rostro y durante unos segundos se quedó callada.

—Si así fuese… no voy a casarme con alguien del que no podría enamorarme… —pronunció mosqueada.

—Ah, ¿entonces para ti debe haber amor? ¿No se trata solo de obtener un título?

—Ohhh —comentó ella molesta girándose hacia él—, lamento mucho haberte dado esa impresión, Oliver, pero tampoco vendería mi felicidad por un título —acabó más orgullosa.

Oliver asintió al escuchar aquellas palabras.

—Me alegra saber eso, por un segundo había pensado que para ti el matrimonio solo se trataba de una transacción económica…

—No —lo cortó ella y durante unos segundos se quedó pensativa—, si te soy sincera, hasta hace poco más de un mes no tenía ninguna intención de encontrar marido en esta temporada. Solo quería ir y divertirme, conocer gente… pero…

—Tu hermana… —acabó él la frase.

—Sí —confirmó ella—. Me ha hecho replantearme las cosas. —Apretó los labios y se giró —. Pero sí, confío en obtener un matrimonio por amor… es lo que más deseo —suspiró.

Oliver rio divertido por sus palabras y el tono que había empleado.

—Y si además consigues un título nobiliario mucho mejor… —comentó él.

—Por supuesto —confirmó ella.

Oliver observó su espalda totalmente tiesa, evitando apoyarse en él. Miró hacia el cielo y se pasó la mano por el cabello húmedo. La tormenta, como había pensado, iba a más y cada vez llovía con más fuerza.

Al final, tras la cortina de agua, comenzaron a intuir la parcela de la familia Stafford.

—Anda que… podrías haberte ido más lejos —ironizó.

Ella chasqueó la lengua.

—No lo había pensado en ese momento —respondió con voz relajada. Se giró y lo observó intrigada. ¿Por qué lo miraba así? Oliver la miró de la misma forma—. ¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —preguntó gracioso.

—¿Estás prometido? ¿Casado?

—No, no… nada de eso, estoy bien soltero —respondió y elevó sus cejas repetidas veces.

—Ahhh —dijo ella girándose.

Oliver ladeó su cuello.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Estás interesada? —acabó en un tono brabucón.

Ella resopló y se giró de nuevo hacia él.

—Ni mucho menos —sentenció—, pero solo estamos hablando de mí, yo también tengo curiosidad —acabó mostrándole los dientes en una sonrisa forzada.

—¿Por la vida de un jardinero? —volvió a bromear.

Ella se encogió de hombros.

—Y… ¿quieres casarte? —continuó preguntando en un tono más bajo.

Él la miró con una sonrisa.

—Claro que quiero casarme, y también formar una familia —explicó.

Ella asintió y miró hacia delante. Un largo suspiro salió de sus labios cuando observó su mansión tras la cortina de agua y, pocos minutos después, entraban al establo.

Oliver había tenido razón. Canelita se encontraba en el establo caminando de un lado a otro, nerviosa por el estruendo de los truenos.

Oliver descendió de un salto del caballo y lo primero que hizo fue dejar el rifle en una de las estanterías. Cogió la correa de Canelita y la dirigió a la parte del establo dedicada a ella.

Se acercó al caballo de nuevo y ayudó a bajar a Nicole. La cogió por la cintura y la dejó caer con suavidad sobre el suelo. Durante unos segundos ambos se quedaron mirándose. Nicole se dio cuenta de que Oliver la observaba de una forma diferente a como lo había hecho hasta entonces, sobre todo cuando, durante unos segundos, bajó su mirada hacia sus labios.

El corazón de Nicole se disparó y carraspeó mientras daba un paso atrás. Miró a ambos lados nerviosa y fijó su atención en el arma del estante, pues Oliver aún la miraba fijamente, aunque esta vez con una pizca de intriga al verla actuar de aquella forma.

—¿Sabes disparar? —preguntó intentando dar algo de conversación y distraerse de los sentimientos que la embargaban en aquel momento.

Oliver reaccionó en ese momento y miró en dirección al rifle.

—Sí, claro. No es difícil —reconoció y ladeó su cuello. Fue hacia el arma y se la mostró—. No está cargada.

Aquella revelación hizo que ella lo observase con ojos como platos.

—¿No está cargada?

Oliver negó.

—Claro que no, ¿si no crees que los hubiese dejado marchar? —Se encogió de hombros—. Sé luchar, pero no sé si hubiese podido enfrentarme a tres hombres a la vez y, con el arma sin cargar, no quería exponerme.

Ella tragó saliva.

—¿Luchas? —preguntaba sin salir de su asombro.

—He practicado boxeo bastante tiempo.

Nicole parpadeó varias veces.

—¿Y para qué necesita un jardinero saber boxeo? ¿Para pelearte con las espinas de una rosa? ¿Una avispa? —preguntaba sin salir de su asombro.

Oliver rio.

—Es por placer.

—Sabes sobre caballos, sobre armas, sabes luchar…

—Sobre jardinería —le recordó.

—Sí, sí… —dijo dándole la razón—, ¿hay algo más con lo que puedas sorprenderme?

Oliver sonrió sarcásticamente. Si ella supiese…

—No puedo decírtelo… —bromeó—, o te desmayarías aquí mismo.

Ella enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—No será para tanto.

Él le guiñó un ojo.

—Y tanto que lo es —acabó en un tono bromista.

Nicole lo miró de arriba abajo. Oliver era una caja de sorpresas. Acabó asintiendo sin saber

qué otra cosa decir. Observó a través de la puerta abierta del establo la fuerte tormenta, allí, al menos, estaban refugiados de la lluvia y el viento, pero no podía quedarse mucho más rato allí o al final su padre se preocuparía y mandaría a alguien a buscarla.

—Te… te agradecería que no le dijeses nada a mi padre sobre lo ocurrido… —Oliver la miró no muy seguro, pues su deber era informarle de que su hija había sido atracada—, por favor… —imploró—. Si no, no me dejará tranquila.

Oliver inspiró hondo y asintió.

—Está bien, pero debes prometerme que no volverás a hacer una locura así.

Ella echó su mano hacia delante.

—Trato hecho. Lo prometo.

Oliver estrechó su mano como si firmasen un acuerdo y ambos se quedaron durante unos segundos paralizados ante la suavidad del tacto del otro.

Nicole tragó saliva nerviosa, pues las palpitaciones de su corazón se le disparaban de nuevo. Colocó sus manos temblorosas a su espalda intentando disimular los nervios que sentía y lo miró con una tímida sonrisa.

—Muchas gracias, Oliver.

—No hay de qué, Nicole —respondió asintiendo.

Sin decir nada más, Nicole se giró y salió del establo corriendo bajo la lluvia.

Oliver se quedó observándola totalmente absorto, sin saber cómo reaccionar ante lo que sentía. Aquella muchacha iba a despertar verdaderas pasiones en Londres… sin embargo, aquella idea no acabó de gustarle.

La observó subir los escalones del porche y entrar rápidamente en su vivienda.

Sí, su estancia allí se estaba volviendo cada vez más interesante.

13

La tormenta había durado cuatro días.

La única vez que había salido de casa era para ir a buscar los vestidos que lady Dubois había preparado para ella.

Sabía que su padre quería hablar con ella, pues había intentado iniciar la conversación varias veces, pero Nicole no tenía ganas. ¿Para qué? ¿Para escuchar que debía comportarse mejor con su hermana? No, no le apetecía ni estaba dispuesta a escuchar otro sermón de ese estilo.

Dio unos golpecitos con el pie, nerviosa, cuando vio aparecer a Oliver por el final del jardín recogiendo todas las hojas que la ventisca había arrojado de los árboles.

—Claro, ¿cómo no lo habíamos pensado antes? Lady Dubois conoce a mucha gente —rio Judi—. Así que si nos lo confirma ella también que el conde es un hombre muy atractivo… será por algo.

Nicole no se giró, seguía embobada mirando a Oliver, incluso ladeó su cuello cuando este se agachó para coger el rastrillo que había lanzado al césped. Oliver se puso erguido y pasó la manga de su camisola blanca por su frente limpiando las gotas de sudor. Nicole tragó saliva.

—Eh, Nicole… —le llamó la atención su amiga antes de tomar la taza de té y darle un sorbo. El día era agradable, incluso comenzaba a hacer calor. Judi se quedó contemplando a su amiga y siguió el rumbo de su mirada hasta toparse con Oliver—. ¿Qué te pasa con el jardinero? —preguntó sorprendida—. Estás embobada mirándolo.

Aquellas palabras le hicieron reaccionar y se giró sobresaltada en la silla.

—No, no… solo… estaba pensando.

—¿En qué? —preguntó Judi chistosa y miró de reojo a Oliver—. ¿En cómo se adhiere esa camisola blanca a sus músculos?

Nicole abrió los ojos de par en par.

—¡Judiii!

Su amiga rio al ver su expresión y cómo sus mejillas tomaban más color.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó divertida.

Nicole se removió en su silla del porche y miró hacia atrás asegurándose de que estaban solas. Aquel gesto llamó la atención de Judi que movió su silla hacia ella situándose a su lado, sabiendo que iba a explicarle un secreto.

—Debes prometerme que esto no se lo dirás a nadie —susurró. Judi asintió emocionada por saber—. Prométemelo —insistió.

—Te lo prometo —reaccionó rápidamente—. Ahora, cuéntame.

Nicole suspiró y se aseguró de nuevo de estar a solas. Miró a su amiga aún no muy segura, pero, finalmente, comenzó a relatarle.

—¿Recuerdas el día que comenzó la tormenta?

—Hace tres días, claro. —Chasqueó la lengua—. Suerte que estaba en casa…

—Pues ese día vino a comer mi hermana y… —resopló—, me sacó de mis casillas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó interesada.

Nicole se apoyó contra el respaldo del asiento.

—¿Qué va a ocurrir? Lo de siempre… Ella siempre por encima de mí. Me despreció —pronunció con el ceño fruncido—. No pude soportarlo más, Judi, y le respondí y me marché

corriendo del salón.

—¿Qué le dijiste?

Nicole resopló.

—Sinceramente, ni me acuerdo. Estaba demasiado nerviosa y… ni recuerdo lo que le dije. —Suspiró—. Salí al jardín y fui hacia el establo. Necesitaba alejarme de todo, así que fui a por Canelita.

—¿Te marchaste? —preguntó asombrada.

Nicole asintió.

—De hecho, antes de salir cabalgando del establo me encontré con Oliver que me dijo que no me marchase, que estaba lloviendo y comenzaba a anochecer…

—Oliver… ¿el jardinero? —preguntó intrigada.

Nicole asintió.

—Pero no le hice caso, era tanta la rabia y la frustración que sentía que salí al galope en dirección al bosque, solo quería alejarme y olvidarme de todo…

—¿Y? —preguntó con ansiedad.

Nicole miró a su amiga con un gesto cohibido y chasqueó la lengua.

—Me atracaron….

Judi abrió los ojos al máximo.

—¿Te atracaron? —preguntó con el tono de voz más alto.

—Shhh… —se apresuró a cortarla Nicole—. Recuerda que me has prometido que no se lo dirás a nadie —la señaló con el dedo.

—Sí, sí… claro, pero ¿quién?

Nicole se encogió de hombros.

—Eran tres hombres, iban con unos pañuelos cubriendo parte de su rostro.

—Oh, Dios mío… —susurró Judi que no daba crédito—. ¿Te hicieron daño?

Nicole negó.

—No, pero me bajaron del caballo y me amenazaron con un cuchillo…

—Ohhh —exclamó Judi tapándose la boca con las dos manos.

Nicole miró hacia el jardín observando a Oliver.

—Y entonces llegó él…

Judi pestañeó varias veces y la miró intrigada.

—¿Él? ¿Quién? —Nicole señaló con un movimiento de cabeza en dirección a Oliver—. ¿El jardinero? —preguntó totalmente asombrada.

Nicole asintió y suspiró mientras se echaba contra el respaldo.

—Llevaba un rifle de los que usa mi padre para la caza.

—¿Fue a tu rescate? —preguntó sin dar crédito.

Nicole asintió.

—Disuadió a los tres hombres que se marcharon sobre sus caballos y me acompañó a casa de nuevo.

Judi la miraba con los ojos muy abiertos. De repente suspiró y se echó también sobre el respaldo.

—Es muyyy romáááántico —dijo pestañeando repetidas veces, fascinada por la historia que acababa de relatarle su amiga.

Nicole lo miró con fastidio.

—No lo es.

—Sí, sí, y tanto que lo es… A ver, quiero decir, si fuese un caballero y no un jardinero lo

sería más —se encogió de hombros—, pero… ohhh… —miró en dirección a Oliver—, tu jardinero es muy atractivo —susurró.

Nicole resopló mientras miraba a Oliver, aunque luego suspiró.

—Sí, sí lo es —susurró ella también—. Encima llovía y se le pegaba la camisola a los músculos cuando empuñaba el arma…

Aquel comentario hizo que Judi riese y le diese la razón.

—Lástima que sea el jardinero. —Chasqueó la lengua. Nicole imitó el gesto de su amiga y asintió—. Bueno, lo importante es que estás bien. Ahora hay que centrarse en la temporada de Londres —pronunció con un tono de voz más divertido—. Y hay que tener presente que el jardinero no es una opción, así que… vamos a centrarnos en lo realmente importante.

Nicole hizo un gesto de fastidio, pero acabó dándole la razón a su amiga. Debía quitarse de la cabeza a Oliver y centrarse en lo verdaderamente importante. En breve estaría en un lujoso baile vestida con sus elegantes vestidos y conociendo, posiblemente, a su futuro marido. Eso era lo importante ahora. Su futuro estaba en juego.

—De acuerdo —dijo sentándose erguida.

Judi cogió la lista y vio los nombres que había añadido gracias a lady Dubois. Les estaba quedando una lista bastante larga. Sabía que esos nombres solo serían una pequeña parte de todos los que acudirían, pero les hacía sentir más tranquilas. Al menos, de esos hombres sabían bastante y no irían tan perdidas.

Nicole cogió su taza de té y la tomó para darle un sorbo.

—En cuanto lleguemos a Londres hay que enterarse de las actividades que celebran, quizá podamos apuntarnos a unas cuantas —comentó Judi.

—Por supuesto, a todo lo que podamos. Cuanto más visibles seamos, más oportunidades tendremos —pronunció, aunque inconscientemente elevó su mirada hacia Oliver para ver cómo arrastraba el rastrillo.

Ya le parecía atractivo, pero después de lo ocurrido el día de la tormenta debía admitir que Oliver se había apoderado de sus pensamientos total y absolutamente. Su sonrisa, su voz, sus ojos… era uno de los hombres más atractivos que había visto jamás.

Tras una hora intercambiando ideas con Judi, esta se marchó a su casa. Al día siguiente se verían en la cafetería y con suerte se encontrarían de nuevo con la señora Wilson.

Acompañó a Judi a la puerta y volvió al jardín. Para su sorpresa, Oliver estaba bastante cerca, pasando el rastrillo cerca del porche, arrastrando las hojas.

Miró hacia los lados. Tom se encontraba a bastante distancia limpiando la carpa y suponía que Jeff, el mozo de cuadra, estaría alimentando a los animales.

Dio unos pasos en su dirección y, antes de que llegase hasta él, Oliver elevó su cabeza y la saludó, aunque siguió a lo suyo.

Nicole se situó a unos metros de él y miró de un lado a otro.

—Estáis dejando el jardín muy limpio —comentó con un claro deseo de iniciar una conversación.

Oliver la miró sonriente, pues sabía cuál era su intención.

—Es mi trabajo —le recordó.

—Sí —respondió ella sin mirarle. Suspiró y dio unos pasos más hacia él. Oliver enarcó una ceja al verla hacer eso. Se apoyó en el palo del rastrillo con una sonrisa divertida y ladeó su cuello. Nicole lo miró con timidez—. Quería agradecerle que… —carraspeó—, que no le dijese nada a mi padre sobre lo ocurrido.

Él aceptó.

—Creía que habíamos abandonado los formalismos —le recordó.

Ella sonrió divertida.

—Lo siento, pero me sale solo… además, prefiero guardarlos —admitió.

Oliver se encogió de hombros.

—De acuerdo y, respecto a lo de su padre, es el trato que hicimos —respondió cogiendo el rastrillo para seguir con su trabajo—. No estaría bien por mi parte romper una promesa.

Ella inspiró hondo.

—Gracias, gracias por todo —comentó sinceramente.

Oliver la miró y se sintió agradecido por sus palabras. Siguió usando el rastrillo hasta que la miró, Nicole se encontraba allí con ganas de hablar, pero sin saber bien qué decir—. Su amiga…

—Judi —aclaró.

—¿Habéis estado retocando vuestro listado de pretendientes? —ironizó.

Ella lo escudriñó con la mirada, pero acabó sonriendo.

—Sé que lo hace para provocarme… —dio unos pasos hacia él—, que disfruta de lo lindo haciéndolo.

—Nunca lo he negado —respondió sin mirarla.

Ella suspiró y ladeó su cuello.

—Sinceramente, sí —dijo encogiéndose de hombros—. Mi modista me dio unos cuantos nombres más…

—Ah, ¿sí? —preguntó intrigado, dejando de arrastrar el rastrillo sobre el césped—. ¿Se puede saber qué nombres son esos?

—Mmm… —dijo abriendo el documento que llevaba doblado entre sus manos—, el… el duque de Gloucaster…

—¿Perdón? —preguntó sorprendido.

—El duque de Gloucaster —repitió ella.

—Ya, ya… lo he escuchado bien, pero por lo que yo sé está buscando a su tercera esposa —comentó incluso molesto.

Ella se cruzó de brazos y lo miró extrañada.

—¿Cómo sabe todo eso? —interrogó Nicole con un tono de voz agudo.

—¿Qué más nombres tiene? —insistió él.

Ella resopló y se encogió de hombros.

—El vizconde de Bearsted… —Oliver comenzó a reír—, ¿qué pasa?

—No se lo recomiendo. —Arrastró el rastrillo de nuevo—. No harían buena pareja.

Ella lo miró intrigada.

—¿Por qué?

Oliver la miró gracioso y se encogió de hombros.

Ella dio unos golpecitos con el pie, reflejando su impaciencia.

—También el vizconde de Portman…

—Oh, por favor, ¿quién le hace esos listados? —preguntó molesto. Ella lo miró sorprendida por su reacción—. No, no se lo recomiendo… es muy descarado.

Nicole pestañeó asombrada y colocó las manos en su cintura.

—¿Y a quién me recomienda entonces? —preguntó molesta—. Todos los nombres que pronuncio siempre tienen algo de malo…

—Todos no —alardeó él bastante nervioso.

¿Por qué le afectaba tanto que le hablase de otros hombres?

—¿Cuál no, según usted? —insistió ella y luego se quedó pensativa—. El conde de Devon

parece que es el único que cuenta con su aprobación… —Oliver resopló y comenzó a arrastrar el rastrillo con fuerza sobre el césped. Nicole dio unos pasos hacia atrás huyendo de los golpes que Oliver daba con el rastrillo—. ¿Y ahora qué le pasa? —preguntó—. ¿Por qué ataca de esta forma al césped?

Oliver apretó los labios y finalmente la miró.

—Sinceramente, señorita Stafford, no conozco sus gustos. Además, yo solo soy un jardinero, no soy nadie para recomendarle nada a usted.

Ella lo miraba pasmada.

—Pero había pensado que usted podría ayudarme a…

—¿A qué? ¿A buscar marido? —ironizó y luego resopló—. Tiene una bonita lista de nombres, úsela y limítese a conocer a los candidatos en persona, a hablar con ellos —comentó con un tono de voz grave, incluso enfadado.

Ella puso su espalda recta.

—Pero ¿qué mosca le ha picado ahora? —preguntó. Él la miró y resopló de nuevo. Sí, sinceramente le afectaba que hablase con él de otros candidatos a marido. Oliver no respondió, siguió torturando al césped con el rastrillo—. Usted me ha preguntado sobre los nombres, no entiendo por qué se pone así. —Tuvo que dar un salto hacia atrás cuando Oliver echó el rastrillo en su dirección—. Ah —dijo dando otro saltito más hacia un lado. Oliver se quedó quieto y la miró, aunque esta vez pensativo—. ¿Sabe qué? ¡Está como una cabra! —dijo dando más pasos hacia atrás. Oliver volvió a coger el rastrillo y dio unos golpes en su dirección—. ¿Quiere estarse quieto? —gritó—. Ohhh… y yo que pensaba que era una persona medianamente normal —dijo desquiciada antes de darse la vuelta y salir a paso apresurado en dirección a su mansión.

Oliver la vio alejarse y dejó de usar el rastrillo.

¿Por qué se alteraba tanto cuando Nicole le hablaba de otros hombres? Lo tenía claro, aquella muchacha, pese a sacarle de sus casillas, le atraía, le atraía mucho, y no solo físicamente, ya que era una belleza, sino por su temperamento: podía provocar que se enterneciese o que tuviese ganas de dar un puñetazo contra el tronco del árbol más cercano. Aquello le gustaba, era una mujer con carácter, no como las típicas mujeres que permanecían sumisas a lo que el hombre dijese. No, su carácter y su comportamiento la hacían especial, y era pensar en que otros hombres pudiesen estar con ella y algo dentro de él se revolvía.

Sabía que Nicole Stafford causaría sensación entre la alta sociedad, su belleza delicada y juvenil llamaría la atención de muchos de los hombres. Ni siquiera había pensado en conquistarla, de hecho, la situación era bastante complicada entre ellos, aunque Nicole no lo supiese, pero sí que era cierto que cuando pensaba en ella rodeada de otros pretendientes sentía que las pulsaciones de su corazón aumentaban, sobre todo al recordar el día que la había llevado a su casa después de sufrir el atraco y la había mantenido entre sus brazos mientras cabalgaban.

Inspiró hondo y se quedó observando a Nicole subir los escalones de su porche con todos los músculos en tensión.

Nicole accedió al salón y se dirigió a las escaleras. Cuando llegó a la planta alta y giró rumbo a su habitación se encontró a su padre al final del pasillo.

—Nicole —la llamó dirigiéndose hacia ella con paso acelerado.

Nicole cerró los ojos unos segundos y suspiró.

—Ahora no puedo, padre —se limitó a decir ella dirigiéndose hacia su habitación.

—Nicole, por favor —suplicó finalmente. El tono de su voz le hizo detenerse y se giró hacia él—. Será poco tiempo —dijo y, acto seguido, indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiese a su despacho—. Por favor —insistió.

Nicole suspiró y se dio por vencida. Se giró hacia su padre. Se encontraba a unos metros de ella, frente a la puerta de su despacho que empezó a abrir lentamente.

Avanzó hasta allí con todo el cuerpo en tensión y entró a su despacho.

—Siéntate, por favor —pidió señalándole uno de los butacones.

Nicole hizo un gesto de disgusto, pero se dirigió hacia el asiento. Se sentó lentamente mientras Peter Stafford rodeaba la mesa para tomar su propio asiento. Se sentó y miró a su hija con ternura.

—Sé que para una joven es muy importante su presentación en sociedad… —pronunció lentamente, ella apretó los labios y se sujetó las manos sobre la falda—, hay muchas emociones, nervios, inquietudes…

—Padre —lo interrumpió ella—, la que me pone nerviosa es Jacqueline, ya lo sabes —dijo siendo franca con su padre. Peter chasqueó la lengua—. Siempre… —comentó moviendo las manos—, siempre tiene que estar por encima de mí. Es… es baronesa, de acuerdo, pero eso no le da derecho a tratarme como lo hace. Me llegó a decir que no conseguiría nada… —dijo señalándose a sí misma—, y que si conseguía algo sería gracias a ella, no por mis propios méritos.

Su padre cerró sus ojos y negó, hecho que llamó bastante la atención de Nicole.

—Tu hermana siempre… mmm… siempre ha sido muy… —dijo intentando buscar la palabra.

—Mi hermana peca de egocentrismo y prepotencia —habló ella sin tapujos.

Su padre apretó los labios y, finalmente, asintió.

—Sí, el comportamiento de tu hermana no es el más apropiado…

Nicole se echó sobre la mesa de su padre.

—No me hagas ir con ella a Londres, por favor —suplicó—. Pienso, incluso, que pueda boicotearme para que no consiga esposo.

Peter arqueó una ceja.

—Tu hermana jamás haría eso, Nicole —susurró intentando calmarla—, será como sea, pero jamás desearía algo malo para ti.

Nicole cerró los ojos intentando mantener la calma.

—Por favor… —volvió a suplicar—, no quiero ir con ella a Londres.

—¿Y con quién vas a ir si no? —preguntó como si no hubiese otra opción.

—Ven tú conmigo —dijo con una sonrisa.

Él ladeó su cabeza con una sonrisa tierna.

—Sabes que no puedo, tengo mucho trabajo y miles de reuniones.

Ella resopló.

—Pues díselo a la tía Sophie —continuó con el mismo de tono de voz suplicante—. Estoy segura de que ella me acompañará encantada.

—Seguro que estaría encantada —reconoció su padre—, pero tanto si quieres como si no, tu hermana sí tiene un título nobiliario. —Nicole resopló y se echó hacia atrás contra el respaldo del asiento, totalmente abatida—. Eso te ayudará a conocer a más gente.

—No necesito a mi hermana para conocer gente. —Se sentó erguida de nuevo—. He conocido a la señora Wilson y estará en la temporada de Londres, ella se ha ofrecido a…

—Nicole, Nicole… —la interrumpió con paciencia—. Tu hermana es la más indicada. Y estoy seguro de que por mucho que diga en casa, cuando estéis en Londres hará lo mejor para ti. —Nicole llevó su mano hacia sus ojos, los cerró y resopló—. De hecho, gracias a ella hemos conseguido alquilar la casa en el centro de Londres…

—Oh, padre, pero si pagas tú… —ironizó.

—Ya, pero ella es quien la ha buscado. Y ha buscado una casa en pleno centro para que puedas acudir a todos los bailes y puedas estar en contacto con todo el mundo.

—Oh, padre… —se quejó ella—, también lo hace por ella misma. ¿No te das cuenta?

—Nicole —dijo alzando su mano para que se calmase—. Tu hermana te quiere, te quiere muchísimo, aunque… le cueste expresarlo —pronunció lentamente—. Piensa que cuando tu madre murió ella fue quien se encargó de ti… —Nicole suspiró—. Puede que ahora su comportamiento no sea como el de antes, pero estoy muy tranquilo dejándote en sus manos. Ella nunca haría nada para perjudicarte.

—Ah, ¿no? —preguntó ofuscada—. Pues de momento no lo ha conseguido, siempre me infravalora y me hace sentir mal, como si no valiese nada.

—Dale una oportunidad —le pidió. Nicole suspiró—. Haremos una cosa, irás con ella a Londres…

—Padre, no quiero ir con ella a…

Él volvió a elevar su mano para que guardase silencio.

—Irás —ordenó, aunque su tono de voz no era exigente—, y tú me informarás de todo. Si en algún momento no te sientes cómoda con ella u ocurre algo me escribes una carta y yo acudiré enseguida.

Aunque no era una solución absoluta a sus problemas sí se quedó más tranquila.

—¿Me prometes que vendrás si te lo pido?

Su padre le sonrió con amor.

—Eres mi niña, Nicole… aunque te hayas convertido ya en una mujer. Claro que iré si me lo pides.

Ella asintió y respiró hondo.

Al menos su padre acudiría a su rescate si era necesario. Realmente se sentía mucho más tranquila así.

—De acuerdo —acabó aceptando.

—Pero tú también debes poner de tu parte —la señaló. Ella puso los ojos en blanco—. Para comenzar, no hagas ese gesto.

—De acueeerdo —arrastró la palabra

—E intenta llevarte bien con ella.

Nicole ladeó su cabeza.

—¿Esta misma conversación la tendrás con ella también?

Él chasqueó la lengua.

—Ya la tuve, el mismo día que perdiste los nervios con ella —explicó—. Tu hermana reconoce que a veces es un poco desconsiderada, pero intentará cambiar para que te sientas más cómoda. —Nicole estuvo a punto de volver a poner los ojos en blanco, pero se contuvo—. Todo irá bien, ya verás.

Ella hizo un gesto no muy seguro, pero finalmente asintió.

—¿Quieres algo más? —preguntó poniéndose en pie—. Tienes que trabajar, ¿verdad? —Su padre asintió y miró los documentos sobre el escritorio—. Te dejo entonces que trabajes.

Nicole fue hacia la puerta con paso lento.

—Hija —dijo interrumpiendo sus pasos, ella se giró para observarlo—. Tu hermana y tú sois lo más importante que tengo. Os quiero muchísimo. Nunca lo olvides.

Aquellas palabras relajaron sus facciones y le sonrió finalmente.

—Yo también te quiero mucho, papá —confirmó antes de abrir la puerta y salir del

despacho de su padre rumbo a su habitación.

14

Nicole golpeó levemente con el pie la pierna de su amiga Judi por debajo de la mesa.

La cafetería *The Old Crown* estaba a rebosar de gente que acudía por las tardes a tomar el té allí.

—Ahí está —susurró con una sonrisa en dirección a Judi.

Llevaban más de media hora allí, pendientes de si aquella tarde acudiría la señora Wilson con sus íntimas amigas a tomar el té. Aquella tarde habían tenido suerte, después de visitar la cafetería durante días, finalmente habían vuelto a dar con ella.

Nicole inspiró hondo y se acercó levemente a su amiga por encima de la mesa.

—Recuerda el plan —le susurró.

Judi asintió mientras observaba de reojo cómo en la mesa de al lado se acomodaba la señora Wilson en compañía de sus amigas. Habían escogido bien la mesa.

Ambas depositaron la taza sobre la mesa delicadamente y sonrieron a la señora Wilson cuando ella inspeccionó toda la cafetería. Cuando su mirada coincidió con la de ella, la señora Wilson también sonrió.

—Señorita Stafford, señorita Kemp —dijo con una plácida sonrisa.

Ambas se levantaron y dieron unos pasos hacia delante, acercándose, e hicieron una reverencia que fue del agrado de la señora Wilson.

—Buenas tardes, señora Wilson —dijo Judi con una sonrisa.

—Buenas tardes a las dos —dijo con una sonrisa a ambas. El resto de amigas de la señora Wilson se sentaron en la mesa. La señora Wilson las miró y miró a sus amigas—. ¿Habéis tomado ya el té?

—Casi, señora Wilson —comentó Nicole.

—¿Queréis acabar con nosotras? —les ofreció amable.

Ambas se miraron de reojo.

—Nos encantaría —respondieron casi al unísono.

La señora Wilson les indicó que tomasen asiento a su lado. Ellas cogieron su taza de té y se sentaron en la mesa, sonriendo a todas las mujeres que la acompañaban.

Ambas estaban interesadas en volver a hablar con la señora Wilson y sus amigas para tener un contacto antes del inicio de la temporada.

—¿Cómo van los preparativos, queridas? —preguntó la señora Wilson.

—Ya lo tenemos prácticamente todo listo, y con muchas ganas y nervios —respondió Nicole.

—Muuuchos nervios —enfatizó Judi con una tímida sonrisa.

La señora Wilson sonrió hacia el resto de sus amigas como si se compadeciese de las pobres jóvenes.

—No debéis estar nerviosas, ambas causaréis sensación. Sois dos jóvenes muy bonitas —intentó calmarlas. Judi y Nicole dieron un sorbo a sus tés—. ¿Tenéis la lista de eventos? —Ambas asintieron—. ¿Cuándo partís hacia Londres?

—La semana que viene, señora Wilson —respondió Nicole—. Judi partirá un día después que yo. El miércoles ya nos encontraremos allí.

—Oh, eso es estupendo —comentó—, llegáis con unos días de antelación para visitar la

preciosa Londres. Podemos tomar uno de esos días el té.

—Claro —respondieron emocionadas.

—Sería un placer —indicó Judi.

—Muchas de ellas no acuden a la temporada hasta pasados un par de meses —indicó la señora Wilson señalando a sus amigas—. Cuando no tienes que buscar marido te lo puedes tomar con más calma —rio la señora Wilson—. ¿Acudiréis al primer baile de la temporada? ¿O esperaréis unos días?

—Queremos acudir al primero —respondió Judi.

—Buena decisión, el primero, este año, es el que organiza la duquesa viuda de Wiltshire —explicó.

Una de las amigas de la señora Wilson interrumpió.

—Dicen que lo ha organizado junto a la nueva duquesa de Wiltshire, Elisa. Se casó la temporada pasada con el III duque de Wiltshire, Dereck. Promete ser uno de los mejores bailes de la temporada —comentó aquella mujer de cabello rizado y subida de peso.

—No os lo podéis perder —continuó la señora Wilson—. ¿Dónde os alojáis?

—Mi familia ha alquilado una vivienda en el barrio de Belgravia —explicó Nicole.

—Yo me alojaré en el distrito de Westminster junto a una tía —continuó Judi.

—Estupendo —respondió la señora Wilson—. Tenéis que hacerme llegar vuestras direcciones para que os pueda invitar a tomar el té. Me alojo con una prima en el barrio de Mayfair. Estamos cerca. —Las miró sonriente—. Os podré presentar a la duquesa de Wiltshire, es encantadora.

—¿Conoce a la duquesa? —preguntó Judi emocionada.

—Oh, por supuesto, tomé el té hace unos meses con ella cuando viajé a Londres por asuntos personales —explicó—. Mi marido se reunió con el duque de Wiltshire por unos negocios y yo mientras tanto tomé el té con la duquesa.

—Sería un honor conocerla —pronunció Judi claramente impresionada.

Miró a sus amigas de reojo y se centró en las dos jóvenes.

—También podemos ir a la cafetería de moda de Londres, os la mostraré —pronunció la señora Wilson que parecía feliz de poder contar con la compañía de las dos jóvenes en Londres —. ¿Vais acompañadas?

—Sí, a mí me acompaña mi tía —concretó Judi.

—A mí mi hermana —explicó Nicole.

—Estupendo, seguro que disfrutaremos mucho… —Miró a sus amigas que compartían la mesa y escuchaban la conversación—. Cuando lleguéis a Londres —recalcó con cierto retintín —, podréis uniros a nosotras.

Judi y Nicole se miraron de reojo. Habían intuido bien, la señora Wilson estaría encantada de ser anfitriona de dos debutantes, por otro lado, a ellas les abriría puertas y seguro que podía presentarles a mucha gente. Iba a ser una temporada excepcional para ellas.

Tomaron el té escuchando la conversación de todas aquellas mujeres y los últimos cotilleos que comentaban todas las damas de Londres. Por lo visto, la señorita Morrisson había contraído matrimonio en la temporada anterior y siete meses después había dado a luz un hijo. Pese a que ella decía que el niño había nacido prematuro, era bastante difícil de creer, pues lo que decían todos era que el bebé no era más pequeño ni delgado que un bebé normal. Todo hacía entrever que había mantenido alguna relación con el que era actualmente su marido antes de contraer matrimonio.

Había decenas de cotilleos de ese estilo. Le divertían bastante. Por otro lado, le daba un

poco de miedo. ¿Y si ella acababa convirtiéndose en uno de esos cotilleos?

Tras tomar el té y mantener una distendida conversación, tanto Judi como Nicole le habían facilitado las direcciones de dónde estarían alojadas y habían partido cada una a su vivienda.

Aquella tarde había salido todo a pedir de boca.

Ambas habían ideado un plan, debían ir a aquella cafetería, escoger una mesa cercana a la que solía frecuentar la señora Wilson e intentar acercarse a ella. La idea era intentar concertar alguna cita con ella en Londres. ¿Quién iba a pensar que la señora Wilson se sentiría tan necesitada de estar rodeada de personas allí en Londres? Sin duda alguna, le gustaba ser la anfitriona, y eso, a ellas, las beneficiaba.

Subieron al carruaje con sonrisas en sus labios y en cuanto arrancó y giraron la esquina las dos dieron palmas.

—¡Conseguido! —exclamó Judi—. Tragaos esa Meggie, Amanda y Annette.

Nicole rio al escuchar sus palabras.

—¡Judi! —la reprendió medio en broma. Ambas se miraron y estallaron en una carcajada —. Sí, se lo merecen, por mirarnos siempre por encima del hombro.

—¡Conoceremos a la duquesa de Wiltshire!

—Será impresionante —continuó Nicole.

Judi la miró divertida.

—¿Crees que la duquesa o el duque tengan algún hermano? —comentó emocionada.

Nicole se encogió de hombros.

—Ni idea, pero supongo que la señora Wilson nos pondrá al corriente de todo —pronunció casi dando palmas—. Estoy deseando que llegue ya la semana que viene.

—Solo quedan cuatro días —exclamó Judi y miró a Nicole emocionada—. ¿Sabes qué vestido te pondrás para el primer baile?

Nicole asintió.

—Sí, creo que me pondré el de color crema, con un recogido alto.

—Yo creo que me pondré el azul —continuó Judi.

—Ese es precioso, además va a juego con tus ojos.

—Y quiero hacerme un recogido también. ¿Irá Georgina contigo?

—Sí, mi doncella siempre me acompaña a todos sitios —indicó ella.

—A mí me asistirá la doncella de mi tía —comentó Judi encogiéndose de hombros con pena—. Le pedí a mi padre que dejase que me acompañase mi doncella, pero no ha podido ser.

—Qué lástima —dijo—, sabes que cualquier cosa que necesites estaremos a diez minutos en carruaje.

Judi estiró su brazo y cogió su mano.

—Lo sé. Y lo mismo digo. —Apretó su mano—. Lo que ha dicho la señora Wilson de la cafetería de moda… en cuanto la sepamos podemos ir a desayunar algunos días allí…

—O a tomar el té después de comer —continuó Nicole.

Continuaron emocionadas la conversación hasta que el cochero se detuvo en la puerta de la mansión Stafford.

El mayordomo acudió rápidamente al carruaje y abrió la puerta ayudando a Nicole a descender de este.

Judi se acercó a la puerta y ambas se fundieron en un gran abrazo.

—Nos vemos la semana que viene en Londres —pronunció Nicole abrazando con fuerza a su amiga.

Sintió incluso cómo se le humedecían los ojos cuando se separó de su amiga y ambas se

sonrieron.

—Nos vemos en Londres, buen viaje —respondió Judi igual de emocionada que ella.

Quizá aquella era la última vez que habían tomado el té juntas en la ciudad. Puede que una de ellas encontrase un buen marido esta temporada y su vida cambiase drásticamente.

Aquella idea la asustó. Era un cambio muy grande. Suspiró y se giró topándose de lleno con la ceja enarcada de Oliver. Se encontraba de pie, sacudiéndose las manos de tierra y mirándola con semblante chistoso.

—Muy tierna la despedida —ironizó este.

—Ja, ja… —se burló Nicole que avanzó hacia él. Se fijó en que había hecho unos agujeros en la tierra y estaba sembrando flores nuevas—. ¿No tiene otra cosa que hacer que espiar la conversación de dos jóvenes?

—No estaba espiando, estaban ustedes dos a pocos metros, señorita Stafford —se excusó.

Ella se detuvo a poca distancia de él y miró de un lado a otro.

—Bueno, al menos ahora no puede atacarme con el rastrillo —se burló ella también.

—Yo no la he atacado, señorita Stafford, jamás se me ocurriría hacer algo así… —Dio unos pasos hacia delante y centró su mirada en los ojos de Nicole—. ¿Se ha emocionado al despedirse de su amiga?

Nicole resopló y se removió nerviosa pasándose una mano disimuladamente por la mejilla.

—¿No tiene usted amigos, Oliver?

—Sí, pero no me emociono hasta el punto de llorar cuando me despido de ellos… ¿ocurre algo? —su tono sonó un poco más preocupado.

Ella negó y suspiró.

—Es la última vez que nos vemos antes de partir a Londres

—Ah… —comentó como si no hubiese caído en ello—, entiendo.

Ella avanzó lentamente hacia él.

—No lo creo… —indicó situándose a su lado. Oliver enarcó una ceja hacia ella—. Le contaré un secreto, Oliver…

—Estoy deseando escucharlo —se mofó.

—Londres asusta —susurró. Aquellas palabras lo sorprendieron y la miró con ternura—. No sé lo que me encontraré, me aterra tomar una mala decisión o dejar pasar otra que sea la correcta por miedo o por intentar contentar a determinadas personas. Aunque usted se lo tome a broma, es algo muy importante para nosotras. Nos jugamos nuestro futuro.

Oliver se quedó observándola y ladeó su cuello.

—¿Me permite un consejo?

—Estoy deseando escucharlo —replicó ella también repitiendo las palabras de él.

—No haga caso a nadie más que a sí misma —comentó.

Ella se quedó observándolo unos segundos hasta que resopló.

—No es tan fácil. Usted no tiene que tomar decisiones importantes que vayan a afectar a su vida…

—Oh, no, claro que no —se burló.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Por qué se burla de mí?

—Yo no me burlo.

—Claro que lo hace, ese tono que usa para dirigirse a mí…

—¿Qué tono? —extendió sus brazos hacia los lados. Ella volvió a resoplar—. Le he dado un consejo, usted lo toma o lo deja, haga lo que más le convenga.

Ella suspiró y puso los ojos en blanco.

—No sé por qué pierdo el tiempo hablando con usted…

Él cogió esta vez el rastrillo y ella lo miró con cierto temor.

—Quizá le guste pasar tiempo con un humilde jardinero… —volvió a bromear. Ella se cruzó de brazos y pestañeó varias veces—. ¿Quizá porque soy el único que le dice las cosas tal y como son y le da consejos sinceros? —Ella arrugó su frente—. ¿O quizá porque la salvé el otro día y se ha enamorado perdidamente de mí? —Ella resopló—. No veo que se tome la molestia de hablar con otros empleados.

—Pues hablo mucho…

—¿Sí?

—Sí —confirmó ella—. Con Georgina hablo muchísimo…

—Oh, esa es su doncella, es normal —dijo como si fuese algo obvio.

—También hablo mucho con Philip… y con Jeff cuando lo encuentro en el establo, claro. —Dio unos pasos hacia delante—. Si usted habla con el resto del servicio le podrán decir…

—Bastante a menudo, sí —la interrumpió Oliver apartando unas hojas de los agujeros con el rastrillo.

—Le podrán decir que suelo ser bastante parlanchina —acabó la frase—. Suelo ser amable con el servicio… y agradecida —se señaló a sí misma. Él ladeó su cuello—. Pero ¿por qué tengo yo que decirle todo esto a usted? Yo no debo excusarme ante usted.

—¿Sabe una cosa? Tiene razón en lo de que habla mucho —bromeó—, tanto que a veces pierde el hilo de la conversación. Debería controlar eso en Londres o espantará a esos estupendos pretendientes que tiene apuntados en su lista de caza.

—Y dale con la caza… —dijo colocando las manos en su cintura—, no es una lista de caza, es solo una lista con información, para saber sobre las personas.

—Ya, y… dígame… ¿hay mujeres en esa lista?

Aquella pregunta la exasperó.

—Oh… —dijo con la espalda totalmente tiesa—, a veces es tan amable y otras…

—Otras, ¿qué?

—¡Tan insoportable!

Oliver rio y dio unos pasos hacia ella con una sonrisa burlona.

—Confiéselo, me adora —comentó risueño—. Se divierte conmigo. Estas conversaciones que tenemos son amenas y le ayudan a distraerse. En Londres no encontrará esto, aprovécheme —dijo con una gran sonrisa mostrándole los dientes.

Ella enarcó una ceja.

—¿No será al revés? ¿Que busca cualquier excusa para no trabajar? —preguntó ella cruzándose de brazos.

Él ladeo su cuello y parpadeó varias veces seguidas con una actitud cómica.

—Puede que sí, puede que no… —canturreó—, vaya usted a saber.

Nicole pareció desesperarse ante aquella respuesta.

—Lo que hay que oír —susurró y miró las flores que permanecían en sus tiestos—. ¿Va usted a plantar las hortensias?

Él miró los cinco tiestos y los agujeros que había hecho en la tierra alrededor del árbol.

—¿Quién cree que las va a plantar? —preguntó sorprendido—. Pues claro que voy a ser yo.

Ella chasqueó la lengua y se acercó para verlas.

—Las hortensias son mis flores favoritas —comentó con una sonrisa y observó los agujeros alrededor del árbol, sin duda, iba a quedar un jardín precioso.

—Su padre se ha empeñado en mejorar el jardín —aclaró él agachándose para coger uno de los tiestos y sacar la planta de él.

—Ya —comentó ella cruzándose de brazos—, quiere tenerlo listo por si viene algún pretendiente a pedir mi mano —rio.

Él enarcó una ceja.

—¿Estoy preparando el jardín para sus futuros pretendientes? —se quejó mientras introducía la planta en el agujero y luego le echaba tierra encima para cubrir bien el tallo y las raíces.

—Eso parece… —bromeó ella y, esta vez, dio unos pasos hacia atrás—, así que ya sabe, esmérese. Deben quedar bien impresionados.

Él la vio alejarse lentamente.

—Claro, como si el jardín fuese a echar a un pretendiente hacia atrás. Los hombres no se suelen fijar en las flores —comentó con el tono más alto mientras aporreaba la tierra sin ninguna delicadeza en sus gestos.

—¿Y eso lo dice un jardinero? —ironizó ella ya subiendo los escalones del porche.

Oliver chasqueó la lengua y miró el resto de tiestos que le quedaban por trasplantar.

Tom se estaba encargando de trasplantar los tiestos en la parte trasera del jardín mientras él se encargaba de la delantera. Debía confesar que no le desagradaba el trabajo, de hecho, le resultaba placentero, le infundía calma.

—Oliver —comentó Tom apareciendo por el lateral de la vivienda.

Oliver apartó la mirada de la espalda de Nicole que ya entraba en la vivienda y prestó toda su atención a su compañero.

—¿Cómo vas? ¿Ya has trasplantado una?

—Ahora iba a por las siguientes —comentó.

Tom se acercó, observó los agujeros y asintió.

—Cuando las plantes échales bastante agua. —Miró hacia el cielo—. Es bueno regarlas o a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde para que no se quemen, pero no las encharques o se ahogarán.

—De acuerdo —dijo sacando la segunda planta de su tiesto para trasplantarla en la tierra. —También recuerda humidificar las hojas de vez en cuando para que no se sequen, pero no mojes la flor.

—Claro —respondió Oliver continuando con su trabajo.

Tom asintió y fue hacia la esquina donde un montón de macetas esperaban a ser trasplantadas. Cogió dos y se marchó de nuevo hacia el jardín trasero.

No descartaba la idea de trasplantar él mismo algunas de las macetas cuando llegase a su hogar. Le gustaba trabajar en el jardín, era algo que no había hecho hasta ese momento y que, sin embargo, disfrutaba.

Miró de nuevo hacia la vivienda. Nicole ya había entrado en el interior, elevó su mirada hacia las ventanas superiores y la buscó en ellas. No, no estaba.

No pudo evitar sonreír. Aquella muchacha le divertía bastante y ya estaba deseando encontrarse con ella en Londres para darle una buena lección.

15

Tenía los nervios a flor de piel.

Georgina introdujo en otra maleta dos de los vestidos que le había diseñado lady Dubois y la cerró con cuidado.

Había llegado el momento. No había podido dormir en toda la noche, de hecho, las anteriores noches tampoco había acumulado muchas horas de sueño.

Eran las siete de la mañana cuando Georgina había entrado en su dormitorio, a las nueve ya estaba lista desayunando en la planta baja y a las diez pasaría el carruaje con su hermana para dirigirse a la estación donde tomarían el *ferrocarril*[1] hasta Londres. El viaje duraría poco más de cuatro horas, así que aquella misma tarde se encontraría en Londres.

Sintió que el vello de todo su cuerpo se le erizaba cuando vio llegar el carruaje con su hermana. Miro al cielo, estaba nublado, aunque aún no llovía.

El mayordomo comenzó a guardar las siete maletas que había preparado con el equipaje en la parte alta del carruaje y en el interior. En cuanto llegase a Londres tenía pensado acudir a la modista que le habían recomendado y encargar unos cuantos vestidos más.

Tras el carruaje que ocuparía con su hermana había otro donde viajaba la doncella de su hermana y donde también viajaría Georgina. Al menos, tenía la suerte de contar con su doncella.

Se quedó observando el carruaje con temor, pues cuando subiese a él iniciaría un viaje que cambiaría su vida.

Su padre se encontraba al lado de ella dirigiendo al servicio que llevaba las maletas hacia el carruaje y las subía. Su hermana bajó del carruaje mientras lo cargaban y se acercó a ellos. Se acercó a su padre y le dio un beso, y luego la miró a ella. Sí, sin duda había mantenido una conversación con su padre porque su actitud era más reservada.

—¿Preparada? —preguntó a Nicole con un tono de voz que daba a entender que no había ningún rencor, sino que parecía querer firmar la paz con ella.

—Y con muchos nervios —confesó ella e inspiró hondo.

Su hermana sonrió y cogió su mano.

—Todo irá bien, ya verás.

Aquel gesto le sorprendió, pues su hermana jamás había tenido una muestra de cariño con ella, sin embargo, en aquel momento agradeció el contacto, estaba muerta de miedo. No sabía si actuaría de aquella forma solo delante de su padre o si la conversación que había mantenido con él le habría hecho cambiar su conducta a mejor, pronto lo vería.

—Voy a vigilar que el servicio trate bien las maletas —comentó su hermana esbozando una sonrisa.

En cuanto se alejó de ellos, su padre se giró hacia Nicole y le cogió la mano.

—Todo irá estupendamente.

Ella apretó los labios y su mano.

—Prométeme otra vez que si necesito tu ayuda acudirás, papá —suplicó.

Su padre se acercó y la abrazó.

—Solo tienes que escribirme y al día siguiente de recibir tu carta estaré allí —contestó. Besó su frente y le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Vas a ser la sensación de la temporada, ya verás —dijo su padre intentando animarla—. En breve, seguro que tu hermana me comunica

que tienes muchos pretendientes.

Ella resopló.

—Bueno, pero… si no es así no te molestes —comentó con un hilo de voz.

Su padre sonrió.

—Jamás me molestaría por eso. Recuerda: solo quiero que seas feliz, y si no lo consigues en esta temporada será en la siguiente. No tengas prisa —pronunció cogiéndola por los hombros.

—Así lo haré, papá.

Se fundió en un abrazo con él justo cuando su hermana subía de nuevo al carruaje.

—Todo listo —anunció uno del servicio.

Nicole inspiró hondo y miró el carruaje que la esperaba unos metros por delante.

Soltar la mano de su padre le costó más de lo que había esperado, jamás había viajado ni salido del confort de su hogar y, ahora, se disponía a iniciar un viaje a un lugar desconocido para ella, a conocer a mucha gente, entre otros, quizá, a su futuro marido.

Caminó lentamente hacia el carruaje observando cómo Georgina subía al que los acompañaba junto a la doncella de su hermana y se sorprendió cuando observó de reojo a Oliver. Varios de los miembros del servicio se habían reunido allí para despedirse de ella. Intentó ser fuerte y no emocionarse, solo les sonrió con ternura.

—Mucha suerte, señorita Stafford —comentó una de las cocineras con una gran sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa y se situó frente al carruaje justo cuando una mano apareció a su lado. Oliver se había acercado para ayudarla a subir.

Se quedó observándolo unos segundos, con gesto nervioso, hasta que finalmente tomó su mano para subir al carruaje, pero Oliver se acercó levemente a ella.

—Nos vemos en breve, señorita Stafford —le susurró con una sonrisa enigmática.

Ella enarcó una ceja.

—¿Qué significa eso? —preguntó molesta.

Su estado de ánimo había pasado de ser melancólico a mosquearse en cuestión de segundos. ¿Qué le estaba insinuando? ¿Que no iba a durar ni un mes en Londres?

Oliver la ayudó a subir los escalones ante la ceja enarcada de ella y soltó su mano.

Ambos se miraron unos segundos.

La mirada de Nicole era de fastidio por aquella despedida, sin embargo, Oliver la observaba con aquella mirada mágica de ojos grises, como si guardase un secreto.

No respondió a su pregunta, Oliver simplemente se limitó a despedirse con un gesto de su cabeza haciendo una reverencia y se alejó.

Maldito fuese, aquel hombre podía cambiar su estado de ánimo a su antojo.

Resopló y se sentó en el asiento frente a su hermana, sin apartar la mirada de la espalda de Oliver que se alejaba en dirección al porche.

Tragó saliva cuando los caballos tiraron del carruaje y comenzaron a alejarse. Su mirada voló directamente hacia él que en ese momento se giraba para verla alejarse. Contuvo la respiración hasta que salieron de la parcela y giraron la esquina perdiéndolo de vista.

En cuanto Oliver perdió de vista el carruaje se giró hacia el señor Peter Stafford y se acercó a él. Se situó a su lado, el padre parecía emocionado intentando contener las lágrimas, aunque trató de mantener el tipo ante él.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho por mí estos días —pronunció lentamente.

El señor Stafford lo miró y asintió.

—No ha sido nada, conde —susurró.

—Hace unos días mi tío Alfred me escribió para comunicarme que ya se había solucionado

todo lo referente a mi hermano —explicó.

—Oh —reaccionó sorprendido—, ¿ha ido todo bien?

—Muy bien. El fiscal ha retirado los cargos de mi hermano, puesto que la víctima del disparo confesó quién era el verdadero culpable —contestó.

El señor Stafford sonrió al escuchar aquello.

—Me alegro muchísimo.

Oliver se quedó observando el lugar por donde había partido el carruaje con Nicole.

—Mañana mismo partiré rumbo a mi hogar, no abusaré más de su confianza.

—Sabe que puede quedarse el tiempo que necesite —insistió el padre.

—Se lo agradezco mucho, pero ya está todo solucionado y tengo muchas ganas de ver a mi madre y a mi hermano.

Aquella contestación sincera provocó que el señor Stafford lo mirase con una sonrisa.

—Como usted guste, conde. ¿Desea que le preste un carruaje? —preguntó.

—Me iría muy bien, gracias —respondió y dio unos pasos hacia delante—. Igualmente, acabaré de dejarle el jardín arreglado hoy mismo…

Aquel dato llamó la atención del señor Stafford que enarcó una ceja.

—Conde, no hace falta que siga…

—Insisto —dijo dirigiéndose hacia la esquina donde aún aguardaban varias macetas para ser trasplantadas—. Debo confesar que he descubierto que la jardinería me gusta... me gusta mucho.

—Mmm… —Peter no sabía qué decir, así que se encogió de hombros—, como usted guste, conde.

Oliver fue hacia la esquina y cogió dos de las macetas, fue hacia el árbol más cercano y las depositó al lado. Cogió la pala y comenzó a cavar en el césped para poder rodear el árbol con flores igual que había hecho el día anterior.

—Le voy a dejar un jardín precioso —susurró convencido en dirección a Peter que lo miraba boquiabierto.

El viaje en tren era pesado.

Nicole pasó gran parte del viaje apoyada contra el cristal de la ventana.

Su hermana había conseguido un camerino para ellas solas, así podían llevar todas las maletas consigo. Cuando llegasen a Londres, Jacqueline ya se había encargado de que un par de carruajes estuviesen preparados para llevarlas hasta su vivienda alquilada en el centro de la ciudad.

El camarote era muy cómodo. Disponía de dos amplios asientos, uno frente al otro, tapizados de color rojo. El suelo de madera le daba a aquella zona un aspecto distinguido. La puerta corredera daba intimidad a los ocupantes.

Había pasado gran parte del viaje en silencio, observando los preciosos paisajes de Inglaterra y, a ratos, leyendo un libro.

Pocas palabras había intercambiado con su hermana que parecía totalmente enfrascada en la lectura de una apasionante novela.

La estación de Victoria, en el barrio de Belgravia, era impresionante. Se encontraba techada, pero era muy luminosa.

El andén estaba a rebosar de gente.

Una vez que la máquina de vapor se detuvo, varias personas entraron en su camarote para coger las maletas y ayudarlas a descender del tren.

Caminar por la estación era difícil. Suponía que el hecho de que la temporada comenzase en

breve provocaba una gran afluencia de visitantes en la ciudad.

Se detuvo al lado de su hermana comprobando que el nuevo servicio que habían contratado en Londres sacaba todas las maletas del tren y no olvidaban ninguna.

—¿Baronesa Waller? —preguntó una mujer a su lado.

Jacqueline se giró.

—Sí, yo misma —indicó estrechándole la mano.

—Soy la señora Isabella Roberts, su ama de llaves durante su estancia en Londres —explicó la mujer.

La señora Roberts tenía el cabello canoso recogido en un alto moño y vestía un vestido de color marrón oscuro que le daba sobriedad, de hecho, no parecía ser una mujer muy agradable, pues hablaba sin ninguna sonrisa en su rostro.

Miró a Nicole.

—Usted debe de ser la señorita Stafford —dijo tendiéndole también la mano.

—Encantada —contestó Nicole.

—Bien, pues si me acompañan, el servicio se encargará de transportar sus maletas, ¿cuántas son?

—Trece maletas y un baúl —informó Jacqueline.

—Estupendo —comentó alejándose un momento de ellas para hablar con uno de los hombres que arrastraba el único baúl entre las pertenencias de Nicole y Jacqueline. En cuanto le informó del número de maletas que debían mover se situó al lado de Jacqueline y le indicó con un movimiento de mano que la siguieran—. Los carruajes esperan fuera.

Ambas siguieron a la señora Roberts entre aquella multitud, moviéndose de un lado a otro y esquivando a la gente que iba en dirección contraria a ellas.

—¿Siempre está tan atestado de gente? —se quejó Jacqueline cogiendo su vestido con fuerza y acelerando el paso, pues la señora Roberts caminaba bastante rápida entre toda la gente.

—No, baronesa, durante los meses de invierno no hay tanta afluencia —explicó—. Hará una semana que Londres comenzó a recibir a las nuevas debutantes. —Miró a Nicole de la cabeza a los pies, lo que provocó que pusiese su espalda totalmente recta—. El barrio donde se alojan, Belgravia, es encantador y dispone de mucho ocio. Disfrutarán mucho de la temporada.

Jacqueline asintió.

—Sí, en mi presentación en sociedad me alojé también en Belgravia, quedé encantada con el barrio —respondió Jacqueline mientras accedían al porche de la estación.

Nicole estuvo a punto de pedir clemencia, aquella ama de llaves, la señora Roberts, parecía estar corriendo una maratón más que guiando a dos recién llegadas a Londres que vestían abultados vestidos y zapatos de tacón.

—¿Cuánto hace de eso? Si no es indiscreción —preguntó la señora Roberts.

—Seis años —respondió Jacqueline.

—Oh, no hace mucho —continuó esta vez con una tirante sonrisa—. Espero que el barrio y la casita que han alquilado sean de su gusto. Llevamos una semana acondicionándola para su llegada.

Salieron al exterior y Nicole se detuvo a observar.

El centro de Londres era bastante parecido al de Birmingham: altos edificios de varias plantas, algunos de color marrón y otros de color blanco. Lo que sí le sorprendió fue la afluencia de carruajes que se entremezclaba con los automóviles. En Birmingham los automóviles no eran muy comunes. Se quedó maravillada observándolos. Eran creaciones mecánicas extraordinarias.

La señora Roberts las condujo hasta dos carruajes que esperaban al lado de la acera.

—Serán diez minutos y partiremos —advirtió para que se subiesen al interior.

Ambas entraron en uno de los carruajes y observaron cómo las dos doncellas entraban en el segundo carruaje situado justo detrás del primero.

Nicole se acercó a la ventana del otro lado para observar la ciudad con una sonrisa en su rostro.

Le parecía mentira estar allí.

Pocos minutos después, cuando todas las maletas estuvieron cargadas, el carruaje avanzó entre las calles de Londres.

El barrio de Belgravia era precioso. Una vez abandonaron la calle principal y se adentraron en sus callejuelas le pareció un lugar encantador.

Los edificios, en su mayoría, tenían tres o cuatro plantas, de un color claro, con un pequeño jardín delantero que permitía plantar unas cuantas flores y poco más. Las calles permanecían limpias. Al menos, el día sí acompañaba allí, pues era soleado, aunque suponía que en breve comenzaría a anochecer.

Se quedó ensimismada observando. La mayor parte de las mujeres paseaban con un paraguas de sol, cobijándose de este, otras tomaban el té en alguna terraza.

El barrio era sumamente elegante y lleno de vida. Iba a disfrutar muchísimo aquella experiencia.

Después de recorrer las calles durante diez minutos, el carruaje se detuvo ante unos edificios. La calle era larga, toda llena de edificios aparejados de color blanco, cada uno de ellos independiente del otro, con un bonito porche en su entrada.

—¿Es aquí? —preguntó Nicole emocionada.

—Creo que sí —respondió su hermana mirando por la ventana.

Supieron que era el lugar cuando el cochero les abrió la puerta y les ofreció su mano para que bajasen.

Nicole miró alrededor girando sobre sí misma. Al final de la calle intuía que había una cafetería donde podría desayunar o tomar el té después de comer junto a Judi. No estarían tan cerca como en Birmingham, pero nada que diez minutos de carruaje no pudiesen solucionar.

Se fijó en que, justo enfrente, una mujer abría la puerta y salía acompañada de dos jóvenes perfectamente vestidas y arregladas.

—Baronesa —indicó la señora Roberts situándose a su lado—, señorita Stafford, si me acompañan les mostraré su hogar —dijo avanzando hacia la puerta—. No se preocupen por las maletas, el servicio se encargará de entrarlas.

Subieron los escalones del portal y la señora Roberts abrió la puerta mientras el servicio bajaba las maletas de los carruajes.

Había un pequeño recibidor que daba a otro más amplio. El interior era realmente majestuoso, pues el suelo era de un mármol color crema que daba un aspecto elegante a la estancia y resaltaba el blanco de las paredes.

Desde el segundo distribuidor subían unas amplias escaleras a la planta alta.

A mano derecha había un gran salón con una larga mesa rodeada de sillas bajo una elegante lámpara de araña.

Al otro lado suponía que debía de estar la cocina, pues en el interior se escuchaba gente, seguramente preparando ya la cena.

A la izquierda del recibidor había otra sala más pequeña donde había varios sofás orejeros situados ante una enorme estantería llena de libros. La estancia enmoquetada de un color verdoso contrastaba con el enorme piano de cola color negro.

La señora Roberts les mostró cada una de las estancias presentándoles al servicio que habían contratado y las acompañó al pequeño jardín trasero. No tenía nada que ver con la parcela que tenían en Birmingham, pero al menos le permitiría tener un espacio al aire libre donde relajarse. Le llamó especialmente la atención el balancín bajo el porche donde podría relajarse tomando una taza de té o leyendo una de las novelas de la amplia biblioteca ubicada en la salita de estar.

En la planta alta disponían de seis habitaciones, una de ellas acomodada como despacho, otras tres como habitaciones y dos como aseos, con unas enormes bañeras de cuatro patas.

Las escaleras seguían subiendo a una tercera planta donde se encontraban las habitaciones del servicio.

—Si lo desean pueden descansar un rato o darse un baño hasta la hora de cenar, ¿les apetece?

—Claro, muchas gracias —respondió Jacqueline entrando en una de las habitaciones que daban al jardín trasero.

Nicole comprendió que esa era la habitación que había escogido su hermana. Se giró y se dirigió a una de las habitaciones que daban a la calle.

La habitación era enorme, con una gran cama de matrimonio en el centro y una mesita de noche a cada lado. Había un gran armario donde colgaría los vestidos nuevos en cuanto les subiesen las maletas y una pequeña mesa con una silla al lado de la ventana. En la pared, frente a la cama, había un tocador con un enorme espejo.

Paseó la mano sobre la colcha de color crema y se dirigió a la ventana.

Aquella habitación sería más ruidosa que las que daban al interior, pero no le importaba, le encantaba poder disfrutar de las vistas de Londres desde su propia habitación.

Se giró cuando escuchó que entraban con sus maletas. Georgina acompañaba a aquellos hombres.

—¿Se va a instalar en esta habitación, señorita? —Nicole asintió con una gran sonrisa—. Estupendo —dijo cogiendo una de las maletas, situándola sobre la cama y abriéndola—. Colgaré sus vestidos para que no se arruguen —dijo mientras sacaba uno de ellos y lo estiraba sobre la cama.

Nicole se giró y se quedó ensimismada observando las calles.

16

El viaje en carruaje era largo y agotador.

Bien podría haber cogido el ferrocarril como la mayor parte de la gente, pero entonces se exponía a que lo viesen y lo reconociesen y la excusa que habían puesto de que se encontraba en Europa por negocios sería puesta en entredicho. Aunque fuese largo y tedioso, era mejor así. Se le hizo muy aburrido el viaje, pues al menos para ir a Birmingham iba acompañado de su tío Alfred, ahora iba solo en compañía de un cochero que casi no le dirigía la palabra y de un libro que tras leer sus primeras diez páginas había abandonado, pues el traqueteo del carruaje le daba somnolencia.

Tras despedirse formalmente del señor Stafford había subido a las ocho de la mañana al carruaje y emprendido el camino de vuelta a su hogar. Solo se habían detenido una vez, en Northampton, para comer.

Finalmente, cerca de las nueve de la noche se habían adentrado en las calles de Londres y un largo suspiro se había apoderado de él al reconocer su hogar al final de la calle.

Cuando salió del carruaje lo primero que hizo fue estirar su espalda. No pudo acabar de estirarse antes de que su madre, Victoria, la condesa viuda, abriese la puerta y saliese a su encuentro con una gran sonrisa cargada de emoción.

—Oh, cariño —dijo echándose a sus brazos.

—Mamá —dijo fundiéndose en un gran abrazo con ella.

Ambos entraron en el domicilio y la mirada de Oliver se posó directamente en su tío Alfred que situaba su mano sobre el hombro de su hermano Martin.

Oliver se emocionó al ver a su hermano y fue hacia él con los brazos abiertos. Ambos se fundieron en un gran abrazo mientras su madre contenía las lágrimas al ver ese gesto.

Oliver se distanció de Martin y situó sus manos sobre los hombros de este.

—¿Estás bien?

Martín asintió.

—Ahora sí.

—Ha sido duro —comentó su tío acercándose—, pero todo se ha solucionado.

Oliver atrajo a su hermano hacia él situándolo debajo de su brazo y miró a su tío seriamente.

—¿Qué ha ocurrido con Edgar Jones?

—Se encuentra en prisión provisional.

—¿Vais a presentar alguna querella contra él? —continuó preguntando Oliver.

Su tío chasqueó la lengua. Esta vez su madre decidió intervenir.

—Lo mejor es olvidar lo sucedido y apartarnos de todo —comentó.

Oliver los miró a todos asombrado.

—¿De verdad no vais a presentar cargos contra él? Intentó incriminar de un delito a mi hermano —lo señaló molesto.

—Oliver, Oliver —intentó calmarlo su madre—. Todo se ha resuelto. Lo que menos necesitamos es un escándalo. Además, bastante ha pasado ya tu hermano. Él necesita calma.

Oliver resopló reflejando de esa forma su desacuerdo con la decisión que habían tomado.

Sí, sabía que su hermano y todos deseaban olvidar lo ocurrido, pero él no podía. Habían intentado incriminar a su hermano de tentativa de homicidio, para él no era suficiente con que el

fiscal hubiese apartado su acusación de Martin.

—Edgard Jones ya tiene su merecido —trató de infundir algo de paz su tío—. Además, en el juicio el fiscal sacará el tema de cómo intentó incriminar a Martin.

—¿Deberá testificar?

Esta vez fue su hermano quien intervino.

—No —respondió—. Lo haré mediante una declaración jurada ante notario. Yo… —tragó saliva—, me marcho.

Oliver lo miró sorprendido.

—¿Te marchas?

Martin asintió.

—Necesito alejarme de todo esto durante un tiempo. Viajaré a Europa. Quiero estudiar Derecho[2]. —Aquel dato le sorprendió más aún y lo miró de la cabeza a los pies—. Esta experiencia me ha hecho replantearme muchas cosas —explicó—. Me marcharé unos meses con el tío a Europa y, cuando vuelva, quiero ingresar en Oxford.

Sí, suponía que una experiencia así debía cambiarte. Situó una mano en el hombro de su hermano con cariño.

—Vaya… un abogado en la familia —comentó con una sonrisa—, sería todo un orgullo.

—Estoy decidido a hacerlo —admitió convencido—. Nadie sabe lo que se siente cuando te acusan injustamente. Creo que puedo ayudar a mucha gente, y el abogado del tío Alfred se ha ofrecido a tutelarme.

Oliver sonrió.

—Si eso es lo que deseas, adelante. —Parecía que aquella experiencia había cambiado a su hermano. Por lo menos, ahora, después de la muerte de su padre, parecía querer encarrilar su vida—. Me alegro de que hayas tomado esa decisión. Serás un excelente abogado. —Miró a su tío—. ¿Cuándo tenéis pensado ir a Europa?

—La semana que viene, a finales. Debo partir por unos asuntos laborales que me llevarán bastante tiempo allí. Así podré enseñar a este jovencito cómo se dirige una empresa —comentó sonriente.

—Primera clase de economía y de dirigir una empresa —bromeó Oliver—. Bien, me alegro, pero te echaré de menos.

—Serán solo unos meses —respondió Martin—, además, ya me ha dicho mamá que este año acudirás a la temporada en busca de esposa —rio—. ¿Crees que me perdería el final de la temporada o tu propia boda?

—Eh, eh, eh… —rio Oliver alzando sus manos hacia delante—, vas demasiado rápido. Ni siquiera ha comenzado la temporada y ya me estás casando.

Martin ladeó su cuello.

—Hermano, conociéndote… tienes el éxito asegurado.

—Bien —interrumpió su tío—, ¿has cenado algo? —preguntó a Oliver, este negó.

—Avisaré a la cocinera para que prepare algo —añadió su madre abandonando el recibidor.

—Pasemos al salón —dijo su tío colocando una mano en el hombro de cada uno de ellos, empujándolos con cariño a ambos hacia delante—. ¿Cómo ha ido este último mes en la casa del señor Stafford?

Oliver avanzó junto a su hermano y apretó los labios. Obviamente no iba a explicar lo ocurrido con la hija del señor Stafford, pues sabía que si nombraba mínimamente a Nicole su tío no tardaría en informar a su madre y ya sabía cómo acabaría aquello. No, eso era un asunto privado que pensaba manejar él mismo.

—Muy bien. El señor Peter Stafford me ha tratado muy bien. Además, he descubierto que la jardinería me encanta —reconoció.

—Te ha dado el sol, muchacho —comentó su tío accediendo al salón—. Estás más bronceado.

—Gajes de trabajar como jardinero —respondió Oliver dejándose cae sobre el mullido sofá.

Su hermano se sentó al otro lado mientras su tío se dirigía a la mesa donde se acumulaban varias botellas de cristal.

—¿Una copa? —Oliver asintió—. ¿*Bourbon*?

—Me vale —sentenció Oliver.

Su tío miró a Martin que asintió también.

Tomó tres anchas y redondeadas copas y llenó un cuarto de ellas con aquel líquido dorado. Fue hacia ellos y tendió una copa a cada uno. Fue hacia el sofá orejero situado frente a ellos y se sentó.

—Bien, cuéntame. ¿Has tenido algún problema?

Oliver dio un sorbo y rio ante la pregunta de su tío.

—¿Qué problema iba a tener, tío? Me he limitado a retirar las hojas caídas del jardín y a trasplantar flores de las macetas a la tierra —explicó antes de dar otro sorbo.

—Mejor que pasar dos días en el calabozo —susurró Martin.

Aquel comentario hizo que Oliver chasquease la lengua y situase su mano sobre el brazo de su hermano.

—Por cierto… —comentó como si nada—, quiero plantar hortensias.

Los dos lo miraron sorprendidos y enarcaron una ceja al unísono.

—Muy bien, hermano —bromeó Martín.

Oliver se quedó pensativo, recordando las palabras de Nicole, las hortensias eran sus flores favoritas. ¿Por qué no podía quitársela de la cabeza? En realidad, tenía ganas de que llegase el primer baile de la temporada que, este año, sería el de los duques de Wiltshire. Sin duda, su buen amigo Dereck se había dejado enredar. Sería divertido ver cómo Nicole reaccionaba cuando lo viese allí, pero también sentía una necesidad imperiosa de estar al lado de ella, de mantener una de sus acaloradas conversaciones.

Con ella se sentía libre para poder expresarse como quisiese, algo difícil de conseguir en aquella sociedad.

¿Qué estaría haciendo ahora? Llevaría ya un día allí.

En ese momento, se dio cuenta de que no sabía en qué zona de Londres se alojaba ni con quién. Apretó los labios, debería haberse informado mejor. De todas formas, en menos de una semana, con la asistencia al primer baile de temporada, podría averiguar sobre ella todo lo que necesitase.

—¿Oliver? —preguntó su tío.

Él pestañeó varias veces y lo miró confundido.

—Dime —respondió.

—¿Te parece bien o no?

Oliver ladeó su cuello.

—¿El qué?

Su tío lo escudriñó con la mirada.

—Pasar unos días en la casa de campo hasta que nos…

Oliver ya estaba negando antes de que acabase la frase.

—No puedo, la temporada comienza en cuatro días y el primer baile este año es el que

celebra la reciente duquesa de Wiltshire —explicó—. Le prometí a mi buen amigo Dereck que acudiría.

—Una pena… —contestó su tío—, ¿vas a quedarte aquí con tu madre?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Esta noche sí, pero mañana a primera hora me marcharé a mi propia casa, tengo muchos asuntos que arreglar y documentos que revisar. Este último mes fuera de casa ha hecho que olvide mis responsabilidades.

—Claro —respondió Martin.

Su madre entró con una sonrisa en la sala.

—Oliver, hijo mío, ya tienes la cena —confirmó su madre.

Oliver se puso en pie, dio un largo trago a su burbon y dejó la copa sobre la pequeña mesita.

—Gracias —dijo avanzando hacia ella, se situó enfrente y colocó las manos en sus brazos —. ¿Tú estás bien?

Su madre le sonrió con ternura y asintió.

—Ahora sí —le susurró—. Ha sido difícil…

—No debería haberme ido.

—No, no… —comentó negando—, he estado mucho más tranquila sabiendo que todo esto no te influía. Al final todo ha salido bien, que es lo que importa.

Oliver sonrió y asintió.

—Esta noche me quedaré aquí, mañana por la mañana volveré a mi hogar. Tengo muchas cosas de las que ocuparme. —Agachó su cabeza y besó la mejilla de su madre.

—Claro, hijo, como gustes —respondió su madre.

Sus piernas comenzaron a avanzar más rápido cuando divisó a su amiga Judi dirigiéndose al punto de encuentro donde habían quedado.

Se había puesto un hermoso vestido color azul que realzaba su figura. No era uno de los diseñados por lady Dubois, pero la temporada, como decía su hermana, comenzaba desde que pisabas Londres.

Ambas se estrecharon en un gran abrazo, emocionadas por su reencuentro.

Jacqueline se situó a su lado e hizo un gesto un poco incómodo ante la efusividad de las jóvenes. Miró al frente y observó a la acompañante de la amiga de su hermana, una mujer entrada en edad, aunque con gesto simpático, pues la mujer sonreía sin parar, al contrario que ella ante el abrazo de las dos amigas.

—Nicole —dijo Judi cogiendo su mano—, esta es mi tía Gladys.

Nicole la miró y, para sorpresa de ella, la tía Gladys la abrazó con una gran sonrisa.

—Encantada de conocerte, cariño.

—Igualmente —respondió Nicole y se giró hacia su hermana. Durante unos segundos se quedó impactada ante la diferencia de comportamientos. La tía Gladys derrochaba ternura mientras su hermana permanecía totalmente seria y con su espalda tiesa como un palo—. Ella es mi hermana, Jacqueline.

Jacqueline estiró su mano hacia la tía Gladys.

—Baronesa Waller —aclaró su hermana.

La tía Gladys pestañeó varias veces e hizo un gesto gracioso.

—Bonito título —bromeó provocando que Jacqueline la mirase de la cabeza a los pies. La tía Gladys se giró hacia su sobrina y Nicole y las miró con una sonrisa—. Vamos, muchachas, os voy a llevar a la cafetería de moda en Londres. Yo acudo varias veces por semana a tomar el té.

Ambas sonrieron entusiasmadas.

La cafetería estaba situada en el mismo barrio donde habían quedado, en Westminster, donde Judi se alojaba con su tía.

El barrio era precioso. Cruzaron el puente sobre el río Támesis y se internaron por sus calles.

—Un día por la tarde podemos ir a visitar el palacio de Buckingham, ¿os gustaría?

Las dos abrieron los ojos al máximo.

—¡Nos encantaría! —respondieron al unísono.

"*God Save the Queen*" era la cafetería de moda en Londres.

El interior estaba decorado con exquisito gusto. Era muy amplia, con mesas redondeadas en todo el espacio cubiertas de preciosos manteles azules y blancos. Las paredes de un color azul cielo contrastaban con las cornisas y el techo blanco y mostraban verdaderas obras de arte, réplicas de los grandes retratistas ingleses Thomas Lawrence, George Morland o Richard Dadd.

—¿Os parece bien esta mesa? —preguntó la tía Gladys.

Todas asintieron y se sentaron.

Nicole miraba de un lado a otro maravillada. La tía Gladys se apoyó levemente sobre la mesa para susurrarles.

—Cuando comience realmente la temporada en Londres en esta cafetería podréis encontrar a todo el mundo. Es muy frecuentada. —Señaló hacia delante—. La semana que viene abrirán ya el jardín —explicó, pues tras unas puertas de cristal se apreciaba un precioso jardín con numerosas flores y una fuente de agua que, en ese momento, permanecía apagada.

—Será un sitio que deberemos frecuentar —rio Judi.

—Bien —continuó la tía Gladys—, ¿cómo fue vuestro viaje? —preguntó intentando que Jacqueline entrase en la conversación.

—Fue muy bien —explicó Nicole—. Mi hermana reservó un camarote para nosotras y tuvimos un viaje muy tranquilo.

—¿Y la casa? —preguntó Judi.

—Impresionante —continuó Nicole—. Está muy bien ubicada y es muy espaciosa, incluso disponemos de un pequeño jardín trasero.

—Eso es de agradecer en una gran ciudad —corroboró la tía Gladys.

—Por cierto —interrumpió Judi mirando a Nicole—, ¿te has cruzado con alguna de nuestras compañeras de protocolo?

Nicole negó.

—No, aún no, pero supongo que deben de encontrarse ya en Londres.

—La ciudad es enorme —rio la tía Gladys mientras observaba de reojo el comportamiento de la hermana de Nicole, la cual parecía bastante reservada—. No os preocupéis, si no coincidís estos días con ellas las veréis en el baile de apertura. Nadie se lo perderá. Este año hay una gran expectación —comentó arrimándose de nuevo a la mesa como si fuese a revelarles un secreto—. El baile lo han preparado la duquesa viuda y la actual duquesa de Wiltshire. Supongo que acudiréis, queridas.

Jacqueline intervino por primera vez en la conversación.

—Por supuesto, no nos lo perderíamos por nada del mundo —contestó, aunque su semblante era serio.

Nicole miró de soslayo a su hermana. ¿Por qué tenía que comportarse así? ¿Acaso no podía ser un poco más agradable como la tía de Judi?

—Estamos deseándolo —siguió Nicole con una gran sonrisa—. Estoy muy nerviosa, la verdad.

—Lo pasaremos divinamente, ya veréis.

La camarera se acercó para tomarles nota.

—Vizcondesa Torrington —dijo con una gran sonrisa—, qué alegría volver a verla por aquí.

La tía Gladys sonrió a la muchacha.

—Sí, la semana pasada con las lluvias no pude venir.

Jacqueline puso su espalda totalmente recta al escuchar cómo se referían a la tía Gladys.

¿Había escuchado bien? ¿Había dicho vizcondesa?

—¿Queréis todas té? —Todas asintieron, incluida Jacqueline que apretaba los labios nerviosa—. Traiga el té y unas cuantas pastas dulces.

—Enseguida.

Nicole la miraba con una gran sonrisa, como si ya supiese que la tía de Judi era vizcondesa, la única que parecía realmente sorprendida era Jacqueline.

—Es… ¿vizcondesa? —preguntó Jacqueline con gran asombro.

—Sí, querida —respondió como si no tuviese importancia—, pero a mí no me gusta presumir de título —continuó encogiéndose de hombros, aunque estaba clara la indirecta que acababa de enviar a la baronesa Waller.

El tono que le dio a esas palabras provocó que Nicole tuviese que apretar los labios para controlar una carcajada, sobre todo cuando vio cómo su hermana agachaba levemente la cabeza, ofuscada.

Perfecto, le iría bien una cura de humildad, y la tía de Judi parecía la indicada para ello.

¡Le encantaba la tía Gladys!

17

Nicole estiró las piernas en el balancín mientras sostenía el libro en sus manos. Corría una suave brisa que movía las hojas de los árboles.

Su hermana se encontraba en otro de los asientos del jardín trasero leyendo otra novela.

Desde que la tía de Judi había revelado que era vizcondesa, Jacqueline se había mantenido más callada de lo normal. Se limitaba a contestar sus preguntas sin ningún tono. A veces pensaba que detestaba estar allí acompañándola, sin embargo, la había visto sonreír infinidad de veces mientras paseaba por el jardín, disfrutando del aire libre.

Agachó el libro y la observó. No pudo evitar reír cuando encontró a Jacqueline medio tumbada en el asiento, con la cabeza caída a un lado y el libro en el pecho.

Pensó en despertarla con un susto, seguramente se reiría bastante, pero sabía que su hermana no le encontraría la gracia por ningún lado.

Giró su cuello y observó la pequeña parcelita entre los muros, un lugar pequeño pero que realmente se había convertido en su lugar favorito de la vivienda aquellos últimos días.

Parte de aquel patio trasero tenía suelo, justo donde se encontraba el porche, pero la otra mitad disponía de césped y dos frondosos árboles. En las esquinas había flores que brotaban con la llegada de la primavera.

¿Qué estaría haciendo Oliver? Pese a que aquellos últimos días se encontraba distraída, aquel hombre se había apoderado de su mente y seguía visitándola de vez en cuando. Su sonrisa, sus ojos… Rememoró cuando la había rescatado, cuando había mirado sus labios aquella fracción de segundo prometiendo tanto…

—Señorita Stafford —interrumpió el ama de llaves entrando en el jardín—. Acaba de llegar una carta para usted.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó Jacqueline removiéndose en la silla, fingiendo que no estaba dormida.

Nicole se puso en pie y se dirigió a la señora Roberts cogiéndole la carta.

—Gracias, señora Roberts —miró a su hermana—, una carta —dijo emocionada.

Jacqueline se sentó erguida y la miró con interés.

—¿De quién es?

Le dio la vuelta al sobre y sonrió abiertamente.

—De la señora Wilson.

Aquel dato la cogió de improviso.

—¿La señora Wilson? —preguntó poniéndose en pie, totalmente sorprendida—. ¿La señora Wilson de Birmingham?

Nicole asintió con efusividad.

—Hemos coincidido varias veces a la hora del té, incluso me ha invitado a tomar el té a su casa —explicó mientras abría el sobre sin más demora—. Ha venido a la temporada de Londres y supongo que querrá que nos veamos.

Su hermana no salía de su asombro.

—¿Conoces a la señora Wilson? —seguía sin dar crédito. Esta vez Nicole no respondió. Abrió la carta y sacó la nota. Una sonrisa se fue apoderando de su rostro a medida que la leía—. ¿Qué dice? —preguntó intrigada.

—Nos ha invitado a tomar el té con ella mañana por la tarde en casa de su prima, y nos pone la dirección para que acudamos.

Su hermana desencajó la mandíbula unos segundos, aunque recuperó rápidamente la compostura.

—No sabía que tenías esas amistades.

—Hermana —comentó con una sonrisa—, yo también sé moverme.

—Eso está bien —respondió Jacqueline esta vez con un tono que Nicole desconocía, como si sintiese orgullo de ella. Aquel tono la dejó perpleja mientras Jacqueline le quitaba la carta de las manos y la leía—. Está en el barrio de Mayfair, es uno de los barrios más prestigiosos de Londres —aclaró—. Irá también tu amiga Judi y… la vizcondesa.

—Sí, Judi también es amiga de ella —comentó esta vez con orgullo.

—Vaya…

—¿Conoces a la señora Wilson? —le preguntó Nicole con inocencia.

—No, no… he oído hablar mucho de ella, pero no tengo el placer de conocerla en persona —contestó aún absorta.

Nicole se encogió de hombros.

—Mañana te la presentaré —respondió Nicole emocionada—. Es muy agradable y conoce a gran parte de la alta sociedad londinense. Estoy segura de que podrá presentarnos a mucha gente durante la temporada.

La sonrisa de Jacqueline se ensanchó.

—Eso sería fabuloso —respondió emocionada. Su hermana la contemplaba de una forma diferente, con orgullo en la mirada. Miró el reloj que había en el interior del salón—. Son las cuatro. Deberíamos irnos ya si queremos llegar a tiempo para visitar a la señora Moreau —sugirió.

Nicole siguió a su hermana al interior y asintió.

—¿Sabes que fue la señora Wilson quien me recomendó esta modista?

Jacqueline se giró y pestañeó varias veces.

—¿De verdad? —Nicole asintió—. Tiene muy buena fama. —Ladeó su cuello—. Supongo que, ya que vamos, yo también podría hacer algún encargo para mí.

—Sería fantástico —comentó Nicole dirigiéndose al sofá donde había dejado su chal. Aunque había mejorado el tiempo prefería prevenir, pues sabía que el tiempo en Londres era muy cambiante.

Jacqueline cogió su propio chal y se dirigió a la entrada donde se encontraba uno de los mayordomos.

—Disculpe, ¿puede pedir un carruaje?

—Claro, baronesa —aceptó este dirigiéndose a la puerta.

La señora Wilson las había recibido con una gran sonrisa. Las cuatro habían entrado expectantes en la vivienda de la prima de la señora Wilson, una de las más lujosas del prestigioso barrio de Mayfair.

La mansión era enorme, con un jardín delantero muy bien cuidado. La mansión tenía un amplio porche con cuatro columnas que daban prestigio a la vivienda.

El interior era muy luminoso, pues poseía unos enormes ventanales.

El mayordomo las había acompañado a través del amplio recibidor de mármol blanco hasta una de las salitas donde las esperaban tanto la señora Wilson como su prima, de una edad similar.

La salita tenía una gran mesa redondeada en el centro donde había todo tipo de pastas y

dulces. En las paredes había diversos cuadros que suponía que debían de ser retratos familiares. A la derecha había una gran chimenea que en ese momento permanecía apagada.

—La señora Moreau es una de las mejores modistas que conozco —siguió la señora Wilson emocionada porque Nicole hubiese seguido sus recomendaciones—. Te confeccionará unos vestidos preciosos, además, sabe realzar la figura de una mujer. ¿Cuántos habéis pedido?

—Mi hermana ha pedido uno de entretiempo y otro de verano, y yo dos de entretiempo y dos de verano —explicó Nicole.

—Oh, oh… —exclamó la prima de la señora Wilson—, yo hubo un tiempo en que solo vestía prendas de esta modista. Os quedaréis impresionadas con los vestidos que os haga.

Judi miró sonriente a Nicole.

—Tendrás que indicarme dónde se encuentra.

—Por supuesto, la semana que viene debo acudir para hacer una prueba, si quieres puedes acompañarme y que te tome medidas, es muy rápida —explicó Nicole.

—Claro, será estupendo.

La señora Wilson se removió nerviosa en el asiento.

—Bien, y decidme, jóvenes debutantes… —pronunció divertida mirando a Nicole y a Judi —, ¿nerviosas?

—Mucho —reconoció Judi.

—Muchísimo —rio Nicole.

La señora Wilson se acercó a la mesa.

—Me ha llegado un rumor… —comenzó. El resto se apoyaron en la mesa, expectantes, con los ojos muy abiertos—, de que han visto al joven y atractivo conde de Devon acudiendo a casa del duque de Wiltshire. —Su prima interrumpió su explicación con una risita aguda—. ¿Sabéis lo que significa eso? —Ninguna contestó—. Que los rumores de que el conde de Devon iba a acudir a la temporada para buscar esposa son ciertos. Los duques de Wiltshire abren la temporada este año.

Nicole y Judi se miraron de reojo.

—También… —continuó esta vez la tía de Judi—, se ha escuchado el rumor de que al marqués de Ailesbury se le ha visto tomando el té con una de las hijas de la familia Bailey.

—¿Quiénes son? —preguntó Judi con interés.

—Oh, la familia Bailey posee negocios en América —explicó la señora Wilson—. Es una de las familias más pudientes de Inglaterra. —Se encogió de hombros con un gesto gracioso—. Ya veremos si es cierto durante los bailes. Desde luego, lo que está claro es que esta temporada no va a estar exenta de rumores.

—Lo cual es de agradecer —intervino la prima de la señora Wilson—. ¿Qué sería de una temporada londinense sin rumores y cotilleos?

—Muy cierto —reconoció divertida la vizcondesa—. Sin duda, no sería lo mismo. —Miró a Jacqueline, la cual se mantenía bastante reservada y apenas había intervenido en la conversación —. ¿Cuánto tiempo hace que no visita Londres, baronesa?

—Hace unos seis años —contestó con un tono simpático, lo cual llamó la atención de Nicole—. Ya no recordaba lo divertido que era.

Todas rieron al escuchar las palabras de Jacqueline y fue la vizcondesa, la tía Gladys, quien situó una mano en su brazo en señal de confianza.

—El matrimonio tiene muchas responsabilidades de las que no somos conscientes hasta que estamos casadas. —Jacqueline asintió lentamente, lo cual llamó la atención de su hermana que la miró de arriba abajo. La vizcondesa miró al resto e hizo un gesto gracioso—. Por eso cuando

enviudé y recuperé mi libertad me dediqué a disfrutar, y no me pierdo ni una temporada desde entonces—bromeó riendo.

—¡Tía Gladys! —exclamó Judi abochornada.

—Oh, no me confundas, cariño —continuó la vizcondesa—, quería mucho a tu tío… —confesó y luego miró al resto de mujeres que parecían aguantarse la risa—, pero este cuerpo necesita diversión de vez en cuando…

—¡Tía Gladys! —repitió Judi escandalizada mientras todas reían.

—Claro que sí —le dio la razón la señora Wilson—, mientras las piernas soporten el peso de una hay que divertirse. —Miró a todas con una sonrisa cómplice—. Yo reconozco que mi parte favorita del año es durante la temporada de Londres… ¿será porque no está mi marido? —ironizó.

Aquel comentario provocó que todas comenzasen a reír, incluso Jacqueline hizo una mueca divertida.

La señora Wilson se acercó a las dos debutantes.

—Los primeros años de matrimonio son apasionantes… luego ya viene la monotonía. —Nicole y Judi ladearon sus cabezas—. Ya lo comprenderéis —pronunció divertida. Se levantó y fue a otra mesa ubicada en un rincón—. El calendario de la temporada —señaló como si se abanicase con él. Fue hacia su asiento y lo mostró—. La temporada abre con el fabuloso y excitante baile de la duquesa de Wiltshire. —Señaló a las dos jóvenes—. Es de obligado cumplimiento asistir —ordenó—. El baile de los Chapman también es de obligado cumplimiento, suelen hacerlo en su enorme jardín bajo unas carpas y es precioso.

Su prima miraba también el calendario de la temporada.

—Oh, y el baile de los Graham, el año pasado fue todo un éxito —recordó.

—Os iría bien acudir a la jornada de caza de la familia Harvey…

—¿De caza? —preguntó Nicole sorprendida.

—Nosotras no cazamos, pero acuden muchos hombres, sobre todo jóvenes —puntualizó la prima de la señora Wilson—. Nosotras nos limitamos a tomar el té y pasear por la finca.

—El año pasado lo disfruté muchísimo —explicó la señora Wilson—, lo pasamos muy bien. La señora Harvey organizó un pícnic para todas las mujeres que acudimos. Eso sí —dijo como si lo recordase en ese momento—, hay que llevar sombrero, el año pasado la señora Lewis sufrió un desmayo por el calor. ¿Tenéis sombreros?

—Creo que alguno hemos traído —contestó Judi.

—Sí, yo también —respondió Nicole.

—Pues no lo olvidéis…

—Oh, oh… —intervino la vizcondesa—, hablando de la señora Lewis, el baile del año pasado que organizó esta familia fue maravilloso…

—Sí —le dio la razón la señora Wilson—, fue donde tiraron fuegos artificiales, ¿verdad?

—Sí —afirmó la vizcondesa.

La señora Wilson la miró sorprendida.

—¿Acudisteis?

—Oh, señora Wilson, no me pierdo una temporada desde hace veinte años —sonrió la vizcondesa.

—¿Y cómo no habíamos coincidido antes? —preguntó divertida.

—Seguro que a partir de ahora coincidimos más —contestó emocionada.

El resto de la tarde lo pasaron entre conversaciones, despidiéndose con la firme promesa de que la señora Wilson les presentaría a muchas de las familias más poderosas y ricas de Londres.

Se sentía mucho más tranquila sabiendo que contaba con el apoyo de la señora Wilson e incluso con el de la vizcondesa, la tía de Judi, la cual era encantadora con ella.

Su hermana permanecía callada ante ella mientras se dirigían en carruaje rumbo a su nuevo hogar. Le sorprendía su actitud, normalmente era bastante habladora. Nicole la miró intrigada.

—Ha sido divertido, ¿verdad?

Jacqueline despertó de sus pensamientos y la observó.

—Mucho —contestó pacientemente—. Es una suerte contar con la señora Wilson y la vizcondesa mañana en el baile donde debutarás. Seguro que pueden abrirte muchas puertas —acabó con tono lento y pausado.

Nicole le sonrió y asintió.

—Sí —susurró mirando por la ventana del carruaje, suspiró y volcó toda su atención en ella —. ¿A qué se refieren cuando dicen que un matrimonio acaba siendo monótono?

Jacqueline enarcó una ceja en su dirección y miró por la ventana.

—Supongo que cuando llevas muchos años de casada la situación puede agotarte —explicó encogiéndose de hombros.

Nicole se quedó pensativa.

—¿Me ayudarás a encontrar a un buen marido para que no caiga en la monotonía?

Aquella pregunta provocó que su hermana se quedase mirándola fijamente. Finalmente, le sonrió con ternura, algo que no había hecho durante mucho tiempo.

—Claro, Nicole, para eso estoy aquí —comentó con una leve sonrisa.

Nicole apretó los labios y asintió volviendo a mirar por la ventana.

El trayecto hasta su vivienda alquilada no duró más de quince minutos.

Nicole iba a dirigirse al jardín para disfrutar de un rato de calma, pero su hermana la llamó.

—Nicole, acompáñame —dijo.

Nicole siguió a su hermana a la planta alta y esta fue directa hacia su habitación. Aquello le extrañó. Jacqueline se situó frente a su armario y lo abrió.

—¿Qué vestido tenías en mente ponerte mañana? —preguntó.

Nicole se entusiasmó. No pensaba que su hermana fuese a ayudarle en la selección del vestuario o a intercambiar opiniones con ella.

Se situó a su lado y miró todos los vestidos de los que disponía.

—Había pensado en ponerme el de color crema…

Jacqueline negó y sacó directamente el vestido de color rojo con escote.

—Debe ser este —dijo situándolo sobre la mesa—. El primer baile es el más importante, donde puedes llamar la atención de todos, tu presentación en sociedad. Serás objeto de las miradas de la gran mayoría de las personas que se encuentren allí —continuó explicando—. Haz un buen debut y al día siguiente tendrás una larga lista de pretendientes esperando en la puerta.

Nicole chasqueó la lengua. El vestido era precioso y sin duda llamaría la atención con él, por esa misma razón había preferido ponerse el de color crema, mucho más discreto.

—No sé si es bueno llamar la atención tan pronto —dudó con un hilo de voz.

Jacqueline ladeó su cuello.

—Nicole, hazme caso, por favor —le suplicó—. El vestido color crema está bien para los siguientes bailes, incluso para una jornada en el campo, pero no para tu presentación. La competencia es feroz.

Su hermana parecía hablar en serio, con un tono de voz calmado, como si quisiese darle su consejo. Aquel vestido era precioso, pero muy llamativo, estaba segura de que conseguiría captar la atención de todos los jóvenes que se presentasen a aquel baile. No era lo que ella quería en un

principio, prefería pasar un poco más desapercibida, pero parecía que su hermana estaba más calmada después de la reunión que habían mantenido aquella tarde con el nuevo grupo de amigas que habían hecho en Londres y que quería tener una buena relación con ella.

—Está bien, te haré caso —afirmó Nicole con una sonrisa.

Su hermana asintió sonriente y fue hacia el tocador.

—Ese vestido quedará estupendo con los pendientes de brillantes —dijo buscándolos.

—Tengo también el colgante a juego.

—No, solo los pendientes —remarcó su hermana—, si no será demasiado recargado. —Se giró y miró a su hermana de la cabeza a los pies—. Haremos un recogido bien alto para que quede tu cuello al descubierto.

—Sí, es lo que había pensado —comentó Nicole cogiendo su cabello y echándolo hacia arriba, aunque claramente ella no tenía ni idea sobre peluquería—. Mejor que me lo haga Georgina.

—Estupendo —contestó su hermana mientras volvía al armario—. Estos zapatos y este chal —sugirió dejándolos sobre la mesa. Nicole miraba impresionada a su hermana, pues parecía querer involucrarse totalmente en su presentación en sociedad, algo que hasta el momento no había demostrado—. Bien, el siguiente baile será el de los Chapman. ¿Ese es el que han mencionado que es al aire libre?

—Creo que sí —respondió Nicole no muy segura.

Jacqueline cogió el vestido azul cielo con escote en corazón y se lo mostró.

—Este será perfecto —continuó dejándolo también sobre la cama ante una Nicole que no salía de su asombro.

18

Respiró hondo cuando la mano del cochero se posó ante ella para ayudarla a bajar los escalones del carruaje.

La mansión de los duques de Wiltshire era impresionante.

Los carruajes formaban una fila rodeando una pequeña placita en cuyo centro se encontraba una fuente que echaba altos chorros de agua cristalina.

Habían esperado diez minutos en aquella fila a que su carruaje se detuviese ante la puerta de entrada donde los duques saludaban a los recién llegados.

Ya era oficial, la temporada había comenzado en Londres. ¿Y qué mejor lugar que este para iniciarla?

La noche era estrellada y corría una suave brisa fresca que, al menos, a ella la despejaba, pues los nervios iban creciendo a medida que subía los escalones para saludar a los anfitriones.

Su hermana entregó su tarjeta de presentación al mayordomo para que los anunciase e informar a los duques de su llegada.

Sujetó con fuerza su vestido, elevándolo, y subió los escalones lentamente, rezando por no tropezar. Su hermana iba a su lado, no sabía si estaría nerviosa, al menos, ella no lo aparentaba.

Cuando la pareja que tenían delante entró en la mansión sintió un ligero mareo.

Había llegado el momento. Toda su vida se había preparado para este momento y, ahora, todos los protocolos que había aprendido durante sus últimos años se desvanecían por los nervios.

—Nicole —susurró su hermana al ver que ella permanecía paralizada.

Tragó saliva y dio un respingo. Avanzó el último escalón y directamente hizo una reverencia, sin atreverse a mirar a los duques.

—La baronesa Waller y su hermana, la señorita Stafford —anunció el mayordomo leyendo su tarjeta de presentación.

Ambas permanecieron unos segundos haciendo una reverencia y finalmente se pusieron en pie.

Ante ella se encontraban los duques de Wiltshire. Él, Dereck Jefferson, III duque de Wiltshire, y ella, Elisa, su esposa. Ambos permanecían sonrientes y parecían bastante amigables, más de lo que ella había imaginado.

—Muchas gracias por venir —indicó Elisa—. Sé que han venido de lejos.

—De Birmingham, duquesa —informó Jacqueline.

En ese momento agradeció tener a su hermana a su lado, pues a ella no le salía ni la voz.

—Espero que disfruten mucho de esta velada —continuó Elisa.

—Muchas gracias —respondieron las dos a la vez realizando otra sutil reverencia.

Se pusieron firmes y entraron al interior de la increíble mansión. El largo pasillo que las llevaba hasta el gran salón estaba enmoquetado en un color rojo, la luz de las velas iluminaba con fuerza aquella estancia.

—Dios, creo que voy a desmayarme —susurró Nicole intentando recuperar el aliento.

Su hermana la sujetó de inmediato por el brazo.

—Respira hondo, hermana, esto no ha hecho más que comenzar —le susurró.

Se detuvieron a la entrada del enorme salón.

Jamás había visto algo tan hermoso. El salón era inmenso y comunicaba con un gran balcón circular que daba a unos amplios jardines.

La enorme lámpara de araña iluminaba con fuerza la estancia. Miró a su alrededor, había ya mucha gente, de hecho, muchos tenían ya una copa en la mano y disfrutaban de una distendida conversación.

En cuanto dio un paso hacia delante con su hermana sintió que todas las miradas se centraban en ella. El vello de todo su cuerpo se erizó y se le aceleró el corazón.

Su hermana sonrió e iba saludando con un movimiento de cabeza a todo aquel con el que se cruzaba.

Desde luego, Jacqueline había tenido toda la razón del mundo. Aquel vestido llamaría la atención de todos, estaba claro que el que fuese nueva en la ciudad más aquel vestido harían que no pasase desapercibida.

¿Era el vestido que apretaba mucho? ¿O allí costaba respirar demasiado?

—¿Estás bien? —preguntó Jacqueline.

Ella asintió levemente y miró a su alrededor. Cientos de hombres la observaban. Intentó aparentar serenidad mientras caminaba con su hermana lentamente por el enorme salón.

Al final había una pequeña orquesta que amenizaba el ambiente con música.

—Nicole —dijeron a su espalda.

Cuando se giró Judi iba en su dirección junto a su tía. Lucía un precioso vestido azul pálido que realzaba la blancura de su piel y sus ojos tan azules.

Fue hacia ella como si se tratase de un bote salvavidas y se abrazó.

—Estás guapísima —le dijo Nicole.

—Tú también —reaccionó Judi.

La tía Gladys saludó con un movimiento de cabeza y una sonrisa a Jacqueline, situándose a su lado.

—Al fin ha llegado el momento —comentó la tía Gladys con orgullo.

—Sí… —susurró Jacqueline mirando a su alrededor—, me trae tan buenos recuerdos —continuó con la mente en otro lado.

Nicole cogió la mano de Judi.

—¿Estás bien? —le preguntó Judi.

—Sí, ahora sí. Estaba un poco nerviosa —confesó Nicole.

—Te he visto entrar.

Nicole la miró un poco asustada.

—¿Se me ha notado mucho?

—No, en absoluto —intentó tranquilizarla Judi—, se te veía un poco tensa, pero nada comparado a cuando he entrado yo minutos antes. Casi me echo a llorar —rio divertida.

La tía Gladys se acercó a ellas muy sonriente.

—Chicas, comienza la fiesta… —susurró—. ¡Sir David Clapton! —exclamó la vizcondesa llamando la atención de un joven muchacho que pasaba por su lado.

Ambas se pusieron erguidas, sobresaltadas por la efusividad de la tía de Judi. ¿Esa era una forma de comenzar la fiesta?

—¿Cómo se encuentra? —continuó su tía.

El muchacho era bastante atractivo, cabello rubio oscuro y unos enormes ojos azules. Era más bien alto.

—Vizcondesa —dijo haciendo una pequeña reverencia.

—Oh, no hagas eso, muchacho, sabes que lo odio. —Fue hacia él con toda la confianza del

mundo y cogió su brazo, aunque ese gesto llamó la atención del joven muchacho que reaccionó sorprendido—. Deja que te presente a mi sobrina, la señorita Judi Kemp, y a su amiga, la señorita Nicole Stafford.

El joven las miró, sonrió y se flexionó hacia delante. Ellas realizaron una cuidadosa reverencia.

—¿Cómo va la industria de la electricidad, querido?

Ambas sonrieron al recordar aquel nombre. Este era uno de los muchachos que aparecía en su lista, aunque con los nervios del momento no recordaban que era un importante heredero de una industria eléctrica. Al menos, la tía Gladys les había refrescado la memoria.

—Muy bien, vizcondesa —admitió David—, no podemos quejarnos.

—Eso es muy bueno —reaccionó la vizcondesa con una gran sonrisa.

El muchacho miró sonriente a Judi y a Nicole, sin embargo, parecía tan intimidado por la tía Gladys como ellas por la situación.

Desde luego, si la tía Gladys iba a estar toda la velada presentándoles gente, en breve conocerían a todos los que se encontraban allí.

—Me alegro mucho de verla, vizcondesa —comentó el joven separándose de su brazo.

—Dale recuerdos a tu madre cuando la veas.

—Por supuesto, de su parte. —Se giró hacia Judi y Nicole—. Señoritas, un placer conocerlas, espero que disfruten mucho de la velada.

—Muchas gracias —respondieron las dos antes de realizar otra reverencia a modo de saludo.

En cuanto David Clapton se alejó, la vizcondesa se giró hacia ellas con cara divertida.

—Es mono, ¿verdad?

Judi chasqueó la lengua.

—Tía Gladys, por favor… contrólate —susurró mirando de reojo hacia los lados—. Y ahora no atrapes a todos los jóvenes que veas. Queremos ir tranquilas.

La vizcondesa alzó sus manos como si sufriese un atraco.

—Ohhh… alguien tenía que romper el hielo, se os ve tan paradas ahí —chasqueó la lengua —. Bueno, ahora ya sabéis cómo hacerlo. Volad, mis pequeñas —rio.

Las dos enarcaron una ceja.

—¿Qué? —preguntó Judi.

—Id a pasear, tomad una copa, mezclaos con la gente… disfrutad —zanjó con una sonrisa.

Nicole miró a su hermana que la miraba divertida.

—¿Te parece bien que nos vayamos? —preguntó con cautela.

Jacqueline asintió.

—Claro, id y divertíos mucho, y cualquier cosa que necesitéis aquí nos tenéis.

La vizcondesa cogió del brazo a Jacqueline atrayéndola hacia ella con una sonrisa.

—Nosotras tomaremos una copa e investigaremos ciertos cotilleos, ¿verdad, baronesa?

—Cierto, vizcondesa —respondió en plan de broma Jacqueline.

Desde luego, la tía Gladys sabía sacar lo mejor de cada persona con aquel carácter jovial y divertido, pues le sorprendió ver a su hermana que se sujetaba con fuerza al brazo de la vizcondesa y miraban de un lado a otro.

—Hay que buscar un grupo de mujeres… —bromeó Gladys provocando que Jacqueline comenzase a reír de nuevo.

Judi y Nicole se miraron de reojo y ambas asintieron.

—¿Adónde vamos? —preguntó Judi.

—¿Hacemos un recorrido por el salón a ver si conocemos a alguien?

Judi asintió emocionada y ambas comenzaron a caminar. Se internaron entre la gente que aún tomaba su primera copa. Había tanta gente que dudaba que pudiese conocer a todos en una sola temporada, por mucho que esta durase meses.

—Tu tía es encantadora —comentó Nicole—. Ha hecho reír a mi hermana, lo cual es prácticamente un milagro.

Judi la miró divertida.

—Sí, siempre ha sido así, pero debo reconocer que ante estas situaciones se crece —rio—. Por cierto, tu hermana parece que… está más tranquila, ¿no?

—Sí —reconoció pensativa—, creo que sí. Ayer, cuando llegamos de casa de la señora Wilson, estuvo ayudándome a planear el vestuario de la temporada, a compaginarlo con los zapatos y… —se quedó de piedra—, oh, madre mía… —susurró.

—¿Qué pasa?

—Las tres víboras ante nosotras —susurró.

Judi miró al frente y se encontró con Meggie Harris, Amanda Lewis y Annette Grant, sus tres compañeras de protocolo. Habían formado un corrillo y hablaban animadamente entre ellas, aunque claro estaba que también las habían observado.

—Es tan… sumamente atractivo —susurró Amanda mientras observaba de reojo cómo Judi y Nicole se acercaban lentamente.

—Además, el conde no paraba de sonreírte, es buena señal —le dio la razón Meggie.

—Estoy segura de que me sacará a bailar —continuó Amanda mientras se apartaba un rizo rubio que caía sobre su hombro desde el recogido a la nuca que llevaba. Se giro hacia Nicole como si no hubiesen sido conscientes de que se encontraban allí—. Oh, Judi, Nicole… qué alegría veros aquí —mintió. Por su sonrisa y la expresión de su rostro ya se intuía que lo que decía no era cierto en absoluto.

Todas se saludaron con movimientos de cabeza.

—¿Cuánto hace que llegasteis? —preguntó Nicole queriendo dar algo de conversación.

—Oh, hace más de una semana que nos encontramos aquí —respondió Amanda que, como siempre, llevaba la voz cantante de aquel trío.

—¿Lo estáis pasando bien?

—Oh, mucho… Londres es increíble —siguió Amanda con su rimbombante tono de voz—. ¿Y vosotras? ¿Cuándo llegasteis?

—Hace una semana —respondió Judi. Nicole asintió.

Meggie dio un paso hacia delante.

—¿Habéis conocido ya a alguien? —preguntó la muchacha fingiendo inocencia, aunque se le notaba su desesperación por saber.

Nicole cogió el brazo de Judi para que no respondiese, ella se encargaba de aquella respuesta.

—Oh, sí. Su tía la vizcondesa y mi hermana la baronesa nos están presentando a muchas personas… —dijo con una sonrisa tierna e inocente.

—Y la señora Wilson —añadió Judi provocando que las tres la mirasen sorprendidas—. Fuimos a tomar té ayer a casa de su prima y lo pasamos muy bien.

—¿Con la señora Wilson? —preguntó Amanda con un tic en el ojo.

—Sí, sí, la misma —respondió Nicole.

Annette intervino por primera vez.

—Dicen que se aloja en Mayfair, ¿verdad? —preguntó con inocencia, de aquellas tres

Annette era la más noble, de hecho, bien podría unirse a ellas y no con aquellas dos arpías.

—Sí, está alojada con su prima, la cual es encantadora —respondió Nicole.

Amanda ladeó su cuello estudiando a las dos jóvenes.

—¿Habéis conocido ya a alguien de título nobiliario? —preguntó directamente. Desde luego, la codicia de Amanda le hacía olvidar los buenos modales.

Judi y Nicole se miraron de reojo, sin saber cómo responder a aquella pregunta tan directa, aunque no hizo falta, no parecía que Amanda tuviese claramente la intención de saber eso, sino que Meggie les informase a ellas.

—Nosotras hemos conocido al conde de Devon hace unos pocos minutos… —explicó Meggie—, y ha quedado prendado de Amanda —susurró mientras Amanda elevaba más el mentón.

—Qué bien, felicidades por ello —reaccionó rápidamente Nicole.

—Y al vizconde de Portman —recordó Amanda—, el cual ha sido encantador también.

Judi la miró sorprendida.

—Y al barón de Dacre —intervino Annette.

Nicole y Judi las miraron sorprendidas.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Nicole que no salía de su asombro.

—No mucho más que vosotras —respondió Amanda encogiéndose de brazos.

Las cinco se miraron hasta que Nicole cogió más fuerte del brazo a Judi.

—Bueno, me alegro mucho de haberos visto, supongo que ya nos veremos más veces por aquí —dijo haciendo otra reverencia.

—Claro, nos iremos viendo —respondió Amanda.

Sin decir nada más, aquellas tres jóvenes se giraron para seguir su conversación, ignorándolas.

Judi y Nicole avanzaron a la derecha esquivando a unas cuantas personas.

—No soporto a Amanda Lewis —susurró Judi.

—Ni a Meggie…

—¿Por qué la idolatra tanto? ¿No se da cuenta de que las usa?

—La única que se salva un poco es Annette, es más noble que las otras dos —contestó Nicole.

Siguieron caminando y cogieron una copa de uno de los camareros que pasaba con bandejas.

—¿Has escuchado lo del conde de Devon?

—Sí —susurró Nicole—, debe de estar ya por aquí —supuso mirando a ambos lados.

—Dice que se ha quedado impresionado con ella…

—Sí, como que Amanda tiene mucha credibilidad —ironizó provocando que Judi riese—. Si Amanda tuviese topos en el jardín pensaría que vienen a pedirle en matrimonio —se burló.

Judi tuvo que situar su mano frente a sus labios para reprimir una carcajada.

—Sea como sea, se te ha adelantado —dijo Judi.

Nicole chasqueó la lengua.

—Sí, en eso tienes razón.

En ese momento hubo un movimiento en el salón y varias parejas se dirigieron al centro para iniciar el baile.

Judi y Nicole dieron unos pasos hacia atrás observando a las parejas que se disponían a iniciar el primer baile de la temporada.

Se sorprendieron cuando el joven al que la tía Gladys había saludado, David Clapton, se

detenía ante ellas con un gesto nervioso y hacía una reverencia hacia Judi.

—Señorita Kemp… —Judi miró nerviosa de reojo a Nicole—, ¿me concedería este baile?

Su tono de voz sonó inquieto.

Judi sonrió levemente a Nicole mientras el sonrojo cubría sus mejillas. Nicole la miró entusiasmada y asintió efusivamente para intentar sacar a su amiga de la sorpresa.

—Claro, señor Clapton —dijo ofreciéndole su mano—, será un placer.

Nicole miró sonriente cómo Judi se alejaba al centro de la pista con aquel atractivo joven. Se la notaba nerviosa, pero también feliz. Se alegró por ella, aquel parecía un buen chico, y sin duda parecía interesado en ella, de lo contrario no le hubiese pedido su primer baile.

Tan ensimismada estaba mirando a su amiga Judi que cuando la orquesta comenzó a tocar brincó. Se removió nerviosa y dio unos pasos hacia atrás alejándose de la pista de baile.

Judi y David hacían buena pareja, de hecho, se les veía una pareja joven y atractiva.

Se alegró por ella, parecía bastante intimidada por la situación, pero seguro que estaba disfrutando mucho. Los vio dar vueltas por la pista, ambos parecían compenetrarse muy bien e intercambiaban palabras porque sonreían sin parar.

—Aquí estás —dijo una voz femenina a su lado.

Nicole se giró y encontró a una señora Wilson que lucía una gran sonrisa.

Vestía un hermoso vestido color verde con piedras incrustadas en el torso que brillaban como esmeraldas.

—Buenas noches, señora Wilson —la saludó Nicole sonriente.

La señora Wilson miró en la dirección en la que observaba Nicole y parpadeó varias veces.

—¿Esa es la señorita Kemp y el señor Clapton? —preguntó asombrada.

Nicole asintió con una gran sonrisa.

—Sí, la ha sacado a bailar.

La señora Wilson asintió más seria.

—Una pareja muy bonita. —Se giró hacia ella—. ¿Por qué no estás bailando?

Nicole pestañeó ante aquella pregunta y miró a su alrededor como si fuese obvio.

—Nadie me ha sacado a bailar —respondió divertida—, pero tampoco tengo prisa, prefiero acostumbrarme primero a todo esto.

La señora Wilson se acercó a ella y cogió su mano.

—¿Has visto al conde de Devon? —preguntó. Nicole la miró y negó—. Pues ha dado la casualidad de que el conde de Devon me ha reconocido de la vez que quedé con su madre a tomar té y ha estado hablando conmigo. Le he prometido que le presentaría a dos nuevas debutantes venidas de Birmingham. —Nicole la miraba cada vez con los ojos más abiertos. ¿Presentarle al conde de Devon? La señora Wilson chasqueó la lengua al ver a Judi bailar—. Te presentaré a ti primero —dijo sujetando más fuerte su mano—, ven —ordenó tirando de ella.

Nicole no pudo ni reaccionar. ¿Qué estaba diciendo la señora Wilson?

—¿Ahora? —preguntó intentando frenarla, pero la señora Wilson parecía entusiasmada—. Prefiero esperar a que Judi…

—Tonterías, Judi está bailando con Sir David Clapton, y apuesto a que ese joven caballero la sacará más veces a bailar. Vamos —siguió tirando de ella—, el conde parecía bastante interesado. —Se detuvo en seco y se giró hacia ella con una gran sonrisa—. Parece que sí que es cierto que busca esposa. —Judi tragó saliva—. Alegra esa cara, niña. Esta es tu oportunidad —susurró.

Nicole intentó sonreír, pero sintió cómo su labio temblaba, más cuando vio de reojo cómo Amanda, Annette y Meggie observaban fijamente la escena, Amanda incluso daba unos pasos

hacia delante para seguirla, queriendo averiguar qué hacía la señora Wilson con ella.

—Vamos, el conde es encantador, seguro que le impresionas. Por cierto —dijo volviendo a tirar de ella—, ¿dónde están la baronesa y la vizcondesa?

Nicole miró alrededor.

—No lo sé —susurró nerviosa.

—Bueno, no importa —comentó pasando entre varias personas. Se detuvo en seco frente a la espalda de un hombre e hizo una reverencia. Al ver que Nicole permanecía paralizada le dio un codazo no exento de cierto disimulo.

—Ayyy —se quejó.

—Conde de Devon, le presento a una de mis predilectas de esta temporada. La señorita Stafford.

Nicole puso su espalda tiesa como un palo al escuchar aquello, ¿ya habían llegado? La señora Wilson ni siquiera le había dado tiempo para hacerse a la idea y prepararse. Instintivamente, hizo una reverencia agachando su cabeza, sin atreverse a mirarle a la cara.

Pudo observar sus zapatos negros inmaculados que se giraban en su dirección, sus pantalones negros que parecían recién planchados, pero no se atrevió a elevar su mirada hasta que reconoció aquella voz. ¿Aquella voz? ¿Por qué le era tan familiar?

—Así que usted es la señorita Stafford —dijo mientras tomaba su mano para besarla delicadamente—. Encantado de conocerla.

Desde que había llegado a la mansión de su amigo, el duque de Wiltshire, no había dejado de buscarla.

Su corazón había latido con fuerza al observarla adentrarse en el salón, llamando la atención de muchos de los hombres que observaban a los recién llegados.

Había tenido que refrenarse para no salir corriendo en su dirección. No, había esperado este momento durante muchos días, sabiendo que ella se encontraba ya en Londres y reprimiendo su impulso para ir a buscarla.

Había aguantado la respiración al verla pasear entre todos los invitados, observándola desde la lejanía. Durante la mayor parte de aquella noche se había dedicado a seguirla, observando cómo despertaba las miradas y los comentarios de todos los jóvenes que se topaban con ella.

Sí, había intuido bien, Nicole iba a ser una de las sensaciones de aquella temporada, y estaba seguro de que atraería a una larga lista de pretendientes hasta su puerta.

No conocía personalmente a la acompañante de Nicole, pero sabía que era su amiga, con la que había confeccionado aquella lista de pretendientes.

Aunque su impulso de ir a buscarla era intenso se había obligado a frenarse. Sí, Nicole le gustaba, aquellos últimos días se había transformado en una obsesión, pero también merecía un pequeño escarmiento.

En cuanto había reconocido a la señora Wilson se había acercado. Por los comentarios de Nicole sabía que se conocían, así que quién mejor que una de las mayores chismosas de las anteriores temporadas para atraer a Nicole hasta él. Chismosa, sí, pero respetada también, así era la señora Wilson.

La conversación con ella había sido muy fácil de llevar.

—Señora Wilson —había exclamado al pasar por su lado, como si no la hubiese visto hasta ese momento.

—Conde de Devon —había respondido en un tono agudo, y directamente había hecho una reverencia.

—¿Qué tal se encuentra? Me alegro de verla de nuevo por aquí.

—Oh, es muy amable. ¿Se encuentra su madre hoy aquí?

—Supongo que llegará en breve —explicó—. ¿Cómo ha ido el viaje desde Birmingham? ¿Hace mucho que se encuentra en Londres?

Aquel había sido el detonante para conseguir que la señora Wilson hablase sobre su esposo, su viaje hasta Londres y las reuniones que había mantenido aquellos días con las nuevas debutantes.

—Seguro que son encantadoras —respondió con una sonrisa.

—Oh, conde, si lo desea puedo presentárselas. Son buenas chicas —afirmó.

—Claro, estaría encantado de conocerlas —había respondido con una gran sonrisa.

Su corazón se había desbocado cuando, sin decir nada más, la señora Wilson se había alejado a la búsqueda de ellas, entre las cuales sabía que estaba Nicole.

Había esperado varios minutos, pero la señora Wilson no parecía encontrarlas. Igualmente, no dudaba que tardase mucho.

—Conde de Devon —dijo una voz a su lado—. Me gustaría presentarle a mi hija, Amanda Lewis, debuta este año, es una de las grandes promesas —declaró una madre ansiosa de encontrar un marido para su hija.

Oliver le sonrió y asintió.

—Precioso vestido, señorita Lewis.

Ella lo miró parpadeando varias veces, lo que hizo que Oliver enarcase una ceja. Sí, ya conocía a aquel tipo de madres y a aquel tipo de hijas, desesperadas por obtener un título nobiliario como fuese.

—Muchas gracias, es muy amable —respondió—. La mansión es preciosa. Es mi primera vez en Londres y todo es realmente asombroso.

Oliver miró de reojo en varias direcciones, esperando con ansia que la señora Wilson apareciese con Nicole.

—¿Está disfrutando de su estancia? —preguntó sin prestarle mucha atención.

—Mucho.

Oliver la miró y asintió. Se quedó callado unos segundos esperando a que la muchacha siguiese hablando, pero Amanda no hacía más que mirarlo fijamente a los ojos, como si así pudiese hipnotizarlo. Oliver carraspeó.

—La mansión es de mi buen amigo, Dereck Jefferson, III duque de Wiltshire.

—¿Se conocen? —preguntó sorprendida.

—Oh, y tanto que sí. Acudimos al colegio juntos muchos años —explicó sin importarle, pues la mayoría de la sociedad londinense conocía aquella historia—. Nos hemos criado prácticamente juntos.

—Antes he conocido a la duquesa, una mujer muy hermosa.

Oliver asintió.

—Sí, y encantadora —reaccionó—. Estaba impaciente por organizar su primer baile —dijo divertido.

—Pues está siendo increíble, puede decírselo de mi parte.

Oliver chasqueó la lengua.

—Ya, claro, le transmitiré sus felicitaciones.

—Conde de Devon —dijeron a su lado permitiéndole una vía de escape.

Ante él encontró al marqués de Ailesbury.

—Marqués —dijo tendiéndole la mano con una sonrisa. Se giró hacia Amanda que no se había movido ni un centímetro y realizó una reverencia—. Me alegro de conocerla, señorita

Lewis, nos iremos viendo durante la temporada.

—Eso espero, conde —susurró ella mientras realizaba una reverencia.

Oliver enarcó una ceja al escuchar aquellas palabras y estuvo a punto de resoplar. Si algo odiaba de aquellas reuniones era la pomposidad y el egocentrismo de muchas de las nuevas debutantes que acudían allí con grandes pretensiones.

Observó de reojo cómo aquella joven se alejaba y miró a ambos lados buscando a Nicole sin encontrarla. Finalmente se centró en el marqués.

—¿Cómo se encuentra?

El marqués, de enormes ojos azules y cabello negro, tenía un par de años más que él. Su rostro era fino, demasiado fino y delicado, aunque los rumores que se escuchaban de él era que solía frecuentar los burdeles del barrio de Whitechapel en busca de aventuras y nuevas experiencias.

—Bien, muy bien —reconoció el marqués—. He escuchado que ha estado de viaje por Europa, ¿no es cierto? —preguntó interesado.

—Así es, ha sido un viaje por negocios, no por placer —disimuló, pues aquella era la excusa que habían puesto para su desaparición mientras se solucionaba el tema de su hermano.

—¿De qué negocios se trata? —continuó fascinado.

—Tuve que solucionar un asunto con unos proveedores de mi tío Alfred, me pidió que me ocupase de ellos —explicó.

—¿Dónde ha estado?

—En París —reaccionó rápidamente. Al menos era una ciudad que conocía, pues la había visitado en tres ocasiones.

El marqués lo miró y asintió.

—Una ciudad encantadora —comentó lentamente y, en un gesto que extrañó a Oliver, se acercó levemente—. Por cierto —susurró—, quiero que sepa que me alegro mucho de que todo se haya resuelto.

—¿Resuelto? —preguntó sin comprender.

—Sí —siguió susurrando—, con relación a lo de su hermano.

Oliver se quedó observándolo. Estaba claro que el marqués era un chismoso que pretendía inmiscuirse en situaciones ajenas. Por otro lado, le resultaba una aclaración impertinente por su parte.

—Gracias —dijo cogiendo una copa al vuelo de una de las bandejas que los camareros paseaban—. Si me disculpa, tengo que ausentarme, estoy ocupado. —Dio un largo trago a su copa y sin esperar respuesta por parte del marqués de Ailesbury se giró.

—¿Ocupado con qué? —escuchó que preguntaba el marqués cuando Oliver se dio la vuelta e inició la marcha alejándose de él.

Su madre estaba en lo cierto, lo mejor que podía hacer era alejarse de Londres durante una temporada. No quería ni imaginar lo que hubiese sucedido si se hubiese quedado allí mientras el proceso de su hermano duraba. Seguramente, ahora lo estarían cosiendo a preguntas.

Sonrió cuando coincidió la mirada con su amigo Dereck, el duque, y su esposa, Elisa.

Fue hacia ellos mientras ponía los ojos en blanco y Dereck sonreía al verle hacer aquel gesto. Entre ellos no había secretos y ambos habían coincidido durante años y seguían haciéndolo en que aquellas reuniones sacaban lo peor de cada persona: egoísmo, codicia, envidias, falsedades… No, ninguno de los dos era amante de aquellas reuniones, pero los protocolos así lo exigían.

—Adivina con quién me he encontrado —ironizó Oliver antes de dar un sorbo a su copa y

acabarla.

—Sorpréndeme —contestó Dereck.

—Al marqués de Ailesbury. —Dereck hizo un gesto de desagrado—. Sí, eso mismo pienso yo —lo señaló.

Dereck sonrió de soslayo y miró a su esposa que se mantenía a su lado, revisando que todo estuviese correcto.

—Dime… —comentó en un susurró, acercándose—, ¿sigue frecuentando los prostíbulos?

—Ni loco le sacaría el tema —continuó Oliver con la broma—. No quiero tener que estar durante horas escuchando sus aventuras y experiencias con el sexo. —Oliver chasqueó la lengua —. Pero él no ha tenido ningún reparo en preguntarme sobre el asunto de mi hermano.

Dereck lo miró sorprendido y luego resopló.

—Mucho título nobiliario, pero de noble no tiene nada. Cuidado con él —le advirtió—, ya sabemos todos que no es trigo limpio.

—Lo sé —respondió Oliver antes de coger otra copa al vuelo.

Dereck sonrió al verlo.

—¿Piensas agotar todas mis existencias?

Oliver se encogió de hombros y miró de nuevo de un lado a otro buscando a la señora Wilson o a Nicole.

—Dispongo de toda la noche, ¿verdad? —bromeó antes de dar un sorbo.

—Toda la noche no, en algún momento me gustaría dormir —enfatizó su amigo.

19

La conversación era distendida. Al menos con Dereck y Elisa tenía conversaciones reales, no simplemente por quedar bien.

Los minutos pasaban y cada vez la ansiedad podía más con él. ¿Dónde se había metido la señora Wilson con Nicole? ¿Lo habría visto y habría huido?

Su mente viajó a gran velocidad recordando las conversaciones que había mantenido con Nicole, cuando ella le había confesado que quería ser condesa y que el conde que había escogido era el conde de Devon, él mismo. En ese momento casi se cae de culo, ahora lo veía como algo gracioso y divertido.

—Conde de Devon, le presento a una de mis predilectas de esta temporada. La señorita Stafford —dijeron a su espalda.

Sintió cómo una corriente eléctrica atravesaba toda su espalda. Se giró lentamente y ladeó su cuello observando a Nicole agachada ante él, sin mirarlo, realizando una reverencia.

—Así que usted es la señorita Stafford —dijo mientras tomaba su mano para besarla delicadamente—. Encantado de conocerla.

Pudo ver cómo Nicole daba un respingo al reconocer su voz, incluso antes de mirarlo.

Nicole elevó su mirada hacia él mientras se ponía erguida. Durante unos segundos se quedó estática, como si algo no encajase allí.

Oliver no pudo evitar sonreír de soslayo al ver su expresión de asombro.

¿Qué estaba pasando allí?

Nicole parpadeó varias veces intentando reaccionar y luego miró a la señora Wilson que aún permanecía flexionada hacia delante. Oliver se mordió el labio al ver su desconcierto. Nicole estaba totalmente aturdida. Lo miró a él recorriendo todo su rostro, como si quisiese asegurarse de que era él realmente.

—¿Oliver? —preguntó sin dar crédito.

Él enarcó una ceja.

La señora Wilson carraspeó mientras se ponía en pie.

—Conde de Devon, por favor, querida —la corrigió la señora Wilson como si fuese una grave falta de respeto lo que había hecho—. Disculpe, conde.

Oliver negó como si no tuviese importancia.

—No —dijo Nicole con la voz más aguda—. Él… —lo señaló levemente—, él no es el conde de Devon, es mi jardinero —explicó como si no le encontrase sentido al asunto—. Por cierto… ¿qué haces aquí? —preguntó hacia Oliver olvidando todo formalismo.

En ese momento, Nicole se dio cuenta de que toda la gente que la rodeaba la observaba estupefacta, sin dar crédito a lo que escuchaban, incluso pudo ver cómo Amanda Lewis junto a sus dos amigas se llevaban la mano a los labios conteniendo una carcajada.

Nicole dio un paso hacia Oliver y lo miró de la cabeza a los pies.

Oliver aprovechó para observar de reojo a toda la gente de su alrededor observándolos y susurrando entre ellos. Tampoco deseaba eso, más que nada porque su tapadera del viaje por Europa tenía que seguir pareciendo real y si Nicole seguía diciendo cosas así podrían sospechar.

—¿A un jardinero le dejan venir a…?

Oliver tomó su mano directamente.

—¿Un baile, señorita Stafford? —preguntó mientras comenzaba tirar de ella en dirección a la pista, acumulando las miradas de todos los que los rodeaban e intentando alejarla de ellos.

Nicole parecía estar realmente perdida, sin siquiera comprender lo que estaba ocurriendo.

La llevó hasta la pista mientras recibía su mirada confundida y se situó ante ella.

—No entiendo nada —comentó parpadeando varias veces.

—¿El qué no entiendes? —preguntó.

Ella extendió los brazos hacia delante, desquiciada.

—¿Qué haces tú aquí?

Oliver ladeó su cuello y se encogió de hombros.

—Querías conocer al conde de Devon, ¿no? —Ella enarcó una ceja—. Pues lo tienes ante ti.

En ese momento, la música comenzó a sonar y Oliver la atrajo hacia él situando una mano en su cintura mientras con la otra sujetaba la mano de Nicole. Tan absorta estaba que tropezó por el tirón de Oliver, golpeándose contra su pecho.

—Ayyy —se quejó.

Iniciaron lentamente un baile que les haría rodar por toda la pista.

Nicole siguió sus pasos, aunque de forma automática, pues tenía la cabeza en otras cosas.

¿El conde de Devon? La señora Wilson lo había presentado como tal. Se quedó unos segundos pensativa, intentando ordenar las ideas hasta que finalmente abrió los ojos de par en par y elevó la mirada lentamente hacia él.

—¿Túúú? —preguntó arrastrando esa palabra.

—Sí —contestó él.

Ella puso su espalda totalmente erguida.

—Ah, no —dijo incrédula.

—Ah, sí —respondió Oliver mientras la hacía girar por la pista de baile.

—No, no, no… —continuó ella más desesperada.

—Sí, sí, sí… —canturreó él.

Nicole gimió y bajó la mirada levemente, apretó los labios y esta vez lo miró más furiosa.

—¿Eres el conde de Devon?

—Eso parece —bromeó él.

—¿Me mentiste? —preguntó con el tono de voz elevado.

Oliver miró de un lado a otro, sí, todos los observaban.

—Yo no te mentí —le susurró intentando disimular—, me limité a no darte información.

—Ohhh —dijo ella molesta—, pero estabas en mi casa —continuó intentando darle sentido —. ¿Mi padre lo sabía?

—Pfff… claro que lo sabía, Nicole —contestó como si eso fuese obvio.

Ella resopló.

—Ahora entiendo por qué eras tan malo con la jardinería —le comentó.

Él enarcó una ceja.

—No soy malo, de hecho, he descubierto que la jardinería me gusta bastante… y haz el favor de bajar el tono y modular tus gestos —comentó más serio—. Nadie debe saber que estuve en tu casa. —Señaló hacia los invitados—. Ellos piensan que estuve de viaje por Europa.

—Sí, por Europa, ¡ja! —se burló ella.

Oliver la hizo girar de nuevo y ladeó su cuello.

—¿Por qué estás tan enfadada? —la interrogó—. Al fin y al cabo, es lo que más deseabas, ¿no? Conocer al conde de Devon —le recordó y alzó sus cejas repetidas veces con aire cómico.

En ese momento, ella se detuvo provocando que él tropezase levemente. Nicole lo miraba

pasmada.

—Madre mía… —susurró. Las conversaciones que había mantenido con aquel supuesto jardinero sobre que pretendía ser condesa cautivando al conde de Devon volvieron a su mente. No, eso no podía estar ocurriéndole, debía de ser una pesadilla—. Despierta, Nicole, despierta… —susurró para sí misma.

—¿Qué? —preguntó Oliver que no comprendía nada de lo que decía mientras intentaba retomar el baile, aunque Nicole estaba tan absorta en sus recuerdos que no daba pie con bola.

—No, no, no… —sollozó. Había sido una ilusa, una total ilusa. Le había confesado al propio conde de Devon, Oliver, que pensaba casarse con él, que obtendría el título de condesa gracias a él—. Tierra, trágame —gimió—. Qué vergüenza.

—Por favor, Nicole, hay que bailar, nos están mirando todos…

—¡Pues no haberme sacado! —espetó ella sin poder controlar los nervios. Oliver chasqueó la lengua—. Dios mío, Dios mío… —seguía susurrando.

Intentó soltarse de sus manos, pero Oliver la sujetó con fuerza.

—Por favor, Nicole, no des un espectáculo.

Ella apretó los labios.

—¿Un espectáculo? —alzó la voz de nuevo.

Oliver resopló y se fijó en que su pecho subía y bajaba demasiado acelerado. En ese momento se dio cuenta de que su piel adquiría un tono blanquecino.

Nicole cerró con fuerza los ojos como si intentase desaparecer de allí. Oliver la miró preocupado.

—Solo iba a darte una lección, tampoco pretendía que te desmayases —le susurró.

Ella abrió los ojos en exceso.

—¿Una lección? —preguntó ya soltándose de sus manos, totalmente avergonzada.

—Nicole, por favor… —comentó mirando de soslayo hacia los lados.

—Oh… mmm… eres insoportable, tanto de jardinero como de conde —pronunció con la espalda totalmente tirante. Se giró y aceleró el paso saliendo de la pista de baile ante la mirada asombrada de todos.

Oliver suspiró y cerró los ojos unos segundos.

—Señorita Stafford —pronunció iniciando los pasos tras ella—. Señorita Stafford, por favor…

Nicole avanzó entre toda la gente con paso apresurado.

Por Dios, quería morirse.

¿Se había sentido tan avergonzada alguna vez? Su mente no dejaba de rememorar el momento en que le había confesado sus intenciones.

—¿Qué sabrá usted sobre lo que es inteligente o no? Es un simple jardinero… —continuó enfadada por su anterior comentario.

—Sí, soy un jardinero, y aquí está usted, intentando pedirme consejos y opiniones sobre esos estúpidos bailes…

—Oh, ¿sabe qué?, puede que mi padre no pueda despedirlo, ¡pero cuando yo sea condesa será lo primero que haga!

Oliver había pestañeado varias veces, confundido. Ahora comprendía el porqué.

—¿Condesa? —preguntó totalmente erguido, incluso paralizado.

—Sí —había respondido ella con el mentón alzado—. Lo que escucha.

—Y… —Oliver tragaba saliva mientras seguía pestañeando confundido—, ¿a qué… a qué pobre conde pretende cazar? —preguntó con temor.

—Al conde de Devon, por supuesto —respondió ella.

Oliver había estado a punto de caer por la impresión y recordó cómo un tic nervioso apareció en su ojo. Ahora todo cobraba sentido.

—¿En serio?

— Impresionado, ¿verdad? —le había preguntado ella.

—Bastante, sí.

—Pues ya sabe, si quiere conservar su puesto de trabajo, a partir de ahora deberá tratarme con educación y respeto. ¿Queda claro?

Resopló al recordar la conversación y cómo en los días sucesivos se había mofado de ella llamándole condesita.

Se pasó la mano por la frente realmente agobiada mientras pasaba rápidamente entre toda la gente.

¿Hacer el ridículo? No, esa palabra se quedaba corta, muy corta.

—Me falta el aire —susurró llevándose la mano al pecho.

Miró al frente y se fijó en que varias personas le prestaban total atención, pasmadas por lo que estaba ocurriendo. Necesitaba huir de allí, esconderse en algún lugar y no volver a salir nunca de allí.

Avanzó rápidamente hacia el único lugar que parecía no tan concurrido y donde no habrían presenciado la escena.

Salió al balcón y sintió el aire fresco en su piel. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo mientras intentaba serenarse. De nada serviría entrar en crisis, pero… ¿cómo no iba a hacerlo? ¡Le había dicho al propio conde de Devon que iba a casarse con él! ¡Que iba a conquistarlo para obtener un título!

Gimió mientras se acercaba hacia la baranda y observó que a la derecha del balcón circular había unas escaleras que descendían hacia el vasto jardín de aquella lujosa mansión.

Algunos hombres subían por aquella escalera como si hubiesen dado un paseo.

Jamás se había sentido tan avergonzada como en ese momento.

Había hecho el ridículo, no solo delante de él, sino delante de gran parte de los invitados a aquel baile, el primer baile de la temporada.

Sintió cómo los ojos se le humedecían, pero intentó controlarse. En algún momento debería volver dentro a buscar a su hermana. En cuanto se calmase le pediría a su hermana irse, no quería estar allí.

—Señorita Stafford… —reconoció la voz de Oliver al salir a la terraza.

Ella resopló y se giró hacia él.

—Déjeme —ordenó ella dando unos pasos hacia el lado.

—Espere, hablemos.

—¿Hablar sobre qué? —preguntó ella dirigiéndose hacia las escaleras—. Ya ha conseguido lo que quería, dejarme en ridículo delante de todos los invitados en mi primer baile. ¿Esta era su venganza?

Oliver apresuró su paso siguiéndola hacia las escaleras.

—Sinceramente, no pensaba que fuese a reaccionar así.

—¿Y cómo esperaba que lo hiciese? —preguntó bajando ya los escalones—. Usted me ha engañado totalmente, me ha hecho sentir avergonzada… ya ha conseguido lo que quería, ¡ahora déjeme!

Oliver resopló mientras bajaba los escalones tras ella.

—Ni mucho menos quería avergonzarla.

Llegó al final de la escalera y se giró hacia él hecha una furia.

—¿Y qué pretendía entonces? —Oliver se detuvo también al bajar el último escalón a unos metros de ella. Nicole se quedó esperando una respuesta, pero Oliver no decía nada, simplemente se mantenía firme ante ella—. ¿Va a decir algo, conde? —preguntó irónica—. Es mi primer baile, mi presentación en sociedad, sabía lo nerviosa que estaba, lo importante que era para mí… y usted ha echado mi futuro a perder.

—¿Su futuro? Me parece que está dramatizando un poco.

—¿Cree que no hablarán sobre lo ocurrido? ¿Sobre cómo lo he llamado jardinero delante de muchos invitados? —Lo miró dolida—. ¿Quién va a querer ahora bailar con la debutante que insultó a un conde?

—Yo no me siento insultado —reaccionó rápidamente.

—Pues yo sí. Lo que ha hecho no es digno de un caballero. —Volvió a cogerse el vestido de nuevo—. Y ahora, si me disculpa, conde —enfatizó esa palabra haciendo una reverencia a modo de burla—, me gustaría estar a solas. —Se giró directamente y comenzó a dirigirse al jardín.

—Señorita Stafford —la alertó—, no vaya a las zonas oscuras…

Ella se giró mientras seguía hablando.

—Iré donde me plazca —contestó con un grito que hizo que Oliver cerrase los ojos con fuerza.

—¡Menudo pulmón tiene! —le gritó él siguiéndola.

Nicole se giró al darse cuenta de que la seguía.

—Por Dios, ¿puede dejarme tranquila? —reaccionó desquiciada—, solo necesito un tiempo a solas para calmarme y pensar.

—Pues hágalo en otro lugar, no aquí —insistió mientras ella se adentraba entre los árboles —. Señorita Stafford… ¡Nicole! —dijo al final. Ella se detuvo cuando escuchó cómo pronunciaba su nombre—. Sabe que si nos ven a los dos aquí puede dar lugar a especulaciones…

—Pues no me siga —respondió enfadada.

—¿Cómo no voy a seguirla? La última vez que no me hizo caso fue atracada, ¿lo recuerda?

—Es un simple jardín —dijo extendiendo los brazos a los lados.

Oliver se pasó la mano por los ojos, frotándoselos, como si se armase de paciencia y se giró hacia la mansión, al menos, Nicole había decidido detenerse antes de llegar a la zona que permanecía en más penumbra.

—Vamos dentro y…

—¿Dentro? ¿Está loco? —Lo miró—. No, no pienso volver ahí dentro. Todos se estarán riendo y burlando de mí.

—No creo que lo estén haciendo. —Ella enarcó una ceja—. Y si lo hiciesen, ¿qué más da? Ya le dije, solo debe importarle lo que usted opine. ¿Se cree que a mí me importa lo que ellos digan? —Ella se removió nerviosa—. Si desaparece del baile será peor, pero si aparece y actúa con normalidad… solo quedará en un malentendido. Si hace falta yo asumiré la culpa.

Ella resopló.

—No, no quiero volver, ni siquiera quiero hablar con usted…

—¿Se le han pasado las ganas? —bromeó esta vez.

—Arggg… —dijo ella alzando las manos hacia el cielo.

—Y pensar que decía que iba a casarse conmigo, ¿eh? —intentó bromear para quitarle hierro al asunto, pero ella no se lo tomó como tal.

Nicole dio unos pasos hacia delante.

—Pues no, no pienso casarme con usted, ¿entiende? Creo que también le dejé claro que,

aunque deseaba un título nobiliario para impresionar a mi hermana, no era lo más importante, para mí lo más importante es el…

—El amor, sí —recordó él.

—Y yo jamás podría amarle a usted, ¿lo entiende? No después de lo que ha hecho —Oliver la miró fijamente—. De todas formas, tampoco creo que usted desee casarse con la mujer de la que se ha estado riendo este último mes, incluso el día de su presentación en sociedad. Así que creo que ya está todo claro, conde. —Dio un paso hacia él—. No tiene que preocuparse más por mí.

Oliver se quedó observándola con las manos en los bolsillos, sin saber qué decir ante lo que ella pronunciaba.

Quizá aquel no era el momento oportuno para revelarle quién era realmente. Debería haberlo pensado mejor, conociéndola debería haber intuido cómo reaccionaría.

Nicole volvió a caminar, alejándose ante la mirada atenta de Oliver.

Hasta ese momento había sentido ansiedad por su reencuentro, había pensado que sería más divertido, pero se sintió mal al comprender la situación en que la había puesto por simplemente gastarle una broma.

—Nicole… —volvió a llamarla al ver que se dirigía a la zona de los árboles—, Nicole… —insistió caminando de nuevo tras ella.

Ella alzó los brazos desquiciada y se giró hacia él.

—Y ahora, ¿qué? —gritó mientras Oliver avanzaba hacia ella—. ¿No ha tenido bastante? —le preguntó.

Oliver fue hasta ella e intentó controlar su voz.

—Lo siento —reconoció con sinceridad. Ella lo miró de la cabeza a los pies—. Créeme que por nada del mundo querría perjudicarte —pronunció con confianza.

Ella apretó los labios e intentó calmarse.

—Pues lo has hecho —susurró.

Sin decir nada más volvió a girarse e inició su camino, aunque esta vez torció a su izquierda dirigiéndose a la mansión, pues parecía que Oliver no iba a cejar en su empeño de perseguirla si seguía caminando hacia la zona oscura.

Oliver se quedó quieto mientras la observaba dirigirse hacia la mansión.

Desde luego, aquello no había salido como esperaba. Eso no era precisamente lo que quería que ocurriese.

Nicole subió los escalones rápidamente, cruzó la terraza y entró en el salón de nuevo.

Al menos, la mayor parte de los invitados no la miró cuando entró.

Nicole avanzó entre todos buscando desesperadamente a su hermana. Quizá Oliver sí tuviese razón y en realidad no hubiesen presenciado lo ocurrido entre ellos tantos invitados, pues por suerte muchos de ellos se encontraban hablando en otras partes del salón y solo los que conseguían pareja de baile se dirigían a la pista.

Se detuvo en seco cuando Amanda se cruzó en su camino en compañía de Annette y Meggie.

—¿Un jardinero? —se burló Amanda. Nicole la escudriñó con la mirada—. Jamás podremos olvidar el memorable momento que has protagonizado en nuestra presentación en sociedad —reía—. Gracias por este momento y… por favor… —dijo acercándose para susurrarle—, no me lo pongas tan fácil.

Dicho esto, Amanda se alejó junto a sus amigas.

Nicole inspiró hondo intentando calmar sus sentimientos y no echarse a llorar allí mismo.

Sabía que Amanda no dudaría en repetirle aquello cientos de veces con tal de hacerla sentir mal y retirarla de la competencia.

Por suerte, observó a su hermana cerca de una de las columnas junto a la vizcondesa. Fue directa hacia allí.

—Nicole —pronunció su hermana como si nada, con suerte no habría presenciado lo ocurrido—, ¿cómo va?

Ella se acercó intentando controlar un puchero.

—¿Podemos irnos?

La tía Gladys la cogió del brazo.

—¿Qué te ocurre, niña? —susurró al ver su estado.

Nicole negó, en ese momento, junto a su hermana y la tía de Judi, se desmoronó y sintió verdaderos deseos de llorar.

—Por favor —suplicó de nuevo hacia su hermana.

Jacqueline la observó preocupada y asintió lentamente.

—De acuerdo, como prefieras —susurró—. Iré a llamar al carruaje.

20

No había podido dormir en toda la noche. Los recuerdos de lo ocurrido la atormentaban constantemente. La situación le intimidaba en exceso y lo peor de todo era que el grupo de víboras encabezadas por Amanda lo había visto todo.

Ya era tener mala suerte, hubiese preferido cualquier otra persona antes que ellas.

Se acercó a la ventana de la salita y miró a través de ella.

Nada, ni un pretendiente, pero, por otro lado, ¿quién iba a acudir? No había bailado con nadie más que con Oliver y encima lo había dejado abandonado en medio de la pista. ¡Al conde! ¿Quién en su sano juicio acudiría a intentar conquistarla?

No, el que debía ser el día más feliz de su vida se había transformado en el día más desastroso que pudiese imaginar.

Su hermana entró en la sala y se apoyó contra el marco de la puerta, observándola.

—¿Va todo bien? —preguntó con cautela. Miró a Jacqueline y asintió sin decir nada más. Su hermana avanzó en su dirección—. ¿Vas a explicarme lo que ocurrió anoche?

Nicole se mordió el labio, ni siquiera se había atrevido a explicarle lo ocurrido. ¿Cómo explicar algo así? Se moría de la vergüenza solo de pensarlo.

—No fue nada.

—No lo parece —matizó ella.

Nicole suspiró, fue al asiento y se arrojó sobre él, desplomándose.

—Me enteré de un engaño. Me llevé una desilusión —explicó con la cabeza gacha y sin ánimo en la voz.

Jacqueline fue hacia el asiento y se sentó a su lado. Permaneció unos segundos en silencio hasta que se giró hacia ella.

—¿Algún caballero? —Nicole chasqueó la lengua y se encogió de hombros. Jacqueline tragó saliva y miró también en dirección a la ventana—. A veces pecamos de inocentes. —Nicole la miró—. Verás, la… la primera vez que vi al barón Charlie Waller caí rendida a sus pies. Un barón interesado en una chica como yo… sin aspiraciones a entrar en la nobleza. —Miró a su hermana con tristeza—. Nos vimos en tres bailes y el barón me pidió matrimonio. No pude negarme —rio recordando el momento. Luego se mantuvo callada e inspiró hondo—. Pero quizá debería haberlo hecho. —Nicole la miró confundida—. A veces nos ciega lo que menos importa —explicó sin mirarla—. El barón me prometió una vida llena de felicidad, que estaría siempre conmigo, que me atendería en todo lo que necesitase, que jamás me faltaría de nada…

Nicole se echó hacia delante.

—¿No eres feliz?

Jacqueline permaneció en silencio, pensativa durante unos segundos.

—Que conste que quiero muchísimo a mi marido, pero a veces… siento que me precipité, que me dejé engatusar por una idea romántica que no existía. —Chasqueó la lengua—. Con el tiempo te das cuenta de que eso no importa, lo que importa es tener a un hombre a tu lado que te acompañe en las noches, que desee pasar tiempo contigo, que te haga sentirte querida… —Se echó hacia su hermana y le estrechó la mano—. Sí, ahora siento que debería haberme dado una oportunidad a mí misma, la oportunidad de luchar por encontrar algo mejor. No quiero que a ti te pase lo mismo… —explicó—, los títulos nobiliarios no sirven de nada, solo aportan obligaciones

que pueden costar una pareja.

Nicole miró sorprendida a su hermana.

—¿Por eso no quieres que obtenga un título nobiliario mediante el matrimonio?

Jacqueline apretó los labios.

—No quiero que te pase lo mismo que a mí. —Ladeó su cuello—. Somos hermanas, y te conozco… y sé que alguna persona te ha defraudado, pero, a veces, las que nos defraudan son las que más nos importan, Nicole —acabó diciendo—. Antes de… de decidir si merece la pena luchar o no por esa persona… piénsalo bien.

Nicole asintió lentamente. Ese era el primer consejo que le daba su hermana, y no le faltaba razón.

Nicole suspiró.

—Metí la pata, Jacqueline —explicó. Su hermana se quedó en silencio esperando a que continuase—, y no sé cómo solucionarlo.

—Nicole, estás en Londres para divertirte y conocer gente —continuó con un tono sosegado —. Pues limítate a hacer eso. Disfruta de la experiencia. —La miró ladeando su cuello—. Hasta que no estés comprometida no existen las obligaciones con nadie, y menos con un caballero. No le debes nada a nadie. Ten eso en cuenta.

Aquellas palabras le dieron ánimo. Al fin y al cabo, su hermana tenía razón. Ella no le debía nada al conde, así que lo mejor sería olvidar lo ocurrido y empezar de nuevo. Sí, eso sería lo mejor. Sin embargo, había algo más, se sentía terriblemente atraída por Oliver, ya lo había hecho cuando creía que era un simple jardinero… sin embargo, él no parecía sentir lo mismo por ella. Quizá por eso a ella le dolía mucho más aquella traición.

—¿Te importa si esta noche dejamos pasar el baile de los Chapman? No me siento muy bien.

Su hermana asintió.

—De acuerdo, pero el jueves te obligarás a ir al baile de los Graham. No puedes quedarte aquí encerrada el resto de la temporada.

—Lo haré —aceptó ella—. Te lo prometo.

—Está bien. —Jacqueline se dirigió a la ventana y miró a través de ella. Nada, ni rastro de pretendientes aquel día. Miró hacia la señora Roberts y tomó aire lentamente—. Señora Roberts, pueden preparar la comida, no parece que vayamos a tener visita.

—De acuerdo, baronesa. Les aviso cuando esté preparada —contestó el ama de llaves.

—Gracias.

Oliver caminó entre todos los invitados a aquel baile.

La familia Chapman siempre organizaba unas fiestas extraordinarias.

Allá por donde pasaba recibía las miradas de todas las madres y debutantes que lo observaban como si se tratara de una presa.

Era extraño, pero la única que lo había mirado realmente como quien era, era Nicole.

Llevaba todo el día deseando que llegase el baile de la familia Chapman para encontrarse con ella, debía aclarar muchas cosas. Aquella noche había sido larga y había dado para mucho. Sí, Nicole le atraía, lo había hecho desde el primer momento, con aquella lengua afilada y su carácter jovial, pero tras lo ocurrido la anterior noche se había dado cuenta de que no solo sentía atracción por ella. Estaba enamorado de aquella joven, de su carácter, de su desparpajo, de aquella sonrisa y de su mirada.

El resto de las debutantes no le importaba, ni siquiera tenía ojos para ellas, en su mente solo había una: Nicole.

—¿Dónde se ha metido? —susurró mirando de un lado a otro.

No pensaba dejarla escapar. Aunque la noche anterior, en su presentación en sociedad, todo se había alterado, estaba seguro de que a medida que la temporada pasase ella se convertiría en una de las debutantes más cortejadas. Aquello le ponía de mal humor. No quería tener que competir con otros hombres por ella, pero después de lo ocurrido sospechaba que ella no se lo iba a poner nada fácil.

Llevaba más de dos horas en la mansión de los Chapman, había recorrido el enorme salón, el pasillo y el jardín y no había ni rastro de ella. ¿Puede que no hubiese acudido?

Inspiró con fuerza y miró de un lado a otro mientras se abrochaba correctamente el puño de su cacheta y avanzaba entre varios invitados.

Salió al exterior y cogió una copa mientras rebuscaba entre todas, aunque resopló cuando observó cómo tres jóvenes lo miraban, de hecho, parecían hambrientas.

Reconoció de inmediato a una de las jóvenes, se había presentado la noche anterior: Amanda Lewis.

Estuvo a punto de caminar en dirección contraria cuando vio que se acercaba disimuladamente. Las estrategias de seducción de las mujeres cada vez le sorprendían más.

La miró de reojo acercarse hasta situarse a su lado.

—Buenas noches, conde —comentó con voz aterciopelada.

—Buenas noches —respondió sin mirarla, buscando aún a Nicole entre todas las jóvenes.

—No sé si me recuerda, nos presentaron ayer en el baile de…

—La recuerdo —contestó girándose hacia ella—. Amanda Lewis, ¿no es cierto?

Ella asintió efusivamente, como si fuese un privilegio que recordase su nombre.

No le gustaban ese tipo de mujeres, incluso su mirada era como la de un depredador. Amanda se quedó mirando su perfil.

—¿Se encuentra bien, conde? —preguntó.

—Sí, claro… ¿por qué?

—Después de lo de ayer… —Oliver ladeó su cuello, observándola—, pensé que quizá se sentía…

—Me siento perfectamente, señorita Lewis. Le agradezco que se preocupe tanto por mi estado de ánimo —pronunció apartando la mirada de ella.

—Es lo apropiado —razonó ella con una sonrisa.

Entre varias personas se fijó en una de cabellos rubios recogidos. ¿Aquella muchacha era la amiga de Nicole? ¿Cómo se llamaba? Comenzó a rememorar nombres.

—Debe saber que nadie aprobó la conducta de la señorita Stafford… —Oliver ni siquiera la escuchaba. ¿Sophia? ¿Emily? Emma, tal vez—, no estuvo bien por su parte dejarlo en la pista de baile… —Isabella... recordaba que se lo había mencionado. ¿Judi? ¡Judi!

—Sí, eso es —susurró para sí mismo. Se giró hacia Amanda y se despidió cortésmente—. Que pase una buena noche, señorita Lewis.

Se alejó de ella sin esperar a que esta pronunciase nada y caminó entre todos los allí presentes. Muchos de ellos se encontraban hablando alrededor de una fuente que echaba unos altos chorros de agua, muchos camareros repartían bebida y dulces que amenizaban la fiesta y desde el interior del salón llegaba la música de la orquesta.

Rodeó la fuente por el otro lado para interceptarla y, en ese momento, se dio cuenta de que no iba sola.

—Buenas noches —las saludó.

Ambas se quedaron de piedra mirándolo, obviamente ya se habían informado de quién era

él.

—Conde —pronunciaron las dos haciendo una leve reverencia.

—No, por favor… no… no hagan eso —comentó rápidamente—. Disculpen que las asalte así… —Miró directamente a Judi—. Estoy buscando a su amiga, la señorita Nicole Stafford.

Judi parpadeó varias veces y lo miró asombrada. ¿De qué le sonaba aquel hombre? Ahora que lo veía de cerca le recordaba a alguien.

—Oh, me temo que debo informarle de que la señorita Stafford no ha acudido esta noche, se encontraba indispuesta —respondió Judi.

Oliver la miró seriamente y asintió con la cabeza.

—¿Sabe lo que le ocurre? —preguntó preocupado.

—Lo siento, pero no, simplemente me ha hecho llegar un mensaje diciéndome que no podía acudir esta noche a este baile porque no se encontraba bien. Siento no serle de más ayuda.

Oliver asintió y dio un paso atrás mientras colocaba sus manos a la espalda.

La tía Gladys que acompañaba a su sobrina se quedó observándolo.

—¿Quiere que le trasmitamos algún mensaje? —preguntó con una voz tierna, pues sabía reconocer perfectamente cuándo un joven estaba interesado en una muchacha y, sin duda, el conde de Devon lo estaba en Nicole Stafford.

—Sí, por favor… —carraspeó—, solo que espero que se mejore pronto y verla en el baile de los Graham.

—Claro, le haremos llegar su mensaje —contestó la vizcondesa.

En ese momento, Oliver elevó una mano.

—Disculpen, pero hay algo más que pueden hacer por mí, les estaría muy agradecido.

—Claro —respondió Judi.

—¿Podrían facilitarme su domicilio?

Una vez consiguió un papel y un bolígrafo anotó la dirección que Judi le recitó y se quedó a solas de nuevo.

Intuía que la causa por la que no había acudido al baile era precisamente él y el escándalo que se montó el día anterior.

En dos días tendría la oportunidad de volver a verla en una de las reuniones sociales y esperaba que, esta vez, sí acudiese.

Miró la dirección que la amiga de Nicole le había facilitado y se sorprendió al ver el barrio donde habían alquilado la casita para la temporada.

El barrio de Mayfair donde él disponía de casa propia y el barrio de Belgravia se encontraban a diez minutos en carruaje.

Se quedó observando a todos los invitados y avanzó hasta otro de los camareros para coger otra copa.

Tomaría aquella copa y se marcharía, ahí no tenía nada que hacer en esos momentos, aunque al girar y mirar al lado resopló al encontrar a otro grupo de jóvenes que lo miraban atentas, dispuestas a acercarse en cualquier momento para presentarse. No iba a dar pie a ello.

—Señoritas —comentó con un movimiento de cabeza antes de darse media vuelta y alejarse de allí rumbo a la puerta de salida para solicitar su propio carruaje.

21

Nicole permanecía sentada en su salita, observando a través de la ventana cómo decenas de personas paseaban por la calle.

Ni siquiera sabía para qué se levantaba pronto, se arreglaba y bajaba a la salita esperando que algún pretendiente acudiese a conocerla mejor y cortejarla.

Su hermana entró en la sala y la observó desde la puerta.

—Creo que para el baile de los Graham de esta noche deberías ponerte el vestido azul —sugirió. Nicole se giró y asintió sin decir nada. Su hermana suspiró y fue hacia ella. Comprendía la tristeza que debía sentir, aunque su hermana no decía nada al respecto, el día anterior y aquella mañana se mostraba muy reservada. No quería insistirle más, pues cuando ella estuviese preparada ya le contaría lo que necesitase—. Todo mejorará —dijo acercándose por la espalda—. Esta noche brillarás como la debutante más especial de todas, y mañana tendrás una larga lista de pretendientes esperando en la puerta, deseosos de poder hablar un rato contigo.

Nicole le sonrió, pues comprendía lo que hacía su hermana. Suspiró y miró de nuevo por la ventana. Desde que su hermana se había liberado de la presión que la oprimía y se había sincerado con ella respecto a su relación con su esposo su carácter había cambiado, era como si se hubiese sacado de encima una gran carga.

—¿Tú crees? —preguntó divertida.

—Por supuesto que lo creo, mírate… —la señaló—, eres una de las debutantes más bonitas que hay. Tú simplemente disfruta de la noche y todo irá bien.

Nicole miró de nuevo hacia la ventana. El problema era que ella no quería una larga lista de pretendientes. Ella deseaba a uno en concreto, uno que no podía sacarse de la cabeza, pero el destino había sido cruel con ella y ahora se encontraba en una situación muy difícil. Le había dado vueltas durante toda la noche y lo mejor, por mucho que le doliese, era olvidar a Oliver, estaba claro por su conducta que no estaba interesado en ella. ¿Cómo había dicho? ¿Darle una lección? Ella debía seguir adelante, disfrutar del momento… comenzar de cero.

Fue hacia el asiento y se desplomó sobre él.

—Creo que sí, me pondré el vestido azul que me dices.

Su hermana hizo un gesto gracioso.

—Pero esta vez le diré a Georgina que te haga un semirrecogido, creo que si dejamos parte del pelo suelto con unos mechones rizados quedará precioso.

Nicole asintió.

—De acuerdo. Me gustaría ponerme los pendientes de perlas —dijo Nicole.

—Magnífica decisión —señaló su hermana—, estarás preciosa y vas a deslumbrar como ninguna otra —continuó intentando subirle el ánimo.

En ese momento llamaron a la puerta.

Jacqueline se giró y Nicole se incorporó de inmediato. Ambas se miraron expectantes.

—¿Quién es? —le susurró Nicole.

—No lo sé —respondió Jacqueline nerviosa.

Nicole se puso directamente en pie y fue hacia la ventana. Ante la puerta había un hombre con un enorme jarrón lleno de flores.

—Shhh… ehhh… —le susurró Nicole a su hermana—, creo que traen flores.

—¿Flores? —preguntó su hermana entusiasmada.

La señora Roberts abrió la puerta y cogió lo que le entregaban. En cuanto la puerta se cerró, Jacqueline avanzó directamente hacia la señora Roberts quitándole el hermoso jarrón blanco de cerámica y observando el precioso ramo de flores.

—Son para la señorita Stafford —aclaró la señora Roberts.

—¿Quién las envía? —preguntó su hermana rápidamente mientras Nicole se acercaba a la puerta.

La señora Roberts alzó los hombros mientras se apartaba para seguir con sus labores domésticas.

—No nos han dicho quién es el remitente, pero es un ramo precioso… —susurró Jacqueline mientras entraban de nuevo en la sala.

—Hortensias —susurró Nicole asombrada.

—¿Qué?

—Son mis flores favoritas, las hortensias —respondió con una sonrisa mientras Jacqueline situaba el ramo en la mesa. Había hortensias de varios colores: rosadas, azules, amarillas, lilas… era un ramo realmente precioso—. Mira, aquí hay un sobre —dijo cogiéndolo de entre unas ramitas.

Su hermana se situó a su lado emocionada. Nicole lo abrió.

—¿Puedo leerlo? —preguntó intrigada.

—Claro que puedes —dijo mientras abría el papel doblado—. Siento mucho lo ocurrido —susurró—, espero verte esta noche en el baile de los Graham. Oliver.

Se quedó totalmente estática con la pequeña carta entre sus manos.

—¿Oliver? ¿Quién es Oliver? —preguntó Jacqueline emocionada.

Nicole tragó saliva.

—El conde de Devon —respondió en un susurro.

Jacqueline la miró fijamente y desencajó su mandíbula.

—¿El… el conde de Devon? —preguntó en un tono agudo. Nicole asintió—. Madre… mía… —susurró con una gran sonrisa—. ¡Te ha enviado flores un conde!

No sabía cómo encajar aquello. Por un lado, le emocionaba enormemente que Oliver hubiese tenido aquel detalle con ella. Pasó sus dedos sobre las suaves flores. Por otro lado, no quería hacerse ilusiones. Su primer baile había sido totalmente decepcionante, tanto que no se había atrevido a ir al de los Chapman. ¿La habría buscado en el baile y por eso le decía que esperaba verla aquella noche?

Se encontraba en una encrucijada. Ella misma le había confesado que quería un matrimonio con el conde de Devon para conseguir un título nobiliario, lo cual era humillante… esa era una de las causas por las que no había querido acudir a la velada anterior. ¿Cómo enfrentarse a él después de lo que había dicho? Se sentía totalmente avergonzada por sus palabras, sin embargo, no podía obviar que se sentía profundamente atraída por él, incluso antes de saber que era un conde. Oliver le gustaba.

Quizá su hermana tuviese razón y debería darse una oportunidad a sí misma.

Aquella noche acudiría y disfrutaría, sin importarle lo ocurrido en la velada anterior con el conde. No, haría como si nada y bailaría con todo aquel que se lo pidiese. Quizá, de aquella forma, podría saber cuáles eran las intenciones reales de Oliver. ¿Le enviaba aquellas flores solo como una forma de disculparse por lo ocurrido? ¿O pretendía algo más?

Nicole sonrió a su hermana que parecía dar saltos de alegría, aunque se detuvo y cogió su mano.

—¿A ti te gusta el conde de Devon?

Nicole se encogió de hombros y miró las flores.

—Es muy atractivo.

—Sí, sí que lo es.

—Pero debo conocerlo más…

—Por supuesto —le dio la razón—. Y darte una oportunidad con el resto de pretendientes.

—Sí.

Su hermana le sonrió emocionada, con una ternura infinita.

—No cometas el mismo error que yo, Nicole —le suplicó—. Conoce a tus pretendientes, habla con ellos, dales una oportunidad y, cuando llegue el momento, ya decidirás. Tómatelo con calma.

Nicole asintió.

—Así lo haré, gracias por el consejo, hermana —le contestó con una sonrisa agradecida.

Eso mismo iba a hacer.

Haría como si no hubiese ocurrido nada, se daría tiempo, conocería a todos los hombres que quisieran hacerlo y les daría una oportunidad a todos por igual. Lo merecía.

Jacqueline miró el reloj.

—Mira qué hora es —exclamó—. Tenemos que comer y arreglarnos o no llegaremos al té con Judi y la vizcondesa —advirtió mientras se dirigía a la cocina para pedir que les preparasen la comida.

Nicole observó con una sonrisa cómo su hermana se alejaba.

Se giró y se miró en un pequeño espejo.

—Vamos, Nicole… hay que labrarse un buen futuro —susurró dándose ánimo a sí misma.

Estaba decidida. Iba a comerse el mundo.

Judi depositó con cuidado la taza con el plato sobre la mesa mientras la vizcondesa, la tía Gladys, desencajaba la mandíbula.

—Con razón nos pidió tu dirección —respondió.

Jacqueline se acercó a la mesa con interés.

—¿Os la pidió personalmente?

Judi asintió.

—Sí. —Miró a Nicole—. Se acercó a nosotras. Me preguntó si era tu amiga y me pidió que le diese tu dirección. —Se encogió de hombros—. No sabía si dársela, pero parecía bastante desesperado —comentó mirando de reojo a su tía.

La tía Gladys asintió de forma efusiva.

—Sí, sí… espero que no haya problema.

—Por supuesto que no —respondió Jacqueline tomando su taza—. Las flores que ha enviado son preciosas. —Sonrió y se acercó a ellas por encima de la mesa, como si fuese a revelarles otro secreto—. Y había una nota…

—¿Qué ponía? —preguntó la vizcondesa.

—Que lo sentía mucho y que esperaba verla esta noche en el baile de los Graham.

Judi ladeó su cabeza.

—¿Qué sentía? —preguntó directamente a Nicole.

Nicole apretó los labios.

Oliver le había comentado durante el baile que los invitados no debían saber que él había pasado un tiempo en su casa en calidad de jardinero. Ahora que lo pensaba, debía preguntarle por ello. Por lo poco que le había explicado, habían hecho creer a todo el mundo que se encontraba

de viaje por Europa, así que ella no podía explicar lo sucedido realmente. Igualmente, le daba vergüenza hacerlo. ¿Cómo decir que había revelado que deseaba casarse con el conde de Devon al propio conde de Devon?

Se encogió de hombros y cogió su taza.

—Tuvimos una discusión mientras bailábamos…

—Ah, ¿sí? ¿Sobre qué? —preguntó su hermana interesada.

Nicole volvió a coger la taza de té y dio un sorbo lentamente, intentando hallar alguna respuesta convincente.

—No fue nada, una tontería.

—¿Por eso te fuiste corriendo de la pista? —preguntó Judi.

Nicole chasqueó la lengua.

—¿Te fuiste corriendo de la pista? —exclamó su hermana que obviamente no había visto nada de lo ocurrido—. ¿Por qué me entero yo ahora de esto?

Nicole situó su mano sobre la de su hermana intentando calmarla.

—No te preocupes, no fue nada. —Tragó saliva—. No tiene importancia.

Judi se acercó también a la mesa para seguir explicando.

—¿Sabes qué? —susurró en dirección a Nicole—. En el baile de los Chapman pude ver cómo Amanda Lewis se acercaba al conde e intentaba darle conversación.

—¿En serio? —preguntó Nicole sorprendida, aunque pensándolo mejor no había ninguna sorpresa en ello, estaba claro que Amanda iba a ir a por él.

—Sí —rio Judi—, pero no le hizo mucho caso. Fue cuando se despidió de ella y vino en nuestra búsqueda para preguntarnos sobre ti. —Comenzó a reír—. Se va a morir de envidia si se entera de que te ha enviado flores y que está deseando verte esta noche.

—¡Solo has ido un día y ya tienes las atenciones de un conde! —comentó la vizcondesa emocionada—. ¡Esto promete! —Nicole hizo un gesto tímido—. Lo que tienes que hacer es que no vea que estás demasiado interesada en él… —sugirió—, si de verdad él lo está luchará por ti.

Nicole se mordió el labio. Ella era la primera que necesitaba saber si era realmente interés o solo se disculpaba por lo ocurrido en el primer baile de la temporada.

—Es lo que tenía pensado. No quiero hacerme demasiadas ilusiones y queda mucha temporada por delante —comentó lentamente—. No quiero cerrarme puertas a conocer a más pretendientes.

—Bien hecho —le indicó su hermana que aprobó sus palabras.

Nicole dio otro sorbo a su té y miró de un lado a otro.

—¿Sabéis algo de la señora Wilson? —intentó cambiar de tema.

—La vimos en el baile, estuvimos un rato con ella hasta que se unió su prima, luego nos fuimos a dar un paseo nosotras —explicó Judi—. Nos dijo que nos invitaría de nuevo a su casa a tomar té, que lo habían pasado muy bien.

—Por supuesto que acudiremos —comentó Nicole feliz—. Lo cierto es que ella y su prima fueron muy amables.

—Lo pasamos muy bien —comentó Jacqueline sonriente.

La tía Gladys alzó la mano hacia uno de los camareros para llamarle la atención y que se acercase a la mesa.

—Voy a pedir más dulces… ¿queréis más? —preguntó. Todas negaron—. Bueno, claro… vosotras aún os preocupáis por entrar en los vestidos, pero yo no —bromeó. El camarero se acercó—. ¿Puede traer unos cuantos dulces más, por favor? —preguntó entregándole la bandeja.

—Por supuesto —respondió el hombre cogiendo la bandeja—. ¿Tiene preferencia por

alguno?

—Mmm… un par de chocolate y otro par de café, gracias. —En cuanto el camarero se alejó, la tía Gladys se giró de nuevo hacia el resto—. Por cierto, ¿quién es esa tal Amanda Lewis? —preguntó interesada.

Judi se giró hacia su tía.

—Es una de nuestras compañeras de protocolo en Birmingham —explicó—. Siempre va junto a Meggie Harris y Annette Grant. Esas tres señoritas no son muy amables —acabó arrastrando sus palabras.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Siempre nos miraban por encima del hombro —intervino Nicole con un susurro—, y nos decían que no llegaríamos a nada mientras que ellas sí.

—Esas chicas están muy equivocadas —respondió la tía Gladys y se removió divertida sobre su asiento—. Pues sí, yo también estoy deseando que se enteren de que te ha enviado flores —rio, lo que provocó que Jacqueline también riese. La vizcondesa cogió la mano de Jacqueline con fuerza—. Estas son las cosas que nos dan alegrías a las que ya lo tenemos todo hecho en esta vida. Por cierto, querida, ¿cómo es que no has venido más veces a las temporadas?

Jacqueline se encogió de hombros.

—Vivo en Birmingham y debo acompañar a mi marido en…

—Tonterías —dijo moviendo su mano como si espantase una mosca—, el año que viene, cuando estas dos jovencitas estén casadas, debemos reunirnos al menos un par de semanas durante la temporada y disfrutar de estas charlas.

Jacqueline sonrió y asintió de inmediato.

Nicole se giró hacia Judi.

—Por cierto, en el baile de los duques de Wiltshire bailaste con Sir David Clapton, no te pude preguntar, ¿cómo fue?

Judi inspiró aire y sonrió abiertamente.

—Oh, Nicole… el señor Clapton es encantador. Bailé con él un par de veces más durante el baile de los Chapman.

—¿Sí? —preguntó ella entusiasmada.

—El señor Clapton es un joven muy apuesto y cortés —intervino de nuevo su tía—, es un muy buen partido y parece muy interesado en ti. De hecho, su fortuna es más elevada que la de muchos de los que ostentan títulos nobiliarios…

—Tía Gladys —le llamó la atención su sobrina.

—Bueno, querida —respondió Gladys encogiéndose de hombros—, todo es importante —rio.

Judi miró de nuevo a Nicole.

—Coincidimos varias veces la mirada —continuó con cierto sonrojo—, y bueno, no lo vi bailar con ninguna otra debutante —comentaba con ilusión—. Es muy agradable y me hizo reír varias veces.

—Eso es muy importante —intervino Jacqueline.

—Y que lo digas, querida —le dio la razón la tía Gladys—. Esperemos que esta noche vuelva a sacarte a bailar y que el joven se apresure a venir por las mañanas a casa. Mucho baile, pero aún no ha reunido el valor para acudir.

—Estas cosas llevan su tiempo, tía —comentó Judi—, quizá quiera estar bien seguro antes de intentar conquistarme formalmente.

—Y eso le honra —le dio la razón su tía—, pero esperemos que no tarde mucho en revelar

sus intenciones. —Miró a Nicole—. ¿Has tenido alguna visita estos días, cariño?

Nicole chasqueó la lengua.

—Ninguna.

Gladys se encogió de hombros.

—Pero has tenido un ramo de flores de un conde —le recordó—, lo cual equivale a… no sé, ¿cinco pretendientes? ¿Diez? —bromeó.

Nicole rio y miró a Judi.

—¿Tú has tenido alguna visita?

Ella se encogió de hombros.

—Esta mañana me han venido a ver dos jóvenes. —Se acercó de nuevo a la mesa—. Sé que bailé con ellos, pero… no recordaba sus nombres —confesó divertida.

El camarero depositó la bandeja con los dulces y la tía Gladys cogió uno de ellos directamente.

—¿De verdad no queréis? —insistió. Todas volvieron a negar—. De acuerdo, pues para mí. Por cierto, quería comentarte —dijo girándose hacia Jacqueline—, esta noche el baile lo organiza la familia Graham, viven en el barrio de Belgravia donde estáis alojadas, ¿queréis que pasemos a buscaros con el carruaje? Así no tenéis que pedir carruaje y vamos juntas.

—Oh, sí, por favor —insistió Judi.

Jacqueline miró a Nicole y asintió.

—Claro, sería estupendo —respondió esta.

—Perfecto —dijo cogiendo otro de los dulces—. Pues acabo con los dulces y volvemos a casa. Hay que arreglarse y prepararse para esta noche —dijo ilusionada.

22

Las habían pasado a buscar a la hora acordada y se habían dirigido a la mansión situada a pocas manzanas de donde se alojaban Nicole y su hermana.

Los carruajes hacían fila para ir dejando a los ocupantes frente a la puerta de entrada.

La mansión era impresionante, así como su jardín que, aunque no tan amplio como el de los duques de Wiltshire, era muy espacioso.

Lo habían decorado con carpas de color blanco, igual que hacía su padre en su finca de Birmingham. En el centro había una enorme fuente que desprendía chorros de agua, a un lado del jardín había una pequeña orquesta que amenizaba la noche con música clásica y también una enorme tarima donde poder bailar. El jardín se extendía hacia el final con un pequeño bosque y un lago.

Aquella noche acompañaba, pues, pese a que había mucha luz en el jardín, se podían ver las estrellas más brillantes en el firmamento.

La señora Wilson y su prima no habían tardado mucho en unirse a ellas.

—Oh, ¿te encuentras mejor? Judi mencionó que no te encontrabas bien —le preguntó a Nicole.

—Si, señora Wilson, ya estoy recuperada. —Se encogió de hombros sin darle mucha importancia—. Supongo que eran los nervios.

—Oh, los nervios son muy malos, querida, hay que tomarse las cosas con calma y disfrutar —sugirió con una sonrisa.

Lo cierto era que junto a sus amigas y su hermana se sentía fuerte, aunque aquella fortaleza se debilitó cuando su mirada se topó con la de Oliver, situado al otro lado de la pista de baile. Apartó la mirada rápidamente de él y se giró hacia Judi y su hermana que estaban elogiando lo bonito que había quedado el jardín.

Oliver se encontraba al otro lado de la pista de baile en compañía de unos hombres tomando una copa. No había podido evitar quedarse sin respiración cuando la había visto aparecer junto a su grupo de amigas.

Llevaba un bonito vestido color azul cielo con un escote que dejaba al descubierto sus hombros y formaba un corazón sobre su pecho. Se había hecho un recogido del que caían unos mechones que habían rizado. Sin duda, era la chica más bonita de todo el baile. Se quedó observándola mientras la conversación en la que había estado centrado hasta ese momento se diluía con la música de la orquesta, sin que importase nada más. Era como si aquella mujer hubiese absorbido toda su atención. Ya no había resquicio de duda, estaba enamorado de ella. Nicole era diferente a todas las damas que había conocido. Su carácter enérgico y vivaz lo tenían embelesado.

En un determinado momento, ella se giró como si sintiese su mirada y ambos coincidieron. Iba a hacerle un gesto saludándola, pero ella apartó la mirada rápidamente.

Suponía que la idea de que él fuese el conde de Devon debía intimidarla, pero no le importaba, iba a conquistarla costase lo que costase. Enarcó una ceja y puso su espalda totalmente erguida cuando observó que un hombre se acercaba a ellas y comenzaba a hablar con Nicole haciendo una reverencia y ofreciéndole su mano.

¿La iban a sacar a bailar? Apretó los labios. Como no se diese prisa se le iban a adelantar…

Ladeó su cuello y observó cómo Nicole asentía con una sonrisa y aceptaba su mano ante las sonrisas de sus compañeras.

Reconoció a ese hombre. El vizconde de Bearsted era un caballero joven, de buen aspecto. Cabello rubio y grandes ojos azules, bastante alto, aunque tenía un carácter un poco egocéntrico y serio. Conociendo a Nicole como la conocía, no creía que aquel hombre le atrajese, lo cual lo relajó un poco.

Se quedó observando cómo el vizconde la llevaba hasta el centro de la pista ante las miradas de todos los allí presentes y comenzaban un baile lento.

Pestañeó sorprendido cuando vio que Nicole sonreía, incluso parecía reír por algún comentario de él.

—Mierda —susurró alerta al ver su expresión y depositó la copa vacía en una de las bandejas que el servicio paseaba por el jardín.

Nicole sonrió amable y asintió.

—A mí también me encanta el campo, mucho más que la ciudad —contestó—. Aunque debo admitir que lo poco que he visto de Londres me ha fascinado.

El vizconde, el señor Harry Thomas O'Sullivan, cuarto vizconde de Bearsted, parecía un hombre amable y parlanchín.

—¿Es la primera vez que viene a Londres? —preguntó él.

Ella asintió.

—Sí, hasta ahora no había salido de Birmingham más que una vez que viajé a Manchester con mi padre, y fue solo unos días. ¿Usted reside aquí?

—Tengo una casa aquí en Londres, pero por negocios suelo viajar mucho y paso largos períodos de tiempo en Southampton —explicó.

—Oh, y… ¿de qué trata su negocio? Si no es indiscreción.

—Dispongo de diez barcos pesqueros —explicó—. Comercio con las diferentes lonjas de Inglaterra.

—Oh, qué interesante —respondió ella antes de dar una vuelta.

—La mayor parte de mis barcos se encuentran amarrados en Southampton, debería visitarlo alguna vez, las playas son preciosas —comentó—. Además, regento un hotel allí, sería bienvenida.

Ella sonrió más aún.

—Muchas gracias, le tomo la palabra —contestó antes de girar de nuevo.

Mientras giraba no pudo evitar detener la mirada un segundo en Oliver, era como si algo la llamase a mirar hacia donde él se encontraba.

Volvió a los brazos del vizconde y sonrió intentando reponerse de aquella mirada.

—¿Se quedará aquí durante toda la temporada? —preguntó intentando dar conversación.

—Eso espero. El mes que viene debo ausentarme una semana por negocios, pero volveré —explicó.

La música emitió su última nota y todos los bailarines se detuvieron.

El vizconde tendió su mano hacia ella y la acompañó de nuevo hacia donde se encontraba su hermana junto a Judi, la tía Gladys y la señora Wilson, a la que se había unido su prima mientras bailaban.

—Señorita Stafford —se despidió de ella con una sutil reverencia.

—Gracias por el baile, vizconde —comentó ella imitando su movimiento.

En cuanto se alejó, su hermana la cogió de la mano disimuladamente.

—¿Ha ido bien? —preguntó con emoción en la voz.

Nicole asintió con una gran sonrisa.

—El vizconde de Bearsted es encantador —respondió.

Su hermana suspiró como si se sintiese aliviada.

—Me alegro —le susurró—, eso es lo más importante.

Sí, aquel baile le había devuelto la ilusión, no parecía que nadie recordase lo ocurrido en el baile de apertura de la temporada, lo cual era todo un alivio.

—¿Te parece bien si doy un paseo con Judi por el jardín?

—Por supuesto —respondió su hermana—, diviértete.

Nicole cogió de la mano a Judi llamando su atención.

—¿Damos un paseo?

Judi asintió emocionada.

—Nosotras estaremos aquí —comentó la tía Gladys uniéndose a Jacqueline y a la señora Wilson junto a su prima. Llamó la atención de un camarero que se acercó y tendió la bandeja hacia ellas. La tía Gladys comenzó a repartir copas—. Estaremos divirtiéndonos también —bromeó.

Judi y Nicole comenzaron a caminar entre la multitud.

—¿Has visto al señor Clapton? —le preguntó Nicole caminando junto a ella.

—Aún no —respondió Judi bastante nerviosa.

Nicole apretó el brazo de Judi cuando reconoció a Amanda junto a Meggie caminando en dirección a ellas, por detrás las seguía Annette.

Amanda caminaba con el mentón alzado, con su espalda totalmente erguida y mirando a todas las debutantes por encima del hombro, como si ella fuese la mujer más importante de la temporada.

—Señorita Stafford —pronunció Amanda situándose ante ella y la saludó con un movimiento de cabeza—. Señorita Kemp.

—Señorita Lewis —respondió Nicole y miró al resto—. Señorita Harris, señorita Grant.

Amanda se acercó más a ella.

—En el anterior baile notamos mucho su ausencia —comentó sin mirarla, observando alrededor.

—Me encontraba indispuesta, gracias por preguntar —respondió Nicole con el mismo tono de voz.

—Oh, vaya… —dijo Amanda volviendo su mirada hacia ella—, ¿y esa indisposición no tendría nada que ver con que llamó al conde de Devon jardinero? —ironizó—. Qué ridículo, por favor… —susurró ella indignada, como si aquellas palabras la enfadasen—. No me extraña lo más mínimo que se sintiese indispuesta.

Nicole oscureció su mirada mientras sentía cómo la mano de Judi se apretaba a su brazo. Sí, estaba claro que Amanda Lewis no se cortaba un pelo y que estaba dispuesta a lo que fuese por intentar quitarse competencia, incluso hacer sentir mal a otra debutante para alejarla del baile.

Ese no era su caso, no se iba a dejar amedrentar por ese grupo de arpías. Iba a responder cuando Meggie le dio un golpe disimulado a Amanda en el costado.

—Se acerca, Amanda —le susurró.

Amanda se giró con una sonrisa. Nicole observó de reojo. ¿Era Oliver quien se acercaba? Sintió cómo el corazón se le aceleraba.

—Señorita Stafford —comentó Amanda disimulando—, por su bien espero que no diga ninguna tontería más. —Emitió una sonrisa hacia Oliver que se acercaba con paso decidido. Incluso Amanda se pasó las manos por el vestido instintivamente, como si quisiese arreglarlo.

Oliver llegó hasta ellas y pudo observar cómo Nicole permanecía totalmente erguida, mirándolo de reojo.

—Conde de Devon, qué agradable sorpresa encontrarlo de nuevo esta noche aquí —comentó Amanda haciendo una reverencia hacia él.

Oliver enarcó una ceja y la miró de la cabeza a los pies.

—No creo que sea ninguna sorpresa, señorita Lewis, al fin y al cabo, es la temporada de Londres —pronunció como si nada y directamente se giró hacia Nicole ofreciéndole su mano—. Señorita Stafford, ¿me haría el honor de concederme este baile?

En otras circunstancias quizá se hubiese negado, pues aún se sentía avergonzada por lo ocurrido, no obstante, aquella era una buena forma de darle una lección a aquel trío de arpías, concretamente a Amanda, y así conseguir que se le bajasen aquellos humos. Por otro lado, no podía evitar sentirse profundamente atraída por aquella mano que Oliver tendía solicitando un baile.

—Por supuesto, conde —respondió tomando su mano.

Amanda Lewis elevó su mentón intentando disimular y tragó saliva mientras miraba hacia otro lado, como si no hubiese intervenido en aquella conversación.

Oliver tomó su mano con una delicadeza que hizo que Nicole lo observase petrificada y tragase saliva.

Se dirigieron hacia la pista de baile lentamente y él se situó frente a ella. Estaba realmente preciosa. Nicole tenía una mirada esquiva, claramente por la timidez.

Se acercó a ella y situó una mano en su cintura.

—¿Recibiste mis flores? —preguntó.

Ella asintió.

—Sí, gracias, un ramo precioso —contestó sin mirarlo, aunque finalmente le sonrió de una forma fugaz concentrándose de nuevo en el resto de personas.

—Me alegro de que te gustasen. —La música comenzó a sonar y ambos iniciaron un paso hacia atrás al igual que el resto de parejas que se encontraban junto a ellos en la tarima—. ¿Leíste mi nota?

Nicole apretó los labios nerviosa.

—Sí, gracias por el detalle —respondió sin mirarlo.

Oliver inspiró hondo y la hizo girar. Nicole ni siquiera lo miraba, buscó con la mirada la de ella, pero Nicole solo miraba en diagonal, sin querer enfrentarse a él. Oliver chasqueó la lengua.

—¿Por qué no te presentaste al anterior baile?

—Estaba indispuesta —mintió.

Él enarcó una ceja.

—¿Yo tenía algo que ver con esa indisposición? —preguntó lentamente—. Nicole, por favor… mírame —le suplicó. Ella respiró hondo y finalmente elevó la mirada hacia él sin dejar de moverse por la pista—. Siento mucho lo ocurrido entre nosotros. —Ladeó su cuello—. Si lo piensas es incluso gracioso —acabó sonriendo, intentando que ella se relajase, pues la notaba muy tensa.

Ella se mordió el labio y suspiró.

—Yo no le veo la gracia por ningún lado —susurró.

Oliver carraspeó mientras volvían a girar. La mirada de Nicole era realmente avergonzada.

—¿Sabes por qué fui a Birmingham?

Ella lo miró con curiosidad esta vez.

—No llegaste a decírmelo que yo recuerde, ¿no?

Él asintió y miró de reojo a las parejas que lo acompañaban en el baile, asegurándose de que ninguna podía escucharlos.

—Mi hermano pequeño, Martin, se metió en un lío bastante gordo —explicó lentamente—. Le acusaron de tentativa de homicidio—. Nicole abrió los ojos desmesuradamente—. Una noche de borrachera —continuó explicando con voz grave—. Se dedicó a jugar con armas con sus amigos que iban igual o más bebidos que él, pero mi hermano perdió el conocimiento. A uno de esos amigos le dio por disparar alcanzando a otro y el culpable situó el arma en su mano para que lo inculpasen a él.

—Madre mía —susurró ella totalmente asombrada.

—Por suerte, la víctima sobrevivió y pudo explicar lo ocurrido y quién había apretado realmente el gatillo.

—Menos mal —susurró con alivio.

Giraron de nuevo y siguieron danzando al ritmo de la música.

—Mi madre y mi tío me obligaron a esconderme en un lugar alejado de Londres para que aquel escándalo no me salpicase hasta que estuviese resuelto.

—¿En mi casa? —preguntó asombrada.

—Mi tío Alfred conoce a tu padre, han trabajado juntos y son muy amigos —siguió explicando.

—No sabía que mi padre tenía negocios con tu familia —susurró pensativa.

—Yo tampoco lo sabía hasta que él mismo me llevó a Birmingham y habló con tu padre para que me procurase un lugar donde permanecer escondido hasta que todo se aclarase. —Cogió su mano, ella giró y volvió a sus brazos—. En un principio detestaba la idea de tener que permanecer allí, pero debo admitir que comencé a disfrutar de la libertad que se me había otorgado y… de ti —se declaró. Ella apartó la mirada de nuevo—. ¿Acaso tú no disfrutabas de nuestras conversaciones? —preguntó bromeando.

Ella hizo un gesto molesto.

—¿Te refieres a cuando te confesé con quién quería casarme? —ironizó.

—Olvida eso, Nicole. ¿Qué más da? —le preguntó queriendo quitarle importancia—. ¿Crees que soy tonto? La mayoría de las debutantes que se encuentran aquí me buscan y quieren casarse conmigo —acabó chasqueando la lengua—. No es algo que me sorprenda. —Miró a su alrededor—. Por ejemplo, esa mujer: Amanda Lewis… —resopló—, no la soporto —le susurró.

Esta vez ella lo miró divertida.

—Era una de mis compañeras de protocolo, de las que te comenté que me miraban por encima del hombro… —confesó y luego le sonrió divertida—. Yo tampoco la soporto, es…

—Prepotente, engreída, estúpida… —le susurró él.

—Mucho —respondió ella dándole la razón.

En ese momento, Nicole le obsequió con una sonrisa sincera. Él se la devolvió.

—Tienes la sonrisa más bonita que he visto en mi vida —susurró sin pensar.

Nicole tragó saliva y se quedó estática cuando la música acabó, mirándose ambos fijamente. ¿Volvía a hacer mucho calor? ¿O eran las palabras de Oliver las que la estaban sofocando?

Oliver tendió su mano hacia ella y la acompañó hasta donde se encontraban el resto de sus amigas y su hermana.

—Señorita Stafford —dijo haciendo una reverencia.

Ella se despidió con otra reverencia justo cuando otro hombre se situó ante ella. Miró al conde de reojo, como si el hecho de que se encontrase allí lo pusiese nervioso y, finalmente, la miró a ella. Oliver lo escudriñó sin tapujos con la mirada.

—Señorita Stafford, ¿me concedería este baile? —preguntó el hombre con una sonrisa amable.

Nicole miró de reojo a Oliver, el cual no se movía de su lado, parecía haberse quedado estático ahí. Realmente no le apetecía bailar con otro hombre, prefería quedarse allí e intercambiar alguna palabra más con Oliver, pues, pese a que se sentía intimidada, aquella última conversación con él la había dejado con ganas de más. Por otro lado, se había prometido a sí misma que se daría una oportunidad con todos aquellos pretendientes que quisieran conocerla, además, de aquella forma, el conde, Oliver, vería que ella no se cerraba a buscar un futuro con otros hombres.

Se agachó haciendo una reverencia y sonrió levemente a ese nuevo pretendiente.

—Será un honor —comentó tendiendo su mano.

Pudo ver de reojo cómo Oliver se ponía tieso como un palo. Aquello era una buena señal, ¿verdad? Aún dudaba de las intenciones del conde, pero después de la conversación mantenida y de ver aquel gesto, todo daba a entender que quizá sus intenciones con ella fuesen algo más que buscar una simple amistad. Bien, de esa forma le demostraría realmente que el título no era tan importante a diferencia de lo que le había dicho.

Oliver observó cómo se alejaba con aquel hombre a la pista y sintió todos sus músculos en tensión.

—No me extraña que no dejen de sacarla a bailar —comentó la tía Gladys a las espaldas del conde, observándolo de reojo—. Será una de las sensaciones de la temporada —pronunció mirándolo de reojo con una clara insinuación hacia él.

Oliver resopló al escuchar aquel comentario. Se colocó correctamente los puños de su americana y se alejó de ellos con la mirada clavada en Nicole y en aquel nuevo pretendiente que la sacaba a bailar. Se internó entre todos los invitados que observaban a las parejas bailar sin perder de vista a Nicole.

Nicole comenzó a moverse al son de la música.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó ella con interés.

—Davis O’Brien, señorita Stafford —comentó—. Nací en Oxford, pero hace unos cinco años me instalé aquí en Londres.

—Oh… ¿y a qué se debe su…?

—Fundé una empresa textil —siguió él sin dejar que ella acabara la pregunta—. No sé si la conocerá, O’Brien textiles —explicó—. Hacemos todo tipo de telas, y muchas las enviamos a Francia, concretamente a París. Nuestras telas son usadas la mayor parte para confeccionar los vestidos de las damas de la alta sociedad parisina.

—Eso es impresionan…

—Muchas veces debo viajar a Paris. —Nicole apretó los labios, al señor O’Brien parecían haberle dado cuerda—. Normalmente un par de veces al año, aunque a veces acudo para nuevas negociaciones con nuevos proveedores. Es muy interesante. ¿Ha estado alguna vez en Paris? —Nicole se limitó a negar con la cabeza—. Es una ciudad encantadora y llena de vida. Le aconsejo que, si puede, acuda alguna vez. Quedará maravillada. Tiene mucha luz.

—Es una ciudad que me gustaría visitar —comentó ella rápidamente mientras giraba sobre sus propios pies.

—Tengo dos hermanos —continuó sin que ella le preguntase—. El pequeño se llama Michael, el mediano William y yo.

—Ah, muy bien. Yo tengo una hermana que…

—Entre los tres dirigimos la empresa, aunque yo me ocupo más de los viajes y llevo la parte

comercial —continuó.

Nicole chasqueó la lengua. El señor O'Brien tenía buena planta, debía tener a lo sumo un par de años más que ella, aunque era demasiado hablador para su gusto.

Le sonrió de forma tirante mientras seguía con su monólogo sobre la empresa que llevaba junto a sus hermanos, sin poder decir palabra alguna hasta que la música del baile finalizó.

Cuando el señor O'Brien se despidió de ella con una reverencia no pudo menos que suspirar aliviada.

—Madre mía —susurró sorprendida—. No he conocido a nadie que hable tanto —dijo para sí misma.

—¿Ha ido bien? —preguntó su hermana a su lado.

—Sí, pero el señor O' Brien habla demasiado —bromeó—. Ni siquiera ha preguntado por mí —comentaba sin dar crédito.

Su hermana se encogió de hombros sorprendida. Miró buscando a Judi, pero se dio cuenta de que no se encontraba allí.

La tía Gladys y la señora Wilson señalaron hacia delante con un movimiento de cabeza. El señor Clapton se encontraba en la pista con ella.

—¿La ha sacado a bailar otra vez? —preguntó sorprendida hacia la tía Gladys.

La vizcondesa sonrió divertida y se movió graciosa.

—Me parece que el señor David Clapton está realmente interesado en mi sobrina —comentó con orgullo.

Por lo que sabía, el señor Clapton la había sacado a bailar en todas las reuniones sociales hasta ahora, así que eso era muy buena señal. De hecho, ambos se miraban y sonreían abiertamente, como si les ilusionase bailar juntos.

Otro pretendiente se situó frente a Nicole, lo que provocó que mirase de reojo a su hermana, asombrada. Jacqueline había tenido razón en todo lo que le había dicho. Aquel era un nuevo comienzo.

—Señorita Stafford, ¿me concedería el siguiente baile? —preguntó un muchacho de cabello muy rubio y enormes ojos azules.

Ella le sonrió y aceptó gustosa ofreciéndole la mano.

—Por supuesto —contestó con delicadeza.

23

Había dado un paseo con Judi hasta que un joven las había interceptado por el camino solicitando un baile con su amiga.

Judi había aceptado y ella se había quedado en ese lado del jardín observándola dirigirse a la pista.

Aquella noche estaba siendo increíble. De hecho, tras el baile con Oliver se había topado varias veces con la mirada furiosa de Amanda, pero no había pasado de eso. Se había sentido extremadamente satisfecha cuando Oliver le había confesado que no estaba interesado en Amanda. Era como si se hubiese quitado un peso de encima. Aquella muchacha no cejaba en su empeño de infravalorar a todas y ya le iba bien un escarmiento como ese. No podía evitar sonreír cuando recordaba a Oliver dirigirse hacia ella para pedirle un baile, el gesto de Amanda había sido de despecho.

Miró hacia sus pies y resopló. Aquellos tacones la estaban matando. Había perdido ya la cuenta de los bailes que había aceptado, sin tener casi tiempo de memorizar los nombres de todos los pretendientes.

Necesitaba un rato a solas para descansar y relajarse, pues sabía que si se quedaba ahí no tardarían en volver a sacarla. Sus pies pedían clemencia a gritos.

Se alejó de la tarima de baile y se internó en el jardín donde unas pocas parejas paseaban. Aquella zona bastante alejada de todos y poco transitada le ofrecería los preciados minutos que necesitaba para descansar.

Se sentó en uno de los bancos de piedra y suspiró mientras se sacaba los zapatos. Allí, alejada de la luz y del bullicio de la fiesta, el cielo estaba plagado de estrellas.

¿Cómo podía pasar de un estado de tristeza a la más absoluta alegría?

Sí, se sentía muy feliz por cómo estaba marchando la noche. Cierto que el primer baile había sido un desastre, pero esta noche estaba superando con creces sus expectativas. Además, después de bailar con el conde los pretendientes habían aumentado considerablemente sin dejarle casi un minuto de descanso.

¿Era posible que el hecho de que el conde la hubiese sacado a bailar aumentase sus posibilidades de tener pretendientes? No dudaba de ello.

—¿No te dije que es mejor no ir por sitios oscuros? —preguntó una voz acercándose.

Nicole brincó sobre el asiento de piedra, aunque suspiró al reconocer su silueta.

—Conde —pronunció poniéndose en pie, aunque al intentar ponerse el zapato se tropezó y tuvo que apoyar su mano en el banco.

—No me llames así, por favor —dijo con paciencia—. Solo Oliver. —Se quedó a unos metros de ella, observándola, y ladeó su cabeza, pues Nicole permanecía en una postura extraña apoyada en el banco y moviendo sus pies de un lado a otro intentando encajar los zapatos—. ¿Estás bien?

—Sí, sí… —respondió rápidamente colocándoselos al final—. Son estos zapatos, me están matando —se sinceró.

Oliver caminó en su dirección situándose frente a ella, con las manos en los bolsillos y un gesto gracioso en su rostro.

—No me extraña, ¿con cuántos pretendientes has bailado ya? —interrogó—. A este paso

vas a conocer a todo Londres en una noche —dijo fingiendo un tono de enfado.

Ella se encogió de hombros divertida.

—¿Celoso? —preguntó.

Oliver chasqueó la lengua.

—No —dijo sentándose en el banco—. Me alegro de que te vaya bien —contestó con sinceridad.

Ella lo contempló unos segundos de pie, sin sentarse.

—Gracias —respondió—. Después de bailar contigo han acudido un montón de pretendientes.

—Bailar con la nobleza da visibilidad —explicó mirando al cielo—. Caray, cuántas estrellas —susurró.

Ella miró también en dirección al cielo.

—Sí —respondió, luego miró en dirección a la fiesta—. Creo que será mejor que no nos vean aquí juntos…

—¿Por qué? —preguntó sin darle importancia.

Ella enarcó una ceja.

—Creo que ya sabes por qué —dijo cogiendo su vestido para no tropezar—. Si nos ven juntos en un lugar como este puede dar lugar a habladurías y acabarías casado conmigo —ironizó.

Nicole comenzó a caminar alejándose del banco mientras él se ponía en pie.

—Bueno… —comentó él provocando que ella se girase levemente—, tampoco sería nada horrible, ¿verdad? —Ella lo miró de la cabeza a los pies—. Quiero decir —comentó dando unos pasos hacia ella—. Los dos conseguiríamos algo, tú un título nobiliario y yo una esposa que me traería de cabeza.

—Ja —comentó ella—, creo recordar que ya te comenté que el título no me importaba tanto…

—Sí, cuando te salvé de los atracadores —recordó él.

—Exacto —respondió ella con la espalda más tiesa—. El título está bien, pero yo busco otra cosa.

—Sí, amor —respondió como si fuese lo más obvio. Chasqueó la lengua y señaló con la cabeza hacia la fiesta—. ¿Y crees que lo encontrarías con alguno de los hombres con los que has bailado?

—Muchos han sido muy amables.

—No me refiero a eso, y lo sabes —indicó dando más pasos hacia ella.

Nicole lo miró de la cabeza a los pies. ¿Qué pretendía Oliver?

—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó ladeando su cuello—. Primero me avergüenzas delante de todos y ahora vienes a buscarme para…

—Quizá solo pretenda arreglar las cosas contigo —se sinceró.

—¿Arreglar? —preguntó sorprendida—. ¿Para qué? Ya te lo dije… siento mucho lo que te confesé en su momento, pero no pienso molestarte ni intentar seducirte, puedes estar tranquilo. No te acosaré como el resto de debutantes. —Siguió caminando hacia delante, aunque tropezó un poco—. Malditos zapatos —se quejó para sí misma.

Oliver se quedó observándola y luego sonrió al verla hacer ese gesto.

—Deberías ponerte unos zapatos más cómodos para el próximo baile —exclamó.

—Los tacones estilizan la figura —explicó sin dejar de caminar lentamente para no tropezar.

—¿Vas a volver a la pista en ese estado? En cuanto la pises tendrás una larga lista de pretendientes que querrán sacarte a bailar —señaló hacia la fiesta.

Ella resopló y se detuvo.

—Mierda —susurró cerrando los ojos con fuerza, lo cierto es que le dolían muchísimo los pies y necesitaba descansar, aunque fuese solo unos minutos—. Había venido a reposar unos minutos, pero por lo visto no se puede… —ironizó mientras él volvía a acercarse.

Oliver fue hasta ella y antes de que Nicole pudiese quejarse la cogió del brazo y la arrastró con delicadeza hasta el siguiente banco, obligándola a sentarse.

Aunque la mirada de Nicole era ofuscada por lo que él había hecho, no pudo evitar suspirar al sentarse y dejar lo pies en el aire. Instintivamente, los golpeó uno contra el otro para quitarse los zapatos que cayeron sobre el césped. Otro largo suspiro salió de lo más profundo de su ser cuando sus pies descalzos tocaron la fría hierba.

—No te cortes, ponte cómoda —rio divertido al verla hacer gesto.

Ella apretó los labios unos segundos.

—Prueba tú a ponerte esos zapatos y a bailar durante horas. Luego me cuentas —respondió.

Aquel comentario hizo que él sonriese más aún.

—Sí, lo cierto es que me estoy planteando no sacarte más a bailar, o corres el riesgo de no poder caminar durante una semana.

Ella enarcó una ceja.

—No insinuarás que todos estos pretendientes son solo gracias a ti, ¿verdad? —suspiró—. Pero sí —confesó—, me siento un poco… abrumada, desearía poder descansar un rato y estar tranquila unos minutos.

Oliver situó sus manos en su cintura mientras se colocaba frente a ella.

—Ya te dije que sé boxear.

Ella lo miró sin entender a qué venía eso.

—¿A qué viene esto? —exclamó perdida.

—Si los pretendientes te molestan… —dijo encogiéndose de hombros.

—No me molestan… —contestó—, lo que me molestan son estos horribles zapatos —los señaló.

Oliver los observó. Eran de un color azul igual que el vestido con unos enormes tacones, luego se fijó en cómo jugueteaba con las briznas de hierba entre los dedos de sus pies.

—La chica morena y un poco más alta que tú es tu hermana, ¿verdad? —preguntó intentando dar conversación.

—Sí, Jacqueline —respondió ella sin mirarle.

—La baronesa… ¿se está portando bien? Recuerdo que me explicaste que tu relación no era muy fluida con ella.

Lo miró sorprendida porque se interesase por aquel tema. Oliver esperaba una respuesta de brazos cruzados. Se quedó pensativa unos segundos.

—Lo cierto es que ha cambiado —comentó—. Tuvimos una charla…

—¿Sí?

Ella asintió.

—Sí, por… por lo visto su matrimonio no es tan feliz como aparenta —dijo mirando un punto fijo—. Ella aceptó rápidamente un matrimonio para obtener un título y, bueno, de ahí que no quiera que yo caiga en la misma trampa.

—No todos somos iguales —reaccionó él.

—Ya, ya… —comentó ella graciosa—, pero quiere que piense bien las cosas, que no me

deje guiar por un título, que… me enamore de la persona. De hecho, yo no pensaba hacer otra cosa —comentó lentamente—, aunque tú pienses lo contrario.

Oliver se quedó observándola.

—Tú no sabes lo que pienso… —susurró.

—Puedo imaginármelo —bromeó—. Muchacha joven, debutante y con aires de grandeza que busca un título nobiliario desesperadamente… siento que te llevases esa impresión sobre mí —pronunció lentamente.

Oliver negó y se sentó a su lado. Observó su perfil y cómo ella miraba hacia la hierba.

—Te aseguro que esa no es la impresión que tengo de ti, de hecho, pensaba que estabas definiendo a Amanda Lewis —respondió, lo que provocó que ella lo mirase de reojo—. No… no acostumbro a tomarme muchas libertades con las mujeres, siempre cumplo los protocolos, sin excepción…, pero contigo es diferente. —Le sonrió con tristeza—. Contigo puedo ser yo mismo. Puedo ser Oliver, nada más.

Ella lo miró divertida.

—¿Un pésimo jardinero? —bromeó ella esta vez.

Él asintió siguiéndole la corriente.

—Entre otras cosas —pronunció elevando la mirada hacia ella.

Lentamente llevó su mano hasta la de ella, acariciándola suavemente. Aquel contactó la dejó totalmente anonadada. Ya había sentido sus manos sobre ella, pero no de aquella forma. La suavidad de su contacto hizo que se erizase toda la piel de su cuerpo.

Tragó saliva y lo miró. Oliver la observaba fijamente, su mirada era intensa.

Oliver bajó su mirada hacia sus labios, aquellos labios carnosos y que tanto deseaba besar. Nicole sintió su corazón latir con fuerza al captar aquella mirada. Se quedó totalmente quieta cuando Oliver se acercó a ella en dirección a sus labios y los besó suavemente. Nicole era mucho más tierna y dulce de lo que había imaginado. Tenía los labios fríos en comparación con él.

Se separó levemente de ella observándola a los ojos. Nicole tenía una mirada adormilada por los sentimientos que aquel beso había despertado en ella. Se quedaron mirándose unos segundos, intentando ser conscientes de lo que acababa de ocurrir entre ellos.

Oliver volvió a acercarse, esta vez con más determinación, y volvió a besarla.

Al principio fue suave, pues sabía que se estaba excediendo en sus actos, que no debería besarla hasta estar comprometido o bien una vez casados, pero la ansiedad y la necesidad de besar aquellos labios lo habían superado, más después de verla bailar con todos aquellos pretendientes.

Nicole se mantenía quieta, pero cuando Oliver incrementó la pasión de su beso subió instintivamente su mano hasta la nuca de él con una caricia. Jamás había sentido algo parecido, el placer que le otorgaban aquellos labios era superior a todo lo que había sentido hasta el momento.

La caricia de Nicole relajó levemente a Oliver, pues hasta el momento había pensado que ella podría alejarse, sin embargo, Nicole parecía disfrutar tanto como él de aquella sensación.

Oliver llevó sus manos hasta la cintura de ella, acariciándola y luego rodeándola para acercarla a él.

Nicole emitió un gemido cuando la presionó contra él. Aquella sensación era hipnotizante.

El mundo a su alrededor desapareció y solo existía Oliver y aquel placer que se brindaban mutuamente.

Volvió a gemir cuando Oliver deslizó con delicadeza su lengua sobre sus labios, provocándole un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Ambos estaban tan absortos por ese placer que no fueron conscientes de que había gente que se acercaba hasta que escucharon la risa de una mujer.

Oliver se separó de inmediato dejando a Nicole con los labios en forma de trompeta, aunque ella reaccionó rápidamente.

Ambos se miraron unos segundos intentando sofocar el calor que sentían. La risa más cercana de aquella mujer hizo que Oliver reaccionase poniéndose en pie y procurando mantener una distancia prudencial con ella.

No es que estuviesen muy lejos de la fiesta, pero aquella zona estaba más oscura, por lo que era un buen lugar para esconderse y estaba segura de que el que los encontrasen allí juntos levantaría sospechas, pero no le importaba.

Nicole se quedó sentada, sin poder reaccionar aún, y se llevó la mano hacia los labios, pues notaba los latidos del corazón en ellos.

Oliver se puso firme al otro lado del camino y se giró hacia donde provenía aquella voz.

—Oh, querido… —comentó la mujer cogida al brazo de su marido—, yo creo que este es uno de los bailes más bonitos en que hemos estado esta temporada —comentaba.

En ese momento los vio aparecer, aunque tuvo la gran suerte de que siguieron el camino recto sin girar hacia la derecha, donde se encontraban ellos. De hecho, ni siquiera giraron su cabeza en aquella dirección.

Nicole aguantó la respiración cuando los vio pasar y volvieron a perderse tras los árboles siguiendo el camino recto que los llevaría de nuevo hasta la fiesta.

Solo pudo recuperar el aliento cuando los vio desaparecer. Se llevó la mano al pecho y miró a Oliver, el cual se mantenía a unos metros de ella, firme, con las manos en la espalda y mirando en dirección a aquella pareja, asegurándose de que no los habían visto.

Se giró hacia ella y sonrió con actitud traviesa. Nicole permanecía en tensión sobre el asiento, respirando profundamente por los nervios.

—Por poco —susurró.

Ella lo miró y apretó los labios. Sí, por poco.

Nicole miró de un lado a otro asegurándose de que no había nadie más por allí y se puso en pie con gestos nerviosos.

—Yo… —comentó temblorosa y lo miró sorprendida—, no… no debería estar aquí —susurró pensativa. Lo miró de nuevo y se giró para alejarse en dirección a donde tenía lugar la fiesta.

Oliver avanzó hacia ella y la interceptó cogiendo su mano.

—Nicole —susurró haciendo que se detuviese. Ella se giró observando su mano cogida—. No te marches así, por favor…

Ella apretó los labios y se removió nerviosa.

—¿Sabes lo que hubiese pasado si nos hubiesen encontrado? —susurró.

—Lo sé perfectamente —respondió.

Ella tragó saliva y se soltó de su mano.

—Ha… ha sido una locura…

—Nicole… —la interrumpió.

—Es culpa mía —continuó nerviosa—, si no me hubiese alejado de…

—Se necesitan dos para besarse —le recordó con ironía.

—Si nos hubiesen encontrado ahora mismo estaríamos…

—¿Y tan malo sería? —preguntó él con el tono de voz un poco más elevado.

Ella cerró la boca y lo miró fijamente.

—Tú no deseas eso…

—Estás equivocada —la rectificó y dio un paso hacia ella—. Tú no sabes lo que yo deseo.

—Sé que odias a las debutantes que…

—Ya te he dicho que tú eres diferente —respondió serio.

Se quedó observándolo unos segundos sin saber cómo reaccionar ante lo que acababa de decirle. Oliver dio un paso hacia ella intentando cogerle la mano de nuevo, pero Nicole retrocedió cuando escuchó a otra pareja que se acercaba paseando.

—Tengo que irme —susurró acelerada antes de darse media vuelta e iniciar el camino a paso acelerado hacia la fiesta, evitando así que los pudieran ver.

Oliver puso todo su cuerpo en tensión y la vio alejarse.

¿Acaso no había sido claro? ¿No había expresado sus sentimientos?

Inspiró hondo mientras veía a Nicole caminar a toda prisa e internarse entre los invitados.

Entendía que la situación podía intimidarle, que la situación era descabellada, pero por Dios, Nicole le interesaba cada vez más hasta el punto de plantearse que era la única debutante que convertiría en su esposa. Aquella idea lo cogió de improviso. Nicole, ¿su esposa? Una sonrisa brotó en sus labios.

Sin duda, una vida junto a Nicole le reportaría muchas risas y alegrías. No sería una esposa simplemente para lucir, no, él no deseaba eso a diferencia de muchos de los hombres. Él quería una compañera con la que poder conversar, divertirse, que la ayudase cuando tuviese problemas, que estuviese a su lado, pero, sobre todo, quería una mujer de la que poder enamorarse, y con Nicole ese paso ya lo tenía salvado.

Ya sabía que llamaría la atención, una belleza así no pasaba desapercibida.

Obviamente, Nicole se encontraba intimidada por lo ocurrido entre ellos, pero debía conseguir que le tomase en serio o la perdería, y no estaba dispuesto a renunciar a ella sin antes luchar.

Nicole avanzó entre todos los invitados con el corazón desbocado por lo ocurrido.

Al menos nadie los había visto, lo cual era un alivio.

Oliver le gustaba, le gustaba como ningún otro, pero tal y como se había prometido debía darse una oportunidad con otros pretendientes.

Llegó hasta donde se encontraba su hermana que la miró sorprendida cuando la vio llegar.

—¿Dónde estabas? —preguntó cogiendo su mano.

Nicole inspiró hondo intentando relajarse.

—Sentada en un banco de piedra —hizo un gesto gracioso—, los pies me están matando. Necesitaba descansar un poco antes de volver a la pista de baile. —Su hermana sonrió—. ¿Dónde está Judi? —preguntó mirando de un lado a otro.

Su hermana señaló con un movimiento de cabeza.

—En la pista de baile.

Nicole miró en aquella dirección observando que unos metros por delante Judi se encontraba bailando con Sir David Clapton.

—¿Aún se encuentra bailando con él?

La tía Gladys se situó a su lado muy sonriente.

—Sí, el señor Clapton no la suelta —rio y suspiró—. Espero que no tarde mucho en declararse. —Nicole la miró sorprendida—. Judi está muy emocionada —susurró—, y parece que el señor Clapton también.

Nicole asintió y miró con una sonrisa hacia ellos.

—Hacen una pareja preciosa.

La tía Gladys se removió eufórica, como si diese saltitos de alegría.

—Sí, yo también lo creo.

Nicole los miró cómo bailaban, girando de un lado a otro de la pista hasta que chocó con la mirada de Oliver que caminaba entre los invitados con la mirada clavada en ella.

Tragó saliva y sintió su corazón desbocado, incluso sospechó que su hermana, situada a su lado, no fuese a escuchar sus latidos.

No apartó la mirada de él, Oliver la observaba de una manera que provocaba que su piel se erizase.

—Señorita Stafford —dijeron frente a ella provocando que ella apartase la mirada de Oliver —. ¿Me concedería este baile? —preguntó un hombre.

Nicole sonrió ligeramente hacia él y asintió mientras le tendía la mano.

—Será un placer —contestó antes de dirigirse hacia la pista de baile junto a él, aunque de reojo pudo observar cómo Oliver, detenido entre todos los invitados, seguía sus pasos de cerca.

24

No podía borrar la sonrisa de su rostro mientras recibía a los pretendientes que se presentaban en su casa.

Aquellos últimos bailes habían sido agotadores para sus pies, pero lo había pasado estupendamente. Había conocido a muchos de los hombres que se presentaban en su domicilio con flores y bombones.

La señora Roberts iba recibiendo a todos en la puerta y les indicaba hacia dónde dirigirse.

En la sala habían preparado galletas, bizcochos y bebidas para todo aquel que fuese a visitarla.

Sobre la mesa había numerosos jarrones con flores y, al otro lado, varias cajas de bombones.

El vizconde de Bearsted caminó entre todos los pretendientes y se acercó a Nicole con una gran sonrisa.

—Señorita Stafford —dijo cogiendo su mano delicadamente para besarla.

—Vizconde de Bearsted, qué alegría verle —contestó ella.

El joven sonrió.

—Me alegro de que se alegre —contestó risueño. Miró a su alrededor—. Una casa muy bonita.

Ella miró alrededor, donde más de diez hombres paseaban por la sala esperando su turno para hablar con ella.

—Mi hermana —dijo señalándola delicadamente con la mano—, se encargó de todos los preparativos para venir a la temporada. Ella fue quien encontró esta hermosa vivienda.

—Debo decir que tiene un gusto exquisito —afirmó él. En ese momento, le mostró un ramo de flores blancas y amarillas—. Para usted.

—Oh, es precioso —dijo cogiéndolo. Miró a su hermana y se lo tendió para que buscase un jarrón donde ponerlo—. Muchas gracias.

—No hay de qué.

Ella dio un paso al frente, sonriente.

—Dígame, vizconde, ¿aún sigue planeado el viaje por trabajo a Southampton? —preguntó.

Harry asintió con una sonrisa.

—Veo que lo recuerda, tiene muy buena memoria. —Ella sonrió por el cumplido—. Me temo que sí, en un par de semanas debo partir. Por mucho que me divierta y me guste estar aquí tengo negocios que atender —comentó con pena—. Por suerte no es mucho tiempo, y en una semana espero tenerlo todo solucionado y así poder volver.

Harry Thomas O’Sullivan, vizconde de Bearsted, miró las altas estanterías plagadas de libros.

—¿Le gusta leer? —preguntó acercándose a ellas.

—Mucho, es una de mis aficiones favoritas.

—También la mía —confesó mirando los libros. Extrajo uno y se lo mostró—. ¿Lo ha leído?

Nicole lo observó. La portada era de color turquesa y en un lateral se encontraba la figura de dos hombres y una mujer. El título rezaba: *Sherlock Holmes. El signo de los cuatro*.

—No, no he tenido el placer de leerla aún —confesó.

—Se la recomiendo. Es una historia de misterios, asesinatos… y la búsqueda de un tesoro.

—Oh —exclamó asombrada cogiendo el libro de sus manos.

—Dispongo de mucho tiempo libre en mis trayectos hasta Southampton y un libro es la mejor compañía que he encontrado hasta el momento. —Ladeó su cabeza y le sonrió—. Cuando tenga esposa espero que me acompañe en los viajes.

Nicole le sonrió con timidez por lo que acababa de decir, pues mientras lo había pronunciado la había mirado fijamente. Aquellos últimos días no paraba de recibir halagos e insinuaciones, pero, aun así, no se acostumbraba a ello.

—¿Acudirá a la jornada que organiza la familia Harvey en su casa de campo? —preguntó el vizconde.

Ella asintió efusivamente.

—Sí, por supuesto, estoy deseándolo.

—Entonces nos veremos allí —respondió emocionado.

—Entonces, ¿acudirá usted también?

—Sí, ya acudí el año pasado y fue fantástico. Salimos de cacería y después disfrutamos de un exquisito pícnic. —Le sonrió de una forma tan atractiva que hizo que Nicole aguantase la respiración—. Espero que haga buen día.

Ella asintió.

—Sí, eso espero.

Nicole miró de reojo a uno de los pretendientes que se acercaba bastante nervioso, como si el vizconde estuviese abusando del tiempo de la señorita Stafford.

—Será mejor que me retire o los pretendientes comenzarán a sublevarse —bromeó provocando que ella riese.

Nicole asintió divertida y le tendió la mano.

—Me alegro de haberle visto, vizconde.

—Y yo a usted, señorita Stafford —dijo reclinándose hacia delante—. Nos vemos en la jornada de la familia Harvey.

Ella asintió de nuevo y se despidió de él con una reverencia.

Observó cómo se alejaba lentamente hacia la puerta con un porte muy elegante.

El vizconde de Bearsted era un hombre muy apuesto y caballeroso. Sin duda, era uno de los pretendientes que más llamaba su atención, además, parecía bastante interesado en ella.

Saludó al siguiente que se acercaba y comenzó una conversación con él.

Las mañanas eran entretenidas y distendidas, repletas de conversaciones, risas y regalos, tal y como había esperado que fuesen, de hecho, superaba sus expectativas. Jamás había creído posible que tantos hombres se juntasen en una sala solo con la intención de conocerla un poco mejor. Aquello le subía la autoestima.

Tras varias horas donde había dado su tiempo a cada uno de los hombres que se habían acercado hasta allí, la señora Roberts cerró la puerta.

Nicole y Jacqueline suspiraron y se dejaron caer sobre el sofá. Sí, era divertido y reconfortante ver que muchos hombres estaban interesados en ella, pero también era agotador.

—De momento todo marcha bien —comentó su hermana rendida sobre el sofá.

—Sí —respondió Nicole divertida.

—Tienes un montón de pretendientes entre los que elegir.

Nicole se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que no sirve con ser solo pretendientes, deben declararse.

—Sí, sí, claro… —respondió sentándose correctamente sobre el asiento—, deben pedirte la mano, pero al paso que vas y con la cantidad de pretendientes que tienes no creo que tardes mucho en recibir la primera pedida —dijo poniéndose en pie—. El vizconde parece muy interesado, ha venido estas últimas cuatro mañanas.

—Sí —susurró Nicole sentándose correctamente—, es un hombre muy agradable —respondió.

—Lo importante es que tu estés enamorada de él o creas que puedas estarlo en un futuro. En eso se basa realmente la felicidad. —Nicole miró a su hermana con cariño, desde que se habían trasladado a Londres su cambio había sido enorme—. Señora Roberts, ¿podemos comer ya? —preguntó dirigiéndose al pasillo—. Esta tarde tenemos que ir a buscar los nuevos vestidos a la modista y no quiero llegar tarde.

Nicole se puso en pie, suspiró y borró la sonrisa de su rostro.

Sí, estaba feliz, se sentía halagada con todos aquellos ramos de flores y bombones, sin embargo, había algo que le faltaba.

Fue hacia la ventana y observó con melancolía.

Después de lo ocurrido entre el conde de Devon y ella… ¿por qué Oliver ni siquiera se molestaba en acudir una de aquellas mañanas? ¿Se trataba solo de un juego para él?

Le entristecía y la enfurecía que él no fuese.

Después de la noche del beso en el baile de los Graham había pensado que Oliver acudiría como pretendiente, pero cuatro días después no había asomado la cabeza por allí, así que hacía bien dando una oportunidad a otros pretendientes, pues parecía que Oliver realmente no tenía intención de nada.

Se apartó de la ventana y se dirigió al salón donde en breve comerían.

—¡Conde! ¡Ahí! —gritó uno de los hombres de la cacería.

La casa de campo de la familia Harvey era realmente impresionante. Había llegado a primera hora de la mañana y había tomado el desayuno junto al resto de hombres y mujeres que habían acudido a aquella fantástica jornada.

Poco después había llegado un carruaje con Judi, su tía Gladys, Jacqueline y… Nicole.

Vestía un hermoso vestido color crema ajustado en el pecho y con una falda de gasa que se movía de un lado a otro por el viento. Lo acompañaba de un bonito sombrero del mismo color que el vestido que la cobijaba del sofocante sol.

Se había quedado observándola hasta que un hombre se había interpuesto entre ella y él. El hombre comenzó a conversar plácidamente con ella. Nicole lucía una gran sonrisa en su rostro. Lo identificó de inmediato, el vizconde de Bearsted vestía pantalones color caqui y una camisola informal.

Aquel hombre había monopolizado a Nicole prácticamente toda la mañana, de hecho, no había sido hasta el momento de subir a los caballos para ir a la cacería cuando había coincidido la mirada con ella.

Nicole lo había mirado sorprendida, como si no se hubiese dado cuenta de su presencia hasta el momento. Aquello lo había enfurecido, de hecho, había pensado en disparar al vizconde antes que al ciervo, sobre todo cuando lo había escuchado decir:

—Deséeme suerte, señorita Stafford.

Oliver había resoplado sobre su caballo. Había tres opciones. Primera, disparar al vizconde, segunda, arrear una patada en el trasero de su caballo y que este saliese cabalgando apartándolo de ella y tercera y por la que había optado, mantener la compostura.

Le costaba en exceso, pero era lo único que realmente podía hacer. No le parecía una buena

idea acabar en prisión.

Oliver elevó su rifle y apuntó en dirección a unos arbustos que se movían.

El estruendo del disparo hizo que varios de los hombres brincasen sobre sus caballos. Pocos segundos después se escuchó un ciervo correr entre los árboles, intentando escapar. El vizconde se situó a su lado con una sonrisa.

—Casi, conde —pronunció. Chasqueó la lengua y lo miró—. Es difícil acertar a la primera.

Oliver lo miró y estuvo a punto de golpearle en la cara. Menudo memo.

Encima era agradable el hombre, no le bastaba con intentar conquistar a Nicole, sino que, además, era un hombre amable.

—No me gusta la caza —se justificó Oliver situando su rifle hacia abajo—. Hay otros placeres de los que disfruto mucho más.

—Sí, tampoco es una de mis aficiones favoritas —contestó el vizconde de Bearsted—. Disfruto más de un paseo por la ciudad o por un museo.

—Vamos —dijo otro de los hombres pasando a su lado sobre el caballo—. Será mejor si dejamos los caballos. El ruido de los cascos asusta a los animales.

Oliver miró cómo varios de ellos bajaban e hizo lo mismo.

Caminaron por el bosque en grupo. Lo cierto era que no entendía bien aquella afición, jamás le había gustado la caza, la única razón por la que había acudido era porque sabía que Nicole también iría. Miró de reojo al vizconde que iba a su lado y suspiró.

—¿Cómo va la temporada? —preguntó intentando dar algo de conversación con un susurro por si había animales cerca.

El vizconde lo miró y asintió.

—Muy bien.

—¿Busca esposa? —preguntó directamente.

Aquella pregunta cogió de improviso al vizconde que en un principio lo miró sorprendido, aunque luego sonrió.

—¿Y no venimos todos con esa idea a la temporada de Londres? —preguntó divertido. Oliver lo miró fijamente y acabó asintiendo. El vizconde se situó a su lado caminando—. Sí, creo que ya es hora de que siente la cabeza y una esposa es lo mejor para eso.

Oliver tragó saliva y saltó por encima de unas piedras.

—He visto que habla mucho con la señorita Stafford —apuntó.

El vizconde lo miró de reojo y parpadeó aturdido.

—Es una mujer preciosa e inteligente —contestó. Oliver miró al frente y asintió—. ¿Y usted? ¿Busca esposa?

—Usted mismo lo ha dicho, ¿acaso no tenemos todos esa idea en la cabeza?

El vizconde sonrió al escuchar aquello.

—¿Tiene alguna debutante en el punto de mira? —preguntó.

—Cuidado —dijo un hombre tras ellos, lo que provocó que se callasen—. Shhh —susurró agachándose e indicándoles a todos que lo imitasen.

Oliver miró hacia delante en silencio, a unos metros un matorral se movía enérgicamente.

Observó cómo ese hombre se adelantaba lentamente en dirección al matorral. El hombre elevó su rifle y apuntó. El estruendo resonó en todo el bosque. Se puso en pie y corrió hacia el matorral. Rebuscó entre la maleza y gritó exultante. Se agachó y sacó un conejo cogido por las orejas.

—¡Un conejo! —gritó de júbilo exhibiéndolo como si se tratase de un trofeo.

Todos aplaudieron la gesta.

Oliver aplaudió también siguiendo al resto de hombres.

—Caballeros —comentó el señor Harvey con elocuencia—, creo que ya es hora de ir a llenar los estómagos —comentó risueño—. Luego podremos disfrutar de un rato de relax y al anochecer nos acompañará la orquesta.

Todos volvieron a aplaudir mientras volvían hacia los caballos.

Oliver miró de reojo al vizconde que iba unos pasos por delante.

Había sospechado bien, Harry Thomas O'Sullivan, vizconde de Bearsted, estaba interesado en Nicole. No le extrañaba. Estaba claro que el vizconde no era el único interesado, aunque sí era el que más lo demostraba.

Llegó hasta su caballo con todos los músculos en tensión y subió a este de un salto.

Debía tomar una determinación.

O luchaba por ella o dejaba pasar la oportunidad. ¿Dejarla pasar? No sabía ni cómo podía plantearse aquello, pero lo cierto era que Nicole tampoco había dejado claras sus intenciones hacia él.

Cuando se habían besado la esperanza se había apoderado de él. Nicole no se había apartado, de hecho, había colaborado en el beso y había llegado a rodear su nuca con sus manos. Sabía que sentía algo, pero luego, cuando la veía bailar o hablar con otros hombres, las dudas se apoderaban de él.

Miró de reojo de nuevo al vizconde. No, no podía permitirse perderla, debía luchar por ella, pero primero debía asegurarse. No creía que soportase una negativa por su parte.

Golpeó con los estribos al caballo y salió al galope del bosque en dirección a la mansión de los Harvey.

25

El lugar era increíble, en medio de la naturaleza.

Viviendo en una ciudad y después de un mes en Londres lo cierto era que aquella escapada al campo la estaba disfrutando muchísimo.

La mansión era preciosa, desde sus balcones se podía observar los preciosos jardines que la rodeaban.

Después de comer en el jardín bajo unas carpas disponían de un rato libre, un par de horas hasta hacer el pícnic, y posteriormente amenizarían el atardecer con una orquesta.

Judi, la tía Gladys y su hermana Jacqueline, en compañía de otras mujeres, se habían quedado en la planta baja de la vivienda, adormiladas en la sala de estar sobre los mullidos sofás. En otra sala estaban tocando el piano mientras leían los pasajes de una conocida novela.

Se había quedado adormilada un cuarto de hora, pero luego no había podido conciliar el sueño de nuevo. Tenían plena libertad para poder visitar la mansión, así que se había decidido a hacerlo. Algunas de aquellas habitaciones eran mucho más frescas que aquella en la que se encontraban en un principio.

Después de visitar prácticamente toda la mansión había salido a uno de los balcones a observar el paisaje. Su parcela de terreno se perdía en el horizonte. Era realmente hermoso y, aunque se encontraba a solo media hora de la ciudad de Londres, el paisaje era totalmente diferente. Sin duda, aquel era uno de los días que más estaba disfrutando.

Bajó las escaleras lentamente hasta la primera planta para acceder al jardín, apoyando su mano en el mármol blanco de la baranda de aquellas amplias escaleras, pero se detuvo cuando llegó a la sala donde se encontraban la mayoría de los hombres fumando sus puros y bebiendo alguna copa mientras conversaban.

Su mirada voló directamente hacia el vizconde de Bearsted, de espaldas a ella, de pie y con una copa en la mano.

Los hombres se divertían mucho más que las mujeres. Su mirada voló un poco más al fondo de la sala donde coincidió con una mirada. Se quedó petrificada unos segundos, pues Oliver parecía ser consciente de que se encontraba allí y la miraba mientras aguantaba una copa. Su mirada era intrigada y penetrante.

Nicole tragó saliva, se recompuso y siguió avanzando, pasando de largo aquella sala en dirección a la puerta que daba al jardín.

Investigaría los jardines y las caballerizas, pues por lo que había escuchado por parte de la señora Wilson, la familia Harvey poseía unos excepcionales purasangres.

Apartó con la mano unos mosquitos nada más salir al porche trasero y bajó de este sujetando su vestido.

El día era caluroso en comparación con los días anteriores.

En el jardín se encontraba parte del servicio limpiando las mesas y recogiendo las telas que habían dejado sobre el césped.

—¿Necesita algo, señorita? —preguntó una mujer acercándose.

—No, no… —sonrió ella—, es solo que me apetece estirar las piernas. Voy a dar un paseo —explicó—. ¿Puedo visitar las caballerizas?

—Claro, señorita —respondió con una gran sonrisa.

—Gracias —respondió Nicole mientras aceleraba el paso.

Las caballerizas se encontraban un poco alejadas de la mansión. Era un enorme establo de obra pintado en color crema. En el interior, las separaciones entre los diferentes caballos eran de madera. Era mucho más grande que el suyo.

Caminó por el centro observando los ejemplares hasta que uno le llamó poderosamente la atención y se dirigió rápidamente hacia él.

—Oh, qué maravilla —susurró asombrada.

El caballo parecía de oro, de un color dorado claro y una presencia muy elegante. Jamás había visto un ejemplar así. Los conocía, sabía que existían, pero era mucho más hermoso de lo que había imaginado.

—Es un *Akhal-Teke*[3], una raza originaria de Rusia. Existen muy pocos ejemplares en el mundo —comentaron mientras se acercaban hacia ella.

Oliver se acercaba lentamente hacia ella, con las manos en los bolsillos. Vestía un pantalón marrón oscuro y una camisola blanca holgada.

Nicole se puso tensa de inmediato. Su último encuentro a solas había acabado en un apasionado beso.

Apretó los labios y miró el ejemplar, fascinada.

—Sí, es precioso —contestó ella observándolo de reojo—. Había oído hablar de ellos, pero nunca había visto uno en persona.

—No es sencillo dar con uno —contestó situándose a su lado, observando a aquel caballo de tonos dorados. Pasó su mano por entre la valla y acarició su lomo—. Tócalo, es muy dócil.

Ella sonrió entusiasmada con acariciarlo y lo obedeció pasando su mano entre los barrotes. Su cabello dorado era sedoso, como terciopelo.

Oliver se aproximó a ella.

La había visto pasar por delante de la sala donde se encontraban todos reunidos tomando una copa y, algunos de los hombres, fumando un puro. No había dudado en salir de la sala e ir en su búsqueda, no pensaba esperar más. Sabía que la competencia era dura, pero si había que luchar se lucharía.

—¿Cómo van esos pies? —preguntó Oliver.

Ella lo miró ladeando su cuello. Ya sabía a lo que se refería, la noche del baile en la que se habían besado ella se había alejado de la fiesta para sentarse un poco y descansar los pies.

—Mucho mejor… gracias por preguntar —respondió.

Oliver asintió.

—Parece que… —carraspeó—, el vizconde de Bearsted está interesado en ti.

Ella le sonrió tímida por la afirmación que hacía.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó sorprendida.

—No, no… —comentó—, pero te he visto hablar mucho con él. También te sacó a bailar, ¿verdad?

Nicole apretó los labios y asintió.

—Sí, y ha acudido varias mañanas a conversar conmigo —respondió.

Aquel dato lo cogió de improviso. ¿También había acudido como pretendiente?

Oliver respiró hondo e intentó calmarse.

—Ya te dije que causarías buena sensación en Londres.

Ella chasqueó la lengua.

—Sí, tengo muchos pretendientes cada mañana que me traen flores y bombones —canturreó provocando que Oliver se pusiese más tenso—. Parece que es la única verdad que me

dijo, conde —bromeó ella.

Oliver la escudriñó con la mirada.

—¿Aún sigues con eso? —Ella resopló y se encogió de hombros. Oliver se acercó situándose a su espalda—. Entonces, ¿te estás divirtiendo?

—Mucho —contestó girándose, aunque tuvo que dar un paso hacia atrás, pues Oliver estaba demasiado cerca.

—Me alegro —afirmó él. Miró al caballo y volvió a acariciarlo—. ¿Y la lista de pretendientes…?

—Oh, Oliver, por favor… —le interrumpió ella ladeando su cuello mientras se alejaba de él. Le ponía nerviosa su presencia, pero prefería estar segura. Sabía que con Oliver podía ser directa—. ¿Puedo hablar con honestidad contigo? —preguntó con timidez.

Oliver asintió seriamente.

—Sabes que sí —respondió.

Ella asintió y se removió inquieta. Parpadeó varias veces y finalmente lo miró con una mirada cargada de curiosidad.

—¿A qué juegas conmigo?

Aquella pregunta le cogió desprevenido.

—¿Perdona? —preguntó sin comprender.

—Sí —respondió ella, aunque esta vez más indignada—. La otra noche ocurrió algo entre nosotros…

—Sí, nos besamos —confirmó.

—¿Y luego no vienes a visitarme ningún día por la mañana a casa? ¿Debo interpretar que fue solo un juego para ti? —Oliver la miró sorprendido, sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿Nicole estaba nerviosa por esa situación? ¿Porque pensaba que aquel beso no había significado nada para él? Nicole lo miraba fijamente esperando una respuesta que no llegaba—. ¿Vas a decir algo? —preguntó. Oliver se puso firme y comenzó a avanzar hacia ella, la cual lo miró de la cabeza a los pies—. ¿Qué haces?

—Me acerco.

—Si, ya, eso ya lo veo… —respondió dando unos pasos hacia atrás—, pero ¿para qué?

Oliver ladeó su cabeza.

Se situó ante ella, mirándola a los ojos.

—¿Tú para qué crees? —preguntó antes de cogerla por la cintura y acercarla a él para besarla.

Oliver atrapó los labios de Nicole con los suyos mientras la rodeaba con los brazos por la cintura. Nicole al principio se quedó paralizada. ¿Otra vez? La sensación era exquisita, tan placentera que durante los primeros segundos se quedó adormilada por aquella sensación. ¿Cómo podía ser que unos labios diesen tanto placer? ¿O que unas manos sujetándola por la cintura provocasen tal satisfacción?

Oliver le ponía de los nervios, pero despertaba algo en ella que no podía ni quería refrenar.

Oliver… besándola de nuevo… Aquella idea le hizo abrir los ojos. Él los mantenía cerrados, disfrutando de aquella sensación.

No, eso no podía ocurrir de nuevo entre ellos, no estaba bien.

Situó sus manos en el pecho de él y se apartó cuanto pudo, pues Oliver la mantenía sujeta. Separó sus labios de los de él y lo miró a los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Oliver con voz ronca—. ¿Acaso no te gusta para que te separes?

Ella tragó saliva. ¿Que si no le gustaba? ¡Le encantaba! Besarlo era adictivo, pero no podía…

—No… esto no debería ocurrir —susurró contra sus labios.

—¿Por qué no? ¿A ti te gusta?

Ella tragó saliva. No serviría de nada negarlo, estaba claro que disfrutaba de aquellos besos. Lo miró a los ojos.

—Sí.

Oliver medio sonrió antes de volver a lanzarse sobre sus labios de nuevo, esta vez de forma más apasionada. El haber confesado aquello le dio alas a Nicole que lo rodeó por los hombros con sus brazos, acercándose a su pecho para aproximar sus cuerpos, como si tras su confesión ambos hubiesen despertado una bestia que mantenían apaciguada.

Oliver la apretó contra él y caminó hacia delante con ella cogida hasta la pared donde la depositó bastante acelerado para que ella se apoyase, sin separar su cuerpo del de ella y acariciando su cintura en todo momento.

Nicole eran delicada y tan apetecible que no podía controlar sus impulsos.

La apretó contra la pared del establo mientras la besaba con suavidad y acariciaba su cintura. Se notaba que era inexperta, pero él estaba dispuesto a mostrarle todo el placer que podían darse mutuamente.

Sintió cómo Nicole entrelazaba sus dedos con su cabello, apretándolo, aquella sensación lo excitó más y juntó su cadera a la de ella provocando un grito ahogado de sorpresa en Nicole.

Comenzaba a costarle controlar sus impulsos, más cuando sentía aquella caricia y los tirones de pelo y el placer que le causaban estos.

Abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello con un reguero de besos, acariciando con sus labios y la lengua su piel. Sintió cómo esta se erizaba sin dejar de acariciar su cintura y apretarla contra la pared.

Nicole gimió mientras echaba el cuello a un lado para que él hiciese lo que quisiese, estaba totalmente a su merced. Aquella sensación era delicada y violenta a la vez.

Él era el único hombre que la había besado, que la estaba acariciando de aquella forma que le hacía perder el control de su mente.

—Oli... Oliver… —susurró con la voz entrecortada.

—Dime —dijo él sin apartar los labios de su cuello. Nicole no dijo nada, volvió a gemir mientras se abrazaba con fuerza a él. No supo si lo que deseaba era que parase o si solo había pronunciado su nombre instintivamente, pero prefirió asegurarse—. ¿Quieres que siga?

Aquella pregunta hizo que Nicole recuperase levemente la cordura. Oliver la situó ante él, ella lo miraba con ojos entornados por el placer. Sus ojos brillaban y tenía los labios rojos por la intensidad del beso.

Lo miró fijamente, con pasión, y situó una mano en su nuca.

—Sí —susurró Nicole atrayéndolo hacia él.

Oliver resopló antes de volver a sus labios y besarlos con cierta agresividad. La respuesta de Nicole estaba provocando que cada vez le costase más contenerse. Si seguían así, ya sabía cómo acabarían, pero eso no era una preocupación para él.

La besó mientras elevaba la falda de su vestido y metía sus manos por debajo de este para acariciar sus pantorrillas. Sintió cómo Nicole temblaba entre sus brazos. Se apartó de sus labios y descendió por su cuello rumbo a la clavícula y a su pecho.

Nicole estaba temblando de pasión y no había hecho más que comenzar con ella, el problema era que él estaba igual. Conocía de su inexperiencia, de su desconocimiento sobre el

tema, así que él era realmente quien debía ponerle freno, pero no podía. Lo que estaban compartiendo estaba alcanzando un nivel tal que, si no se detenía en breve, acabarían haciendo el amor allí mismo.

Besó la parte de su pecho que sobresalía de su escote mientras Nicole echaba su cabeza hacia atrás conteniendo un grito. Llevó su mano hasta su cabello y lo acarició mientras él paseaba su lengua sobre sus pechos.

Oliver no aguantó más, estaba totalmente excitado.

Llevó sus manos hacia la espalda de Nicole y bajó la cremallera del vestido lentamente hasta su cintura, dejando su espalda al descubierto.

En ese momento, Nicole hizo un movimiento brusco y lo miró confundida, aun así, su mirada estaba totalmente encendida por el deseo.

Nicole barajó la idea un momento, pero Oliver volvió a atrapar sus labios en un apasionado beso que la dejó totalmente extasiada mientras introducía una de sus manos por la cremallera y acariciaba su espalda con suavidad.

Si la primera vez que se había topado con Oliver hubiese pensado que acabarían así no se lo hubiese creído. Sabía que debía detenerlo, que lo que estaba ocurriendo entre ellos no era lo apropiado, pero no podía, no tenía fuerzas para hacerlo y, para ser sincera, tampoco quería. Oliver le estaba ayudando a explorar una parte de lo que ocurría entre un hombre y una mujer, y era realmente placentera. Lo único que deseaba era fundirse con él, acariciar su piel, sentir su contacto por todo su cuerpo.

Como si hubiese leído su mente, Oliver se distanció levemente de ella y se desabrochó los primeros botones de su camisola pasándola por los brazos y sacándola por la cabeza.

Allí, en el rincón de aquel establo, no los verían, aunque no podía asegurar que en algún momento alguien entrase y los sorprendiese. Esa idea le hizo volver levemente a la cordura, aunque al notar la caricia de ella en su pecho, explorándolo por primera vez, volvió a desaparecer.

Nicole lo miraba maravillada, paseando su mano con una caricia sobre su pecho y sus pectorales. Oliver tuvo que respirar con fuerza para no cogerla ahí mismo y lanzarla sobre el heno para hacerle el amor. Lo que había comenzado con un inocente beso se estaba convirtiendo en una experiencia tórrida.

Oliver descendió el vestido de ella por debajo de su pecho dejando al descubierto su ropa interior, un camisón de lino muy fino. Desabrochó un botón, abriéndolo, dejando al descubierto parte de sus pechos que subían y bajaban a gran velocidad fruto de una respiración acelerada por la excitación.

No lo pensó y descendió con su boca hacia su pecho, acariciándolo suavemente con su lengua. Aquello ya eran palabras mayores, acababan de sobrepasar un límite del que les sería muy difícil volver.

Escuchó los gemidos de Nicole y llevó su mano lentamente hacia sus labios, intentando contenerlos para que si alguien pasaba por allí cerca no los escuchase. Nicole lo comprendió e intentó contenerlos, pero le era difícil, pues jamás había sentido algo así. Ni siquiera había imaginado que algo así pudiese ocurrir entre un hombre y una mujer. Deseaba descubrir más, en esos momentos quería saberlo todo.

Oliver apartó sus labios de sus pechos y se abrazó a ella, el contacto de sus cuerpos les hizo estremecerse a ambos.

Oliver irradiaba calor y sus labios estaban excesivamente calientes cuando volvieron a los de ella. Nicole lo rodeó con sus brazos, estremeciéndose al sentir su pecho y el de Oliver

juntarse.

Oliver la estrechó más contra la pared mientras incrementaba la pasión del beso y unía su cadera a la de ella en un acto reflejo que hizo que otro gemido se escapase de los labios de Nicole.

Oh, aquello ya era demasiado. El placer era tan grande que le temblaban las piernas.

Oliver la sujetó más fuerte por la cadera cuando notó su debilidad y cómo perdía el equilibrio, sin fuerzas.

—Oh, oh… —comentó con cierta preocupación mientras los dos caían en el rincón sobre el heno. Oliver se incorporó sobre ella atrapando sus labios de nuevo. Probablemente, el heno no debía de ser cómodo y se le debía de estar clavando a Nicole por la espalda, pero en ese momento ni siquiera lo notaba.

Descendió de nuevo por su cuello y esta vez atrapó totalmente su pezón, provocando un grito por parte de ella.

Nicole intentó controlarse y se mordió el labio mientras Oliver jugueteaba con sus pechos.

Oliver abandonó uno de sus pechos y fue hacia el otro mientras introducía su mano por debajo del vestido y se lo elevaba casi hasta la cintura. Comenzó a recorrer sus piernas con caricias que cada vez llegaban más arriba.

Cuando sintió la mano de Nicole por su espalda acariciándolo y apretándolo para intentar contener el placer, elevó su mirada y la observó. Nicole permanecía totalmente recostada sobre el heno, con los ojos cerrados y mordiéndose el labio, totalmente entregada.

Fue hacia sus labios, pero no los besó.

—Nicole, tengo que parar… —susurró con voz grave.

Ella no abrió los ojos, pero negó con su cabeza.

—No, no pares —suplicó con un sollozo—. Quiero más.

Aquellas palabras provocaron un arrebato en él y la besó.

—¿Cuánto más? —preguntó contra sus labios.

Ella tragó saliva.

—Más, mucho más —contestó entre beso y beso.

Oliver introdujo su mano en el interior del vestido, paseándola por su pierna hasta llegar a su ropa interior. La apartó hacia un lado y la acarició suavemente, provocando que una corriente eléctrica atravesase el cuerpo de ella.

Lo miró sorprendida cuando introdujo en ella parte de su dedo corazón.

—Puedo enseñarte y darte mucho más… —susurró contra sus labios—, pero no es lo apropiado —acabó diciendo, intentando recuperar la cordura, esperando que ella lo detuviese.

Nicole flexionó sus piernas para facilitarle el contacto a él y lo miró con los ojos entornados mientras acariciaba su hombro.

—Enséñame —le suplicó.

Él tragó saliva y juntó su frente junto a la de ella, cerrando los ojos con fuerza, intentando contenerse.

—Si sigo no voy a poder parar —la advirtió con una respiración acelerada por el deseo.

Ella volvió a negar.

—No quiero que pares —susurró contra sus labios antes de buscarlos ella misma para besarlos.

Aquellas palabras acabaron con la poca resistencia que aún lograba oponer.

Oliver se incorporó sobre ella mientras se bajaba los pantalones.

Sí, no era lo apropiado, aquello iba a traer consecuencias, pero en ese momento nada

importaba, solo importaba la mujer que tenía entre sus brazos enloquecida de pasión. Solo importaba procurarse el mayor placer posible.

Se situó sobre ella y la besó apasionadamente mientras ella lo abrazaba, sin ser consciente realmente de lo que estaba a punto de ocurrir. Había sucumbido totalmente al placer que Oliver le brindaba y solo existía él en ese establo.

Abrió los ojos al máximo y lo miró cuando comenzó a introducirse en ella lentamente, sorprendida por lo que ocurría.

Tragó saliva y lo miró.

—¿Oliver? —preguntó con cierto temor. Él la observó también fijamente, quedándose quieto—. ¿Qué…?

—¿Te he hecho daño? —preguntó directamente.

Ella tragó saliva y negó.

—Pero… esto… —comentó con voz trémula, recuperando algo de sensatez—, esto… no…

Oliver la besó rápidamente y se movió de forma lenta sobre ella, muy pausada.

—Ohhh —gimió ella con sorpresa sintiendo cómo el placer comenzaba a crecer dentro de ella.

Oliver descendió de nuevo hacia sus labios y se fundió en un apasionado beso con ella mientras se movía lentamente. Sintió cómo las manos de Nicole volvían a sujetarse en sus hombros intentando acostumbrarse a él.

Nicole cerró los ojos y se sujetó con fuerza a sus hombros, ascendiendo su cabeza hacia su hombro derecho.

Aquello superaba con creces todo lo que había sentido hasta ese momento, aquel placer era indescriptible. Su respiración se volvió acelerada a la vez que Oliver incrementaba sus movimientos.

Lo que estaba ocurriendo era lo más íntimo que podía ocurrir entre un hombre y una mujer, lo que ocurría entre un marido y su esposa, sin embargo, ella…

Abrió los ojos cuando fue realmente consciente de lo que estaba ocurriendo, de lo mucho que se habían excedido.

—Oliver… —susurró con la voz entrecortada.

Él se situó sobre ella, aguantándose con los brazos sin cargar su peso y la miró, aunque no dejó de moverse.

—Nos… —tragó saliva—, nos hemos…

—Ahora ya está hecho —susurró contra sus labios—, y asumiré las consecuencias. No hay por qué parar —dijo antes de fundirse en otro beso con ella.

Más que sus palabras fue el tono con que las pronunció, el placer que iba inundando todo su cuerpo y que no le permitía pensar con claridad.

Se rindió al placer finalmente, sin pensar, solo sintiendo. Ya tendría tiempo para lamentarse por lo ocurrido, pero por ahora disfrutaría.

Oliver sintió cómo se iba relajando entre sus brazos. Pese a que el placer tenía nublada su mente, intentaba mantenerse alerta por si escuchaba a alguien acercarse al establo. Lo que no deseaba bajo ningún concepto era que alguien descubriese lo que estaba ocurriendo entre ellos. Eso era algo que arreglarían los dos solos, era algo suyo, privado.

Acarició su cadera y su pierna mientras se movía sobre ella y sentía las manos de ella por la espalda, apretando, intentando contener los gritos de placer que clamaban por escapar de su garganta.

Sintió el momento en que Nicole se contraía experimentando por primera vez un placer

extremo y elevó su mano hasta la de ella para cogérsela mientras incrementaba más sus movimientos. No quería ser demasiado impetuoso aquella primera vez, pero ella se lo estaba poniendo muy difícil, Nicole estaba totalmente embelesada, en otro mundo junto a él.

El placer más intenso que había sentido se apoderó de él también. Había estado con varias mujeres, pero jamás ninguna le había hecho sentir como ella, ninguna había despertado una ternura tan intensa como lo hacía Nicole.

Cayó sobre ella con la respiración acelerada y elevó los ojos hacia Nicole.

Ella mantenía aún los ojos cerrados, intentando asimilar todo lo que su cuerpo le acababa de mostrar.

Besó sus labios suavemente mientras acariciaba su mejilla y cuando se separó de ella, Nicole los abrió lentamente. Unas gotitas de sudor brillaban sobre su frente. Sin duda, aquella era la experiencia más erótica de toda su vida y nada era comparable a lo que había sentido junto a Oliver.

Sus miradas coincidieron.

Oliver la miraba con una ligera sonrisa en su rostro y un cariño diferente a como la había observado hasta entonces.

¿Era eso lo que debía ocurrir en la noche de bodas? ¿Eso era todo lo que ocurría entre un hombre y una mujer? Sí, intuía que había experimentado justamente eso, y sí, le había gustado, le había gustado muchísimo. Debía reconocer que Oliver la había llevado a lugares que creía que no existían, sin embargo, su cabeza se despejaba de la neblina que el placer había traído a ella y cada vez pensaba con más claridad. ¿Se había vuelto loca?

—Madre mía… —susurró ella abriendo los ojos al máximo—, madre mía, madre mía, madre mía… —dijo alzando cada vez más el tono.

—Shhh —reaccionó Oliver incorporándose sobre ella—, silencio o aún nos escucharán. ¿Quieres que nos descubran así?

—Madre mía, madre mía, madre mía… —seguía gimiendo ella mientras se incorporaba intentando sacárselo de encima.

Oliver puso los ojos en blanco y suspiró. Decidió levantarse, pues Nicole parecía que estaba entrando en crisis.

Se subió los pantalones de inmediato mientras Nicole se cubría el cuerpo con el vestido bajando la falda y abrochando con dedos trémulos su cremallera.

—¿Qué hemos hecho? —sollozó mientras se llevaba la mano a la cabeza comprobando que tenía unas briznas de heno en el pelo. Comenzó a quitárselo nerviosa.

—Lo que hemos hecho se llama hacer el amor.

Ella se puso en pie con movimientos bruscos.

—No me digas, Oliver —pronunció estirando su falda para alisar las arrugas.

Oliver la miró sorprendido mientras se agachaba para coger su camisola.

Nicole se quedó mirándolo unos segundos. Se le marcaban muchos los bíceps.

—¿Por qué estás tan enfadada? —preguntó como si no comprendiese—. ¿Acaso no te ha gustado? Estabas muy satisfecha mientras compartíamos este momento.

Ella apretó los labios y lo miró enfadada mientras se retiraba otra brizna del pelo.

—Claro que me ha gustado —reconoció molesta—, pero no debería haber ocurrido —rechinó de dientes.

—Te advertí que si seguíamos no podría parar… —le recordó—. Me pediste que siguiese.

—¡¿Y yo qué sabía que íbamos a llegar tan lejos?! —se excusó.

—¿Y a dónde pensabas que llevaba al final? ¿A jugar al pillapilla? ¿Al escondite?

Ella rugió y lo señaló con el dedo.

—Oh, no bromees ahora —respondió indignada.

—No bromeo —continuó él pasando sus brazos por la camisola—, simplemente te digo que para acabar como hemos acabado hacen falta dos. Esto es tanto responsabilidad tuya como mía. —Se abrochó los botones de la camisola—. Ya te he dicho que asumiré las consecuencias de lo ocurrido, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —preguntó alzando la voz, lo que provocó que Oliver resoplase, aunque al analizar su última frase se quedó de piedra y lo escudriñó de la cabeza a los pies—. ¿Cómo piensas asumir las consecuencias? —preguntó con un hilo de voz.

Él se encogió de hombros.

—Te casarás conmigo —respondió como si nada.

—¿Qué? —preguntó pasmada.

Él le sonrió en ese momento y chasqueó la lengua mientras situaba sus manos en su cintura y adoptaba una postura graciosa.

—Mira por dónde sí que vas a ser condesa al final.

—Oh, pero serás… —dijo avanzando hacia él y golpeándole en el pecho.

Él le sujetó las manos.

—¿Qué te pasa ahora? —exclamó y la situó frente a él—. Esto es cosa de los dos, hazte a la idea.

—¡No pienso casarme contigo! —gritó.

Aquellas palabras sorprendieron a Oliver.

—¿Por qué no? —preguntó mirándola de la cabeza a los pies—. Podremos disfrutar de muchos más momentos así… —pronunció con una sonrisa traviesa—, además, no hay vuelta atrás. Podrías estar embarazada.

—¿Qué?

—Por Dios, Nicole… ¿sabes cómo se hacen los bebés? —preguntó un poco exasperado. Ella apretó los labios y suspiró, luego asintió lentamente—. Entonces, comprenderás por qué debemos casarnos.

Ella resopló y se removió incómoda. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Iba a casarse con él? Estaba claro que ambos se atraían, pero ella no deseaba eso, no deseaba un matrimonio solo para evitar un escándalo.

—No creo que me quede embarazada —comentó con un hilo de voz.

—Igualmente el daño ya está hecho —respondió él con paciencia, aunque se fijó en que Nicole había pasado de un estado enfadado a otro que parecía triste. Dio un paso hacia ella—. ¿Estás llorando? —acabó totalmente sorprendido.

Ella lo miró de reojo y se dio la vuelta para evitar que viese su rostro.

—No —sollozó.

—¿Cómo que no? —preguntó sin dar crédito. Nicole le estaba dando la espalda, ocultando sus lágrimas. Dio un paso hacia un lado, pero ella se reclinó al lado contrario. Resopló e hizo el gesto contrario, pero ella volvió a evadirlo—. Nicole, ¿tanto odias la idea de casarte conmigo? —preguntó esta vez con más sentimiento, incluso dolido por su reacción. Podría haber esperado cualquier tipo de reacción por su parte, pero no que acabase llorando porque le pidiese matrimonio. Ella se llevó las manos a la cara rompiendo a llorar—. Te prometo que seré un buen…

—Yo no quería esto —sollozó girándose hacia él, cubriendo aún su rostro—. No de esta manera —gimió antes de salir corriendo del establo.

Oliver respiró hondo.

—Espera, espera… Nicole, vamos, ven… no te marches así —dijo dando unos pasos hacia delante, pero se dio cuenta de que le faltaban los zapatos—. ¡Joder! —protestó buscándolos—. ¿Dónde cojones están? —Miraba de un lado a otro, nervioso.

Cuando se giró, Nicole corría tanto que estaba llegando ya al porche de la mansión.

Encontró los zapatos escondidos bajo el heno y los sacudió. Se los puso y caminó tranquilamente hacia fuera del establo.

Nicole entró acelerada en el recibidor y avanzó directa hacia las escaleras. Necesitaba ir a un aseo y acicalarse. Aquello era una verdadera locura. ¿Había perdido totalmente la cabeza?

Recorrió el espacio hasta las escaleras cuando una voz la detuvo.

—Señorita Stafford —pronunciaron acercándose a las escaleras rápidamente. Ella se giró y apartó la mirada del vizconde de Bearsted, el cual se acercaba. La miró confundido, pues tenía los ojos llorosos—. ¿Se encuentra bien? —preguntó deteniéndose al inicio de las escaleras.

Ella asintió rápidamente.

—Sí, vizconde —mintió con una sonrisa, intentando aparentar normalidad—. Es solo que este sol me agota, iba al servicio a refrescarme un poco.

—Oh, ya —contestó más tranquilo—. Sí, hoy hace un día excelente. Me preguntaba si querría usted dar un paseo por el jardín cuando el sol esté un poco más bajo en el cielo.

Nicole puso su espalda recta y miró de reojo en dirección a la puerta que comunicaba con el jardín justo cuando Oliver entraba por ella con paso decidido.

Nicole tragó saliva y sonrió al vizconde intentando aparentar serenidad.

—Claro, será un placer —indicó antes de comenzar a subir las escaleras.

El vizconde sonrió y se giró hacia la puerta de la sala desde donde el conde lo observaba.

—Oh, conde, ya está aquí —comentó con una agradable sonrisa y fue hacia él. Oliver permanecía cruzado de brazos y con la mirada clavada en la espalda de Nicole que subía los escalones rápidamente rumbo al aseo. Miró al vizconde que se acercaba sonriente—. Vamos a organizar un torneo de billar, ¿se apunta? —preguntó.

Oliver asintió y se giró hacia la habitación. Estaba claro que allí, en aquella casa de campo rodeados de personas, no podría hablar tranquilamente con ella.

Suspiró y entró a la sala junto al vizconde.

—Claro, me apunto, aunque no se me da muy bien —reconoció.

—No se preocupe, conde, aquí el único experto es el señor Harrisson —rio—. Bien, ¿formamos los grupos? —preguntó hacia el anfitrión.

26

Había pasado varios días en casa sin acudir a los bailes fingiendo que estaba indispuesta.

Su hermana, como siempre, se mostraba bastante discreta. No se encontraba mal, de hecho, había sido un alivio comprobar que no estaba embarazada.

Podría decírselo a Oliver y así él no se vería obligado a contraer un matrimonio que no deseaba. ¿Y ella? ¿Lo deseaba? ¿Por qué se iba a engañar más? Estaba enamorada de él, de hecho, lo tenía en mente a todas horas, aunque aún se sentía avergonzada por lo que había ocurrido entre ellos y lo que menos quería era casarse por obligación.

Había tenido la esperanza de que Oliver apareciese por la puerta alguna de aquellas mañanas, pero no había sido así.

Las primeras mañanas no había recibido a nadie argumentando su indisposición, el tercer día había recibido unas cuantas visitas únicamente, entre ellos, el vizconde de Bearsted, el cual parecía realmente encantado al ser uno de los seleccionados. A partir del quinto día había normalizado las visitas por las mañanas y, a la semana, había iniciado de nuevo la temporada de bailes.

¿Por qué Oliver no había acudido a verla?

No estaría tan interesado en ella si después de lo ocurrido en la finca de la familia Harvey no acudía a verla.

Lo tenía claro, aquel había sido un error, un grave error, pero por suerte no habían sido sorprendidos por nadie, lo cual le daba esperanzas. Sabía que Oliver no mencionaría nunca nada, en ese aspecto estaba tranquila, pero lo cierto era que llevaba muy mal que después de haber hecho el amor por primera vez con él ni siquiera mostrase un poco de interés.

Se giró y observó a decenas de bailarines en la pista, bailando al son de la música.

Desde la fatídica noche de los zapatos en el baile de los Graham no había vuelto a un baile y, aquella noche, estaba recuperando todos los bailes que no había podido tener con el resto de pretendientes.

—Un honor bailar con usted, señorita Stafford —dijo Sir Rob Steward.

—Igualmente —respondió ella sonriente.

Su hermana permanecía a su lado junto a Judi y su tía Gladys.

—Qué hombre más apuesto —intervino la vizcondesa dirigiéndose a Nicole.

—Sí, mucho —le dio la razón ella. Miró sonriente en dirección a Judi, la cual había salido junto a ella a la pista para bailar con el señor Clapton—. El señor Clapton no parece querer soltar a Judi —rio ella.

La vizcondesa miró en su dirección y chasqueó la lengua.

—Esta mañana han estado paseando juntos por el parque. —Ladeó su cuello—. Espero que el señor Clapton no tarde mucho más en pedir la mano de mi sobrina o a este paso le tiraré de las orejas.

Nicole rio al igual que su hermana.

—Las cosas llevan su tiempo —intervino Jacqueline.

—Aún queda bastante temporada por delante —le recordó Nicole—. Quizá quiera estar bien seguro antes de pedir su mano.

—Llevamos casi dos meses de temporada —comentó Gladys mirando cómo su sobrina

iniciaba de nuevo el baile con el señor Clapton—. Le doy de plazo hasta la semana que viene, si no tendré que hablar firmemente con el joven.

—Paciencia —aconsejó Jacqueline—. Mejor ir despacio y tomar la decisión correcta.

La vizcondesa hizo un gesto afirmativo hacia Jacqueline.

—Señora Wilson —dijo la vizcondesa con una gran sonrisa al verla aparecer con su prima —. Cuánto me alegro de verla.

—Igualmente —respondió la señora Wilson situándose frente a ellas—. Hola, querida —dijo hacia Nicole—, ¿no estás en la pista? —preguntó sorprendida.

—Así puedo descansar un poco —respondió ella sonriente, pues ciertamente pocos eran los bailes a los que no salía a la pista.

—¿Habéis escuchado que el marqués de Ailesbury ha encontrado a su quinta esposa?

Tanto Jacqueline como la tía Gladys se giraron hacia ella con interés.

—¿Quién es la afortunada? —preguntó Jacqueline.

—Dirás la pobre desgraciada… —bromeó la tía Gladys y dio un golpecito con la mano en el brazo de Jacqueline, con confianza—, en este corrillo no hace falta mantener los modales, podemos decir las cosas tal y como son. —Miró a la señora Wilson—. ¿Y bien? ¿Quién es el próximo fiambre?

Nicole se giró para observar alrededor, aquel tema no le interesaba, tenía otras cosas importantes en la cabeza.

Se sorprendió cuando unos metros por delante vio a Amanda Lewis, de espaldas a ella, hablando con Oliver. Oliver tenía cara de circunstancias. Nicole suspiró, desde luego Amanda no se daba por vencida fácilmente y seguía insistiendo para llamar la atención del conde de Devon.

Sintió cómo algo se rompía dentro de ella. No le gustó ver a Amanda junto a Oliver, de hecho, sintió tristeza al pensar que podía llegar a conquistarlo, no porque Amanda no le cayese bien, sino porque no tendría a Oliver con ella. ¿Por qué no había acudido alguna mañana a buscarla? Le dolía que no lo hubiese hecho.

Apartó la mirada de él e intentó recomponerse cuando vio a Oliver despedirse de Amanda y rodearla para ir en su dirección.

Ni siquiera se atrevía a mirarlo directamente.

Los recuerdos de lo ocurrido entre ellos le hicieron aumentar los latidos de su corazón y su respiración, incluso sintió cómo las mariposas comenzaban a revolotear en su estómago. Recordar los besos que habían compartido, las caricias, cómo sus cuerpos de habían amoldado perfectamente el uno al otro… todo aquello la hizo sofocarse y durante unos segundos, de forma involuntaria, se abanicó con la mano.

—Señorita Stafford —la saludó haciendo una reverencia. La miró y al verla totalmente sofocada enarcó una ceja—. ¿Ocurre algo?

No fue consciente de su movimiento hasta que él lo mencionó.

—No, un mosquito —disimuló ella moviendo más la mano.

Su hermana Jacqueline, la tía Gladys y la señora Wilson se giraron al escuchar su voz. De hecho, pudo ver cómo a la espalda de Oliver Amanda se giraba con un gesto nervioso.

—Ya, esta noche están muy revoltosos —comentó siguiéndole el juego y luego tendió su mano hacia ella—. ¿Me concede este baile?

Ella tragó saliva y miró de reojo a sus amigas, luego se dio cuenta de que la mayor parte de la gente que los rodeaba les estaba prestando atención.

—Claro, conde —reaccionó tendiéndole la mano.

Oliver la tomó y fueron en dirección a la pista mientras se cruzaba con Judi que era

acompañada por el señor Clapton hacia su tía.

Se situó frente a ella y la cogió por la cintura con su mano libre. Nicole no decía nada, permanecía con todo el cuerpo en tensión.

—¿Por qué me esquivas? —le preguntó en un susurro.

—Yo no le esquivo, conde.

—Nicole, por favor, no me llames así —comentó poniendo los ojos en blanco, aunque se corrigió de inmediato. La música comenzó a sonar y ambos iniciaron los pasos—. ¿Cómo te encuentras? Escuché que decían que estabas indispuesta… otra vez.

Ella lo miró de reojo mientras daba una vuelta y volvía a sus brazos.

—Bien. Ya bien —respondió con timidez.

Oliver se acercó a ella, casi a su oído.

—Esa indisposición podría ser por… —Nicole se apartó y lo miró con una ceja enarcada—, ¿un embarazo?

Durante unos segundos pensó en mentirle y decirle que no lo sabía, asustarlo un poco, pero Oliver esperaba con cierta emoción la respuesta.

—No —respondió de forma contundente—, te alegrará saber que no estoy embarazada —susurró.

—Pues en parte sí. Me gustaría tener hijos, pero más adelante, una vez casados —contestó con ironía.

Ella resopló.

—Oliver —dijo mirándolo fijamente—, ya no tienes la obligación de casarte conmigo.

Oliver ladeó su cabeza y la observó.

—¿Obligación? —Él volvió a acercarse—. Que no estés embarazada no cambia lo que ocurrió entre nosotros —recordó. Ella ladeó levemente su cuello y sus narices estuvieron a punto de chocar, se quedó pues mirándolo a los ojos—. ¿Acaso quieres casarte con otro? —le preguntó molesto. Se acercó de nuevo a ella—. Por mucho que digas, tu cuerpo no decía lo mismo el otro día —le susurró y se situó frente a ella mientras giraban—. Te aseguro que puede ser mucho mejor. El lugar que escogimos para nuestra primera vez no fue el más adecuado, me estuve sacando briznas de heno del pelo y de la ropa durante horas —acabó quejándose, lo cual hizo que ella sonriese por su tono de voz. La sonrisa de ella lo tranquilizó en cierto modo—. ¿De verdad te imaginas con otro hombre en la cama? —preguntó directamente.

Aquella pregunta le hizo poner la espalda recta. No, no se imaginaba con otro que no fuese él, pero el comportamiento que demostraba era muy diferente a lo que sus palabras decían.

—Si de verdad quisieses conquistarme vendrías a verme por las mañanas…

—¿Crees que no tenía ganas de ir? Me moría por ir, Nicole —confesó antes de que ella volviese a girar—, pero después de lo afectada que te vi por última vez… joder —susurró como si el recuerdo le molestase—, hicimos el amor y te fuiste llorando, huyendo de mí, ¿crees que eso me sentó bien? —De acuerdo, no había pensado en ello. Nicole se mordió el labio—. Pensé que necesitabas tiempo para pensar y ordenar las ideas. No quise agobiarte. —Ella lo miró fijamente y, finalmente, sonrió—. Solo pretendía darte tu espacio, nada más.

Ella tragó saliva y asintió.

De acuerdo, no había pensado en cómo podía haberle afectado a él el hecho de salir corriendo tras hacer el amor con él, y encima llorando, pero ese no era el tema, el tema era la obligación que ambos tenían por lo ocurrido entre ellos. Eso era lo que la atormentaba, la obligación.

Sí, deseaba casarse, pero no quería que fuese por obligación, sino por amor.

—No sería justo… —susurró.

—¿Justo el qué? —preguntó sin comprender.

—Que te casases conmigo por obligación —indicó—. No quiero eso.

La música en ese momento finalizó y ambos se distanciaron para aplaudir, aunque sus miradas estaban fijas el uno en el otro.

Nicole suspiró e iba a girarse para tomar su mano y volver a donde se encontraba su hermana en compañía de sus amigas, pero él tomó su mano con delicadeza quedándose firme en el mismo sitio.

—Otro baile —dijo—, tenemos muchas cosas que aclarar.

Nicole miró de reojo hacia los lados, pues parecía haber varios pretendientes esperando para sacarla a bailar.

—Oliver —susurró—, hay otros pretendientes que esperan que…

—Nicole —dijo acercándose a ella para sujetarla de nuevo por la cintura—, ¿de verdad te estás planteando bailar con otros pretendientes? No, ni hablar —sentenció—, llevo una semana esperando para hablar contigo y no te me vas a escapar tan fácilmente.

Ella suspiró y le tendió la mano para que se la sujetase antes de iniciar el baile de nuevo, pues las nuevas parejas ya llenaban la pista de baile.

—Creo que a ti también te están esperando —ironizó Nicole.

—¿Quién? —preguntó con el ceño fruncido.

Nicole hizo un gesto disimulado hacia su derecha, señalando a Amanda Lewis.

—No, nada de eso —dijo sujetando más fuerte su cintura—. Aunque creo que no le gustará nada la noticia de nuestra boda.

Esa vez fue ella quien frunció el ceño.

—Yo no he dicho que vaya a casarme contigo —le recordó.

Oliver resopló.

—¿Por qué eres tan tozuda? —le preguntó a la vez que iniciaban unos nuevos pasos de baile. Ladeó su cuello—. Si no nos hubiésemos conocido antes en Birmingham seguramente no tendrías este problema, aceptarías mi propuesta sin pensarlo.

Ella apretó los labios.

—Claro, porque estaba desesperada por ser condesa, ¿verdad? —preguntó de mal humor.

—Admítelo, Nicole. Ambos nos atraemos, nos deseamos… y esta absurda tontería de mantenerte firme cuando ya hemos estado juntos es absurda —susurró bastante molesto.

Ella enarcó una ceja.

—Estás demasiado acostumbrado a tener todo lo que quieres…

—Oh, no —rio él—, aquí la niña mimada eres tú —bromeó—, mimada y cabezota como tú sola. ¿Qué pretendes? ¿Casarte con otro hombre cuando te has acostado conmigo?

—Eso a ti no debería importarte, ya te lo he dicho, no estoy embarazada.

—No es lo que debe hacerse…

—Nada de lo que nosotros hemos hecho desde que nos conocemos debía haberse hecho —le recriminó ella.

Oliver ladeó su cabeza.

—En eso te doy toda la razón —dijo haciéndola girar. La miró durante unos segundos y suspiró—. Está bien, tú decides, Nicole, es decisión tuya.

Ella lo miró mientras seguían girando por la pista, en silencio. Aquella respuesta la dejó sin palabras. ¿Era decisión suya? Se mantuvo en silencio el resto de los minutos que duró el baile hasta que la música se detuvo y, esta vez, Oliver le ofreció su mano para acompañarla a donde se

encontraba su hermana junto a sus amigas.

Cuando llegaron hasta el lugar, Oliver se reclinó hacia su mano y la besó.

Ella tragó saliva.

—Solo deseo un matrimonio con amor —susurró ella con cierta tristeza.

Él la miró mientras se ponía firme.

—¿Y no crees que yo puedo ofrecerte eso? —preguntó mirándola fijamente.

Ambos se miraron durante unos segundos.

—Conde —interrumpió la señora Wilson acercándose—, oh, cuanto me alegro de verle por aquí —dijo sonriente, ofreciéndole una copa que él rechazó—. ¿Quiere quedarse un rato con nosotras? —le ofreció.

Oliver miró a Nicole que no apartaba la mirada de él.

—Debo irme —dijo Oliver—, pero gracias por su ofrecimiento. —Saludó a los allí presentes con un movimiento de su cabeza y miró a Nicole de nuevo—. Señorita Stafford —se reclinó hacia delante.

—Conde de Devon —pronunció ella antes de hacer una reverencia.

Un suspiro se escapó de los labios de Nicole mientras él se alejaba. Aquellas últimas palabras por su parte la habían aturdido. Ella decidiría, él no la obligaría a nada, jamás diría nada sobre lo ocurrido entre ellos, la decisión era única y exclusivamente cosa de ella.

Y luego estaba aquella última frase que había dicho: "*¿Y no crees que yo puedo ofrecerte eso?*".

Sí, había atracción entre ambos, pero le daba miedo equivocarse, acabar como su hermana atrapada en un matrimonio sin amor. No, ella deseaba ser feliz, encontrar un verdadero compañero para toda la vida con el que formar una familia, con el que divertirse, hablar, pasear juntos y, por qué no, tener momentos como el que había vivido con Oliver, sin embargo, su mente no le permitía imaginar a otro hombre que no fuese él.

¿Una vida al lado de otro hombre que no fuese Oliver? Le costaba encajar aquello.

Con él se divertía, discutía, pero disfrutaba de ello, sentía una profunda atracción hacia él y también Oliver había demostrado ser un hombre protector y cariñoso. ¿Por qué negase más a lo inevitable? Había perdido el norte entre sus brazos, y estaba segura de que lo haría muchas veces más si decidía casarse con él.

—Vaya, dos bailes seguidos con el conde —rio la tía Gladys a su espalda, provocando que ella se girase—. Eso es muy buena señal.

—Se os veía hablar todo el rato —dijo su hermana—, ¿de qué hablabais? —preguntó con curiosidad.

Si ella supiese, pensó Nicole.

—El conde de Devon tiene mucha conversación —disimuló—. De nada en concreto —acabó sonriente como si no ocultase nada.

—Es muy buena señal —corroboró la señora Wilson.

Nicole la miró intrigada.

—¿A qué se refiere?

La señora Wilson la miró sorprendida por la pregunta.

—Despierta, niña, ¿acaso has visto al conde sacar a otra mujer a bailar que no seas tú?

Nicole tragó saliva y asintió.

—Sí —continuó la tía Gladys—, en las anteriores temporadas donde venía a algún baile no solía sacar a nadie a bailar, solo conversaba con los hombres y tomaba alguna copa.

—¡Y dos veces seguidas! —intervino su hermana Jacqueline emocionada—. Desde luego,

tus dos pretendientes predilectos son de lo mejor de la temporada.

—¿Dos?

—Claro —dijo su hermana encogiéndose de hombros—. El vizconde de Bearsted y el conde de Devon.

—Los dos son buenos partidos —continuó la tía Gladys y luego sonrió de forma traviesa—. Aunque yo, personalmente, si tuviese la ocasión de elegir, escogería al conde de Devon. Es mucho más atractivo.

—Oh, Gladys —reaccionó la señora Wilson—, ni hablar, el vizconde de Bearsted es encantador, mucho más que el conde, es más agradable y tiene más conversación.

—¿Acaso no has visto lo parlanchín que se vuelve con ella? —dijo la tía Gladys cruzándose de brazos.

—El conde es mucho más serio.

Nicole miraba pasmada la conversación entre la señora Wilson y la tía Gladys.

—Y eso lo hace más atractivo, más enigmático —rio la tía Gladys parpadeando varias veces seguidas.

Nicole las miró.

—El conde de Devon no ese serio, es bastante divertido y bromista —pronunció Nicole como si fuese obvio.

—Está claro que está enamorado —corroboró la tía Gladys.

Nicole apartó la mirada de ellas y miró entre todos los invitados a la fiesta buscándolo a él. Quizá debería haberse mantenido callada y no mostrar predilección por ninguno de ellos antes de aclararse ella misma y decidirse.

Halló a Oliver tomando una copa junto al que creía que era el duque de Wiltshire y su esposa. Los recordaba del primer baile al que había acudido aquella temporada. Parecía que eran buenos amigos.

Oliver giró su cabeza y la observó, había sentido su mirada desde la distancia. Elevó la copa hacia ella como si la saludase y le medio sonrió.

—¿Y esa sonrisa de tonto? —le preguntó Dereck. Volvió la mirada hacia él y se encogió de hombros. El duque miró en la dirección en que Oliver había saludado elevando su copa, encontrándose con la señorita Stafford apartando la mirada rápidamente—. ¿La señorita Stafford? —preguntó. Elisa lo miró con una sonrisa, interesada en lo que Oliver podía explicarles.

—Puede —respondió Oliver.

Dereck situó una mano en su hombro y dio una palmadita.

—Bien, amigo mío, bien… —comentó sonriente.

27

Nicole sonrió al barón de Dacre e hizo una reverencia.

Como cada mañana que abría sus puertas a los pretendientes, estos iban llegando a lo largo de la mañana para obsequiarla con todo tipo de regalos.

—Ha sido un placer conversar con usted, señorita Stafford.

—Igualmente, barón —se despidió de él.

Miró a su hermana situada al lado. Esta se adelantó para recoger las flores que el vizconde de Bearsted traía para ella.

—Oh, vizconde, son preciosas —dijo al ver el ramo de rosas color rojo.

—Me alegro de que le gusten —dijo un poco nervioso mirando a Jacqueline que lo sujetaba. Miró de nuevo a Nicole—. Hoy está preciosa.

Nicole sonrió de forma tímida. Llevaba un bonito vestido de gasa color rosa confeccionado en Birmingham por lady Dubois.

—Usted está muy elegante —acabó diciendo ella. Intentó aparentar normalidad ante aquel piropo. Pudo ver cómo ese día el vizconde aparentaba más nerviosismo que el resto de días—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, por supuesto —reaccionó rápidamente y se puso firme—. Tal y como le informé, la semana que viene tengo que partir rumbo a Southampton…

—Por negocios, sí —respondió ella con una sonrisa.

Aquella noche no había podido pegar ojo. Había conseguido dormirse de madrugada y había despertado varias veces. La propuesta de Oliver no dejaba de rondar su mente. Estaba profundamente enamorada de él, había tomado una determinación, pero cuando ya se había decidido, el consejo de su hermana la hacía echarse atrás. Sí, sería condesa, pero eso no bastaba. Sabía que Oliver la haría feliz, pero aquella petición se había producido a raíz de lo ocurrido entre ellos aquella tarde en el establo de la familia Harvey, no antes. Eso era lo que la hacía dudar. Sabía que el conde de Devon era un hombre de honor, por eso mismo le había hecho esa propuesta, pero debía meditarlo bien, darse una oportunidad como su hermana le había repetido muchas veces, pues de su decisión dependía su futuro. Era algo que debía meditar a conciencia.

—Pues… —continuó el vizconde despertándola de sus pensamientos—, quería ofrecerles si… —tragó saliva, nervioso, lo que despertó las sospechas de Nicole que se puso tiesa como un palo—, si querían acompañarme en mis negocios y así podría mostrarles mi flota y el hotel que regento.

—Oh… —reaccionó Nicole mirando de reojo a su hermana que parecía desencajar su mandíbula—, es… es muy amable, vizconde.

—Y… —continuó nervioso y se aclaró la voz. Nicole inspiró hondo e instintivamente cogió la mano de su hermana hecha un manojo de nervios. No podía ser posible, ¿verdad? ¿Iba a recibir su primera propuesta de matrimonio? ¿Iba a pedir su mano? No, no, no… —, quería pedir una audiencia con usted —señaló a Jacqueline—, si puede ser ahora para hablar sobre…

—Hermana —reaccionó Nicole apretando su mano—, necesito ir un momento a la habitación a cambiarme los zapatos, ¿puedes acompañarme?

Su hermana la miró de reojo sintiendo cómo apretaba su mano.

—Por supuesto, hermana, ya te dije que esos zapatos no eran los adecuados para estar tantas

horas de pie —disimuló Jacqueline.

—Si nos disculpa un momento, vizconde —dijo Nicole nerviosa mientras tiraba de su hermana sin disimular, dejando en el salón a un vizconde tembloroso y claramente nervioso.

Saludaron intentando aparentar normalidad a todos los allí presentes y salieron del salón rumbo a las escaleras. Nicole no soltaba la mano de su hermana mientras subían a toda prisa los escalones hacia la planta alta.

Soltó a su hermana nada más entrar en el pasillo.

—Jacqueline… —susurró llevándose las manos a sus labios, nerviosa.

—Síií —respondió su hermana elevando los brazos—. Te va pedir matrimonio, estoy segura —dijo realmente emocionada—. ¿Si no por qué iba a pedirme una audiencia a solas? Oh, oh… Nicole —dijo cogiendo su mano—, ¡serás vizcondesa! Y Harry es encantador, vas a ser muy feliz… —En ese momento se fijó en la mirada perdida de ella, permanecía pensativa, sin expresar ninguna emoción en su rostro—. ¿Estás bien? —Nicole elevó la mirada hacia ella apretando los labios. Jacqueline suspiró, conocía demasiado bien a su hermana como para saber que no estaba disimulando, sino que realmente no sentía una emoción de felicidad—. ¿Tú quieres casarte con él, Nicole? —preguntó apretando sus manos, comprendiendo la encrucijada en la que se encontraba su hermana. Nicole tragó saliva y miró a su hermana sin saber qué decir —. Nicole —susurró—, ¿el vizconde te interesa?

Nicole respiró hondo y se mordió el labio.

—No… —tragó saliva y apretó las manos de su hermana—, no quiero casarme con él —sollozó.

Jacqueline apretó los labios e inspiró hondo.

—¿Estás segura? —preguntó nerviosa—. El vizconde es un buen partido y es encantador.

Ella asintió.

—Lo sé, y… lo lamento mucho…

—No, no… tú no tienes que lamentar nada —dijo cogiéndola por los hombros—. Mírame, Nicole. —En ese momento, se dio cuenta de que su hermana tenía los ojos llorosos—. Ya te lo dije, lo importante es tu felicidad, no cometas el mismo error que yo, por favor.

Nicole inspiró hondo intentando calmar sus emociones.

—No estoy enamorada de él —susurró con un sollozo.

—De acuerdo —respondió su hermana dándole ánimos—. No se lo digas delante de todos… —la aconsejó—, no dejes que el resto de pretendientes lo escuchen o se sentirá humillado.

Nicole asintió nerviosa.

Ni siquiera estaba preparada para ello. Seguramente, si no hubiese conocido antes a Oliver, hubiese acabado casada con el vizconde, pero en el momento en que se había dado cuenta de que el vizconde pretendía proponerle matrimonio había sido consciente de que él no era la persona que quería a su lado. Sí, amaba a Oliver, amaba su sentido del humor, su mirada, la forma en que la había besado… él era el indicado, por mucho que se sintiese avergonzada por lo ocurrido entre ellos. No imaginaba una vida con otro hombre que no fuese Oliver.

—¿Preparada? —preguntó su hermana dando unos pasos hacia delante, volviendo en dirección a la escalera.

Debía ser fuerte, como se había dicho, debía construirse un buen futuro.

Asintió y avanzó hacia la escalera.

No entró al salón, su hermana Jacqueline fue la encargada de llamarlo para que lo acompañase al vestíbulo donde ella esperaba.

El vizconde la observó de arriba abajo cuando la vio esperándolo allí.

—Señorita Stafford, ¿ocurre algo? —preguntó sorprendido.

Nicole le sonrió con tristeza, pues sabía que le partiría el corazón a un buen hombre, sin embargo, no podía engañarse más a sí misma.

Inspiró con fuerza y lo miró a los ojos.

—Ha solicitado una audiencia con mi hermana… —susurró.

El vizconde tragó saliva y asintió mientras observaba de reojo a Jacqueline, la cual se encontraba unos metros separada de ellos.

—Sí, señorita Stafford —comentó poniéndose erguido. Inspiró hondo y bajó la mirada unos segundos hacia el suelo, aunque a Nicole le sorprendió su gesto de sorpresa.

—No se ha cambiado los zapatos… —susurró el vizconde.

—Vizconde —llamó ella su atención removiéndose nerviosa—, la audiencia con mi hermana… —recondujo la conversación.

—Sí, sí… disculpe —dijo centrándose. Estaba prácticamente segura de que iba a pedirle matrimonio, pero quería corroborarlo antes de rechazar educadamente su propuesta. Todo quedó claro cuando el vizconde dio un paso hacia atrás e hizo un gesto para flexionar su rodilla y postrarse ante ella—. Señorita Stafford, sería un honor para mí que…

—Vizconde, vizconde… —lo interrumpió ella cogiéndolo por los hombros para que su rodilla no tocase el suelo. Ya tenía muy clara cuál iba a ser la petición de él. El vizconde la miró sorprendido mientras se ponía recto de nuevo, bastante nervioso. Nicole tragó saliva y respiró hondo—. Es usted un hombre maravilloso, de verdad. Su ternura, su encanto, su forma de tratarme me han resultado halagadores —comentó lentamente—, pero… no puedo aceptar su ofrecimiento.

El vizconde la miró sorprendido. Se quedó unos segundos en silencio, pensativo, hasta que la miró con dolor.

—¿Qué he hecho mal?

—Nada, no ha hecho nada mal —comentó ella con delicadeza—. Usted es uno de los mejores hombres que he conocido en esta temporada, pero… —tragó saliva y suspiró—, mi corazón pertenece a otro. —En ese momento se dio cuenta de que su hermana la miraba fijamente, atenta a sus palabras—. Seguramente, si no hubiese conocido al otro caballero aceptaría su propuesta. Debo confesar que… he dudado mucho —admitió.

Aquellas palabras parecieron calmar los nervios del vizconde.

—Sería un buen esposo —susurró.

—Lo sé, y estoy segura de que lo será… pero yo no soy la mujer indicada para usted —susurró mientras notaba cómo su labio temblaba—. Lo siento mucho, créame que jamás querría hacerle daño, vizconde.

El vizconde se removió nervioso y miró en dirección al salón. Suspiró y asintió como si aceptase su rechazo.

—Le agradezco que me haya comunicado su decisión a solas —pronunció, aunque su voz sonó apagada.

Nicole dio un paso hacia delante y situó una mano en su brazo.

—Estoy segura de que encontrará a la mujer indicada muy pronto y será muy feliz junto a ella. No se merece otra cosa que la más absoluta felicidad y un amor correspondido.

El vizconde volvió a asentir lentamente y miró de reojo a Jacqueline que, aunque se mantenía a distancia, podía escucharlos.

El vizconde parecía bastante afectado por la respuesta de ella, pero realmente era lo mejor

para ambos. Él se merecía a una mujer que lo amase con todo su corazón y ella debía darse la oportunidad de poder tener una vida llena de amor.

El vizconde hizo una leve reverencia hacia ella.

—Espero que encuentre lo que busca, señorita Stafford —pronunció antes de girarse en dirección a Jacqueline para saludarla también con una reverencia.

Nicole se frotó nerviosa las manos mientras él la rodeaba en dirección a la puerta.

Se giró en su dirección.

—Vizconde —lo llamó. Él se giró justo cuando abría la puerta—. Mucha suerte —le dijo con una leve sonrisa.

El vizconde asintió lentamente y le sonrió también débilmente antes de salir por la puerta y cerrar tras de sí.

Nicole respiró hondo sin dejar de frotarse las manos, aún nerviosa, pero liberada de una carga.

Jacqueline fue hacia ella y la cogió de la mano.

—Lo has hecho muy bien.

—No, se merecía otra cosa, hermana, le he roto el corazón —pronunció con dolor, incluso con los ojos llorosos.

Su hermana la miró y ladeó su cabeza.

—¿A quién pertenece tu corazón, Nicole? —preguntó con curiosidad.

Ella se mordió el labio y tragó saliva justo cuando la señora Roberts pasó por su lado.

—Baronesa —dijo situándose a su lado—, son casi las doce.

Jacqueline chasqueó la lengua por la interrupción, pero sabía que a esa hora debían finalizarse las visitas con los pretendientes.

Todos deberían partir hacia sus viviendas, comerían y dedicarían el resto de la tarde a prepararse para el baile de aquella noche.

Se despidió de cada uno de los pretendientes que habían acudido aquella mañana a visitarla, agradeciendo su compañía y los regalos que le habían hecho.

La señora Roberts cerró la puerta cuando el último de ellos abandonó el hogar y volvió hacia la sala, observando la gran cantidad de ramos de flores desperdigados por toda ella.

—Esta tarde iré a comprar unos cuantos jarrones —pronunció mirando los ramos sobre el sofá y la mesa, la mayoría envueltos en papel. Si quería que durasen unos días necesitarían un jarrón con agua. Había tantas flores que con los jarrones de aquella casa no bastaba.

Se quedaron solas en el salón y Nicole se sentó en el sofá con un suspiro.

Se sentía mal por rechazar al vizconde, era una excelente persona, y seguramente sería muy feliz con él, pero eso no era lo que le dictaba el corazón. Desde un principio, Oliver se había apoderado de sus pensamientos. La declaración del vizconde no había hecho más que aumentar la necesidad de estar junto a Oliver. No le importaba el título, no le importaba ser condesa, lo único que deseaba era estar a su lado, compartir aquellas vibrantes conversaciones cargadas de energía, aquellas miradas, y compartir su intimidad con él, no se imaginaba con otro hombre que no fuese él. El problema era que ya se había negado varias veces a su propuesta, pese a que él le había dicho que era una decisión suya, que lo pensase. Ahora se encontraba en un callejón sin salida. Debía mover pieza ella. Sabía que volvería a verlo aquella noche, que lo encontraría en el baile, pero ¿y si no le hacía de nuevo la propuesta? ¿Debía sacarle ella el tema? ¿Cómo decirle que lo aceptaba? ¿Y si se había cansado de esperar?

Su hermana dio unos pasos hacia ella.

—¿Quieres hablar? —preguntó su hermana.

Nicole negó y sonrió a su hermana.

—Estoy bien, es solo que…

—Dime.

Nicole tragó saliva.

—¿Y si me he equivocado?

Su hermana le sonrió.

—Es normal estar nerviosa, pero has hecho lo correcto. Cuando sea el indicado lo sabrás de inmediato. —Se quedó observando a su hermana hasta que suspiró y se giró para coger unas flores que había en la estantería. Fue hasta ella, pero algo llamó la atención de Jacqueline porque se quedó mirando por la ventana—. Nicole… —susurró ella.

—¿Qué? —preguntó Nicole inmersa en sus pensamientos.

Jacqueline tragó saliva.

—El conde —dijo.

Nicole inspiró hondo y asintió levemente. Sí, su hermana la conocía bien, pese a que no hubiesen estado muy unidas antes de llegar a Londres. Era obvio que se percatase de que sus verdaderas intenciones de matrimonio eran con el conde. No podía negárselo más.

—Sí, Jacqueline —admitió y la miró, ella seguía ofreciéndole la espalda, mirando por la ventana—. Hay… hay algo que debo explicarte…

Su hermana se giró hacia ella.

—No —exclamó—, el conde de Devon está aquí. Viene hacia aquí.

Nicole titubeó un poco.

—¿El conde? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Sí, sí… viene hacia aquí.

—Oh —dijo dando unos pasos hacia la ventana para asomarse un poco, sin riesgo de que la viesen desde fuera.

Sí, Oliver tenía la mirada clavada en la puerta. Subió el porche y se situó frente a esta.

Cuando llamó a la puerta ambas se giraron en aquella dirección.

¿Qué hacía allí? El corazón de Nicole se disparó, incluso sintió cómo se le secaba la garganta.

La señora Roberts abrió la puerta y realizó una reverencia hacia él al reconocerlo.

Oliver entró mirando todo a su alrededor, observando la vivienda, pues hasta ese momento no había estado allí.

Siguió a la señora Roberts hasta la sala donde las dos hermanas esperaban totalmente petrificadas.

Oliver pasó bajo el marco de la puerta y las saludó con un movimiento de cabeza.

Nicole lo observó de la cabeza a los pies. Vestía un traje elegante de color negro.

Oliver miró de reojo a ambos lados de la habitación, observando la gran cantidad de flores y las cajas de bombones. Nicole le había dicho la verdad sobre que tenía muchos pretendientes.

Finalmente, centró su mirada en ella y sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

—Buenos días.

—Buenos días, conde —respondió Jacqueline que no sabía cómo reaccionar.

—Me gustaría hablar con la señorita Stafford, a poder ser… —comentó mirando a Nicole, la cual apretó los labios—, a solas.

Jacqueline miró a su hermana y esta asintió.

Fue hacia la puerta con paso lento y cerró la puerta tras ella, ofreciéndoles un poco de intimidad.

Nicole permanecía totalmente erguida. En ningún momento hubiese esperado que él se dirigiese a su hogar. Lo miro nerviosa. Oliver también la observaba.

—Sé que tiene muchos pretendientes —comenzó hablando—, solo hay que ver cómo está el salón —enfatizó haciendo referencia a la cantidad de flores que lo inundaban—. Y sé que está esperando a que aparezca la mejor opción, a darse una oportunidad para tomar una de las decisiones más importantes de su vida sobre su futuro…

Nicole enarcó una ceja.

—Oliver, ¿por qué hemos vuelto a los formalismos? —se quejó.

Él suspiró y alzó una mano pidiéndole que guardase silencio. Dio unos pasos hacia ella y sonrió de soslayo.

—Sé que se siente intimidada por nuestra historia antes de Londres… —Aquellas palabras provocaron que ella bajase la cabeza, avergonzada—, pero es en ese período de tiempo donde me conquistó. —Nicole elevó su mirada poco a poco. Oliver avanzó hasta ella situándose justo enfrente para bajar el tono de su voz al susurro y que ni su hermana ni el servicio pudiesen escucharlo, pues ya sabía que seguramente estarían detrás de la puerta intentando oír algo de aquella conversación—. No le pedí matrimonio por lo que ocurrió entre nosotros en el establo —explicó—, no lo he hecho como una obligación. Debo confesar que desde que se marchó de Birmingham en dirección a Londres no he podido quitármela de la cabeza, y la simple idea de que pueda unirse en matrimonio con otro hombre me sume en la más profunda oscuridad. —Suspiró. Cogió su mano con ternura y le sonrió con una mirada cargada de fuerza—. Nicole Stafford, le pido en matrimonio porque usted es la única mujer capaz de ver algo más en mí que un simple título, porque con usted estoy seguro de que la vida será mucho más apasionante —tragó saliva—, y porque estoy profundamente enamorado de usted desde el primer día en que la vi. —Nicole desencajó la mandíbula y se quedó totalmente pasmada, sin poder pronunciar nada. Oliver esperó a que ella respondiese, pero sus palabras no salían por su boca—. ¿Nicole? —preguntó con un tono de voz más preocupado, abandonando todo formalismo—. Te prometo que seré un buen marido.

Ella parpadeó como si despertase de un sueño y, en ese momento, intentó contener un puchero.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca —susurró con ojos llorosos. El tono que empleó hizo que Oliver sonriese divertido. Nicole le sonrió también, muy emocionada y casi sin poder contener las lágrimas—. Sí, Oliver —dijo sin entrar en formalismos—, me casaré contigo —dijo cogiendo su mano con fuerza.

Oliver sonrió y pasó delicadamente su mano sobre la mejilla de ella con una caricia.

En ese momento, la puerta de la sala se abrió de par en par y Jacqueline entró con una gran sonrisa y los brazos en alto, muy emocionada. Sin duda, lo había escuchado todo, o casi todo, porque corrió hacia su hermana y la abrazó mientras reía.

Oliver dio un paso atrás mientras ellas se abrazaban y las observaba.

Nicole era la mujer más hermosa que jamás había visto, pero no era solo por eso por lo que había caído rendido a sus pies. Su temperamento, su sonrisa cargada de ternura… la forma en que discutían y en la que se habían amado… Ella era la mujer indicada para él.

Jacqueline se separó de su hermana y miró al conde con una sonrisa.

—Conde —dijo haciendo una reverencia.

—Baronesa —dijo él con una sonrisa y volvió la mirada hacia su futura esposa que reía sin parar.

Lo cierto era que todas aquellas semanas había esperado en la puerta de su casa, cada

mañana, viendo cómo decenas de pretendientes entraban por aquella puerta cargados de regalos, esperando al momento en que tuviese la seguridad de que ella aceptaría su mano. Tras su encuentro en el establo sabía que ella realmente lo amaba, por mucho que discutiesen o que ella se sintiese avergonzada por lo ocurrido. Ella lo había elegido a él.

Después de la conversación de la noche anterior se había decidido. No debía esperar más. Estaba bien proponérselo a ella directamente, pero lo mejor era hacer una petición formal como había hecho, parecía que eso era lo que ella necesitaba, una muestra de amor.

En unas cuatro semanas estarían casados, y estaba seguro de que disfrutarían de una vida llena de diversión, aventuras y, sobre todo, de amor.

27

Nicole se sujetó fuerte a sus hombros mientras la besaba y se movía rápidamente sobre ella provocando que llegase al éxtasis y tuviese que contener un grito de placer.

Oliver la besó apasionado y llevó su mano hasta la de ella para cogerla, moviéndose los dos al unísono. Sus respiraciones se acompasaron mientras ambos llegaban juntos al éxtasis.

Sí, nada tenía que ver el encuentro que habían compartido en aquel establo con lo que estaban siendo sus primeros días como matrimonio.

Después de esperar cuatro semanas donde habían abandonado los bailes y se habían limitado a pasear por las calles de Londres, ir a alguna cafetería y acudir al teatro, al fin había llegado aquel día y habían contraído matrimonio.

La besó mientras se detenía y suspiró mientras situaba su frente sobre la de ella. La besó nuevamente y le sonrió. Aquella era su primera semana como casados y, sin duda, era la mejor de sus vidas.

—Mejor en una cama que en el establo —bromeó Oliver alzando sus cejas repetidas veces.

Ella sonrió recuperando el aliento y lo miró con gesto gracioso.

—No te creas, el establo tuvo su encanto —rio.

—¿De verdad? —ironizó él—. Tiene unos gustos poco refinados, condesa, pero yo estoy aquí para complacerla. Podemos explorar todos los rincones de nuestra finca. —Le guiñó un ojo —. Le aviso de que es muy, muy, muy extensa.

—Oh —continuó ella con la broma—, tengo muchas ganas de descubrir nuevos lugares. La cama ya se me hace repetitiva —rio divertida.

Oliver rio y la besó.

—Me sé muchos lugares escondidos, oscuros… que estoy seguro que van a ser de su agrado. —La volvió a besar y se incorporó sobre ella. Miró el reloj sobre la mesa de noche e hizo un gesto de decepción—. Me dijiste que te hacía mucha ilusión acudir al baile de los Churston, pero yo creo que es mejor que nos quedemos aquí.

Nicole lo empujó apartándolo de ella y Oliver cayó al lado, sobre el colchón.

—Llevamos una semana casi sin salir de esta habitación —rio.

—¿Y lo bien que nos lo estamos pasando? —reconoció él.

Ella se recostó sobre él apoyándose en su pecho.

—Lo estamos pasando muy bien, pero tampoco iría mal sociabilizar un poco —dijo dando unas palmaditas en su pecho.

Oliver chasqueó la lengua y ladeó su cuello.

—Bueeeno… si eso te complace, iremos —acabó fingiendo disgusto.

—Me complace mucho, conde —dijo acercándose a sus labios para besarlo.

Oliver situó una mano en la nuca de Nicole para que no se separase de sus labios.

—Oliver… —rio ella cuando no le dejó separarse de sus labios.

—Nicole… —rio él también. La besó y dejó que se distanciase un poco, lo suficiente para mirarla a los ojos—, ¿te complace tanto como para que no nos quedemos otro día más aquí? Aún quedan un par de semanas para que acabe la temporada, ya tendremos tiempo de acudir a algún baile —acabó suplicando.

Ella enarcó una ceja.

—Le prometimos a la condesa viuda, tu madre, que acudiríamos a esta velada, además… tengo ganas de ver a mi hermana y a Judi.

Él suspiró.

—Mi madre está totalmente encantada y, respecto a Judi, sí, será mejor que aproveches estos días que faltan hasta su boda, luego desaparecerá durante una semana.

—Síííi… cuando descubra al fin lo gratificantes que son las noches junto a un marido —bromeó ella.

Oliver rio.

—¿Gratificantes? Bonito término para describir las extenuantes noches de intensa pasión que hemos vivido. —Se acercó y la besó de nuevo—. Está bien, te prometí que sería un buen marido, así que tendré que acompañarte.

Ella rio mientras se levantaba del colchón e iba hacia la silla donde reposaba su bata.

—Será oficialmente nuestro primer baile como casados —dijo con ilusión—. Y sí, estoy muy emocionada.

Oliver fue hasta la silla y también se puso la bata encima.

—Pues nada, a prepararse… pero esta noche deberás compensármelo —acabó con un tono socarrón.

Ella se acercó y ladeó su cuello.

—¿Qué noche no se lo he compensado, conde? —bromeó haciendo una reverencia.

Sí, desde luego la vida le sonreía.

Jamás hubiese pensado que vivir en pareja con un hombre fuese tan increíble, aunque debía reconocer que con Oliver era así cada hora del día. Suponía que la vida como condesa le comportaría muchas responsabilidades, aunque, por el momento, llevaba una semana disfrutando de su luna de miel.

Después de comer les ayudaron a prepararse.

Nicole se puso un precioso vestido de color rojo y Georgina, su doncella, le hizo un precioso recogido coronado por una tiara plateada.

Sentía nervios por acudir a su primer baile como condesa, sobre todo por encontrarse con su hermana y con Judi. Aquella última semana no habían coincidido mucho, pero estaba deseando encontrarse con ellas, darse un abrazo y comentar muchas cosas.

El carruaje recorrió las calles de Londres hasta entrar en la finca de los Churston, una de las mansiones más impresionantes del barrio de Mayfair donde ellos también residían. En menos de diez minutos su reciente marido ya la ayudaba a descender del carruaje.

No podía borrar la sonrisa de su rostro mientras se dirigían hacia la puerta.

Sí, tenía ganas del reencuentro, pero también de ver a otras personas y su reacción, en concreto a Amanda. No quería ganarse enemigos, pero Amanda había sido cruel con Judi y con ella, así que no le iría mal un escarmiento.

Como cada noche, la mansión de los anfitriones que organizaban el baile estaba a rebosar.

Dado el buen tiempo imperante aquellos días, los Churston habían habilitado unas enormes carpas en el jardín donde los camareros repartían todo tipo de aperitivos y bebidas. En un lateral se encontraba la orquesta amenizando la noche.

Ambos avanzaron entre todos los allí presentes recibiendo saludos y felicitaciones.

Nicole no pudo evitar soltar el brazo de su esposo y dar unos acelerados pasos hasta Jacqueline para fundirse en un gran y emotivo abrazo. Su hermana se encontraba junto a la tía Gladys y Judi, así como la señora Wilson y su prima.

—Condesa —la saludó Judi haciendo una reverencia.

—Oh, Judi —rio Nicole—, jamás hagáis eso —la riñó y miró al resto de sus amigas—, eso va por todas.

Judi se abrazó a ella y saludó al conde que se había quedado a una distancia prudencial.

—Oh, Judi —susurró Nicole—, tengo tanto que contarte.

—Por supuesto, y yo mucho que preguntarte —respondió. Se acercó más a ella—. En una semana me caso y nadie quiere explicarme nada —se quejó. Nicole rio al escuchar aquello, enarcó una ceja y esbozó una sonrisa traviesa—. ¿Por qué me miras tú también así? Oh, necesito saber, ¡por favor! —imploró cogiendo su mano.

Nicole se acercó a ella con complicidad.

—Está bien, mañana a las tres en mi casa, tomaremos el té… ¡pero ven sola! —comentó divertida.

—Menos mal, qué alivio —susurró ella también llevándose la mano al corazón—, pero ¿hay algo por lo que deba preocuparme? —Nicole comenzó a reír al ver el gesto nervioso de su amiga—. ¿Por qué todas reís cuando os pregunto eso?

—No te preocupes, no hay nada por lo que preocuparse. Mañana te explicaré… un poquito —acabó diciendo.

—Algo es algo —dijo.

—Querida —interrumpió la tía Gladys la conversación—, ¿cómo va la vida de casada?

—Oh, es maravillosa —dijo con una gran sonrisa.

La señora Wilson le dio un golpecito en el costado a la tía Gladys.

—¿Qué pregunta es esa, vizcondesa? —rio—. Ya se ve que nuestra debutante tiene un rostro precioso, un brillo en los ojos especial y una sonrisa que no puede quitársela de los labios. —Hizo un gesto gracioso—. Está claro que su reciente marido la está tratando muy bien y que ambos se divierten mucho. —Su tono sonó bromista.

Antes de estar casada no hubiese captado aquella indirecta, pero ahora sí, y rio de lo lindo.

—No le voy a negar, señora Wilson —comentó con el mismo tono jocoso—, que mi marido… mmm… sí, me entretiene, y mucho.

Todas rieron excepto Judi que las miraba sin comprender.

—¿Os entretenéis? ¿Cómo? —preguntó esperando una respuesta.

Oliver observó las risas de Nicole y sonrió también. No sabía de lo que estaban hablando, pero parecían divertirse.

—El conde de Devon se ha decidido a salir de su alcoba para honrarnos con su presencia —comentó una voz a su espalda. Oliver se giró y se estrechó en un gran abrazo con su amigo Dereck, duque de Wiltshire—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —respondió situando una mano en el hombro de su amigo, miró a su lado buscando a su esposa—. ¿Dónde se encuentra la duquesa?

—Oh, hablando con sus amigas —informó—. No sé dónde se encuentra —dijo buscándola entre todos los invitados sin encontrarla. Se giró hacia él y sonrió—. Veo, amigo mío, que el matrimonio te hace feliz, no has borrado esa sonrisa de tus labios desde que te he visto entrar por la puerta.

—No puedo quejarme —reconoció.

—¿Qué os parece si venís un día de esta semana a tomar el té? —propuso Dereck—. Mi esposa está deseando conocer a la tuya.

—Claro que sí —aceptó Oliver—, las dos son mujeres de carácter, estoy seguro de que se convertirán en grandes amigas.

—Se lo diré, estará encantada, lleva dos días insistiéndome sin parar —rio Dereck, aunque

al mirar a su amigo vio que este permanecía embobado mirando a su esposa—. ¿Hola? —recalcó.

Oliver se giró hacia él reaccionando y situó una mano en el hombro de su amigo.

—Iremos encantados. —Dereck asintió—. Disculpa, pero voy a sacar a mi esposa a bailar.

—De acuerdo —respondió Dereck—, yo voy a buscar a la mía. —Miró de un lado a otro buscando a Elisa—. No sé dónde se ha… —se calló cuando vio que su amigo se alejaba de él y que estaba hablando solo.

Dereck resopló y rio divertido. Desde luego, su amigo Oliver había encontrado a la horma de su zapato, parecía que estaba profundamente enamorado de su esposa. Se giró y fue en busca de Elisa.

Oliver llegó hasta Nicole y le tendió la mano.

—¿Me concede este baile? —preguntó.

Nicole asintió situando su mano sobre la de Oliver.

Se dirigieron a la pista de baile justo cuando ella se detuvo y apretó el brazo de Oliver.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido.

Ella negó con su cabeza, pero le sonrió.

—¿Podemos ir por ahí hacia la pista de baile? —preguntó señalando al otro lado de la fuente de agua.

Oliver la miró sin comprender, pero asintió.

—He estado hablando con mi buen amigo el duque de Wiltshire. Nos ha invitado esta semana a tomar el té. Así conocerás a la duquesa.

—Oh, qué ilusión —dijo emocionada.

—Elisa es encantadora, seréis muy buenas amigas.

—Me encanta la idea, pero mañana no puede ser —dijo con timidez—. He quedado en que Judi vendrá a tomar el té a casa.

—No hay problema, le informaré de que iremos el viernes.

—De acuerdo —reaccionó Nicole con una gran sonrisa.

Dereck descendió el ritmo de sus pasos cuando se dio cuenta de la razón por la que Nicole quería ir por ese camino más largo en dirección a la pista de baile.

—Nicooole —susurró como si le echase bronca.

—Oh, Oliver, déjame que presuma de marido —dijo dándole un golpecito en el brazo—. Además, Amanda y Meggie me despreciaron muchas veces, me hicieron sentir que no valía nada, y lo mismo que me hicieron a mí se lo hacen al resto.

Oliver puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Está bien, supongo que no pasará nada por saludarla, sería de mala educación pasar a su lado y no hacerlo, ¿no?

Pudo detectar cómo Nicole parecía querer dar palmas de emoción.

—Te prometo que solo será esta vez. Espero que le vaya bien esta cura de humildad —dijo tirando un poco de su marido hacia el grupo donde se encontraban Amanda, Meggie y Annette.

Pasaron por su lado como si no hubiesen sido conscientes de su presencia hasta que Nicole se detuvo. Las tres se giraron para observarla y pudo detectar el mismo momento en que Amanda descendía su mirada.

—Hola, qué alegría veros aquí —anunció ella con su flamante sonrisa, sujeta al brazo de su marido.

—Felicidades por el matrimonio, condesa —dijo Annette sinceramente, pues era la única de aquel trío que tenía un poco más de humildad.

—Muchas gracias, Annette. Estamos muy felices. —Sabía que Annette no tenía maldad alguna, solo frecuentaba malas compañías. Dio un paso hacia delante y cogió su mano—. Frecuento mucho una cafetería en Londres junto a Judi, si quieres podríamos quedar a tomar el té un día —le ofreció.

A Annette se le iluminó la mirada.

—Me encantaría.

—Pues entonces quedamos así. —Miró a Amanda y a Meggie que no se habían atrevido a pronunciar palabra en todo aquel rato—. Que disfrutéis de la velada —dijo despidiéndose de ellas.

Se alejaron de ellas lentamente, rodeando a todos aquellos que iban en dirección contraria.

—Oh, Nicole… —pronunció Oliver acercándose y tomándola por la cintura, sujetándola contra él con más fuerza de la que ella esperaba—, esa faceta tuya vengadora y samaritana a la vez ha hecho que tenga ganas de llevarte al carruaje y arrancarte el… —dejó la frase sin acabar, lo que provocó que ella riese.

—Solo un rato más, por favor —suplicó Nicole—. Un baile, estamos un poco más en compañía de mis amigas y mi hermana y podremos irnos.

—Está bien, te tomo la palabra —dijo cogiéndola de la mano y medio arrastrándola hacia la pista de baile. Parecía que ahora Oliver tenía prisa.

Llegaron hasta el medio de la pista y se situaron uno frente al otro. Oliver la cogió por la cintura, elevó su mano junto a la de ella y en cuanto la música sonó ambos se movieron al unísono, al ritmo de aquella melodía.

Sí, sin lugar a dudas había escogido perfectamente al hombre con el que pasaría el resto de su vida, no imaginaba un mejor compañero que Oliver para formar una familia y envejecer juntos.

Si le hubiesen dicho que acabaría casada con él el primer día que se habían visto cuando le había gritado en el jardín, seguramente no se lo hubiese creído, pero, por suerte, la vida estaba llena de sorpresas increíbles y de giros inesperados. Estas sorpresas y giros la habían conducido hasta él. Nunca se sabía a dónde te llevaría la vida, pero estaba claro que jamás se podía perder la ilusión.

Ambos giraron en la pista al son de la música y Oliver la apretó más contra él.

—Un par de giros más por la pista, vamos a hablar unos minutos con tu hermana y amigas y volvemos a casa —ordenó con una fingida ansiedad, aunque luego se acercó más al oído de ella —, necesito quitarte ese precioso vestido que llevas puesto.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y sonrió de forma traviesa.

—¿Quién ha dicho que debamos llegar a casa?

Oliver rio y negó incrédulo por su respuesta.

—No deja de sorprenderme, condesa. —La hizo girar y luego se separó de ella para aplaudir al finalizar el baile—. De acuerdo, exploremos el carruaje —propuso él con decisión.

Epílogo

La señora Wilson dio un trago a su té y dejó la taza y el platillo con cuidado sobre la mesa. Hizo un gesto que delataba que estaba deseando comunicar aquella noticia a sus amigas a la vez que le daba cierto aire de misterio al asunto.

—No os imaginaríais nunca con quién se ha comprometido el vizconde de Bearsted —susurró ante la atenta mirada de su prima, la tía Gladys, Judi y Nicole.

—No se me ocurre quién podría ser la afortunada —reconoció la tía Gladys.

—Pues yo tengo una ligera sospecha, señora Wilson —dijo Nicole que ya sospechaba algo.

—Bueno, pero ¿lo vais a decir ya o no? —pregunto Judi con cierta urgencia en su tono de voz.

—Atentas, señoritas, porque el vizconde de Bearsted se ha comprometido ya en firme con… —hizo una pausa para darle más emoción—, con la señorita Annette Grant.

—¡Lo sabía, lo sabía! —se emocionó Nicole—. El otro día cuando tomó el té con Judi y conmigo estaba muy alegre y parlanchina, pero no soltó prenda…

—Es cierto que la vimos bailar con el vizconde en un par de bailes, pero no esperaba este desenlace, la verdad —comentó Judi.

—Pues así es, se casarán en algo menos de un mes, según tengo entendido —informó la señora Wilson.

Sin duda, de las tres compañeras de protocolo, Annette siempre había sido la más correcta, no tenía la prepotencia de sus otras dos compañeras, Meggie y Amanda.

—Ayyy —suspiró Nicole—. Me alegro tanto por el vizconde de Bearsted como por la propia Annette —sonrió con dulzura—. Siempre pensé que esa chica merecía algo mejor, tiene un buen fondo que no tenían ni Amanda ni Meggie.

—Tienes toda la razón —apuntó Judi, la cual había entablado amistad con Annette a raíz de tomar el té con ella y con Nicole unos días antes—. Les irá bien, sin duda forman muy buena pareja.

—Como solía decir mi abuela, bien está lo que bien acaba —proclamó la tía Gladys ante las sonrisas de todas las allí reunidas.

En ese momento, el mayordomo anunció la llegada del conde de Devon, el cual hizo acto de presencia en el salón.

—Disculpen que las interrumpa —se excusó—. La condesa y yo hemos quedado con el duque de Wiltshire y su esposa Elisa para cenar esta noche… y deberíamos arreglarnos para la ocasión.

—Oh, Oliver, ¿solo un ratito más? Vienes en lo más interesante de la conversación. Te tengo que poner luego al día.

—Mmm… se respira amor —sonrió la tía Gladys que había captado cómo de compenetrados estaban Oliver y Nicole.

—Muy bien, condesa, esperaré media hora en el carruaje, no me hagas esperar mucho más —dijo alzando las cejas repetidas veces, ante lo cual Nicole sonrió al captar su indirecta.

—Mi esposo, siempre tan atento —dijo Nicole con un brillo especial en los ojos.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó la señora Wilson.

Fin

Agradecimientos

Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer a las siguientes personas:

En primer lugar, a mi pareja, Raúl, por darme todo tu apoyo, estar dispuesto a ayudarme siempre y compartir esta ilusión conmigo en todo momento.

En segundo lugar, a mis padres, ya que sin su apoyo y cariño no habría podido lograr mi sueño. Muchas gracias por cuidar tanto de Corita.

En tercer lugar, a Marien F. Sabariego por la preciosa portada y maquetación y por compartir tantas conversaciones y momentos conmigo.

A mis amigas: Ana Sánchez y María Sánchez, Nerea Álvarez y Katherine Fernández, muchísimas gracias por ayudarme siempre tanto y por esos ratos de conversaciones.

Y, por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado siempre a escribir y confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.

De todo corazón, muchas gracias a todos por estar siempre a mi lado.

Mariah.

---

[1] *El Ferrocarril de Londres y Birmingham (en inglés London and Birmingham Railway, abreviado como L&BR) fue una de las primeras compañías ferroviarias del Reino Unido que existió desde 1833 hasta 1846, cuando pasó a formar parte del Ferrocarril de Londres y del Noroeste (L&NWR). La línea de ferrocarril de 112 millas (180 km) que la compañía abrió en 1838 entre Londres y Birmingham fue la primera línea interurbana que se construyó desde Londres. Ahora es la sección sur de la West Coast Main Line.*

[2] *En Inglaterra la carrera de Derecho recibe el nombre de "Legal Practice Course" (LPC). En la Universidad de Oxford comenzó a impartirse antes del año 1096 d.C.*

[3] *Actualmente dicha raza procede de Turkmenistán. En el año 1896 el control ruso sobre Turkmenistán era completo. Pese a la fuerte resistencia turcomana en 1881 y, posteriormente, en 1916, Turkmenistán pasa a estar integrado primero en Rusia y, tras la Revolución rusa, en la Unión Soviética en el año 1922.*